

**MICHAEL CLYNES**

**LA LENGUA  
DE LAS  
SERPIENTES**



Lectulandia

Durante el verano de 1523, Benjamin Daubey y Roger Shallot recibe la orden de acudir a Londres para hacerse cargo de una difícil investigación, resolver la enigmática muerte un diplomático florentino de paso por la corte, Francesco Abrizzi. Su cadáver ha sido hallado con un extraño disparo en la cabeza, y el rey Enrique VIII está firmemente determinado a desenmascarar a los culpables de este crimen brutal que pone en entredicho su hospitalidad y sus buenas relaciones con los Médici. Pero todo se tuerce desde el principio: el cirujano que debía colaborar con Shallot aparece muerto, antes incluso de llegar a Londres, y toda su misión estará pautada por acontecimientos sospechosos. No parece un caso excepcional en la carrera de Shallot, repleta de casos insólitos, pero su resolución puede dar un giro trascendental a la historia de Inglaterra (y a la de Europa).

Roger Shallot, descrito por *The Times* como el Flashman de la época de los Tudor, vuelve a inmiscuirse en asuntos diplomáticos, y eso siempre tiene resultados imprevisibles.

**Lectulandia**

Michael Clynnes

# **La lengua de las serpientes**

ePub r1.0

orhi 11.11.13

Título original: *A Brood of Vipers*

Michael Clynnes, 1994

Traducción: Petunia Díaz

Editor digital: orhi

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A un buen médico:  
el doctor Paul Charles Siggins,  
M. B., B. S., M. R. C. G. P.,  
y a su familia de Leytonstone.*

# PERSONAJES HISTÓRICOS MENCIONADOS EN LA OBRA

**ENRIQUE VIII:** El Baladrón, El Gran Homicida. Tuvo seis esposas y una ristra de queridas. Es el Topo, o el Oscuro, como profetizó Merlín.

**CATALINA DE ARAGÓN:** Princesa española. Primera esposa de Enrique VIII y madre de María Tudor. Primero estuvo casada con Arturo, hermano de Enrique, pero el matrimonio nunca de consumó.

**ANA BOLENA:** Hija de sir Tomas Bolena (un hombre realmente perverso). Segunda esposa de Enrique VIII y madre de Isabel I.

**ISABEL I:** Reina de Inglaterra, hija de Enrique VIII y Ana Bolena, apodada la Reina Virgen, aunque Shallot asegura haber tenido un hijo con ella.

**ENRIQUE VII:** Primogénito de los Tudor. Un rey bastante tacaño. Padre de Arturo y Enrique.

**ARTURO:** Hermano mayor de Enrique VIII. Casado a los 15 años con Catalina de Aragón, murió de tisis ese mismo año.

**TOMAS WOLSEY:** Hijo de un carnicero de Ipswich. Fue nombrado cardenal, arzobispo, lord canceller y primer ministro de Enrique VIII.

**GIULIO DE MEDICIS:** Cardenal, legislador de Florencia, más tarde se convirtió en el papa Clemente VII.

**WILLIAM SHAKESPEARE:** Comediógrafo inglés. Shallot asegura haber sido su maestro y confidente, así como fuente de inspiración para el escritor.

**SAVONAROLA:** Apasionado predicador del siglo xv. Estableció la «República Piadosa» en Florencia, que duró poco tiempo, y finalmente fue derrocado y ejecutado.

**LEÓN X:** Uno de los primeros papas Médicis de principios del siglo xvi. Su ansia implacable de riquezas provocó la rebelión de Martín Lutero.

**MARTÍN LUTERO:** Fraile alemán miembro de la orden agustina. Encabezó las protestas contra la corrupción en el papado y la iglesia. Lutero está considerado uno de los padres fundadores del protestantismo.

LORENZO DE MÉDICIS: Legislador de Florencia del siglo XV y maestro en artes. Condujo a la ciudad a su época de máximo esplendor.

FRANCIS DRAKE: Marinero inglés de gran fama. Uno de los comandantes de la reina Isabel en la derrota de la Armada.

ALEJANDRO VI: Uno de los papas Borgia. Tío de Lucrecia y del impopular Cesar.

SOLEIMAN EL MAGNIFICO: Sultán y legislador del imperio otomano.

MAQUIAVELO: Escritor florentino. Su obra más importante es *El Príncipe*, un estudio sobre política.

ADRIANO VI: Papa reformador que murió en 1523 en circunstancias un tanto misteriosas.

CARLOS V: Pariente de Catalina de Aragón. Legislador español y del Sagrado Imperio Romano

## INTRODUCCIÓN

¿Qué relación existe entre el matrimonio y el asesinato? Hace poco reflexionaba sobre esta cuestión cuando mi querido escribano (que Dios bendiga su hermoso trasero) me pidió permiso para casarse.

—¡Casarte tan de repente y renunciar a la diversión! —exclamé.

Se marchó cabizbajo dejándome solo con mis meditaciones. Ya ha llegado la primavera. Oigo el canto de los gansos que vuelan cruzando los pantanos de los bosques del feudo de Burpham. Agarro con fuerza mi bastón y, mientras Margot y Phoebe (dos muchachas maravillosas) me sujetan cada una de un brazo, salgo y permanezco de pie en la escalera de mi casa. Alzo la vista hacia el sol cegador. Mis ojos casi no ven, pero mantengo el rostro levantado en busca del calor. Recuerdo aquellos días de vino y rosas, tan agradables, pero tan peligrosos, bajo el sol toscano en los que, hace ya una eternidad, ayudaba a mi señor, Benjamín Daunbey, sobrino del gran cardenal Wolsey, a descubrir a un asesino. ¡Oh sí! Wolsey, canciller y primer ministro del mayor bastardo que este reino jamás ha tenido, Enrique VIII, por la gracia de Dios rey de Inglaterra, Escocia, Irlanda y Francia.

Doy media vuelta y entro de nuevo en casa. Estudio los pequeños cuadros del pintor Holbein *El Joven* que reflejan toda la grandeza de la Gran Bestia: el rey Enrique VIII con la cara roja y mofletuda. La barba y el bigote rubios y aquellos ojos... ¡Oh señor que ojos! Igual que los de un marrano antes de embestir. ¡Y esos labios, tan húmedos y babosos! Recuerdo la vez que acercó su boca a mi oído y me dijo:

—Shallot —siseó el rey Enrique— te vas a mear en los calzones cuando estés en Tyburn, te van a retorcer ese cuello estirado como si fuera un trapo.

Pero se equivocó. ¡Vaya si se equivocó! El viejo Shallot pudo escapar con vida y demostró una vez más que tiene los puños más rápidos y las piernas más veloces de toda la cristiandad. No consiguieron matar a Roger Shallot, aunque no fue porque no lo intentó toda una legión de endiablados asesinos con los que había tenido el placer de hacer negocios a lo largo de los años. No señor; Roger Shallot, como el laurel de los salmos o el cedro del Líbano, creció y floreció.

Y aquí está sir Roger Shallot, a sus noventa y tantos años, caballero de la orden de la Jarretera, caballero del Baño, comisario de Array, consejero real y juez de paz. Me casé con cuatro mujeres, ahora ya todas muertas, ¡que Dios las bendiga! (Sí, fui un hombre felizmente casado, y mis mujeres fueron también felices). El viejo Roger Shallot, dueño del feudo de Burpham, de sus campos, pastos, bosques, senderos, viveros de carpas, huertos, establos y graneros. También fui confidente y, debo confesarlo, amante de nuestra reina Isabel, que Dios la bendiga, hija de Ana Bolena (dos jóvenes maravillosas, de hermosos pechos).

El viejo Roger Shallot ha hecho de todo en esta vida. Ha sido un largo camino. Nací en Ipswich cuando la gran plaga, y allí crecí, si no de un modo respetable a los ojos de mis contemporáneos, por lo menos crecí. Soy de tez, cabello y corazón oscuros y tengo un ligero estrabismo en un ojo.

Pero no, no es cierto. No estoy siendo justo conmigo mismo: mi corazón no es oscuro; no, viejo Roger. He amado con toda mi alma. Quizás amé del modo equivocado, pero mejor eso que no haber amado nunca. Y por supuesto que he hecho cosas oscuras. Me he encontrado con la muerte en las carreteras, en encrucijadas bajo una luna de lobos, en las alcantarillas de Venecia, en las avenidas pestilentes de Londres, en los brezales azotados por el viento de Escocia, en las majestuosas cortes de París y Constantinopla, en las catacumbas infestadas de ratas de Roma y en las *piazze* a pleno sol de Florencia. ¡Ay, Florencia! La ciudad dorada a la orilla del río Arno, con sus ostentosos palacios llenos de riquezas, artefactos y cuadros como jamás el mundo volverá a ver. Ahora ya no queda nada. Los malditos franceses acabaron con todo. Enviaron a sus soldados a través de los Alpes para quemar y saquear la ciudad, oscureciendo así el sol de la grandeza humana.

Ahora el viejo Roger está solo. Me limito a sentarme en mi cámara secreta y a dictar mis memorias a mi querido capellán. Es un hombrecillo encantador, de rostro alargado y un tanto holgazán. ¡Y ahora quiere casarse!, ¡a buena hora! Ya me había fijado yo en sus miradas lascivas a las nalgas de Phoebe o a la generosa pechera de Margot. «Mejor casarse que arder en llamas», dice san Pablo, y supongo que tendré que darle mi aprobación. Se ha dado la vuelta para intentar convencerme. Si no va con ojo, me veré obligado a golpearle en los nudillos con mi vara y a ordenarle que siga escribiendo.

Alzo la vista al sol a través de la ventana dividida con parteluz. Sus rayos todavía son débiles, no como en Florencia, donde el sol brilla como si fuera un disco encendido. ¡Cómo me gustaría que fuera verano! Ojalá pudiera salir afuera y sentarme en mi laberinto secreto con mis perros y mi jarra de vino tinto mientras cuento mis hazañas y hablo de mi descenso al infierno para encontrarme con demonios de rostros humanos. ¡Cómo me gustaría que Benjamín (que en paz descansa) estuviera aquí! Benjamin, con su mirada afable y su alargado rostro moreno. Tenía los hombros encorvados de un erudito nato y el alma y el corazón tan grandes como los de un santo. ¡Compartimos muchos momentos, Benjamin y yo! Viajamos por toda Europa cumpliendo órdenes de su endiablada eminencia el cardenal Tomás Wolsey y de la encarnación del mismísimo diablo, el rey Enrique VIII. Perdonadme, pero mi escribano vuelve a interrumpirme; sigue insistiendo en sus planes de boda. Ahora quiere que sea yo quien la pague. ¡Será tacaño el condenado! Es tan agarrado que seguro que hasta tiene telarañas en los bolsillos. Es de esa clase de hombres que robaría una mosca muerta a una araña ciega. Dadle una

patada en el corazón y os romperéis los dedos del pie. Sí, sí, así es mi querido escribano. Siempre está a mi lado cuando me necesita. La clase de amigo que te la jugaría a tus espaldas o lanzaría a un hombre que se estuviera ahogando los dos cabos de una misma cuerda.

—¿De qué te servirán tantas riquezas en el cielo? —le grito siempre.

Para que os hagáis una idea, gasta tan poco que hasta se negaría a darme un penique como anticipo. Y, pensándolo bien, tendría que hacer algo con su cara antes de subir al lecho nupcial, además de perder algo de peso, sobre todo alrededor de esa cara de pan. Pues, después de todo, ¿por qué ha de tener tres barbillas cuando todo el mundo tiene sólo una? Ahora mueve los hombros. Nunca sé si está llorando o riendo. A decir verdad, no es un mal tipo, excepto cuando intenta robarme el vino o trata de llevarse a Margot al huerto.

—¡Bebéis demasiado vino! —me dice.

¡Sera hipócrita! ¡Cómo se atreve a darme lecciones! Cuando es de noche no necesito poner velas, pues su nariz está tan roja que ilumina toda la habitación. Permitidme que os cuente una pequeña broma que hice a su costa. Hace poco viajé a Londres. La reina quería pedirme consejo y me citó en una de sus cámaras privadas de la Torre. Estaba preocupada por nuestro querido hijo, que fue visto por última vez en el sur de España intentando publicar sus memorias. En fin, estuve con ella no en un sentido carnal, sino para hablar del pasado y hacerla reír hasta tal punto que acabó por torcérsela la peluca roja y la palidez de su rostro desapareció. En aquella ocasión decidí no traer conmigo a mi capellán. Estaba harto de sus sermones sobre la bebida y el vino. Pero lo que os decía, en Londres pasé un buen rato a su costa. Fui a ver a un copista a las afueras de San Pablo. Me hice pasar por uno de esos puritanos, ya sabéis a los que me refiero, a esos desgraciados con la endiablada misión de querer hacer a todo el mundo igual de infeliz. Me presenté con el nombre de reverendo Josiah Blackwood y le dije al copista que redactara la siguiente carta para mi querido escribano:

Estimado amigo:

El Señor me ha encomendado la misión de recorrer este reino para advertir a todos sus fieles de los peligros que conlleva la bebida. En mis viajes y peregrinaciones disfruté de la compañía de un joven llamado Philip, procedente, como vos, de buena familia, cuya vida se ha visto arruinada por los delirios que causan el vino y las jarras de cerveza londinense: Durante mis sermones, Philip se sentaba en un taburete a mi lado, con la cara enrojecida y los ojos llenos de legañas, tirándose pedos, eructando y haciendo toda clase de gestos obscenos ante la congregación. Me atrevería a señalar a Philip como un verdadero ejemplo de lo que puede llegar a ocasionar la maldita bebida.

Lamentaréis saber que, recientemente, Philip murió. Y ahora un buen amigo me ha recomendado vuestro nombre como posible sustituto. Me pregunto si os gustaría ocupar tal puesto. En ese caso, podéis poneros en contacto conmigo en la taberna de Green Kirtle, frente a la catedral de San Pablo.

En olor de santidad,  
el reverendo Josiah Blackwood.

En resumen, me reí de él todo lo que quise y más. Al regresar de Londres descubrí que mi querido capellán estaba muerto de miedo por si a Josiah Blackwood se le ocurría hacerle una visita. ¡Cómo me reí! ¡Qué bien me lo pasé! Pasaron algunas semanas antes de que se diera cuenta de que todo había sido una broma. Levanto mi mano, miro su pequeña cara de ciruela y le prometo solemnemente que le doy permiso para casarse. Sí, adornaré la iglesia. Hasta me encargaré del banquete. Y no, prometo no decir nada acerca de su pasado a la novia. Pero con una condición: deberá ponerse una máscara durante la ceremonia. *O tempora! O mores!*

Ahora se ha puesto a dar golpecitos con la pluma sobre la mesa. Yo me pongo cada vez más serio a medida que los recuerdos golpean mi alma. La puerta se abre de par en par, los fantasmas me llaman a través del túnel del tiempo. Me encuentro de nuevo en Londres, cuando Enrique y Wolsey tenían el reino en sus avariciosas manos. Vuelven las sutiles artimañas y planes ingeniosos de la corte, las traiciones, asesinatos y muertes acechando por todas partes. Benjamín me espera al final del túnel. Oigo cómo llaman a la puerta. El ruido es cada vez más fuerte. La abro y la Muerte, con el rostro endemoniado y las manos ensangrentadas, me espera al otro lado para darme la bienvenida.

# Capítulo 1

En la primavera de 1523, año decimocuarto del reinado de Enrique VIII, mi señor y yo descansábamos de nuestros deberes en el feudo que poseíamos a las afueras de Ipswich. Benjamin se dedicaba a hacer sus buenas obras mientras yo aplicaba de manera diligente el refrán que afirma que «cuando el diablo no tiene qué hacer, con el rabo mata moscas». Había intentado abrir una botica en el pueblo, pero Benjamín me lo prohibió cuando se enteró de que le compraba productos a un tal doctor Quicksilver, que vivía en las casas destartaladas enfrente de Whitefriar. Benjamín me llamó a su cámara, su alargado rostro moreno reflejaba rabia e indignación.

—Roger, Roger —me sermoneó mientras me señalaba con uno de sus huesudos dedos—. ¿Desde cuándo una rana triturada es un afrodisíaco?

—Yo no he dicho que lo fuera —contesté.

—Por lo menos se lo has dicho a Hick Carrodeheno.

—¿Qué otra cosa podía hacer, señor? Está perdidamente enamorado de esa lechera.

—¿La misma lechera a la que dabas clases en los prados que se extienden a lo largo del río?

En ese momento maldije por lo bajo la capacidad de retención de la memoria de mi señor.

—Me parece que no —respondí finalmente intentando no mirarlo a los ojos.

—¿Y qué me dices del vicario Doggerell?

—¿Qué le pasa al vicario, señor?

Benjamin se reclinó en su silla detrás de la mesa.

—El preparado que le vendiste para curar su calvicie. Lo olí al terminar la misa del sábado.

No moví ni un solo músculo de la cara.

—Olía a boñiga de vaca —insistió Benjamin.

—Es un remedio poco conocido, señor. Se machacan algunas hierbas y luego se mezclan con un elixir especial. Si el vicario Doggerell se lo aplica cada noche conseguirá tener tanto pelo como yo.

Benjamin se inclinó sobre la mesa.

—Eso no es verdad, Roger. Quiero que acabes con esto y que todo lo que hayas ganado lo metas en el cepillo de la iglesia. —Benjamin echó su silla hacia atrás—. Tienes una mente muy despierta, buen ojo y agilidad en la muñeca. ¿Cómo van las clases de esgrima?

—El *signor* d'Amoral —contesté refiriéndome al maestro portugués que Benjamin había contratado para ambos— dice que he adquirido un gran manejo.

Benjamin se rascó la cabeza y miró malhumoradamente a través de la ventana.

—Mi tío vendrá pronto a buscarnos —añadió por lo bajo.

El corazón me dio un vuelco y se me revolvió el estómago, pero mantuve la serenidad. Cuando Tom *el Gordo*, legado del cardenal, arzobispo de York, el primer y único ministro del rey Enrique VIII, venía en busca de su querido sobrino y de su siervo, el resultado era siempre el mismo: que el viejo Shallot iba directo a una mierda cien veces más pastosa y peligrosa que la que el viejo vicario Doggerell se había untado en su estúpida calva.

—¿Qué os hace pensar eso, señor? —balbuceé.

Benjamín estaba de pie contemplando dos blasones que había sobre la chimenea y que representaban los escudos de armas de las familias Daunbey y Shallot.

—¿Estás seguro, Roger? —me preguntó ensimismado.

—¿Seguro de qué, señor?

—De que el escudo de los Shallot tiene un ciervo rojo rampante —contestó Benjamin dedicándome una sonrisa de medio lado—. Éste es muy rampante.

Me encogí de hombros.

—Los Shallot son una familia de gran linaje —mentí—. Llegaron a ser muy nobles y poderosos hasta que cayeron en una mala racha. Pero, señor —insistí—, ¿qué os hace pensar Que vuestro querido tío va a venir a buscarnos?

—Es sólo un presentimiento, sólo un presentimiento.

Gruñí por lo bajo y cerré los ojos. El invierno pasado SU querido tío vino a buscarnos. Benjamin y yo fuimos destinados a las baldías y heladas tierras de Somerset para aclarar algunos asuntos de brujería, cabezas cortadas, Manos de Gloria y asesinatos por doquier y, encima, entre una cosa y otra tuvimos que patinar sobre lagos congelados.

—Roger, ¿qué haces con los ojos cerrados?

Los abrí de inmediato y forcé una sonrisa.

—Sólo rezaba, señor, rezaba para que vuestro querido tío goce de buena salud.

—Bueno, no estamos para perder el tiempo —declaró Benjamin—. ¿Conoces la vieja colina?

—¿Desde la que se divisa el molino?

—Sí, Roger. Creo que es un antiguo castro.

Solté otro gruñido. Mi señor Benjamin, un auténtico hombre de la nueva erudición, tenía buen corazón y una mente muy despierta. Sus dos pasiones eran la alquimia y las antigüedades. Aunque yo añadiría una tercera: su esposa Johanna, que había perdido totalmente el juicio. Fue seducida por un noble y más tarde enloqueció. Finalmente la enviaron con las monjas al monasterio de Syon, en Londres. ¡Pobrecilla!, murió a los ochenta años y hasta el final de sus días creyó que aquel joven vendría a buscarla. Eso, evidentemente, nunca sucedió, ya que Benjamín, todo un maestro de la espada, lo había matado.

Pero, como os decía, mi señor era un gran erudito, un verdadero amante de todo lo clásico. Incluso había viajado a Gales para asistir al festival de música de Eisteddfod en Caurawys y se hizo amigo de su poeta más ilustre, Tudor Aled. Compró el libro sobre agricultura de John Fitzherbert y encargó una copia de la obra de Hans Sachs *El ruiseñor de Wittenberg*, un poema dedicado a Martín Lutero. ¡El ruiseñor de Wittenberg! Lutero era un viejo estreñado, eso es lo que era. Por ese motivo muchos de sus escritos, incluyendo las *Charlas de sobremesa*, contienen tantas referencias a intestinos, cámaras y fluidos corporales. A Lutero no le pasaba nada que un buen purgante no hubiese podido remediar. Y lo mismo podía decirse de su amante Katherine, una monja que había abandonado los votos. Los llegué a conocer, y todo lo que puedo deciros es que eran más feos que Picio y que estaban hechos el uno para el otro). ¡Ay, a cuánta gente he conocido! Sólo desearía que Benjamín se encontrara ahora aquí. William Shakespeare le hubiera fascinado. El verano pasado Will vino a Burpham y representó su obra *Noche de Reyes*. Le ayudé con algunas estrofas, sobre todo con las de Malvolio: «Unos nacen grandes,/otros adquieren la grandeza,/y otros, en fin, tienen la grandeza suspendida sobre sí».

Yo mismo compuse estos versos. El bueno de Will me lanzó una mirada intencionada con rostro sonriente.

—¿Y qué me decís de vos, Roger Shallot? —me preguntó—. ¿Cuál de ellos sois?

—Los tres —repliqué.

Shakespeare se puso a reír de aquel modo tan agradable y delicado que tenía. Advertí por sus astutos ojos que conocía la verdad, así que me reí con él. ¿Que cuál es la verdad? Pues que el viejo Shallot es un fanfarrón. (Ya está mi escribano dando golpecitos sobre la mesa con la pluma y mirándome por encima del hombro con desaprobación). ¿Sabíais que su cara tiene más arrugas que una pasa? ¡Se cree muy listillo! ¡Mi pequeño capellán enano! «Estáis divagando —se queja—, estáis divagando».

Y tiene razón, en cierto modo. Pero todo lo que digo guarda relación con mi historia. Voy a contaros asesinatos que os congelarán la sangre de las venas y harán que los latidos de vuestro corazón suenen como un tambor, y os voy a hablar de hombres cuya astucia y crueldad no tienen fin. Pero ya llegará el momento de contaros todo eso. En resumen, en aquella cálida mañana de primavera a mi señor se le metió en la cabeza que tenía que ir a cavar en lo alto de aquella vieja colina desde la que se veía el molino. Así que a la mañana siguiente, con una copia del libro de Tácito *Vida de Agrícola* y provistos de picos, arcos, azadas y palas, nos fuimos a cavar.

Al principio no paraba de quejarme de todo, pues las lesiones de mi espalda me estaban matando. Pero Benjamín no hacía más que reírse. Parece como si lo estuviera viendo ahora, con el cabello recogido en una coleta en la nuca, vestido con unas

calzas negras arremetidas en unas botas de suela maciza, la camisa de batista arremangada y abierta por encima del pecho. El sudor recorría su rostro y dejaba en su camisa gris manchas de humedad. Recuerdo que me miró con solemnidad y me dijo:

—Creo que deberías cavar, Roger. Me parece que en este lugar podría haber un tesoro escondido.

Os lo juro, cavé como si a la mañana siguiente se fuera a acabar el mundo, hasta tal punto que Benjamin tuvo que contener mi entusiasmo. No encontré ningún tesoro. Al final paré, descansé sobre mi pala y lo miré lleno de furia.

—¿Por qué estamos cavando?, quiero decir, ¿por qué precisamente aquí y no más allá?

Benjamin señaló la cima de la colina.

—Creo que en el pasado había un castro allí en lo alto. Aquí, en la falda de la montaña, debería encontrarse una zanja o un foso extendiéndose a ambos lados de la entrada. Sus antiguos habitantes debían de verter los desperdicios en el foso. Además, según Tácito, los romanos asaltaron los castros cuando llegaron y enterraron a los muertos en este lugar. Así que continúa cavando, Roger.

Obedecí, maldiciendo y sudando sin parar. El suelo se iba haciendo cada vez menos firme y de pronto entreví algo blanco.

—¡Señor! —grité.

Benjamin se acercó a toda prisa. Excavó la tierra con sus propias manos y ambos contemplamos el esqueleto medio desenterrado.

—¿Qué es, señor? —susurré—. ¡Oh, mierda! —di unos pasos hacia atrás—. Ya sé lo que va a pasar ahora. Seremos castigados por esto. ¿De qué se trata, de brujería?, ¿o es que han enterrado a alguien vivo?

—Rápido, Roger, continuemos. Este hombre hace más de mil años que está muerto.

Continuamos cavando y desenterramos más esqueletos. Encontramos toda clase de objetos: un anillo, una espada, collares y sandalias de piel. Benjamin me explicó con paciencia que habíamos encontrado un foso. Señaló las calaveras de los esqueletos: cada una tenía un agujero en la frente, justo encima de la nariz.

Creo que eran celtas —observó Benjamín—. Los mataron cuando asaltaron el castro.

En efecto, señor Daunbey; tenéis razón.

Nos dimos la vuelta. La Muerte se encontraba frente a nosotros, vestida como siempre de negro de pies a cabeza. Su rostro oculto bajo un sombrero de ala ancha, estaba muy rojo y sonreía como el de un monje campechano, lampiño y de nariz respingona. Sus ojos eran muy extraños, de un color indefinido.

—¡Doctor Agrippa! —exclamó Benjamin soltando una inhalación, dejó caer el

pico y se limpió las manos en la camisa. Estrechó la mano cubierta por un guante de piel negro que le tendía el emisario especial del cardenal Wolsey—. ¿Os envía mi tío?

Agrippa asintió y se quitó el sombrero. Permanecía de pie con una pierna ligeramente adelantada y sostenía el sombrero contra su rodilla. Luego se fijó en los esqueletos.

—Yo estuve aquí —añadió con un susurro.

—¿Aquí?

Agrippa clavó entonces su mirada en mí.

—Me alegro de veros, Roger.

Se acercó. Percibí la fragancia de su perfume exótico; era de sándalo, creo, mezclado con mirra e incienso. Lo miré a la cara y traté de disimular el escalofrío que recorrió mi cuello empapado de sudor. Los ojos de Agrippa habían vuelto a cambiar de color; ahora eran de un azul claro, inocentes como los de un niño.

—¡Oh!, ya lo creo que estuve aquí —continuó—. Había un gran castro en lo alto de la cima de aquella colina. En él vivían los icenios. Eran altos y de cabellos rubios, adoraban a Epona, diosa protectora de los caballos, y sacrificaban a sus prisioneros colgándolos de los robles.

Benjamin dio media vuelta en busca de su capa.

—Los romanos los mataron a todos —añadió Agrippa ausente—. Degollaron a hombre mujeres y niños, luego apilaron sus cuerpos en una hoguera. Las llamas y el humo se podían ver a millas de distancia. Nada cambia —murmuró—, nada cambia.

¿Y qué podía decir yo? Creo que ya os he hablado de Agrippa con anterioridad en alguno de mis diarios. Asegura que nació en la época de Cristo. ¿Conocéis la historia? Dicen que un oficial romano insultó a Cristo de camino al juicio y le gritó que se diera prisa. Jesús se volvió y le dijo: «Sí, yo me daré prisa; pero tú, tú me esperarás hasta que regrese».

No sé si la historia es cierta o no, pero Agrippa no envejecía con el paso de los años. Era señor de grandes misterios y fue el Gran Maestro de la orden secreta de los templarios, además de profeta. Un día me dijo en tono confidencial que Enrique *el Gordo* era el Topo o el Oscuro que, como profetizó Merlín, llevaría al reino por el mal camino y que haría que sus verdes campos se convirtieran en ríos de sangre.

Ya sé que no me creéis, pero es cierto que Agrippa era un hombre muy extraño. Cuando el viejo rey Enrique murió, consumido por la sífilis, Agrippa apretó tanto el voluminoso estómago del rey para meterlo en el ataúd que acabó por reventarlo. Abandonó la corte inglesa y no volví a verle hasta unos años después y, lo creáis o no, no había envejecido ni un solo día. Siempre vestía de negro. Nunca vi que sudara, que se quejara del frío o del calor. Mi capellán solía burlarse de mis historias sobre Agrippa. Pero dejó de hacerlo. Un día, hace poco (setenta años después de los sucesos que he descrito), mi escribano vio a un hombre vestido de negro que miraba

hacia la casa. No podéis imaginar lo nervioso que se puso. Después de todo, mi feudo está muy bien protegido por mis criados y mis perros lobos irlandeses. Atravesé corriendo la galería alarmado. Sin embargo, cuando fui a mirar yo, el hombre había desaparecido. Le pedí a mi capellán que me lo describiera y, cuando lo hizo, reconocí al doctor Agrippa.

¡Oh sí! ¡Por supuesto que estoy bien protegido! El sultán de Constantinopla me amenazó con enviar a sus «jardineros» tras de mí, son asesinos muy bien entrenados y sigilosos. ¿Y por qué? Todo porque el viejo Shallot robó la ciruela más jugosa del harén de su abuelo. Por si fuera poco, también tengo una deuda pendiente con los Luciferi de Francia y la Santa Inquisición de Toledo (¡Santa! Son el hatajo de asesinos más sangrientos, traicioneros y oscuros que jamás he tenido el placer de conocer). Y no hablemos de los Secretissimi de Venecia, a los que les gustaría cortarme la lengua y las orejas, y, por supuesto, no me olvido del Ocho de Florencia. ¡Ay!, ya he vuelto a nombrarla otra vez. ¡Florencia! Bueno, voy a dejar de andarme por las ramas.

Aquella maravillosa mañana de primavera, mientras Agrippa hacía varios comentarios sobre los esqueletos, Benjamin y yo recogimos nuestras cosas y lo condujimos de vuelta a casa. Ambos sabíamos que nuestros días de descanso se habían terminado. Por supuesto, Agrippa se negó a decirnos nada; sólo nos adelantó que teníamos que presentarnos en el palacio de Eltham por la tarde del día siguiente, con nuestras alforjas y zurrones preparados.

—¡Ah! —añadió con una sonrisa—, y vuestro querido tío ha dicho que también traigáis vuestras dagas y espadas.

Bueno, con eso tuve suficiente. En la cena bebí como un cosaco para calmar el ardor de mi delicado estómago y evitar así que mis intestinos hicieran ruido. ¡Ah, pero no os confundáis! El viejo Shallot no es un cobarde. Simplemente poseo un sentido de autoprotección muy bien desarrollado, que me obliga a huir tan rápidamente como puedo cuando el peligro acecha.

—¿Qué querrá ahora? —exclamé.

Agrippa se había levantado de la mesa, había salido afuera a contemplar la noche estrellada. (O por lo menos, eso es lo que nos dijo. Pero yo creo que fue a hablar con el ángel oscuro que lo guarda). Benjamín se había quedado muy pensativo desde su llegada.

—No lo sé, Roger —dijo—. Pero Agrippa ha comentado que se ha producido un horrible asesinato en Londres y que mi querido tío nos quiere allí cuanto antes.

—¡Pero si vuestro tío se encuentra en el palacio de Eltham! —exclamé.

—Y allá debemos dirigirnos, para ir luego a Westminster en caso de no encontrarlo.

Solté un gruñido y me senté en una silla acolchada de respaldo alto mientras

contemplaba los restos del faisán que había engullido.

—¿Y a quién han matado? —pregunté malhumorado—. ¿Al rey?

Benjamín me sonrió.

—A alguien cercano a él. El tiempo lo dirá.

(¡Y vaya si lo dijo! Después de pasarnos las siguientes semanas huyendo de corsarios turcos, de la violenta policía secreta, de serpientes venenosas y de asesinos profesionales, bien os puedo asegurar que el maldito tiempo lo dijo. Sin embargo, ya os lo contaré más adelante. Ahora, a lo que iba).

A la mañana siguiente salimos temprano de Ipswich. En el pueblo de al lado nos reunimos con el pequeño ejército de mercenarios de Agrippa. Iban vestidos de rojo y negro, los colores de Wolsey, con las letras doradas de T. C. (Tomás Cardinalis) grabadas en las capas y en los pequeños estandartes que llevaban. ¡Nunca hubierais dicho que eran cardenales! Se han visto cadáveres con mejor aspecto colgados de la horca de Smithfield, y eso después de que hayan pasado varias semanas. Eran el mayor atajo de pillos, golfos y bribones que jamás haya honrado la palabra *cristiano*. Siempre me sentí como en casa a su lado. Salieron de la taberna con paso jactancioso y me acogieron como al hermano perdido al que acababan de recuperar después de mucho tiempo. Inmediatamente eché mano a mi zurrón por si lo habían rajado y les grité que se mantuvieran bien alejados de mis alforjas. Por supuesto, tuve que saldar algunas deudas con ellos. Eran más tramposos que yo con los dados. Protesté entre risas diciendo que se me había olvidado jugar mientras esperaba atentamente a que se diera la primera oportunidad para recuperar todas mis pérdidas. Todavía conservo el dado que les robe, un dado Fulham, con uno de los lados limpiamente pulido de manera que se puede adivinar cómo va a caer. (Mi capellán ha soltado de repente la pluma, se ha levantado y se ha vuelto a sentar sobre su cojín acolchado).

—¡Me habéis engañado! ¡Me habéis engañado! —exclama a continuación.

¡Vaya si lo he engañado! Y ya no le puedo devolver el dinero porque me lo he fundido. Le servirá de lección: nunca apostéis, y menos conmigo.

Viajamos todo el día. El paisaje era muy bonito, dorado como un racimo bajo el sol. Los setos eran de un verde brillante y entre ellos se abría paso el maíz. El ganado, bien cebado, pacía en prados de hierba frondosa. Sin embargo, de vez en cuando veíamos granjas abandonadas, aldeas medio derruidas y campos sin arar convertidos en pastos para las rechonchas ovejas rabricortas. A primera hora de nuestra segunda mañana fuera de Ipswich, Benjamín se detuvo en lo alto de una colina y paseó la vista por los campos que se extendían a nuestro alrededor.

—Hace cuarenta años —declaró nostálgico—, estas tierras estaban labradas.

Señaló el camino por el QUE un grupo de campesinos avanzaba dejando atrás una aldea.

—Desgraciadamente, escenas como ésta son cada vez más frecuentes —continuó

—. Los ricos han echado a los pobres fuera de las tierras y han traído ovejas en su lugar para vender la lana en el extranjero. —Tiró de las riendas de su caballo—. Roger, cuando pasemos a su lado, dales una limosna. Esto va acabar en un mar de lágrimas.

—En un mar de sangre es como va a acabar —corrigió Agrippa—. Ya se han organizado algunas revueltas armadas en la zona. Se avecina una buena tormenta.

—¿Es que el rey no conoce la historia de su pueblo? —preguntó Benjamin haciendo avanzar su caballo.

Agrippa extendió rápidamente su mano, cubierta por un guantelete negro, y agarró a Benjamin por el brazo.

—Nunca le habléis del pasado —susurró—. Cuando os encontréis con el rey, no le habléis de su padre o de su juventud. Su majestad desea olvidar.

Y tras esa misteriosa advertencia se adelantó unos pasos frente a nosotros. Yo permanecí detrás para dar algunos peniques a aquel hatajo de hombres de rostros grises y ropa andrajosa. Sus dedos callosos y sucios agarraron con fuerza las monedas pero, una vez que se acabaron y proseguí la marcha, empezaron a escupirme.

Al principio pensamos que habíamos seguido el camino principal para ir a Londres pero, al llegar a un cruce de caminos, Agrippa se desvió ligeramente al oeste y atravesamos la aldea de Epping en dirección al pequeño caserío de Wodeforde, un pequeño y aletargado lugar dominado por la famosa parroquia de Santa María. Agrippa nos explicó que en el pasado Wodeforde fue una aldea muy próspera, pero nunca se recuperó de la peste que infestó al pueblo unos doscientos años atrás.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté mirando con curiosidad las pequeñas casas y chozas con techos de paja por las que pasábamos.

—Hemos venido a buscar a alguien.

—¿Quién?

—A Edward Throckle —contestó Agrippa.

—¿Quién?

—En el pasado fue médico del padre del rey y también del propio rey Enrique durante los primeros años de su mandato. Su majestad desea que Throckle venga a Londres con nosotros.

Benjamin tiró de las riendas de su caballo.

—Pero vos dijisteis que el rey no quería recordar el pasado.

Agrippa echó hacia atrás su montura y sonrió.

—Pero esto es distinto. El rey Enrique padece... ¿cómo os lo diría?, una pequeña dolencia —sonrió—. Las venas de su pierna se han reventado y se han convertido en una úlcera.

—¿Es que no hay médicos en Londres? —pregunté.

—Bueno, hay otras cuestiones un poco más delicadas.

—¿Queréis decir que ha cogido la gonorrea?

Agrippa frunció el ceño y me indicó con la mano que bajara el tono de voz. Pero nadie prestaba atención: los criados de Wolsey habían divisado a una linda lechera y estaban ocupados silbándole y dedicándole toda clase de gestos obscenos.

—Peor que la gonorrea —añadió Agrippa—. ¿Habéis oído hablar de esa enfermedad francesa?

Enseguida miré a Benjamin. ¡El castigo del rey Enrique VIII se había cumplido! Pocos años antes el rey se había encaprichado de la mujer de uno de sus cortesanos. El noble, que desvivía por complacer a su rey, permitió que el rey Enrique se colara en la cama de su esposa. Sin embargo, lo que el rey no sabía (y el cortesano conocía) era que su hermosa mujer tenía esa enfermedad, una terrible dolencia que apareció primero entre las tropas francesas que merodeaban por el sur de Italia. El mal se manifiesta en heridas abiertas en los genitales que primero se vuelven de color azul y luego de color negro, hasta que finalmente acaban por descomponer la carne. Existe una variedad mucho más sutil que penetra en la sangre, daña los humores y ablanda los sesos del enfermo hasta que éste enloquece.

—¿Y el rey Enrique piensa que Throckle puede curarlo?

Agrippa se encogió de hombros.

—Confía en Throckle. De camino hacia aquí pasé por su casa y le entregué la invitación de Wolsey. ¡Será mejor que el viejo esté preparado!

Atravesamos Wodeforde siguiendo el camino que se adentraba en los espesos bosques de Epping. Al llegar a una encrucijada Agrippa se detuvo ante la verja de una espaciosa casa de tres plantas, pintada de blanco y negro y con las tejas de color rojo. La mansión hacía gala de un estilo recargado, con brillantes vigas negras que hacían resaltar todavía más el blanco del encalado y una increíble chimenea que se alzaba a un lado de la casa. Agrippa, Benjamín y yo desmontamos y seguimos el camino del jardín. A ambos lados crecían flores con gloriosa profusión y perfumaban el aire seco con su fragancia. Había de todas clases: margaritas, primaveras, aguileñas, violetas, rosas, claveles y flores de ciprés.

Agrippa llamó a la puerta pero la casa permaneció en silencio. Volvió a llamar.

—¿No hay criados? —preguntó Benjamín.

—Throckle es como su antiguo señor, el viejo rey —sonrió—. Si puede ahorrarse un solo penique, lo hará.

Esta vez aporreó la puerta, pero tampoco hubo respuesta, así que terminó echándola abajo. Una vez dentro, en la galería de losas de piedra el olor no era tan agradable. Más bien era rancio y bastante fétido, pero había algo más: no era madera quemada, sino el hedor que desprende una hoguera en la que se ha echado toda clase de porquería. Nos dirigimos a las estancias de abajo, un pequeño solar, un fregadero y una cocina, pero allí no había nadie. Subí las escaleras y atravesé la galería. Vi una

puerta sin el pestillo echado. La empujé y entré en el dormitorio de Throckle. El olor a quemado allí era todavía más fuerte. La enorme chimenea con dosel estaba llena de cenizas ligeras como plumas. Las ventanas estaban cerradas. Saqué mi yesca y encendí una vela. Atravesé la estancia, abrí las contraventanas, me di la vuelta y casi se me cae la vela del susto. Cerca de la cama había una bañera enorme y dentro yacía un anciano con las manos sumergidas en el agua teñida de sangre. Sobre el cuerpo revoloteaba ruidoso un grupo de moscas. A lo largo de mi vida he visto muchos cadáveres, pero aquél era especialmente espantoso. Tenía la cabeza rapada, los carrillos hundidos, la boca llena de sangre dejando entrever las rojas encías, los ojos medio abiertos y el cuerpo blanquecino flotando en el agua.

Dejé la vela sobre una mesa y llamé a Benjamín. El y Agrippa subieron a toda prisa las escaleras y contemplaron horrorizados la espeluznante escena.

—¡Vamos! —instó Benjamín—. ¡Saquémoslo de ahí!

Se colocó detrás de la bañera y cogió al hombre por debajo de los brazos. Yo cerré los ojos, introduje las manos en aquel agua tan repugnante y levanté el cuerpo por los escuálidos tobillos. Lo dejamos sobre la alfombra. Recuerdo que estaba hinchado, blando y lleno de sangre. Me puse en pie y me alejé del cadáver llevándome una mano a la boca e intentando contener mis ganas de vomitar.

—¿Lo han matado? —pregunté aún de espalda.

—No lo creo —contestó Benjamín Ven, fíjate, Roger.

Me acerqué remiso y contemple de nuevo el cadáver. Las manos del viejo mostraban ahora su palma y dejaban ver dos profundas heridas que cortaban las venas de sus muñecas.

—Lo hizo según la tradición romana —murmuró Agrippa.

—¿Qué queréis decir? —pregunté.

Agrippa se acercó a la bañera. Metió la mano en el agua sanguinolenta y rastreo el fondo sin vacilar hasta dar con un estilete italiano de hoja muy alargada, que lanzó sobre la alfombra.

—El método romano —continuó— consiste en llenar una bañera con agua ardiendo, meterse dentro y abrirse las venas. Dicen que la muerte llega como cuando a uno le entra sueño.

Miré una vez más el cuerpo.

—Pero ¿por qué querría suicidarse un médico tan reconocido? —pregunté señalando a mi alrededor—. Mirad esta habitación. Alfombras de lana en el suelo, nada de esteras. Lujosas colgaduras de cama, velas de cera de abeja y ¿qué me decís de esos tapices de la pared?

Señalé un tapiz de Arras; era enorme y representaba las escenas de las vidas de los santos: un san Jorge dorado atravesando con una lanza al dragón de la oscuridad, el santo rey Edmundo acribillado por las flechas de los salvajes daneses... Benjamín

se arrodilló ante la chimenea.

—Se suicidó —dijo—, mas antes quemó algunos papeles. Pero ¿por qué? —Se levantó—. ¿Qué razón podía tener un médico tan reconocido como Edward Throckle para suicidarse en su bañera tras recibir una invitación cordial para regresar a la corte?

Agrippa corrió las cortinas de la cama y se sentó en el edredón de tafetán de hilos dorados y plateados.

—¿Cómo sabemos que fue por lo de la invitación? —preguntó frotándose la rodilla con los dedos.

—¿Y por qué si no? —pregunté yo y miré a Benjamín—, ¿cuánto tiempo diríais que ha permanecido en este estado, señor?

Benjamín se arrodilló y tocó el cuerpo del hombre.

—Está frío; parece de cera —afirmó pensativo—. Veamos: salimos de Ipswich ayer por la mañana. Vos, doctor Agrippa, llegasteis el día anterior, ¿verdad?

—Y un día antes —añadió Agrippa—, estuve aquí con la carta de Wolsey.

—Creo que murió el día que vos llegasteis a Ipswich —concluyó Benjamín. Levantó la mirada hacia Agrippa, que le la devolvió con aire inocente, y añadió—: Roger tiene razón. Debió de ser aquella invitación —se puso en pie—. Doctor, todos sabemos cómo es el rey, así que decidnos: ¿Había algún mensaje oculto? ¿A qué tenía miedo Throckle?

Agrippa nos dirigió una mirada solemne y levantó la mano izquierda.

—Os juro, señor Benjamín, que la carta era tan sencilla que ni siquiera llevaba sello. Wolsey le enviaba sus mejores deseos y le comunicaba que el propio rey invitaba a «su estimado y querido médico, sir Edward Throckle» a que se reuniera con él en el palacio de Eltham en compañía de sus súbditos leales Benjamín Daunbey y Roger Shallot. —Cerró los ojos y continuó—: También decía que el rey echaba de menos sus servicios y le pedía que trajese consigo alguna de sus famosas medicinas.

—¿Cómo cuáles?

—Musgo seco, polvos de manzanilla, raíces de hinojo y cosas así. —Agrippa sacudió la cabeza—. Nada del otro mundo.

—¿Y cuando vos vinisteis...? —preguntó Benjamín.

—El médico rebosaba en salud.

—¿Le entregasteis la carta?

—Sí, nos sentamos en la cocina y compartimos una botella de vino.

—¿Y Throckle leyó la carta?

Agrippa se puso en pie.

—Leyó la carta, sonrió y dijo que estaría encantado de volver a palacio. Y os lo aseguro, señor Daunbey, no mostró ningún síntoma de miedo o señal de ansiedad; ni un cambio de expresión, ni una mirada extraña. ¡Os lo juro!

Agrippa era un actor excelente, sin embargo intuí que en este caso decía la verdad.

—¿Y cuando os marchasteis? —pregunté.

—Hablaba por los codos; estaba muy emocionado. Decía que estaría encantado de regresar a la corte y que pronto aliviaría los dolores del rey.

—No tiene sentido —concluyó Benjamín tajantemente. Se acercó y miró el cuerpo—. Contemplemos por un momento la hipótesis de que nuestro buen amigo Throckle tenía algo que temer de su majestad. Si así fuera, sabiendo lo que sabemos de nuestro querido rey, Throckle habría muerto hace años. No le habrían permitido un retiro tan honorable y con tantas comodidades. Conclusión: Throckle no tenía nada que temer. Así que consideremos una segunda hipótesis. ¿Había algo en la invitación que pudiera parecerle a Throckle una amenaza? En ese caso, sería contradictorio con nuestra primera conclusión —Benjamín me lanzó una mirada—; luego cabe la posibilidad de que hubiera recibido otra visita cuando nuestro querido doctor Agrippa se marchó. La visita de alguien que no quería que nuestro buen médico volviera a palacio. Éste lo amenazó y Throckle, tras meditarlo, decidió con tristeza que el suicidio era su única alternativa.

—Cabe otra posibilidad —interrumpí—. Throckle era médico, ¿cierto?, y también boticario. ¿Es posible, señor, que alguien viniera —intenté no mirar a Agrippa—, envenenara el vino, llenara la bañera con agua caliente y luego cortara las muñecas del pobre bastardo?

—Pero ¿qué estáis diciendo? —exclamó Agrippa con tono burlón—. ¿Cómo os atrevéis a acusarme, Roger? Apenas estuve aquí una hora. Podéis preguntárselo al hatajo de sinvergüenzas que me acompaña. Estuvieron pisoteando el jardín mientras soltaban toda clase de blasfemias porque les había prometido que podrían refrescarse un poco en la próxima taberna por la que pasáramos.

—Con el debido respeto, mi querido amigo —le contesté con el mismo tono—, esos sinvergüenzas serían capaces de utilizar los nudillos de su madre para jugar a los dados.

Agrippa suspiró y dio unas palmaditas sobre el sombrero de ala ancha que tenía a su lado.

—Penséis lo que penséis, os juro que yo no maté a Throckle. No tuve nada que ver con su muerte y tampoco sé qué motivos tenía para suicidarse.

—No creo que se trate de un asesinato —terció Benjamín—. Tengo pocas pruebas, pero —miró a su alrededor— todo está tan ordenado... —Señaló el escritorio cubierto de pergaminos que había en una esquina del fondo. Encima había varias estanterías llenas de libros forrados con piel de becerro—. Parece que todo está en su sitio —continuó—, aunque han sido quemados algunos papeles y pergaminos. Fijaos en la chimenea. ¿Os dais cuenta de lo limpia que está? Es como si Throckle

hubiese quemado aquello de lo que quería deshacerse y hubiera preparado luego todo con sumo cuidado antes de morir.

Agrippa se dirigió al escritorio. Escuché el chasquido de una yesca y acto seguido se encendió una vela.

—¡Tenéis razón! —exclamó cogiendo un rollo de pergamino—. Ésta es la última voluntad y el testamento de sir Edward Throckle, médico de profesión, firmado y sellado hace dos días. Throckle se suicidó —declaró Agrippa con aire triunfal, acercándose y lanzando el pergamino a las manos de Benjamín—. Pero ¿por qué? —Esbozó una sonrisa todavía mayor—. Bueno, ése es el gran interrogante.

## Capítulo 2

Benjamín cogió el pergamino, lo desenrolló y empezó a leerlo con calma.

—Yo, Edward Throckle —empezó—, en plena posesión le mis facultades...

Terminó de leerlo en silencio, moviendo los labios, finalmente levantó la vista con aire sorprendido.

—No dice nada; es como si Throckle hubiera preparado su testamento con la intención de vivir otros setenta años más. No hay ninguna muestra de arrepentimiento, ansiedad o enfermedad. De hecho, deja esta casa y todos sus bienes al rey. —Benjamín lanzó el pergamino sobre la mesa—. Veamos —dijo—, veamos el resto de los documentos.

No había gran cosa: manuscritos, hipotecas, cartas personales...; y el resto hacía referencia a propiedades que había adquirido durante el tiempo que sirvió a la corona. Benjamin soltó un suspiro y no tuvo más remedio que concluir que todo en sí resultaba muy misterioso. Cubrió el cadáver con una sábana de la cama mientras Agrippa salía para enviar a uno de sus hombres en busca de un oficial de justicia local. Cuando llegó el oficial, nosotros proseguimos nuestro camino, mas por aquel momento yo ya había empezado a sentir aquel estremecimiento tan familiar que el miedo me producía en la boca del estómago. Algo olía mal en todo aquel asunto. Los demonios acechaban desde la oscuridad; se preparaban para salir de su escondrijo y atacarnos. Benjamín también se sentía intranquilo. Ya entrada la tarde nos detuvimos en una taberna antes de llegar a Mile End Road. Una vez instalados en un cenador del jardín de atrás de la taberna, bien lejos de los oídos de los criados de Wolsey y otros clientes, Benjamín se inclinó y agarró a Agrippa por la muñeca.

—Estoy de acuerdo, mi querido doctor —dijo—, en que la muerte del señor Throckle es un misterio, pero ahora decidnos, ¿por qué vamos a Londres?

Agrippa cogió su copa de vino y se sentó frente a nosotros con el aspecto de un benévolo querubín. A pesar del calor de aquella tarde seguía llevando puesto su sombrero negro de ala ancha y aquella capa tan gruesa que lo envolvía como si estuviéramos en un día de pleno invierno. Sin embargo, su rostro terso no tenía ni una mota de polvo o suciedad, ni siquiera una gota de sudor.

—Mi querido doctor —añadí con un gruñido—, esperamos vuestra respuesta casi sin aliento.

Agrippa dejó su copa de vino en el suelo.

—Muy bien. En primer lugar, no tuve nada que ver con la muerte de Throckle ni tampoco sé por qué se suicidó. Supongo que el juez dictaminará que en un acceso de melancolía decidió quitarse la vida. Yo me limité a entregarle la carta del cardenal Wolsey y cuando me marché estaba sano y salvo. No veo nada en esa invitación que pudiera hacer que la mente de un hombre enloqueciera hasta tal punto que deseara

matarse.

—¿Y qué hay del asunto de Londres? —insistió Benjamín.

—¡Ah!, eso es distinto; se trata de un asesinato. —Agrippa nos hizo señas para que nos acercáramos—. Hace diez días llegó a la corte inglesa la prestigiosa familia Albrizzi de príncipes comerciantes de Florencia. Vienen como representantes de esa poderosa ciudad-estado, que compra enormes cantidades de lana a nuestro país a cambio del oro más fino. Traen cartas y saludos de Giulio de Médicis, cardenal y legislador de Florencia, para el rey y su querido hermano cristiano, Tomás Wolsey. En resumen, los Albrizzi son una familia muy poderosa. Está, o, mejor dicho —rectificó Agrippa—, estaba formada por Francesco, cabeza de familia, de unos casi sesenta años; su esposa Bianca (ahora viuda, como os explicaré); Roderigo, el hermano de Francesco, un poco más joven; Alessandro, el primer y único hijo de Francesco, de poco más de treinta años; Beatrice, la hija de Francesco, y Enrico, su marido, vástago de una noble familia de la cual él es el único superviviente. El verdadero apellido de Enrico es Catalina, pero ahora ha preferido adoptar el de Albrizzi. También viven con la familia su médico particular, que a su vez es secretario y capellán, un notario papal llamado Gregorio Preneste y un guardaespaldas, un mercenario de nombre Giovanni. —Agrippa se encogió de hombros—. Hay otros miembros de la casa, pero no tienen importancia; excepto María —dijo sonriendo—, una enana que es el bufón de la familia. Una criatura curiosa —añadió con cariño—. Ya he conocido a mujeres como ella antes, la mujer perfecta en todos los sentidos, excepto por un pequeño detalle: mide poco más de un metro de altura. —Recogió su copa del suelo y tomó un sorbo con calma—. Bien —añadió a continuación—, este grupo tan encantador se alojó en los aposentos del palacio de Eltham. Su visita iba a ser muy cordial. A los Albrizzi les encanta mantener una buena relación con la monarquía inglesa, ya desde tiempos del viejo rey. La razón por la que vinieron a Inglaterra fue la de sellar algunos tratados comerciales y estudiar la situación del rey Enrique y el cardenal Wolsey si el legislador de Florencia, su eminencia Giulio de Médicis, nombrara a vuestro tío posible sustituto del Papa.

—Pero ya tenemos un papa —interrumpió Benjamin—. El holandés Adriano de Utrecht, un reformista entusiasta de la Santa Madre Iglesia. Adriano piensa limpiar todas las manchas de Roma y está muy ocupado desterrando a prostitutas, brujos, magos y cortesanas de la ciudad. Tengo entendido que hasta ha amenazado con apartar del sacerdocio a obispos que han sido encontrados culpables de corrupción, así como con retirar a la fuerza a cualquier cardenal que esté involucrado en asuntos de este tipo.

—Sí, sí —afirmó Agrippa entrecerrando los ojos—. El papa Adriano tiene intención de limpiar el templo y acabar con los cambistas y con aquellos que atacan a

los seguidores del Señor. —Levantó la vista; ahora sus ojos tenían esa mirada tan extraña, de color indefinido—. Sin embargo, Roma está demasiado corrompida, se ha convertido en unos auténticos establos de Augias. Además, el papa Adriano es un hombre que no goza de muy buena salud, de éstos a los que los cardenales de Roma prefieren ver muertos de forma súbita o misteriosa antes que dejarlos morir. ¡Nunca las palabras dijeron mayor verdad! Ahora bien, como ya debéis saber a estas alturas, soy miembro de la antigua fe; los curas venían a casa para celebrar la misa y todavía recito el rosario ante la estatua de la Virgen. Es cierto que la Iglesia de Roma ha hecho limpieza y ha acabado con la corrupción, pero en mi juventud Roma era el culo del mundo. Leed con vuestros propios ojos los libros de historia. Apuesto a que hasta el mismo demonio se sentía aterrorizado ante la encantadora pareja que formaban Rodrigo Borgia, posteriormente el papa Alejandro VI, y su querido sobrino César, sobre el cual Maquiavelo basó su obra *El Príncipe*. Creían tanto en Dios como un zorro en su capacidad de volar. De hecho, sólo creían en una única cosa. Bueno, no, mentira, en dos: en que «los Borgia eran lo primero y no había segundo puesto» y en que «es mejor acabar con tu enemigo antes de que él acabe contigo». Pero ya os contaré más cosas de esta pareja tan entrañable en otro momento.

En aquel cálido y soleado día, sentados en un jardín Inglés, con las rosas abriendo sus pétalos al sol y llenando el aire con su embriagadora fragancia, parecía que tales delitos se hubieran cometido hacía mucho tiempo. Sin embargo, el silencio de Agrippa y sus oscuras miradas hicieron que me recorriera un escalofrío por todo el cuerpo. Agrippa estala al corriente de lo que sucedía en el poder y lo que estaba haciendo, de hecho, era profetizar el asesinato de un papa.

—¿Y el rey Enrique cómo trató a los Albrizzi? —pregunto Benjamin, rompiendo el silencio.

—¡Oh!, como si fueran hermanos de sangre. Se intercambiaron varias ofrendas, como indica la tradición. Ellos le regalaron al rey un retrato de cuando era joven en el que aparece rezando ante la tumba de su padre. El rey Enrique declaró sentirse muy feliz. (La verdad es que estaba muy guapo, parecía un ángel y supongo que lo era antes de que convirtiera su vida en una continua borrachera y en un eterno banquete). Además le regalaron un precioso diamante en una cadena de oro, algunas figuritas también de oro y un libro de horas. Por su parte, el rey les hizo regalos igual de valiosos: espadas inglesas y alfombras de pura lana. Las negociaciones comerciales se celebraron bajo una total armonía. No podía ser de otra forma, pues Florencia es un mercado excelente para vender lana inglesa. —Hizo una pausa y bebió de su copa—. Todo iba a las mil maravillas hasta que tuvo lugar ese asesinato. Francesco Albrizzi fue a comprar a Cheapside con su hija y su yerno. Cada uno se fue por su lado a ver diferentes tiendas. De pronto se oyó el disparo de un mosquete procedente de alguna de las calles. Francesco fue alcanzado en la sien y murió en el acto. —

Agrippa hizo rodar la copa entre sus manos enguantadas—. Ya os podéis imaginar el escándalo que se formó. Comisarios, oficiales de justicia, jefes de policía y jueces cortaron las calles principales de Londres como un cuchillo corta el queso más blando. —Sacudió la cabeza—. Pero no pudieron encontrar ni rastro del asesino ni del arcabuz que utilizó.

—¿Y el motivo del asesinato? —preguntó Benjamin.

—¡Sabe Dios! Pero una cosa está clara: sólo unos pocos asesinos profesionales utilizan arcabuces o armas de fuego. Y, en ese caso, las lenguas acabarían hablando y el canalla responsable de matar a un hombre tan rico y poderoso pronto sería delatado a cambio de una buena recompensa.

—¿Y el rey? —pregunté.

—Está furioso y muy indignado con el pueblo. Ha dicho que piensa negarle toda clase de libertades si se demuestra que el asesino es un londinense.

—Hay algo que no entiendo —interrumpí—: Los arcabuces son armas muy poderosas; ¿cómo va a pasearse alguien con un arcabuz por todo Londres, prepararlo para disparar, apuntar y matar al líder de la embajada de Florencia y luego desaparecer sin ser visto?

Agrippa compuso un mohín.

—Pues parece que eso es lo que sucedió. Cheapside estaba atestado de gente, pero nadie vio al asesino o el arma homicida. Oyeron el disparo y Albrizzi, que había estado curioseando entre algunos de los puestos, cayó al suelo como un pájaro tras proferir un terrible alarido.

—¿Dónde estaban sus acompañantes? —preguntó Benjamin.

—Su hija y su yerno estaban cerca. Ella estaba mirando ropa de la región. Enrico había entrado en la tienda de un orfebre para comprar un regalo a su joven esposa. Tan pronto como se oyó el disparo, tanto el yerno como la hija acudieron corriendo al lugar. Tuvieron que abrirse paso como pudieron —sonrió Agrippa con perplejidad—. Y, antes de que me lo preguntéis, ninguno de los dos llevaba una arma. Además, ¿qué motivo tendrían para planear el asesinato de un hombre al que ambos querían y admiraban? Y lo más importante —añadió Agrippa—, cualquiera que haya disparado un arcabuz sabe que deja manchas en las manos o en el justillo. Enrico llevaba uno precioso de color blanco y en él no había ni rastro de suciedad.

—La bala del arcabuz, ¿era inglesa o italiana?

—Bueno, el cuerpo fue trasladado a Eltham, donde se colocó en una de las capillas privadas del rey. Los embalsamadores reales lo amortajaron y extrajeron la bala del cráneo de Francesco. Era bastante común. El jefe de armamento del rey y los armeros de la Torre creen que tanto la bala como el arcabuz eran ingleses.

—¿Dónde se encontraba el resto de la familia?

—Bueno, ésa es la otra parte de la historia. —Dejó la copa vacía en el suelo—.

Aparte de Enrico y su mujer, todos se encontraban en Eltham. Es muy difícil determinar si dicen la verdad o no, pero... —A Agrippa se le rompió la voz.

—¿Por qué lo mataron? —volvió a insistir Benjamin.

—¡Sabe Dios! —contestó de nuevo Agrippa—. Había algunos roces entre los miembros de la misma familia, en particular entre la víctima y su hermano. Francesco era un defensor de los Médicis y Roderigo..., bueno, ya lo descubriréis por vuestra cuenta. Pero, en resumen, éste cree que Florencia debería convertirse en una república gobernada por una oligarquía en la que los Albrizzi, obviamente, ocuparían un puesto importante. —Tras resoplar, siguió diciendo—: Había otras cuestiones que eran motivo de diferencias, me parece: Alessandro deseaba disponer de mayor independencia. Y, por supuesto, todos tienen enemigos en Florencia que podrían haber pagado a un asesino para que llevara a cabo el crimen en Londres, bien lejos de la Fortaleza de los Albrizzi. —Agrippa se levantó.

—¿Qué dicen los Albrizzi acerca del asesinato? —pregunté yo.

—¡Eso es lo extraño! —respondió tras rascarse la mejilla—. No dicen nada. Lloraron la muerte de Francesco, que ahora se encuentra enterrado en la capilla de San Esteban. Son una familia muy rica y sofisticada, y serían incapaces de levantar acusaciones contra el país que los ha acogido; además, para los florentinos los asesinatos de este tipo forman parte de una política completamente aceptada. Esperarán el momento adecuado y mientras tanto descubrirán todo lo que puedan. Si encuentran al asesino, le declararán la guerra y no lo dejarán en paz hasta que hayan acabado con él. —Agrippa se bajó el ala del sombrero a la altura de los ojos—. El rey y el cardenal Wolsey también quieren atrapar al homicida. Han puesto precio a su cabeza y han utilizado toda la fuerza de la ley para obtener la máxima información, que de momento es nada —dijo con una mueca—. Por ese motivo os dirigís a Eltham y, en el caso de que el rey lo considere necesario, acompañaréis a los Albrizzi de vuelta a Florencia. Vuestra tarea será la de descubrir la identidad del asesino.

Cerré los ojos y emití un gruñido. «Ya estamos otra vez —pensé—: El viejo Shallot de nuevo a viajar sólo para satisfacer los caprichos del listillo del cardenal de la Gran Bestia, el patán de Enrique VIII *el Gordo*».

—¿Y qué pasa si el asesino se queda en Inglaterra? —preguntó Benjamín.

Agrippa sacudió la cabeza y sonrió levemente.

—Escuchad, Benjamín: Tanto el rey como el cardenal Wolsey creen que, a pesar de lo que digan los Albrizzi, el asesino es un miembro de la familia de Francesco. Si no lo hizo uno de ellos, seguro que pagaron una buena cantidad a un tercero para que lo hiciera.

Pero vos creéis que esa posibilidad es muy remota, ¿no es cierto? —interrogó Benjamín.

—En efecto. —Agrippa entornó los ojos cegado por la luz del sol—. Contratar a

un asesino para que haga el trabajo sucio puede ser muy peligroso: una vez se ha desenmascarado al asesino, resulta muy fácil saber quién lo contrató. Además, si pagáis a un asesino para matar a un hombre tan poderoso, nadie os asegura que no se vaya a quedar con todo vuestro oro y el que pueda obtener por confesar vuestros planes a la futura víctima. Y, por último...

—Por último —concluyó Benjamín por él—, los Albrizzi pueden ser muy influyentes en Florencia, pero no saben lo suficiente acerca de cómo manejar esta clase de asuntos en Inglaterra o de cómo moverse en Londres para contratar a un asesino de este tipo.

—¡Exacto! —corroboró Agrippa—. Así que, mi querido Roger, os guste o no, Eltham os espera, y luego la gloriosa Florencia. Es una ciudad maravillosa —añadió—, situada en las doradas cordilleras toscanas. Dicen que el vino es bueno y las mujeres, mucho mejores. Así que no os desesperéis. Estoy convencido de que haréis justicia y regresaréis llenos de gloria.

¡Será sarcástico el canalla! ¿Y cuándo, me pregunto yo, ha sucedido eso? Nunca. En cambio, sí me he visto perseguido en fríos páramos, huyendo de hambrientos leopardos en un laberinto a las afueras de París o de asesinos de todo tipo y condición que nos pisaban los talones. Tenéis que creerme; la experiencia me daba la razón: íbamos de cabeza a un nido de víboras, a embarcarnos en una de las aventuras más peligrosas de mi larga y variada carrera. Pero así es la vida, ¿no? Si uno se sienta en el suelo y se limita a contar historias tristes sobre el destino de los reyes (le presté una estrofa como ésta a Shakespeare), acaba por volverse loco (sí, como el Hamlet de Will declamando con tristeza su «Ser o no ser, ésa es la cuestión». A William Shakespeare se le ocurrió esta frase durante la resaca de una borrachera que cogió conmigo. Solía tender a un carácter melancólico el pobre Will, seguramente heredado de su madre y que en ningún momento mitigó la arpía de su mujer. ¡Que Dios nos proteja! Se podía cortar acero con su lengua viperina. Pero, de todos modos, la pobre muchacha quizá tenía sus razones. Will nunca estaba en casa y siempre soñaba despierto con una misteriosa mujer (ni siquiera al viejo Shallot quiso revelarle quién era esa Helena de Troya). Intenté con todas mis fuerzas que cambiara la frase:

—No es «ser o no ser» lo que importa —le grité—, sino ser feliz.

El viejo Will sacudió la cabeza, me sonrió con tristeza y volvió a llenarse la copa. Pero qué se le va a hacer... ¡así son los escritores! Desde luego no son los hombres más felices y satisfechos del mundo. Excepto yo, aunque debo reconocer que tengo a Margot y a Phoebe para que me cuiden. Os explico todo esto, empero, con una intención: poner de manifiesto la debilidad de la Gran Bestia, ensalzar las virtudes de mi señor, porque fue uno de los hombres más honorables que he conocido, y, por último, advertiros a vosotros, jovencitos (y también a los que no lo sois tanto), de los peligros que conlleva darse a la lujuria, blasfemar, jaranear, beber, jugar y hacer

muchas de las otras cosas tan maravillosas que tiene la vida. Los jóvenes no se paran a pensar, y tampoco lo hice yo cuando proseguimos nuestro viaje y nos adentramos en las animadas, bulliciosas e inmundas calles de la ciudad de Londres.

Tengo noventa y cinco años y aunque viviera otros ciento cincuenta nunca llegaría a cansarme de Londres. Es una ciudad sucia, maloliente, sangrienta violenta pero llena de vida e inolvidable. Entramos por Bishopgate. Yo estaba muy contento de estar allí, pero Benjamín se sentía extraño.

Supongo —le gritó a Agrippa— que pasaremos por Clerkenwell para llegar a Eltham, ¿no?

Agrippa hizo un mohín.

—Quiero enseñaros el lugar donde murió Francesco Albrizzi. Quizá no tengáis de nuevo la oportunidad.

A mí no me importaba; no hacía más que mirar de un lado a otro. Absorbía todo lo que mis ojos veían y prestaba atención a todo lo que sucedía a mi alrededor, ruidos, chismorreos... Buscaba con la mirada a aquellos cuya compañía adoraba: las damas de la noche, rameras con paso altivo enfundadas en sus vestidos de tafetán, magos y brujos con sus capas negras adornadas con estrellas y soles plateados, tarambanas, poetas que recitaban en voz alta sus versos, nobles ataviados con ropajes de seda y de lana de oveja, dejando tras de sí el aroma de sus perfumes caros mezclado con el azufre esparcido en las calles para tapar el olor a excrementos y asaduras. No aparté ni por un instante la mano de mi zurrón, alerta ante la presencia de pilluelos de rostro descarado, mozos del estercolero, ratas sin rabo, y todas esas encantadoras muchachas que, en mi juventud, me hacían perder la cabeza.

Giramos hacia abajo por la calle de Threadneedle, pasamos por los astilleros y entramos en Poultry. Cruzamos Westchepe y trabamos nuestros caballos en la taberna del Cordero Sagrado de Dios, cerca de Saint Mary-le-Bow. El hatajo de patanes que nos acompañaba irrumpió inmediatamente en el local pidiendo a gritos que les sirvieran picheles. Agrippa nos condujo a Benjamín y a mí lejos del bullicio de la calle. Desde entonces Cheapside no ha cambiado mucho, así que ya os podéis imaginar la escena. Al norte, entre el colegio de Saint Martin-le-Graude y Saint Mary-le-Bow se extienden las avenidas de Wood Street y Milk Street. Separando las casas construidas a lo largo de Cheapside entre estas dos calles, se esconden algunas callejuelas y arroyuelos. Agrippa, señalando a su izquierda, nos enseñó la tienda de ropa donde Beatrice, la hija de Francesco, había estado comprando. Luego se adelantó un poco.

—Francesco estaba ahí —dijo señalando entre los puestos de los comerciantes, donde pudimos ver la boca de un oscuro pasaje—. Debía de estar mirando justamente hacia el lugar donde se ocultaba el asesino.

—¿Y el yerno? —pregunté yo.

—¿Enrico? —Agrippa señaló hacia una hilera de tiendas más allá del puesto de ropa donde estuvo Beatrice—. Estaba en la orfebrería. ¿La veis debajo de ese cartel del mortero de plata?

—¿Y no había ningún otro miembro de la familia por aquí?

—Eso parece.

—¿Y qué paso? —preguntó Benjamin.

—Se oyó el disparo y Francesco cayó al suelo muerto. Luego la multitud se empezó a apelotonar. Enrico y Beatrice no tardaron en unirse al gentío.

Benjamin sacudió la cabeza incrédulo mientras nos adentrábamos en las calles. La luz del sol desapareció de repente y tuvimos que taparnos la nariz ante el hedor a excrementos humanos y orines, por no mencionar el nauseabundo olor que desprendía un gato muerto, aplastado por un carro que todavía yacía allí desparramado, con la panza inflada por el calor del sol.

—¿Y no se encontró ni rastro del asesino en estas calles? —preguntó Benjamin.

—Ni rastro, tampoco se vio a nadie salir corriendo.

Benjamin se dirigió hacia mí:

—Roger, ve e interroga al mercero y luego al orfebre.

Estuve encantado de salir de aquella callejuela. Me abrí paso entre la multitud. El sastre, de aspecto poco afable, contestó que estaba demasiado ocupado para contestar a mis preguntas y, cuando le amenacé con tirar abajo el puesto, soltó un suspiro de desesperación y me miró entornando los ojos.

—Sí, sí —me respondió de mala gana—. La mujer italiana estuvo aquí manoseando las telas; su padre vino con ella. Luego vi cómo se alejaba.

—¿Oísteis el disparo?

—Creo que sí. Levanté la vista. El cuerpo del hombre yacía en el suelo. Vi entonces a un cortabolsas que había sacado una daga y grité. La multitud se apelotonó, después llegó el joven italiano. Iba vestido de blanco de pies a cabeza y llevaba gafas.

—¿Gafas? —pregunté.

—Sí, ya sabe, ésas que están tan de moda, ésas italianas con alambre. Primero estuvo aquí con su mujer (creo que es bastante miope), y después se marchó a la orfebrería de Crockerton. Les dije lo mismo al coronel, al comisario y al subcomisario. No sé nada más. ¿Tenéis alguna otra pregunta?

—No.

—Bien —exclamó el tipo—. Entonces, largaos.

Me marché dando un empujón al puesto y haciendo caer un rollo de tela al suelo. Es algo que no puedo soportar de Londres: algunos de los comerciantes son tan ignorantes como cerdos. El orfebre tampoco fue mucho más educado. Cuando le pregunté, me miró con curiosidad.

—Sí; recuerdo muy bien aquel día —contestó—. El hombre italiano entró en mi tienda. Pensé: «¡Oh, vaya!, aquí llega lodo un caballero». Llevaba una chaqueta de tafetán blanca, con encajes en Las mangas y en el cuello, Me preguntó si tenía figuritas, anillos y cosas así. No lo entendí muy bien. Se convirtió en un verdadero estorbo, mirándolo todo con esos ojos de topo —el hombre señaló hacia la puerta—. Le dije que por qué no salía fuera a mirar los puestos. Por lo menos allí no sería un peligro. Se marchó. Luego oí el alboroto que se formó —se encogió de hombros—. Eso es todo lo que sé.

Le di las gracias, salí fuera y me dirigí de nuevo al callejón. Mi señor y Agrippa estaban hablando con un joven ante la puerta de una tienda de empeños. Benjamin estaba dándole al desconocido unas palmaditas en el hombro mientras miraba con curiosidad el recibo que éste sostenía en la mano.

—¿Qué pasa, señor?

—Este joven acaba de empeñar una copa antigua muy poco corriente —los ojos de Benjamin brillaban de emoción—. Le he ofrecido el doble de lo que el prendero le ha pagado a cambio de que me entregue este recibo. Luego entraré en la tienda y reclamaré la copa.

—No, nada de eso —repliqué yo. Agarré a aquel tipo ojeroso por el hombro y lo miré directamente a los ojos, que movía de un lado para otro con inquietud—. ¡Maldito bastardo!

—¿Qué os pasa? —balbuceó el desgraciado.

—Os pagaré tres veces el valor de este recibo con una condición —le dije—: que vos, miserable, canalla, entréis a la casa de empeños conmigo.

El hombre asintió, pero tan pronto como lo solté dejó caer el papel al suelo y echó a correr como un galgo. Benjamin me miró perplejo.

—¿Pero, qué demonios...?

—Es un truco muy conocido, señor. Esos gusanos falsifican el recibo de una casa de empeños y permanecen fuera de la tienda a la espera de una víctima. Normalmente se ponen a llorar o a lamentarse de su mala suerte. Luego llega una persona honrada como vos y le ofrece comprar el recibo pensando que obtendrá un objeto muy valioso a un buen precio, pero cuando entra a la tienda y reclama la pieza se encuentra Con que el prendero no sabe nada de dicho recibo.

Agrippa sonreía como un gato y Benjamin me dio unas palmaditas en el hombro.

—¡Gracias a Dios que tú y tu sexto sentido estáis a mi lado, Roger! ¡Sólo Dios sabe lo que sería de mí sin tu compañía!

Agrippa tosió y apartó la vista, como si algo se le hubiera atragantado. Lo miré justo en el momento en que Benjamin me pasó el brazo sobre los hombros.

(Mi pequeño capellán ha dejado de escribir y me pregunta cómo lo sabía. ¡Será cabeza hueca! ¡Pues porque en mi juventud yo también puse en práctica el mismo

truco!).

A lo que iba; Benjamin dijo que ya había visto demasiado. Recogimos a la panda de sinvergüenzas que dejamos en la taberna del Cordero Sagrado de Dios y nos dirigimos al puente de Londres. Tuvimos que abrirnos paso entre la multitud. Le di un codazo a Benjamin y señalé hacia la puerta, sobre la que una hilera de cabezas decapitadas colgaban de unos ganchos; gaviotas, cuervos y grajos armaban un gran revuelo peleándose por ver quién se llevaba el trozo de Carne más grande.

—Nuestro rey no ha perdido el tiempo —susurré.

Agrippa me miró por encima del hombro.

—Recordad bien mis palabras, Roger: cuando vengan tiempos de guerra no habrá suficientes ganchos para colgar las cabezas.

Sus palabras me asustaron. Me di cuenta de que pronto yo también entraría en el agujero del Topo y, una vez más, bailaría al son de su siniestra flauta.

Atravesamos el puente, pasamos por Southwark y giramos al sureste en dirección a Kent. Cabalgamos a medio galope bajo el cálido sol por campos de frondosa vegetación hasta que tomamos un camino que conducía al palacio de Eltham. ¡Oh, qué palacio! Tenía un vestíbulo espléndido construido con fresno y piedra, patios interiores y exteriores, jardines, huertos y campos, todo ello defendido por un foso muy espacioso y profundo. Parecía que el rey Enrique y Wolsey se encontraban en palacio, pues oficiales de orden vestidos con los ropajes del rey y del cardenal hacían guardia en los caminos y en la entrada del puente levadizo. Mientras cruzábamos vi las horcas colocadas a ambos lados del puente. De cada una colgaban seis cuerpos semidesnudos.

—¿Qué hicieron? —pregunté— ¿toser en presencia del rey?

—No —contestó Agrippa—. Entraron en sus almacenes. Eran porteros y escuderos. Robaron provisiones de la cocina y de la despensa para venderlas luego en los mercados de la ciudad.

Me tapé la nariz y la boca ante el hedor que desprendían los cuerpos mientras Agrippa se detuvo a enseñar las licencias y autorizaciones a los guardias. Pasamos por debajo de la puerta y atravesamos la muralla exterior. Un chambelán nos informó de que el rey Enrique y el cardenal habían ido de caza a los pantanos del río. Agrippa le dijo al hombre que nos enseñara nuestros aposentos.

—¿Se encuentran también en palacio los señores de Florencia? —preguntó Agrippa.

El chambelán asintió.

—Conducid a los huéspedes del rey a sus aposentos —ordenó Agrippa señalándonos—. Benjamín, Roger, aseaos y cambiaos de ropa. Luego bajad y podréis conocer a los Albrizzi en el gran vestíbulo.

Dicho esto, se marchó haciendo resonar sus pasos por toda la sala mientras el

chambelán, de aspecto poco afable, nos dirigía una mirada de desaprobación y echaba a andar como un pato unos metros delante de nosotros. Varios criados se encargaron de coger nuestras alforjas y nos siguieron con el sudor resbalándoles por la frente. Todo lo que os puedo decir es que me alegro de no haber tenido que llevar aquel maldito equipaje sobre mis hombros. ¡Pero de huéspedes, nada! Nos condujeron al piso de arriba de uno de los edificios y nos alojaron en una pequeña guardilla debajo del tejado desprovista de muebles, con las paredes mugrientas y el techo tan bajo que prácticamente uno no se podía poner de pie. Teníamos dos jergones como camas al lado de un arca medio rota para colocar nuestras pertenencias. Benjamín quiso protestar, pero el chambelán se puso impertinente como un gallito de corral. Dijo que el palacio estaba lleno y que nos podíamos sentir afortunados por no tener que dormir en los establos.

—¡Pues preferiría la compañía de los caballos, criado de pacotilla! —le chillé, pero el tipo se marchó con su paso de palo mareado. Cerré la puerta de un golpe y deshice nuestro equipaje. Nos aseamos compartiendo el mismo jarro de agua. Estaba que me subía por las paredes. Bajé y regresé después de una exitosa incursión a la cocina de la que me traje una jarra de vino, dos copas, pan recién hecho y dos servilletas mínimamente decentes.

—¿De dónde has sacado todo eso, Roger? —preguntó Benjamin.

—Vuestro querido tío está en todo —contesté.

Benjamín, tan inocente e ingenuo como siempre, no se dio cuenta del sarcasmo de mis palabras; era tan inocente e ingenuo. Se sentó en la cama, compartimos el pan y el vino, que por cierto parecía más bien agua.

—Bueno, el baile ha vuelto a empezar, ¿eh, Roger?

—Sí —admití con amargura—. Primero aquí y luego, ¡ay!, en Florencia.

Benjamín sonrió.

—No estés tan abatido, Roger. Piensa en las maravillas que veremos. El sol, la belleza. Dicen que las ciudades italianas son las más bonitas del mundo y que Florencia es la reina.

—También dicen —añadí yo— que la gente allí se muere muy joven.

Benjamín se negó a dejarse contagiar por mi pesimismo. Nos cambiamos las botas por otro calzado más confortable y bajamos al vestíbulo, donde encontramos el pandemonio habitual: criados y chambelanes empeñados en alardear de su autoridad y altos oficiales deteniéndonos en cada esquina. La guardia real protegía la entrada del vestíbulo y durante un buen rato estuvimos de plantón hasta que finalmente llegó Agrippa y nos hizo pasar.

—Los Albrizzi pronto llegarán —anunció.

Paseé la vista por el vestíbulo desierto. Era una estancia alargada muy bonita y lujosa, iluminada por ventanas de trébol en cada esquina y por grandes ventanales

saledizos a ambos lados de la sala. En cuanto al mobiliario, la sala se mostraba provista de una gran suntuosidad: sillas acolchadas, taburetes forrados, mesas muy finas y armarios de gran robustez. Banderas y pendones de diversos colores colgaban del techo construido con vigas trabajadas a martillo. Hermosos cuadros en las paredes se iban intercalando con escudos y diferentes insignias de los caballeros de la orden de la Jarretera. Los suelos, pulidos y de madera de roble, estaban cubiertos por extensas alfombras de lana. A continuación entraron los criados, descubrieron una mesa sobre un estrado, oculta hasta el momento tras unas cortinas de terciopelo azul, y colocaron varias sillas alrededor. Estaba a punto de preguntarle a Agrippa si el rey había vuelto cuando un heraldo, ataviado con un elegante tabardo rojo y dorado, hizo acto de presencia en la sala.

—¡Su augusta excelencia, el señor Roderigo Albrizzi!

El heraldo se apartó y Roderigo, hermano de Francesco, ahora cabeza de familia, entró seguido del resto de los Albrizzi.

Mi primera impresión fue la de una familia arrogante y falsa. Los Albrizzi no parecían en absoluto apenados por la reciente y repentina muerte de Francesco. Apenas repararon en nuestra presencia. Agrippa se escurrió entre ellos con la precisión de una araña. Hizo una reverencia y besó la mano ensortijada de Roderigo mientras el resto de la familia parloteaba y se disgregaba por la sala. Agrippa le dijo algo a Roderigo y el florentino dirigió hacia nosotros sus ojos hundidos. Tenía la tez muy morena y bronceada por el sol. Sus cabellos, sorprendentemente, no eran negros, sino de un castaño rojizo, muy bien cortados, así como la barba y el bigote que se atusaba mientras nos estudiaba en silencio.

Un gavilán, pensé, o un halcón de bello plumaje despiadado y poderoso. Roderigo, que seguía sin quitarnos la vista de encima, torció la boca para dedicarnos una sonrisa engreída, como si hubiera esperado una cosa y se hubiera encontrado con otra. Un hombre peligroso, ésa fue mi conclusión. Y todavía lo era más el tipo que estaba a su derecha, cuyo rostro, de tez morena como la de un moro, perfilaban sus brillantes cabellos de un negro azabache. Tenía los rasgos de una mujer perversa, estaba sentado y llevaba un justillo de piel, una muñequera tachonada y un cinturón de guerra alrededor de su estrecha y delgada cintura. El tipo (intuí que era el soldado Giovanni) iba armado con una espada y dos dagas. Roderigo se volvió y le susurró algo, aparentemente algún comentario gracioso, ya que los labios de su compañero esbozaron una sonrisa. Pude ver que tenía unos dientes blancos y afilados que me recordaron a los de un mastín a punto de atacar.

Agrippa tosió e hizo una señal para que todos nos acercáramos a la mesa. A medida que se fueron sentando estudié rápidamente al resto del grupo. Bianca, una mujer rolliza y hermosa, con un vestido negro de seda y los cabellos también oscuros ocultos bajo un griñón blanco, tenía el rostro todavía enrojecido por las lágrimas; <<

la afligida viuda>> pensé. Alessandro, de aspecto arrogante e hijo del fallecido Francesco, iba vestido de terciopelo negro; solo el cuello blanco de la camisa de batista rompía la sobriedad de sus ropajes. ¡Ah!, y también llevaba un cinturón de guerra, como el miope de Enrico, un hombre de aspecto afable, de cabellos pelirrojos y pómulos bien marcados y afeitados, y que creó cierto alboroto al tropezarse con unas sillas, lo que despertó algunas risas que finalmente se acallaron cuando su mujer Beatrice lo cogió del brazo. ¡Oh ella era un ángel! Una de esas mujeres italianas de cabellos rubios de algunas partes de Lombardía (de piel y cabellos dorados y unos ojos azul cielo) que tanto cautivaron a Botticelli y a los grandes pintores de la corte. Beatrice iba también de luto, pero su traje era muy elegante, Llevaba un velo de puntillas de hilos dorados y un vestido negro de terciopelo de cuello alto que apretaba su generosa pechera, se ajustaba a su cintura y luego caía formando voluminosos pliegues. Y, por último, estaba con ellos Preneste, el médico y capellán de la familia. De rostro despierto, ojos penetrantes, nariz larga y barba y cabellos plateados.

«No cabe la menor duda —pensé— problemas a la vista para Shallot». Pero me equivoqué; no fueron problemas, fue algo peor: otro sangriento asesinato estaba a punto de cometerse.

## Capítulo 3

El clan de los Albrizzi acabó de sentarse, hablando entre sí con un volumen de voz considerablemente alto. Yo me disponía a hacer lo mismo en el taburete que me indicó Agrippa cuando una criatura de aspecto fascinante me echó a un lado. Miré con perplejidad a la diminuta mujer, que iba vestida con un traje de bocací azul ribeteado en plata y llevaba sus oscuros cabellos recogidos y ocultos bajo una cofia de color blanco. Tenía un rostro perfecto y tan dulce como el de una niña, pero en todo lo demás era una mujer en miniatura.

—¡Levantaos, patán! —me ordenó.

Os seré honesto, sin terciar palabra me la comí con los ojos, sus pequeños pechos, su cintura, sus caderas y sus delicados gestos.

—Tenéis un ojo bizco —me dijo—. A partir de ahora os llamaré Ojo de Bitoque.

Su ocurrencia provocó algunas risas a mi costa, pero yo me quedé con la boca abierta como un palurdo.

—¡Que Dios nos proteja! —exclamó a continuación.

Su voz era grave aunque sorprendentemente melosa. De repente dio un bote e hizo la rueda. Sólo alcancé a ver una ráfaga de encajes blancos y zapatos rojos de tacón, luego volvió a caer de pie con gran agilidad a unas seis yardas de distancia. Me miró con los brazos en jarras.

—¿Sabéis hacer eso, Ojo de Bitoque? ¿Y esto?

A continuación hizo un salió mortal hacia atrás; el movimiento fue perfecto. Se puso patas arriba y volvió a caer a mi lado. Tenía el rostro ligeramente sonrosado, su pecho se movía arriba y abajo, pero no más que si hubiera atravesado corriendo un largo pasillo. Se volvió con las manos de nuevo en la cintura, pero esta vez dirigió la mirada hacia el fondo de la mesa, hacia el señor Roderigo.

—Vamos a divertirnos con Ojo de Bitoque —añadió y a continuación repitió la frase en italiano, con lo que todo el mundo se puso a reír.

Agrippa me sacó del apuro al ponerse en pie para hacer las presentaciones formales. Benjamín me tiró de la manga para que me sentara a su lado mientras Agrippa, con frases ceremoniosas, presentó a cada uno de los huéspedes florentinos. Luego presentó a Benjamín, que arrancó miradas respetuosas y provocó asentimientos de cabeza entre los miembros de la familia. Mi nombre y título, en cambio, provocaron de nuevo algunas risitas, especialmente a la enana, a quien Agrippa presentó con el nombre de María.

—¿Shallot? —preguntó desternillándose de risa—. ¿Pero eso no es una cebolla? ¿Acaso sois una cebolla, señor Ojo de Bitoque? ¿Cuántas capas tenéis?, ¿hacéis llorar a la gente?

—No, señora —repliqué—. Normalmente la hago reír, pero sin necesidad de

burlarme de nadie.

Entreví un destello de rabia en los pequeños ojos de aquella mujer y paseé la mirada rápidamente alrededor de la mesa. Me miraban como a María, pensé, como a otro bufón. Esperaban que alguien los entretuviera. Me volví hacia María, le cogí su diminuta mano y la llevé a mis labios.

—Señora —dije poniéndome en pie—, os pido perdón por mis malos modales. No ha sido vuestra estatura o vuestras gracias lo que me han sorprendido, sino vuestra belleza.

María dejó entrever una sonrisa y antes de retirar su manita la apretó contra mis dedos con suavidad.

—¡Vaya! —anunció—, pero si la Cebolla Tuerta es todo un caballero.

Esta vez yo también me uní a las risas, que el señor Roderigo calló con un golpe en la mesa.

Señor Daunbey, señor Shallot, para mi familia y para mí es un honor. María —dijo señalando con gesto elegante al retaco de mujer— siempre se alegra de conocer a nuevos compatriotas. —Adoptó un semblante muy serio—. Pero desafortunadamente los asuntos que nos atañen son mucho más grates. Mi hermano Francesco ha sido cruelmente asesinado en una calle de Londres. Queremos venganza, pero todavía no sabemos quién es el asesino. Su majestad el rey y vuestro tío, su eminencia el cardenal Wolsey, nos han hablado de vuestra habilidad, señor Daunbey, a la hora de atrapar y desenmascarar a asesinos. Así que os han puesto al servicio de mi familia. —Hizo una pausa en la que todos pudimos apreciar el énfasis que puso al pronunciar «mi familia»—. Y aunque seáis de condición humilde —añadió mirándome con desdén—, no por ello dejáis de ser nuestros invitados —se acarició el bigote—. Esperamos de vos que os encarguéis de hacer justicia.

Sus últimas palabras sonaron a una amenaza velada. Contemplé a los miembros de la familia Albrizzi, que permanecían sentados como si fueran estatuas de mármol. Sin embargo, pensé, el asesino debía de encontrarse en la sala. Debajo de la etiqueta de la corte, el discreto murmullo de voces y las sonrisas educadas, se podía apreciar cierta tensión. La gente puede decir más con los gestos que con un torrente de palabras. Miré rápidamente a mi derecha. María me estudiaba de cerca. Agrippa, sentado en el medio al fondo de la mesa, tosió y abrió las manos. Todavía llevaba puestos sus guanteletes negros.

(Perdonadme pero mi pequeño capellán, mi compañero del alma, no se está quieto. «¿Por qué llevaba puestos esos guantes? ¿Por qué llevaba puestos esos guantes?», me pregunta de manera insistente. Muy bien, se lo diré. Yo mismo he visto la marca de la cruz que arde en cada una de las palmas de Agrippa, son heridas abiertas que le recuerdan de dónde viene.

Vaya, mi capellán todavía no se da por satisfecho, todavía tiene más preguntas.

Ahora quiere saber cómo pudieron los florentinos entender a Agrippa, pues dice que seguro que apenas sabían inglés. Púes el cabeza hueca se equivoca. Escuchad al viejo Shallot: si hay algo que me ha sorprendido en mi larga y variada existencia es lo mal que los ingleses hablan su propia lengua o la de cualquier otro y, en cambio, lo rápidamente que los demás logran dominar la nuestra. No sé por qué. Precisamente estaba discutiendo el tema con el joven Ben Johnson y Walter Raleigh durante una de las comidas que celebramos en nuestra cámara secreta en el feudo de Bethel. ¿Y sabéis lo que les dije? Pues que creo que los ingleses se piensan que Dios es inglés y que habla nuestra lengua. Por consiguiente, consideramos inútil hablar la lengua de otros, de ahí que insistamos en que los demás aprendan la nuestra).

Pero bueno, volvamos a Agrippa, que seguía con el discurso pomposo habitual de la corte, hasta que por fin llegó al centro de la cuestión.

—Ya he informado al señor Daunbey de todo lo que ha hecho el rey por este asunto —anunció—; también hemos ido a Cheapside, al lugar en el que el señor Francesco fue asesinado. Sin embargo, os hablaré con franqueza, no hemos podido descubrir nada.

—¡No puede ser! —gritó Enrico golpeando sobre la mesa y escudriñándonos con la mirada—. ¿Cómo es posible que un hombre pueda pasearse con una arma por las abarrotadas calles de Londres, dispararla, matar a mi suegro y luego escapar sin ser visto?

—Ahí reside el misterio —contestó Benjamín—. Un arcabuz es una arma muy aparatosa: primero se ha de cargar, se ha de preparar, luego hay que apuntar y finalmente disparar. Además, deja manchas en la persona que la ha utilizado y no es fácil de esconder. —Se encogió de hombros—. Si pudiéramos resolver el misterio de cómo se utilizó el arma, podríamos atrapar al asesino y colgarlo en Tyburn. Aunque tengo otra pregunta más importante que haceros.

—¿Cuál? —preguntó Alessandro con tono imperioso. Nos miró bajando su nariz encorvada como si acabáramos de salir de la alcantarilla más cercana. No parecía entender que estuviéramos sentados a la misma mesa que él.

Benjamín hizo un mohín y se dirigió al guardaespaldas que nos habían presentado con el único nombre de Giovanni. Permanecía sentado jugando como una niña con sus Largas trenzas. Sus ojos, muy hundidos, no se apartaban de los míos.

—Señor Giovanni —preguntó Benjamín—; vos sois soldado, ¿no es cierto?

—Soy un *condottiero* —contestó el hombre—; lo que vos, inglés, llamáis un mercenario.

—¿Habéis disparado alguna vez una arma de fuego?

—Desde luego.

—¿Y estáis de acuerdo con lo que acabo de decir?

El hombre hizo una mueca y movió una de las manos en señal de acuerdo.

—¿Cuál es esa pregunta tan importante? —insistió Alessandro indicando a Giovanni con un gesto que permaneciera en silencio.

Los ojos del mercenario se entrecerraron con una mirada de odio. «Vaya —pensé —, estos dos hombres no se guardan precisamente amor mutuo».

—Mi pregunta es bastante sencilla —replicó Benjamin—. Según nuestra hipótesis, lord Francesco fue asesinado por una bala disparada desde una de las callejuelas de Cheapside. Sin embargo, un gran señor de Florencia como él, de visita en nuestra corte, no es de la clase de hombres que se pasearía por la ciudad sin ton ni son. Lo que realmente me intriga es quién sabía que iba a estar en Cheapside aquel día.

Benjamín miró a su alrededor. Los florentinos le devolvieron la mirada perplejos.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Alessandro con tono amenazador.

—Mi señor no quiere decir nada —intervine yo—. La cuestión es bien simple: alguien estaba esperando a lord Francesco; alguien que sabía que se encontraría allí, y alguien que sabía cuál era el mejor lugar para asesinarlo. La ciudad es un laberinto de calles y arroyuelos que serían la delicia de cualquier rata, tenga dos o cuatro patas.

Mis palabras causaron una auténtica conmoción. Las sillas se echaron hacia atrás. Alessandro murmuró algo en su lengua nativa a Roderigo y se llevó la mano a la daga que tenía cogida al cinto. Roderigo, que permanecía sentado inmutable, golpeó la mesa para hacer silencio.

—Señor Daunbey, vuestro criado habla con demasiada franqueza.

—No se trata de franqueza, lord Roderigo, sino de honestidad. Si queréis la verdad, la honestidad es el mejor camino para llegar a ella. Y debo haceros otra pregunta: ¿Por qué lord Francesco iba solo? —Roderigo miró un momento a su mercenario, pero decidió no echar más leña al fuego.

—Estoy de acuerdo con vos —añadió tajantemente—: los detalles sin importancia no nos ayudarán a descubrir la verdad para seros franco, mi hermano pensó que estaría seguro en Londres. ¿Quién querría hacerle daño? —Apretó con la mano la muñeca del *condottiero* que se sentaba a su lado—. Pero somos gente poderosa y por eso siempre nos convertimos en el blanco de alguien. Señor Daunbey, seguro que habéis visto las horcas que hay a las afueras de palacio. Si los ladrones están dispuestos a robar a su propio rey, ¿por qué habrían de hacer alguna diferencia con sus huéspedes extranjeros? —Sorbió, se sacó un pañuelo de seda del puño de su justillo y se lo llevó educadamente a la nariz—. En cuanto a por qué sabía dónde se encontraba mi hermano, ¿qué queréis que os diga?, todos los aquí presentes lo sabíamos. Sus excursiones no eran ningún secreto.

—En ese caso, señor, debo haceros una pregunta más —pidió Benjamín—. ¿Dónde se encontraba todo el mundo cuando lord Francesco fue asesinado?

Esta vez ningún movimiento de mano de Roderigo pudo acallar el alboroto.

Alessandro se puso en pie de un bote. Estaba muy ofuscado, dando voces en italiano, señalándonos a Benjamín y a mí. Sabía muy poco de su lengua, pero entendí que no nos deseaba ningún bien. Enrico permanecía sentado mirándonos en silencio desde el otro lado de la sala, en señal de desaprobación. Las mujeres, aunque no tan exaltadas, se llevaron repetidas veces los pañuelos a los ojos sin dejar de cuchichear entre sí. Preneste, el médico, y Giovanni, el mercenario, permanecían impasibles. Entreví una ligera sonrisa en el rostro del soldado, como si disfrutara al ver a sus ricos y nobles patronos tan alterados.

Sin embargo, como ya he dicho otras veces, resulta fascinante estudiar a las personas en medio de escándalos de este tipo. Se aprende más de los gestos que de sus palabras venenosas. Los tres criados, Preneste, Giovanni y la enana María permanecieron en silencio e inmutables, lo que me llevó a pensar que las preguntas de Benjamín no los cogían por sorpresa. Pero ¿qué puedo decir de la familia? Roderigo se mordía el labio y tenía la mano derecha debajo de la mesa, ¿estaría quizá cogiéndole la mano a la viuda de su hermano recién asesinado? Ella, entre lágrimas y sollozos, lo miraba con adoración. Alessandro estaba actuando, sin duda alguna. Enrico parecía bastante tranquilo, mientras su joven esposa, Beatrice, a pesar de que se había colgado llorosa del hombro de su marido, miraba con rabia el rostro inescrutable de Giovanni.

Benjamín, como yo, los estudiaba a todos y valoraba cada una de sus reacciones. Bajó la cabeza y, tapándose la boca con la mano, me sonrió. Al final, Agrippa, que permanecía sentado con el cuerpo encorvado, cansado de tantas lágrimas, se puso en pie.

—Señor Roderigo —intervino—, la pregunta que os ha hecho el señor Daunbey es perfectamente razonable. Si no va a obtener respuesta alguna, entonces os está haciendo perder el tiempo y vos estáis rechazando la generosa ayuda de nuestro rey —añadió haciendo hincapié en la última frase.

Las palabras de Agrippa consiguieron que la sala se quedara en silencio.

—Y mi pregunta todavía sigue en pie —insistió Benjamín.

—Os responderé en nombre de todos —contestó Roderigo—. El día que lord Francesco fue a Cheapside, los demás permanecemos en Eltham. —Sonrió y descruzó las manos—. Aunque, naturalmente, no tengo pruebas que lo demuestren. ¿Algo más?

Benjamín sacudió la cabeza.

—En ese caso... —concluyó Roderigo poniéndose en pie—. Por cierto, según tengo entendido su majestad y su eminencia el cardenal se encuentran fuera, de caza, una afición que yo también comparto —añadió sonriendo con falsedad. Pero, por supuesto, debía dar la bienvenida al señor Daunbey.

El resto de la familia también se levantó retirando las sillas. Roderigo esbozó una

reverencia a Benjamin.

Señor Daubey, disculpadnos. Estoy seguro de que volveremos a encontrarnos a lo largo del día. Esperamos que nos acompañéis de regreso a Florencia.

Lord Roderigo salió de la habitación mientras el resto de la familia, ignorando nuestra presencia, empezó de nuevo a parlotear y siguió su ejemplo. Agrippa cruzó la sala, cerró la puerta tras ellos y luego se desplazó como una araña hasta nosotros.

—¿Qué pensáis? —nos preguntó.

—Arrogantes como un pavo real —contesté de mala gana—. ¿Sabíais, doctor Agrippa, que hay estanques en Norfolk que parecen muy tranquilos en la superficie, pero que tienen lodo en el fondo y unas corrientes muy fuertes? Los Albrizzi son así. No me fío de ellos ni un pelo. ¿Por qué no pueden quedarse en Inglaterra? —exclamé—. ¿Por qué hemos de seguirlos hasta Italia?

Agrippa se sentó a mi lado y puso la mano sobre mi hombro.

—Primero, porque, mi querido Roger, el rey tiene otros planes para vos. Segundo, porque no tenemos ningún poder para retenerlos. Y tercero, porque ¿qué queréis que haga el rey? Si se niega a ofrecerles su ayuda podrían pensar que a su majestad no le importa lo que ha sucedido.

—¿Y qué otros planes tiene el rey para nosotros? —pregunté con un gruñido.

Agrippa me dio unas palmaditas en el hombro y se puso en pie.

—Dejemos que os los cuente él en persona —añadió entre risas y luego salió de la sala.

Miré a Benjamin, que permanecía sentado con la mano apoyada en la barbilla.

—¿Y bien, señor?

—Pues que, a pesar de que lord Francesco ha muerto, me temo que pocos han llorado su muerte, Roger: Roderigo se siente como pez en el agua al mando de la familia, Alessandro finge estar lleno de una furia y un odio que realmente no siente, Enrico no suelta prenda, la señora Bianca no parece una viuda demasiado apenada y Beatrice bebe los vientos por el soldado de la familia.

—¿Y Preneste? —pregunté.

—Es cura, un escribano consumado. Sabe ocultar bien sus emociones.

—¿Y María?

Benjamin se dio la vuelta sonriendo de oreja a oreja.

—Es el eslabón más fácil de romper de la cadena de los Albrizzi. Una enana, un fenómeno muy interesante. Es muy lista, tiene una mente muy despierta. Es inglesa y no creo que esté muy orgullosa de sus patrones.

—¿Y el asesino? —pregunté.

—Oh, puede ser cualquiera de ellos. Podrían incluso haberlo planeado juntos —hizo una pausa cuando por todo el palacio se oyó el eco de unas trompetas—. ¡Vamos, Roger!, ¡vamos a asearnos y a cambiarnos para recibir a mi querido tío!

Subimos cansados la escalera de caracol en dirección a nuestra pequeña guardilla.

—Casi tan alta como la escalera de Jacob —protesté.

Benjamín estaba a punto de contestar cuando escuchamos el susurro de una voz.

—¡Cebolla tuerta!

Me di la vuelta.

—¡Cebolla Tuerta!

Vi un pequeño agujero en la pared. Me acerque a él.

—¡Continuad, no seáis estúpido! —siseó la voz—. Subid a vuestra habitación y luego, cuando suenen las campanas, bajad con vuestro señor y dirigíos al jardín de bojés. Es un pequeño descansadero. Ahora ¡continuad, continuad!

Benjamin me miró y se encogió de hombros en señal de que estaba dispuesto a hacer lo que María había dicho. Llegamos a la guardilla y nos terminamos el pan y el vino que había robado. Benjamin, como un niño, se felicitaba a si mismo con orgullo.

—Os lo dije, Roger, María es el eslabón más fácil de romper de la cadena de los Albrizzi.

Me senté mientras me preguntaba por qué aquella diminuta mujer habría hecho un primer acercamiento tan pronto. Por fin sonaron las campanas y Benjamin y yo fuimos abajo. Un criado, al que tuve que amenazar con darle un puntapié en el trasero (era más pequeño que yo), nos mostró el camino hacia el jardín de bojés. El descansadero estaba un tanto abandonado y cubierto de malas hierbas, tenía forma cuadrada y un banco de piedra a cada lado. Las macetas quedaban ocultas por la gran abundancia de margaritas de otoño, ranúnculos y rosales.

—¡Por aquí! —susurró una voz.

Nos acercamos a uno de los bancos y nos sentamos. María se había escondido en algún pequeño hueco del jardín, justo detrás de nosotros.

—¿María? —pregunté.

—¡No, Ricardo III si os parece! —contestó ella en voz baja—. Ojo de Bitoque ¿tenéis el cerebro tan extraviado como el ojo?

—¿Qué queréis? —pregunté.

—¡Por el amor de Dios! —siseo María—. No me miréis a mí, fingid que mantenéis una conversación. ¡Dios mío, vaya par de tórtolas! No sobreviviréis en Florencia. Un par de polluelos en un nido de víboras.

—¿Qué queréis? —preguntó Benjamín con autoridad.

—La verdad.

—¿Y cuál es la verdad?

—Nada es lo que parece.

—De eso ya nos hemos dado cuenta —repliqué con ironía.

—¡Callaos, Ojo de Bitoque, y escuchad! Tened cuidado con el *condottiero* Giovanni. Le gusta matar y vos no le agradáis precisamente. La señora Bianca es una

furcia. Le estaba poniendo los cuernos a su marido con su hermano.

—¿Y por qué?

—El señor Francesco era impotente.

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque en multitud de ocasiones me pidió que yo misma le hiciera un favor.

Se me escapó la risa.

—Con la mano. Además solía colarme en su habitación y veía cómo se restregaba en la cama. Estaba tan flácido como vos ahora.

Benjamín abrió unos ojos como platos ante la brutal sinceridad de las palabras de aquella mujer. Le hice señas para que guardara silencio.

—¿Por qué nos contáis todo esto? —le pregunté.

—Yo sólo le debía fidelidad al señor Francesco. Puede que fuese una bestia y un desalmado, pero conmigo era muy amable. Mis padres eran artistas ambulantes. Cuando murieron por la plaga que acechó las afueras de Florencia, el señor Francesco me recogió y me llevó a su casa.

—¿Y el resto de la familia? —pregunté.

—Al hijo, Alessandro, se le va la fuerza por la boca, pero no por eso es menos peligroso. Es muy ambicioso; quiere pe los Albrizzi sean tan importantes como los Médicis en Florencia.

—¿Y Enrico?

—Es muy silencioso, pero esconde algo. Más no es un Albrizzi, sino un miembro de la prestigiosa familia de los Catalina. Su madre murió cuando la gran plaga, justo antes de que Savonarola llegara a Florencia. Su padre y su hermano mayor fueron asesinados de forma misteriosa y el señor Francesco lo acogió como a un miembro más de la familia.

—Y el matrimonio de Enrico con la hija de Francesco, Beatrice, sirvió para unir ambas fortunas.

—¡Muy bien, Comecebollas!

—¿Y a Enrico le pareció bien la alianza?

—A veces se queja de la sombra de los Albrizzi, pero de todos modos va a la suya. Además, se ha ganado el favor de Giulio de Médicis, el príncipe cardenal de Florencia.

—¿Y ama a su mujer?

—Está loco por ella. Es tan fogosa como la más furcia. He visto cómo se mueve en la cama. Satisfaría a cualquier hombre.

—Parece que lo veis todo —afirmé yo.

—Ser pequeña también tiene sus ventajas, Pelacebollas.

—¿Y Preneste?

—Un hombre astuto y reservado. Sabe sacar tajada de cada situación.

—Ya sólo nos queda el señor Roderigo —apuntó Benjamín.

—Es un hombre cruel y ambicioso —fue la respuesta—. Sabe bien dónde quiere llegar y tiene talento para conseguirlo. Si lo logra, los Médicis serán expulsados de Florencia y la república se restablecerá bajo el dominio de Roderigo Albrizzi.

Callamos un momento al oír los pasos de un criado, cuyos zuecos de madera crujieron en el camino de grava al otro lado del jardín.

—Pero ¿por qué recurrir al asesinato? —pregunté.

—¡Sabe Dios! —replicó María—. Podría ser obra de cualquiera de ellos. El señor Roderigo ordenó comprar a los armeros de Londres algunas armas; creo que eran arcabuces alemanes. Y antes de que me lo preguntéis, Olor a cebolla, sí, uno de ellos podría haberse utilizado para matar al señor Francesco.

—Pero ¿por qué? —pregunté.

—Bueno, Masca cebollas, Giovanni es el protegido de Roderigo. En cuanto a Alessandro, bien es verdad que tenía algunas diferencias con su padre. Por otro lado, la hija, Beatrice, estaba harta de sus sermones sobre la moral, aunque a ella no le importa nada mientras sea feliz en la cama. Por lo que al padre Preneste se refiere, siempre estará de parte del que tenga el poder. Y, por último, Enrico podría haberse enterado de lo de su mujer —sugirió María riéndose entre dientes—, pero si os gusta el juego, Shallot, me apuesto con vos a que la ambición de Roderigo es la causa de toda esta desgracia.

—¿Y qué me decís de vos, María? —pregunté yo.

Se escuchó el roce de su vestido contra los setos. Repetí la pregunta.

—Se ha ido —anunció Benjamín— y nosotros deberíamos hacer lo mismo.

Salimos de aquel jardín y seguimos el sinuoso camino que rodeaba el palacio. Pasamos por las cocinas, de donde nos llegaban olores dulces y empalagosos de los pasteles de carne, pollos, capones y gallinas que estaban preparando para el banquete de la noche. Iba a abrir la boca, pero Benjamín se llevó un dedo a los labios. Atravesamos los establos, llenos de herradores y mozos de cuadra que limpiaban los caballos tras la reciente cacería y a continuación nos adentramos en un pequeño prado destinado a pasto para el ganado. Benjamin me condujo a través de él hasta que llegamos un pequeño arroyo. Se detuvo y comprobó que no hubiera nadie en la orilla del río. Estábamos solos, el rey había vuelto a última hora de la tarde y todo el mundo se encontraba ocupado preparando su próxima juerga.

—Tenías razón —reconoció Benjamín—: los Albrizzi son un nido de víboras.

—Pero ¿y si María no dice la verdad? —pregunté.

—Es posible. Todavía no tengo claro qué es apariencia y que es realidad en todo este asunto.

Benjamín se sentó en la hierba. Arrancó una primavera y la estudió con cuidado.

—Tanta belleza en algo tan pequeño —añadió—, ¿será así María?, ¿o tal vez es

una mentirosa a la que alguien ha enviado para que cavemos nuestra propia tumba?

Me senté a su lado.

—Lo que me preocupa, señor, es el rompecabezas que forman las dos muertes. Vamos a buscar a Throckle y éste se ha suicidado sin ningún motivo aparente. Y luego nos llevan a Londres para investigar el asesinato de un noble de Florencia.

—La muerte de Throckle podría estar relacionada —afirmo Benjamín con cautela—, pero es la forma en que fue asesinado el señor Francesco lo que me tiene intrigado. En asesinatos de este tipo, el homicida y la víctima siempre están cerca el uno del otro. —Me miró—. Roger, ¿has cargado alguna vez un arcabuz o tenido un arma de fuego en las manos?

No, me asustan, Toda esa pólvora y encima luego hay que preparar el arma. Siempre me ha dado miedo que me exploten en la cara. Así —pregunté—, ¿creéis que Roderigo podría haber utilizado una de las armas que compró?

Benjamín sacudió la cabeza.

—No, Agrippa me dijo que habían sido examinadas.

—Pero ¿cómo consiguió el asesino dar en el blanco?

—Bueno —empezó a decir—, hemos visto donde murió lord Francesco: fue alcanzado en la sien cuando se encontraba frente a la calle en la que se debió de ocultar el asesino. Ahora bien, un arcabuz, ya sea con gatillo de mecha o con el más sofisticado gatillo de rueda italiano, pesa mucho y es una arma muy aparatosa. De pie puede llegarte hasta el pecho. ¿Cómo es posible que alguien cargue con una arma así en medio de las calles de Londres sin ser visto? Me cuesta creer que el asesino permaneciera oculto en una de esas callejuelas y se pusiera tranquilamente a cargar el arma. Preparar un arcabuz lleva su tiempo. Piensa un momento en todo lo que tuvo que hacer el asesino: llevar un frasco o un cuerno lleno de pólvora, colocar el arma vertical, apoyar la culata firmemente contra el suelo, llenar el cañón de pólvora, taponarlo con un taco y colocarlo bien en su sitio; luego introducir la bala sobre la pólvora y el taco y finalmente cebar el arma añadiendo un poco más de pólvora en la cazoleta. Para dispararla tuvo que encender la pólvora de la cazoleta con una mecha de quema lenta. Finalmente hubo de levantar el arma, apuntar y por fin disparar. —Benjamín sacudió la cabeza—. No puedo creer que nadie viera nada. Y en el caso de que así fuera, ¿cómo pudo escapar el asesino llevando una arma tan pesada sin ser descubierto?

—Pero se oyó el disparo —le recordé— y la bala alcanzó la cabeza de Francesco.

—¿Y?

—Pues que quizás el asesino no estaba en la calle, sino en otra parte.

—Imposible —replicó Benjamín—. Estuve en el lugar en el que Agrippa dijo que había caído el cuerpo de Francesco, justo enfrente de la calle. A ambos lados hay tiendas y casas pero ningún asesino se podría haber colado en una de ellas y salir sin

ser visto. Además, según Agrippa, el disparo provino de la calle. —Benjamín se puso en pie—. Es un misterio, un auténtico rompecabezas, un enigma. Pero ¡vamos Roger!, mi querido tío nos espera.

A partir de ese momento no puedo describir con exactitud qué fue lo que sucedió; sólo conservo un vago recuerdo. Benjamín me dio la mano para que me levantara. Cuando estaba ya casi de pie, mis botas resbalaron en el barro y yo caí de espaldas, haciendo que Benjamín se inclinara sobre mí. ¡Gracias a Dios! En ese momento le salvé la vida. Oí un disparo y a continuación el silbido de una bala cortando el aire justo en el lugar donde Benjamín había estado unos segundos antes.

—¿Pero qué pasa? —gritó mi señor.

Le hice agacharse.

—Señor —susurré—, alguien ha intentado matarnos.

(Benjamín Daunbey, que Dios lo bendiga, era el más inocente de los hombres).

Nos tumbamos en la hierba. El estómago se me revolvió y le di gracias a Dios por el color marrón de mis calzones.

—Roger, ¿estáis llorando? —me susurró Benjamín.

—No, sólo es el sudor.

Aplasté mi cara contra la fresca hierba, recordé lo que se larda en cargar una arma de fuego y eso me hizo recobrar el valor. Me levanté de un brinco, desenvainé mi daga y, haciendo caso omiso de las protestas de mi señor, crucé el prado corriendo como uno de los caballeros de Arturo, gritando y chillando como un loco. Las pocas ovejas que pastaban por allí, cebadas para luego ser asadas en la cocina, levantaron la cabeza y me miraron con ojos cristalinos, pero enseguida volvieron a su faena. Por fin alcancé la cerca. El asesino debía de haberse situado allí para disparar el arma; sin embargo, no encontré nada, ni pisadas, ni manchas de pólvora en el suelo, ni siquiera su olor en el aire limpio de aquella tarde de primavera. Quizá percibí olor a quemado, pero nada más.

—¡Levantaos, señor! —grité con las piernas abiertas como un Héctor—. ¡He asustado a ese canalla!

Benjamín atravesó el prado caminando como siempre a grandes zancadas. Él también había desenvainado su espada. El miedo volvió a invadirme cuando vi la palidez de su rostro.

—Señor —dije para tranquilizarlo a él y a mí mismo—, ese bastardo se ha marchado.

—Puede que haya cambiado de posición —sugirió Benjamín, nervioso.

No dudé en volver a agacharme. Benjamín atravesó la cerca y observó con cuidado la hilera de árboles a ambos lados del camino que llevaba a los establos y al edificio principal de palacio.

—Creo que no hay peligro, Roger.

Me puse de pie una vez más. Las manos empezaron a temblarme cuando me di cuenta de lo estúpido que había sido, hasta tal punto que casi no pude envainar mi daga. Después de todo, el criminal podía haber tenido dos armas, las dos cargadas y preparadas para disparar. O tal vez pudiera haber dos asesinos. Las piernas me temblaban como un flan y las mejillas me ardían, así que volví a arrodillarme, arranqué un puñado de hierba y lo aplasté contra mis mejillas.

—Roger, ¿estás bien?

Me levanté.

—Señor, ¿quién sería ese bastardo?

—Alguien que está intentando asustarnos o matarnos.

Benjamin sonrió y me estrechó la mano.

—Pero tú eres un hombre valiente, Roger. No le digas nadie lo que ha sucedido.

—Me cogió por el codo y nos apresuramos a volver a palacio.

Sin embargo, el viejo Roger es incapaz de sacarse el miedo de encima una vez que lo ha invadido. Me han disparado, apuñalado, acuchillado, envenenado, enviado a la horca, arrollado para cortarme la cabeza y en cuatro ocasiones casi han conseguido ahogarme. Pero hasta el momento siempre he conseguido escapar con vida. Agrippa dice que, o bien tengo la suerte del mismísimo diablo, o Dios me protege de una manera especial. Os cuento todo esto para demostrados que no soy un cobarde. Lo que pasa es que tengo arraigado un sentimiento de autoprotección que quizás es mayor al de cualquier otro hombre en la tierra.

Todavía estaba temblando cuando llegamos a nuestra habitación. Benjamin ya había olvidado el incidente y empezaba a preguntarse cuándo requeriría su querido tío nuestra presencia. Yo (que soy más temeroso o quizá más precavido) siempre que salgo de una habitación suelo dejar algo sobre la cama, una servilleta o cualquier otra prenda, y esta vez alguien lo había tocado. Agarré a Benjamin por el brazo.

—¡Señor, esperad!

Me acerqué a la cama y levanté las mantas. Casi me desmayo al ver la enorme hoja de una daga que asomaba a través del colchón justo en el lugar en el que, ya fuera porque, estuviera medio borracho o demasiado cansado para darme menta, me habría desplomado sin más.

## Capítulo 4

Puedo afirmar con total honestidad que la mayoría de chambelanes son unos mequetrefes arrogantes. Pero mis ojos nunca se alegraron tanto de ver a uno cuando abrí la puerta y me lo encontré con una jarra de vino y dos copas en la mano, un regalo del cardenal Wolsey a su querido sobrino. Le arrebaté la jarra, llené una copa hasta arriba y me la bebí de un trago. Volví a servirme otra copa y me acurruqué en una esquina de la habitación, desde donde miré a mi señor.

—¡Serán bastardos! —exclamé—. Todavía no hemos salido hacia Florencia y ya ha intentado matarnos un canalla envuelto en tafetán. ¡Primero nos disparan y ahora esa daga en el colchón!

Benjamín no prestaba atención a mis protestas. Había extraído la daga del colchón y ahora examinaba con cuidado el resto de la habitación. Yo no hacía otra cosa que maldecir nuestra suerte y beber vino. No podía hacer nada más. Estaba aterrorizado. Benjamín, al final, intentó tranquilizarme.

—Piénsalo, Roger —me dijo arrodillándose a mi lado—. Piénsalo bien: si el asesino hubiera querido matarnos, lo habría hecho. Me parece que sólo intenta amedrentarnos, pero no hay nada que pueda intimidar a Shallot, ¿verdad?

Yo no pensaba lo mismo. Alguien había querido matar a Benjamin cerca de aquel arroyo y pensaba que, en ese caso, yo habría regresado a mi habitación, turbado por lo sucedido o quizá borracho como una cuba, y me habría dejado caer sin más sobre la cama. De una cosa estaba seguro: algún miembro de los Albrizzi nos quería ver muertos. Continué refunfuñando, pero al final la lógica de las palabras de Benjamín consiguió tranquilizarme. Me desnudé de mala gana me lavé, me afeité y me puse mi mejor traje (el chambelán nos había informado de que el cardenal había insistido en ello). Oímos los toques de trompeta procedentes del jardín principal, la señal de que el sol se estaba poniendo y el banquete estaba a punto de comenzar. Benjamín y yo nos unimos a la multitud que salía al jardín real situado al otro lado del vestíbulo central.

Una vez más Enrique el Homicida, el Gordo bastardo puso de manifiesto su pasión por los bailes y mascaradas. El príncipe de estómago sin fondo había ordenado que el jardín, que se extendía hasta el lago, fuera rodeado de antorchas. En lo alto de una pequeña montaña se alzaba una casa de verano tan grande como cualquier casa solariega. Las paredes de fuera habían quedado cubiertas por la espesura de enredaderas entrelazadas, ramas y racimos de avellanas blancas. En el interior, las paredes habían sido forradas con telas, el techo se había decorado con hojas de hiedra y el suelo estaba cubierto por verdes y frondosas esteras sobre las que se había esparcido toda clase de hierbas. La maravillosa sala estaba iluminada por antorchas e hileras interminables de velas de cera de abeja sobre las mesas dispuestas en forma de

herradura. Los chambelanes con sus varas blancas estudiaban detenidamente sus pergaminos y comprobaban el orden de los sitios. Por supuesto, a Benjamín y a mí nos colocaron en la punta, mientras que los cortesanos y oficiales se sentaron más al fondo. La mesa reservada para la propia Bestia, su satánica eminencia el cardenal Wolsey y sus invitados florentinos se hallaba sobre un estrado forrado con alfombras de oro. Detrás, oculta tras una enorme bandera roja, azul y dorada que representaba los colores del ejército real de Inglaterra, había una pequeña puerta por la que entraban y salían los cocineros, camareros y criados para servir los diversos manjares a los comensales. En las sombras hacían guardia soldados con las espadas desenfundadas.

Después de mucho tejemaneje, empujones y apretones por todas partes, por fin conseguimos sentarnos. Tuve que entornar los ojos ante el resplandor de los blancos manteles satinados. A nosotros nos habían puesto copas de peltre, pero en las mesas situadas más al fondo los recipientes eran todavía más lujosos. Me cegó la vista el destello causado por la luz de las velas que se reflejaba en las copas, aguamaniles y tazas de oro con incrustaciones de piedras preciosas de la mesa real. De detrás de la enorme casa de verano (¿sabe Dios la fortuna que les había costado construirla!) se escuchó el toque estrepitoso de las trompetas. El rey Enrique hizo acto de presencia en el pabellón, con una toca enjoyada sobre sus bucles de oro y su mofletudo rostro enrojecido, tal vez por la reciente cacería o quizá tras haber dado caza a alguna dama en los departamentos reales. Se atusó la rubia barba; los ojos casi no se le veían, ocultos bajo los pliegues de grasa. Detrás de él, como Belcebú detrás de Satanás, apareció Wolsey, vestido con un traje malva de seda y un casquete del mismo tono sobre sus cabellos canosos.

—¡Damas y caballeros! —El rey extendió la palma de sus sebosas manos repletas de anillos—, ¡esta noche sois mis honorables invitados!

A continuación subió al estrado. Un criado le retiró la silla en forma de trono. El rey se sentó e inmediatamente después lo hizo el cardenal. Sonó otro toque de trompeta y por fin todos nos sentamos.

Dirigí la mirada hacia la mesa real, El rey vestía de un modo extraño: llevaba solo una túnica marrón. Si no fuera por la toca enjoyada sobre su cabeza y la sonrosa diabólica que brillaba en aquel mofletudo rostro enrojecido habría parecido tan sólo un monje de aspecto campechano. Los florentinos, en cambio, eran la quintaesencia del decoro. Contemplé sus bellos rostros y me pregunté quién sería el asesino. Naturalmente, el *condottiero* Giovanni no estaba presente, ni tampoco pude ver a María. En el fondo le di gracias a Dios, porque no había nada que le gustara más a Enrique *el Gordo* que divertirse a costa de los menos afortunados. La reina, la pobre Catalina de Aragón, estaba completamente ausente. ¡Hasta yo había escuchado los rumores! La reina, gorda como una foca y estéril había dejado de interesarle al rey,

quien no desaprovechaba la oportunidad para llevarse a la cama a la primera moza de la que se encaprichaba.

Pero bueno, el destino de la reina todavía estaba por ver. Aquella noche en especial me excedí con la bebida. Poco más podía hacer, excepto atracarme de carne de venado, cisne, ganso, liebre en estofado, chorlito frito, pasteles membrillos y gelatinas, que sirvieron con una rapidez desconcertante. Ni una sola vez nos dirigieron la mirada el rey o Wolsey, aunque constantemente me encontraba con la de Enrico, que nos estudiaba desde su mesa. Benjamin como es habitual en él, se mostraba taciturno y observaba de cerca al rey y a sus invitados florentinos. Luego se volvió hacia el lado de la mesa donde yo me sentaba, sin apenas poder moverse, ya que allí no cabía ni un alfiler.

—Roger, ¿te has dado cuenta?

—¿Qué? —le pregunté delante del resto de invitados con la boca llena. Me importaba un bledo. Hacía mucho tiempo que me había dejado de remilgos ante las situaciones formales. Enrique *el Gordo* no me tragaba y Wolsey creía que estaba como una cabra. Qué curioso, ¿no? ¡Las vueltas que da la vida! El rey Enrique murió envenenado, cogiéndome la mano y diciéndome que yo había sido su único amigo. Wolsey, en su lecho de muerte, cuando ya no gozaba del favor del rey, me hizo sostener un crucifijo para poder ver a Cristo Nuestro Señor, al que tan poco había servido durante su existencia.

—Deberíais haber sido sacerdote —farfulló el miserable cardenal moribundo.

—Sí, como vos —contesté yo.

Fue la última broma que Wolsey escuchó a este lado del cielo. Pero, en fin, eso sucedió mucho tiempo después. Aquella noche de primavera Benjamín tuvo que zarandearme y repetirme la pregunta.

—Roger, ¿te has dado cuenta? —insistió, sacudiéndome de nuevo y chasqueando la lengua con desesperación—. El rey y sus cortesanos no visten con la pompa habitual, sino con vestidos de sarga.

Miré a mí alrededor con la vista nublada. Benjamín tenía razón y pronto descubrí el porqué. Al final de la cena la Gran Bestia se puso en pie.

—Bueno —anunció—, es hora de entretener a nuestros invitados con un antiguo juego inglés.

Se escucharon aplausos de aprobación entre sus serviles cortesanos.

—Es hora de jugar a la caza en el barro.

—¡Sí! ¡Sí! —entonó la cohorte de cretinos.

El rey bajó de su estrado y se dirigió a la entrada de la casa de verano. Sólo entonces percibí que me dirigió una mirada rápida y furtiva con aquellos ojos azules escalofriantes. Desató el cordón de su capa y se la lanzó a uno de los sirvientes. Debajo sólo llevaba unas calzas de color malva oscuro metidas por dentro de unas

botas de piel y una camisa de batista abierta a la altura del cuello.

—¡Necesito a ocho voluntarios! —gritó—. ¡Norris, Brandon, Bolena! —Hizo una pausa pensativo y luego señaló a otros tres cortesanos. Luego volvió a callarse y se llevó los dedos a los labios—. ¿Quién podría ser el octavo? —Me sonrió.

El corazón me dio un vuelco.

—¡Shallot! —añadió a continuación— vos sois un vasallo corpulento.

Yo desvié la mirada.

—¡Shallot! —el tono de voz del rey se había vuelto más amenazador.

—Levántate —me susurró mi señor.

Me puse en pie. Miré el rostro diabólico y mofletudo del rey y le hice una reverencia en señal de obediencia. Acto seguido el rey Enrique dio una palmada. El resto de los cortesanos elegidos empezó a quitarse la ropa. Todos iban vestidos igual que el rey. Incluso bebido como estaba me di cuenta de que había sido engañado vilmente. Mis competidores llevaban calzas, camiseta y botas de caza; en cambio, yo iba con mi mejor traje y los coturnos de piel más suaves que tenía. Iba a ser el bufón del grupo. Dirigidos por el rey, los invitados lo siguieron colina abajo hasta llegar a un pequeño estanque. La caza en el barro era un juego bien simple que agradaba sobremanera a los rudos campesinos o a los que tenían tan poco cerebro como el rey Enrique. Consistía fundamentalmente en tirar al agua un tronco tras el que se lanzaban los ocho jugadores. Quien conseguía sacarlo y llevarlo a tierra se proclamaba ganador. Evidentemente, el resto de participantes hacía todo lo posible para que eso no sucediera. Era un juego violento y salvaje en el que a veces algún hombre se había dejado la vida. Me dispuse a sacarme el justillo.

¡No, no! —gritó el rey—. ¡Tal como vais, Shallot! ¡Tal como vais!

Detrás de él, pude ver a Wolsey. Tengo que decir para ser justo con su satánica eminencia, que capté una mirada de lástima en sus hundidos ojos oscuros. A los florentinos les pareció divertido, aunque Enrico, tan miope como siempre, me sonrió cándidamente. El resto era como una jauría de perros de caza que ladraba las órdenes del rey de que no me quitase la ropa. No sólo querían entretenerse con un juego, sino deleitarse la vista con una de las escenas más ansiadas por el corazón humano, la de alguien haciendo el ridículo, convertido en un hazmerreir.

¡Por el amor de Dios, ve! —me susurró Benjamín—. ¡No te niegues Roger!

Contemplé perplejo, un tanto atolondrado, el estanque de aguas lodosas y turbias.

—Majestad, señores, caballeros —el chambelán me sonrió con malicia—, el resto de participantes. ¡Ocupad vuestras posiciones!

Rojo como un tomate, incomodado por la situación, me coloqué en línea. Debí de parecer patético, vestido con mi mejor traje, un poco borracho y en el extremo de una fila de hombres preparados para jugar.

—¡Lanzad el tronco! —ordenó el rey.

Un escudero lanzó al aire el trozo de madera, que cayó al lago formando un estruendo y salpicándonos. De este modo recibí la primera bendición de aquella agua lodosa.

—¡Ya! —gritó el rey.

Él y sus compañeros salieron disparados, empujándose y dándose codazos. Yo me mostré menos dispuesto a seguir su ejemplo, lo que causó todavía más risas. Y bien, ¿qué puedo decir? En cuestión de segundos me vi cubierto de cieno ni gro de pies a cabeza.

Me golpearon, me dieron patadas y chapuzones ante los espectadores, que se desternillaban de risa. Por supuesto, en este tipo de juegos Enrique *el Gordo*, el Tonelete Real de Manteca de Cerdo, siempre tenía que ganar. Y, como ya se sabía de antemano, fue el primero en conseguir sacar el pesado tronco a la orilla.

De nuevo nos colocamos en línea y volvieron a lanzar el tronco. Empecé a correr hacia el estanque, pero el rey, que estaba a mi lado, me zancadilleó y caí de bruces en el barro. Eso fue el colmo: puede que el viejo Shallot sea un cobarde, pero tiene su orgullo. Me levanté y me lancé de cabeza al agua. Parecía que estuviera poseído. Después de todo, yo era Shallot, luchador nato de la calle, escudero de los callejones, señor de los arroyuelos. Conocía todos y cada uno de los trucos sucios que había que emplear en situaciones como ésta y, creedme, los puse en práctica. Mi codo fue a parar a la noble oreja de Charles Brandon, duque de Suffolk, mi bota, a la entrepierna de sir Henry Norris. Luego me hice con el tronco y lo alcé como si fuera un héroe. Corrí hacia la orilla y finalmente lo deposité triunfante en el suelo. Bueno, ya conocéis cómo son las masas: las masas son las masas, independientemente de si llevan seda tornasolada o pieles de rata, siempre aclaman al ganador. Los cortesanos del rey me vitorearon bajo un cielo cada vez más oscuro. Miré victorioso a Benjamín, que sacudió la cabeza en señal de advertencia.

Sin embargo, al viejo Shallot le importó un comino.

Volvimos a colocarnos en línea y nos tiramos de nuevo al agua. Mis dedos se colaron esta vez en los diferentes orificios de mis contrincantes. Di patadas, mordiscos y pellizcos por todas partes y volví a traer el tronco hasta la orilla. El rey Enrique era digno de ver. Miró a sus cortesanos rojo de furia. El clamor de voces desapareció. Habían olvidado la primera regla: el rey Enrique nunca pierde. Y en la siguiente rinda cuando parte de mi furia ya había desaparecido, no tuve elección. Norris y Brandon me sostuvieron debajo del agua y Enrique *el Gordo*, con las anchas nalgas mojadas y temblonas como las de un marrano, corrió hacia la orilla y se puso a dar saltos ante los aplausos de la muchedumbre. Me recordó a un niño regordete de rostro sonrosado y demasiado grande para su edad.

Nos colocamos en posición por quinta vez. Quien se hiciera ahora con el tronco se convertiría en el ganador. No soy tonto y sabía que no era prudente ganar esa

ronda. Sin embargo, decidí divertirme. La lucha fue bastante dura; mis contrincantes empezaron a correr, dando empujones y codazos con el cuerpo empapado en sudor echado hacia delante y soltando toda clase de blasfemias. Por fin se presentó mi oportunidad. El rey Enrique estaba delante de mí, con las piernas separadas. Me agaché tras él, llevé la mano a su entrepierna y le di un buen pellizco en las pelotas. Corrí como un galgo antes de que a la Bestia le diera tiempo de darse la vuelta. Soltó un alarido como el de un perro apaleado, pero, con todo, consiguió hacerse con el maldito tronco y lo llevó a la orilla, proclamándose vencedor del juego. La claqué de cortesanos le aplaudió. Yo me limité a sonreír tímidamente de oreja a oreja, interpretando el papel del valiente derrotado. Lancé una mirada furtiva al rey Enrique y el corazón me latió de satisfacción. Todavía tenía el rostro enrojecido y desencajado por el dolor que intentaba mitigar tocándose disimuladamente la entrepierna.

Después de aquello el banquete se dio por terminado. Benjamin me condujo de vuelta a nuestra habitación. Me desnudé, abrí la ventana y arrojé por ella mi mejor traje ahora echado a perder por el barro.

—¡Esos bastardos ya pueden quedárselo! —exclamé.

Me lavé, me terminé el vino, me eché en la cama y, en cuestión de segundos, me quedé profundamente dormido. Me desperté a la mañana siguiente fresco como uní rosa, levanté a Benjamin y juntos bajamos a la despensa para romper nuestro ayuno.

—Y ahora, ¿qué? —pregunté con la boca llena de pan y de queso, a la vez que le hacía una mueca obscena al cocinero, que se había negado a darme un poco del cerdo cubierto de mostaza y especias que se estaba haciendo lentamente sobre el fuego y olía deliciosamente.

—Esperaremos a ver qué quiere mi querido tío —contestó Benjamin.

Su querido tío no tardó en requerir nuestra presencia. Un chambelán irrumpió en la sala, gritó nuestros nombres y sin más nos condujo a través de los departamentos reales hasta la cámara privada de Wolsey.

El cardenal y el rey estaban delante del fuego, acomodados en unas sillas forradas, hablando por lo bajo con las cabezas juntas. Parecía que Wolsey estaba examinando algunos documentos. El chambelán nos anunció y se retiró. Aquella pareja tan encantadora no nos hizo ni caso. Nosotros, por supuesto, permanecemos arrodillados tal como indica el protocolo, pero los dos bastardos seguían hablando entre sí. Miré a Benjamin pero sacudió la cabeza, aconsejándome con los ojos que tuviera paciencia. A decir verdad, yo todavía me sentía indignado por la aventura de la noche anterior. Sentía un cariño especial por mi chaqueta malva con sus ribetes de plata y botones de oro y, además, no me gusta que me humillen. Así que hice lo único que puede hacer un hombre sin ser culpado. El estómago empezó a hacerme ruido y entonces me tiré un pedo tan sonoro como el de un caballo de carga. Benjamin bajó la cabeza intentando reprimir una carcajada. El rey Enrique volvió medio cuerpo y me

clavó uno de sus ojos azules, centelleante como un trozo de hielo. Wolsey me miró tan horrorizado que hizo que me preguntara si los cardenales también se tiran pedos o si existe alguna diferencia entre sus estómagos y los del resto de los mortales.

¡Pero qué...! —exclamó el rey.

Bueno, ya conocéis al viejo Shallot: preso por mil, preso por mil quinientos. Me tiré otro pedo, tan ruidoso y estridente como el toque de un trompeta.

¡Tú, chico! —bramó el rey poniéndose en pie. Me miraba fijamente y echaba chispas por los ojos.

Me recordó a un maestro horrible que tuve una vez. Wolsey tenía la vista fija en el fuego. Años más tarde me confesó que si hubiera tenido que levantarse en aquel momento se habría partido de risa. Puse los ojos en blanco y levante la cabeza.

—Majestad —me excusé con tono lisonjero—, se me hace un nudo en el estómago del miedo que siento cada vez que me encuentro ante vuestra excelentísima presencia.

(Siempre he tenido la lengua afilada como un cuchillo).

—Majestad —continué—, vos podéis mandar sobre mi cabeza y mi corazón, pero mis intestinos son otro asunto.

—¡Pues me parece que quedarían muy bien colgando una horca! —rugió el rey.

Se levantó, cruzó la opulenta cámara y se volvió a sentar repantigándose sobre una enorme silla parecida a un trono. Wolsey, envuelto en seda color púrpura y un perfume embriagador, se sentó a su lado.

El cardenal cogió una campanita de plata y la hizo sonar mientras sonreía amablemente a su sobrino. Una puerta oculta en uno de los paneles de la pared se abrió, lo que me hizo dar un respingo. Agrippa entró en la sala, despacio y silencioso como la sombra de la muerte. Hizo una reverencia al rey, que decidió no prestarle atención, ya que todavía seguía sin quitarme los ojos de encima. Agrippa tomó asiento al lado de su señor.

—¡Querido sobrino! —Wolsey se inclinó hacia delante; las joyas se apelotonaban y se ensortijaban en los dedos de su mano—. Querido sobrino —repitió—, cuánto me alegro de volver a veros.

Echó su silla hacia atrás y se levantó. Luego pasó cerca del escritorio, hizo un gesto a Benjamín para que se levantara y lo besó con afecto en ambas mejillas. Finalmente bajo la mirada hacia mí, pestañeó maliciosamente y se dirigió de nuevo al escritorio.

—¡Por el amor de Dios, sentaos de una vez! —el rey chasqueó los dedos y señaló dos taburetes que había delante de la mesa del escritorio.

Benjamín, agradecido, se sentó en uno. Yo, escurriéndome como una hoja sobre el agua, me senté a su lado; me preguntaba si para acabar de rematar la situación debería tirarme otro pedo. Sentí una enorme satisfacción al ver la cara del rey

transformarse con un gesto de dolor cuando se arrellanó en su asiento; eso significaba que todavía conservaba el pequeño regalo que le había hecho la noche anterior. Yo creo que el rey Enrique sabía que había sido yo, pues sus ojos azules de marrano me escudriñaban mientras apretaba sus labios carnosos y pulposos como una chiquilla arrogante. Pero bueno, así era el rey Enrique: dispuesto a ser uno más, siempre y cuando ganara; además, odiaba quejarse en público. ¡Era un hombre lleno de arrogancia! Una vez condenó a muerte al hijo de un noble y la víspera de la ejecución se cruzó con el padre en la corte y le preguntó:

—¿Por qué no pedís clemencia por la vida de vuestro hijo?

—Me siento avergonzado —contestó el pobre hombre.

Pues entonces, si vos os sentís avergonzado para pedir clemencia —rugió la Bestia—, nosotros también para concederla.

¿Podéis creerlo? Enviar a un hombre joven a la horca, rechazar su perdón tan sólo porque su anciano padre tuvo demasiado miedo para suplicar piedad. Conservo una copia del retrato que Holbein le hizo al rey. Lo guardo en mi cámara secreta y a menudo, cuando estoy de mal humor, lo utilizo para practicar mi puntería con el cuchillo, un arte me enseñó un miembro del harén de Soleimán.

Pero en aquel entonces, en aquella cámara de Eltham, otro cuadro me llamó la atención. Colgaba de la pared a la derecha del rey. Debajo de él, sobre una mesa de madera de cedro, un candelabro de plata de ocho brazos ardía como una ofrenda votiva ante un altar. Mientras el rey y Wolsey intercambiaban las habituales frases de cortesía con mi señor, yo me quedé mirándolo: era un cuadro enorme, por lo menos de dos yardas de altura y de unos cuatro pies de ancho. Me llamó la atención porque tenía unos colores muy chillones y unas pinceladas muy vivas. (Tenéis que tener en cuenta, jovencitos, que en 1523 Inglaterra todavía no había sido testigo de la época dorada de los grandes artistas italianos). En fin, lo que os decía: el cuadro era un retrato del rey Enrique VIII, mucho más joven, más delgado y más guapo. Estaba arrodillado ante un reclinatorio con una flor en la mano, ante la tumba de su padre en la abadía de Westminster. Sobre la tumba había otro cuadro en el que aparecía un santo vestido con armadura: san Jorge, según me pareció. Un mono pequeño, mirando en dirección contraria, se agarraba al pie del monarca. En la otra mano, el rey Enrique sostenía un libro que, aguzando la vista, reconocí como una Biblia abierta justo por el Deuteronomio. Al lado de la tumba podía verse un altar sencillo con un crucifijo de plata y un florero a cada lado. Detrás del altar había un pequeño tríptico que representaba la muerte del viejo rey, su entierro y la coronación de Enrique VIII. En las escaleras del altar, hacia la derecha, donde estaba el joven rey arrodillado, había lo que parecía ser una vasija con un hisopo para rociar el agua bendita, rodeada de más flores. Wolsey se dio cuenta de mi mirada de estupefacción.

—Shallot, ¿os gusta el cuadro?

—Sí, eminencia; tiene mucho colorido y mucha vida —me incliné hacia la Bestia—. Y os otorga, majestad, gran respetabilidad.

El rey hizo un mohín.

—Es un regalo —contestó— del fallecido lord Francesco Albrizzi. Me regaló ese cuadro y esto.

El rey sacó de debajo de su camisa de batista una cadena de oro con la esmeralda más brillante que jamás he visto. Tallada en forma de corazón y colocada en un broche del oro más puro, la joya resplandecía como el fuego a la luz de las velas.

—Son presentes de la familia Albrizzi y de la ciudad de Florencia —intervino Wolsey. Sonrió con afectación—. Aunque no es más de lo que vuestra majestad se merece. Florencia necesita nuestra alianza, nuestra lana y nuestro apoyo. —Hizo una pausa mientras el rey Enrique se acercaba al escritorio y se servía una copa de vino—. Pero vayamos al grano —continuó Wolsey—. ¿Os ha informado ya nuestro buen amigo el doctor Agrippa del terrible asesinato de lord Francesco?

Benjamín asintió.

—¿Y podréis ayudarnos, queridísimo sobrino?

Benjamín abrió las manos.

—Querido tío, es todo un misterio, un auténtico quebradero de cabeza. ¿Cómo puede un hombre disparar en medio del gentío sin ser visto? ¿Y cómo pudo llevar una arma tan aparatosa que primero tuvo que cargar y preparar?

Wolsey movió una de sus manos enguantadas.

—Me doy cuenta de la dificultad, querido sobrino —volvió a mostrar aquella sonrisa—, pero tengo plena confianza en vuestra capacidad y habilidad para resolver asuntos de este tipo.

—¿Quién podía querer asesinar a lord Francesco? —preguntó Benjamín bruscamente.

Wolsey se encogió de hombros.

—Un hombre poderoso siempre tiene enemigos.

—Pero ¿en Inglaterra, querido tío?

—Quizá no. De todos modos —continuó Wolsey—, no tengo ninguna duda de que el asesino es alguien de la familia Albrizzi, aunque cómo y por qué fue asesinado es algo que vos, sobrino, tendréis que resolver. —Wolsey se pasó la lengua por sus rojos y carnosos labios—. No podemos ser acusados de descuidar la protección de nuestros invitados y respetables enviados. Y qué mejor solución que delegar en mi propio sobrino la captura de ese homicida.

Miró con cariño a Benjamín y yo cerré los ojos y me puse a maldecir. El buen cardenal sería incapaz de descubrir verdad aunque ésta saltara y mordiera su fofa nariz. Y yo sabía que, como el vicario decía al referirse al pecho de una mujer, «hay más de lo que parece».

—Pero, mi querido tío, ¿hemos de acompañarlos hasta Florencia? —preguntó Benjamín.

—Bueno. —Wolsey levantó un dedo y sonrió por encima del hombro al doctor Agrippa, que permanecía allí de pie, sosteniendo su sombrero de ala ancha, con el rostro inescrutable de una estatua—. Tenemos otras misiones para vos.

—¿Cómo cuáles, tío?

Wolsey hizo caso omiso del tono sarcástico que empleó Benjamin.

—En primer lugar, a su majestad le gustaría que el artista florentino que realizó esa obra viniera a Inglaterra. Queremos que pinte obras similares de la familia real y de la corte. —Wolsey se mordió el labio—. Los otros asuntos son más..., ¿cómo os lo diría?, más delicados.

(«¡Oh, Dios mío! —dije para mí—, ya empezamos otra vez: el pobre Shallot a punto de entrar en una jaula de leones o, como es habitual, de cabeza al retrete más hondo»).

—Querido sobrino, ¿conocéis algo sobre la política de Florencia?

Benjamín sacudió la cabeza.

—Es una gran ciudad —explicó Wolsey—, construida a la orilla del río Arno sobre unas tierras que cruzan toda Italia. Tiene un sistema bancario propio, la envidia de Europa, que le proporciona riquezas e influencias más allá de su ubicación y tamaño actuales. Ahora bien, Florencia debe su grandeza a la familia de los Médicis, sobre todo a Lorenzo *el Magnífico*, que murió hace treinta años. Lorenzo convirtió Florencia en la joya de la corona europea. —Wolsey sonrió—. Tuvo sus dificultades, pero consiguió superarlas.

(El viejo Wolsey era el rey de los mentirosos. ¡Dificultades, dice! Lorenzo fue objeto de múltiples conspiraciones. La más peligrosa fue el complot de los Pazzi, que consiguió acabar con la vida del hermano de Lorenzo, Giuliano, cuando se encontraba en la catedral de Florencia. Pero Lorenzo consiguió machacar a los conspiradores. Colgó al arzobispo Salviati, uno de los principales instigadores, en la ventana de su palacio con las piernas cubiertas con unas calzas color malva y balanceándose debajo de su sotana como el badajo de una campana. Otros fueron asesinados brutalmente a las afueras del gran *palazzo*. Parecía la parada de un carnicero, con los cuerpos de los conspiradores colgando de ventanas y balcones. El principal de ellos, Jacopo Pazzi, fue torturado y finalmente colgado. Su cuerpo fue desenterrado por los niños de Florencia, que lo arrastraron por las calles de la ciudad y, deteniéndose de vez en cuando en las casas, ataban el cuerpo a la jamba de la puerta y chillaban: «¡Abrid a Jacopo Pazzi!»).

—En fin —continuó Wolsey con calma—, Lorenzo tuvo tres hijos de los que dijo lo siguiente: «El primero es bueno, el segundo es listo y el tercero, un insensato». Piero, el insensato, consiguió perder el poder sobre Florencia y esto provocó la

expulsión de los Médicis. El más listo se convirtió en papa León X. —Sonrió a Benjamín—. ¿Debo recordaros, querido sobrino, la actitud del papa León con la Santa Madre Iglesia y su elevado oficio? Tan pronto como fue coronado papa escribió una carta en la que decía: «Dios nos ha concedido el papado, por tanto, disfrutemos de él». —Wolsey suspiró de manera exagerada—. Ahora bien, el papa León X ya no está y el colegio de cardenales eligió a Adriano de Utrecht, que trata de reformar la Santa Madre Iglesia y limpiar el albañal en que se ha convertido Roma.

(Ya sé que os lo he dicho antes pero, creedme, Roma necesitaba una buena limpieza. Había más hechiceras, prostitutas, magos y brujos en Roma en la época en la que nombraron papa a Adriano de Utrecht que en toda Francia e Inglaterra juntas. Hombres como Rodrigo Borgia, más conocido como Alejandro VI, habían dejado el papado por los suelos. Él y su querido sobrino César convirtieron Roma en fuente de toda maldad. Cuando Alejandro empezó a tener dolores antes de su muerte, comenzaron a correr toda clase de rumores acerca de fenómenos extraños. Algunos criados juraron que habían oído al moribundo papa hablar con una presencia invisible durante un buen rato y, entonces, empezaron a recordar historias en las que Alejandro vendía su alma al diablo, que le había prometido un pontificado de exactamente siete años y una semana. Dijeron que habían visto al demonio dando brincos por la habitación bajo la apariencia de un mono. Uno de los criados cogió al mono, pero Alejandro gritó de inmediato: «¡Dejadlo marchar!, ¡es el demonio!». Aquella misma noche murió. Cuatro horas después de su muerte, de su boca hervía agua y salía humo de cada orificio de su cuerpo. Nadie se atrevió a acercarse al cadáver. El rostro de Alejandro se había vuelto de color malva y estaba cubierto de granos endrinos. Tenía la nariz hinchada, la boca de medio lado y la lengua doblada. Sus labios estaban tan inflados que parecían ser lo único que había en aquel rostro envilecido. Al final, tras un registro a fondo de los departamentos papales, un grupo de sirvientes decidió meter el cadáver en un ataúd, enrollar el cuerpo en una alfombra y golpearlo dentro del cofre con palos. ¡Oh, si! Roma necesitaba una reforma y el nuevo papa Adriano tenía una tarea hercúlea en sus manos. Vaya, mi pequeño capellán no se está quieto. «¡Cuánta maldad! —exclama—. ¡Cuánta maldad! ¿Por qué seguís perteneciendo a la Iglesia romana?», me pregunta. Golpeo al diminuto hombrecillo en las muñecas con mi vara. Muy sencillo, una iglesia que se mantiene en pie después de tipos como Alejandro debe de estar inspirada por algún ser divino. Sin embargo, tiene razón: me estoy yendo de nuevo por las ramas).

En aquella cámara aterciopelada hace ya muchos años, Wolsey tendía una trampa que consiguió destituir a un papa, nombrar a un sucesor y destruir Roma, lo que provocó tal conmoción que logró hacer añicos la Europa que otrora conocimos. Pude ver que su endiablada eminencia estaba yendo al grano cuando se bajó las mangas de la túnica malva de seda y se inclinó hacia delante. Lo miré fijamente. No me atrevía a

dirigir la vista a Enrique *el Gordo*, que estaba apoltronado en su silla, bebiendo vino y lanzándome miradas asesinas.

Wolsey bajó el tono de voz.

Los Medieís han vuelto a Florencia, que ahora está gobernada por el cardenal Giulio de Médicis. El cardenal cree que el papa Adriano tiene una salud muy frágil y que no vivirá demasiado. —Wolsey contempló el enorme anillo que llevaba en un dedo, un rubí escarlata en el que decían que tenía atrapada a una poderosa fuerza maléfica—. El cardenal Giulio desea saber qué pasaría si el papa Adriano muriera y el colegio de cardenales se volviera a reunir en cónclave.

—¿Queréis decir, mi querido tío —intervino Benjamin— que el cardenal Giulio de Médicis desea vuestro apoyo si ocurriera tal hecho?

Wolsey se reclinó en su asiento.

—Tan agudo como siempre, querido sobrino.

—¿Y qué respuesta debemos darle? —preguntó Benjamín.

Wolsey se encogió de hombros, apoyó los codos en los brazos de la silla y juntó la yema de los dedos de ambas manos.

—Debemos escribir algunas cartas al cardenal Giulio, pero seréis vos quien le dé la verdadera respuesta. Le comunicaréis lo siguiente: Inglaterra dirá que sí si cuando Inglaterra necesite a Roma, ésta responde también que sí. —Sonrió ante la perplejidad de nuestros rostros—. ¿Sabéis lo que significa, querido sobrino?

Benjamín sacudió la cabeza.

—Bien —afirmó Wolsey—. No tenéis por qué saberlo. Pero cuando mi hermano de fe os lo pregunte, y creedme que lo hará, ésa es la respuesta que vos le debéis dar. Bueno —añadió mientras continuaba hojeando algunos trozos de pergamino que había sobre el escritorio—, el tiempo vuela. Mañana los Albrizzi parten hacia Florencia y vos los acompañaréis. Os entregaremos todas las cartas y monedas que necesitéis para vuestro viaje. Os dirigiréis a Florencia, ayudareis a lord Roderigo en la medida que os sea posible a encontrar al asesino de su hermano. Buscaréis luego al pintor de este magnífico retrato —Wolsey señaló el cuadro que colgaba sobre la pared que tenía a sus espaldas— y, finalmente, le entregaréis nuestro mensaje al buen cardenal y regresaréis con su respuesta.

—¿Qué misión es la más importante, querido tío? —preguntó Benjamín—. ¿Y qué pasa si el asesinato de lord Francesco se queda sin resolver?

Wolsey levantó un hombro con elegancia.

—No os lo sabría decir, pero lord Roderigo no se dará por vencido hasta sentirse satisfecho. Florencia debe ver que el brazo de la justicia inglesa es largo y a la vez implacable. El crimen fue cometido en territorio inglés contra un enviado a nuestra corte. Sobre este punto, su majestad es muy inflexible.

El rey Enrique dejó de un golpe su copa sobre la mesa. Me hizo señas para que

me acercara. Me puse en pie.

—¡Acercaos más!

Obedecí, el rey me agarró por el justillo y emitió un sonoro eructo cargado de vino delante de mis narices sin quitarme de encima sus ojos de marrano.

—No os atreváis a regresar a casa —siseó la Bestia— sin haber cumplido vuestra misión.

## Capítulo 5

Enrique *el Gordo* consiguió asustarme. Sin embargo, permanecí allí de pie, con el rostro impassible, aunque los intestinos me amenazaron con convertirse en agua. Wolsey dio una suave palmadita al rey Enrique en el brazo.

Majestad —añadió con tono lisonjero—, Shallot no os decepcionará, pues cuenta, por supuesto, con la ayuda de mi ilustre sobrino.

—No trajeron a Throckle —gruñó la gorda hamburguesa mirándome con sus ojos de marrano.

(Es extraño, ¿no? Años más tarde, cuando Enrique *el Gordo* era un saco podrido de sífilis, no permitía que me alejara de él ni un solo instante. Yo solía recordarle lo mucho que le desagradaba en el pasado. Entonces las lágrimas acudían a sus ojos, me cogía la muñeca con su garra y me decía con aquellos labios rojos y temblorosos:

—Nos parecemos mucho, Roger. Nos parecemos mucho, en corazón y alma.

¡Es el peor insulto que jamás me han dirigido! Si realmente hubiera pensado que era verdad me habría colgado pesos alrededor del cuello y me habría ido a nadar al estanque de los patos).

A mi lado, en aquella lujosa estancia, Benjamin se movió inquieto y se aclaró la garganta.

—Su ma-majestad —tartamudeó deliberadamente para dar la impresión de que estaba nervioso.

(El viejo Benjamín a veces podía ser un actor excelente. Podría darle algunas lecciones a Burbage).

—Su majestad —repitió Benjamín con vacilación—, el señor Throckle se ha suicidado.

—¡Viejo estúpido! —exclamó el rey.

—¿Por qué lo habrá hecho? —continuó mi señor, mirando a su tío.

Wolsey se encogió de hombros e hizo algo muy sospechoso: hojeó entre los manuscritos que había sobre su mesa y nos entregó una copia de la carta que le había entregado a Agrippa para que se la llevara a Throckle.

Benjamín y yo la estudiamos con cuidado. La carta invitaba a Throckle a venir a la corte y le pedía que trajera algunas hierbas consigo para aliviar el malestar del rey. Benjamín se la devolvió y sacudió la cabeza.

—¿Por qué querría acabar con su vida, tío?

Wolsey hizo una mueca. Observé aquellos endiablados ojos.

—Y lo más importante —interrumpí—, ¿por qué le invitasteis a palacio?

Wolsey se arremangó la toga de seda.

—El señor Throckle nos había solicitado una licencia para viajar al extranjero e ir a estudiar a la Sorbona. Y yo, por supuesto, se la concedí. —Wolsey hojeó algunos de

los documentos, copias de las autorizaciones de la Cancillería que permitían a Throckle el «paso libre y seguro a Dover»—. Pero —continuó Wolsey— primero quise que nos hiciera una visita.

—Era un buen médico —gruñó de nuevo el rey—, mejor que esos cortos de mollera que tenemos aquí.

(¿Sabíais que eso era lo único en lo que el rey y yo estábamos de acuerdo?, ¡en los médicos! La mayoría apenas sabe distinguir entre su cabeza y su trasero; son los mayores embusteros que jamás he conocido. Recordad el consejo del viejo Shallot: si queréis seguir teniendo buena salud, cuanto más lejos os mantengáis de los médicos, mejor. Cuando el viejo bastardo que se llama a sí mismo mi médico intenta hacerme una visita, le lanzo macetas desde la ventana de mi habitación. Entonces se agacha y me dice que viene con buenas intenciones. Luego suelto a los perros, que empiezan a ladrar, ¡vaya si ladran!, y deberíais ver cómo corre el pobre diablo).

Pero en fin, volviendo a Enrique *el Gordo*. Sentado en aquella opulenta sala no apartaba sus ojos enrojecidos de mi cara. Me entraron ganas de tirarme otro pedo, pero creí que eso sería tentar demasiado la suerte, así que me limité a sonreírle.

—En fin —concluyó Benjamín—, Throckle está muerto.

—Sí, sí; eso ya lo sabemos, querido sobrino. Ahora debéis partir hacia Florencia. ¿Habéis entendido el mensaje que debéis entregar al cardenal de Médicis?

—¿Qué significa? —preguntó Benjamín.

—Eso no es asunto vuestro.

—¿Y sabe su excelencia que vamos?

Wolsey sonrió efusivamente, cruzó las manos y se inclinó sobre la mesa.

—El pasado otoño, querido sobrino, como debéis recordar, viajé con el rey a Bolonia. Allí me encontré con el cardenal Giulio de Médicis. En ese momento planeábamos una nueva alianza entre Inglaterra, el Imperio, España, los estados italianos y el papado en contra de Francia. —Wolsey apretó los labios—. Hablamos de todo. Los Albrizzi han venido como enviados para... ¿cómo os lo diría?, para confirmar los vínculos de amistad que tracé con el cardenal en Bolonia. Ahora viajaréis a Florencia y le comunicaréis nuestro mensaje confidencial y, si es posible, descubriréis al asesino de lord Francesco.

—¿Y qué pasa si es un inglés? —Protesté yo—. ¿De qué servirá ir a Florencia?

Wolsey me miró con tristeza.

—¡No seáis estúpido! ¿Quién en Inglaterra querría matar a lord Francesco? Los hechos hablan por sí solos, cabeza de chorlito —se reclinó en su asiento—. ¡Sabe Dios lo que mi sobrino habrá visto en vos! Resulta evidente que sólo alguien de los Albrizzi pudo planear tal asesinato.

En realidad, no era tan evidente, pero incluso entonces sabía cuándo tenía que mantener la boca cerrada. Además, Benjamín me dio una patada en el tobillo.

—Iréis a Florencia —ordenó el rey—. Iréis a Florencia ¿lo oís?

Bueno, como dicen, un codazo es tan bueno como un guiño para un hombre ciego. Nos pusimos de pie de un brinco como los conejos, hicimos una reverencia y a paso lento salimos de aquella sala que daba a una extensa galería. Agrippa se reunió con nosotros fuera, muy amable y solícito.

—El humor del rey no es tan bueno como debería.

—¿Qué os hace decir tal cosa? —le pregunté con sarcasmo.

Agrippa me dedicó una sonrisa, aunque más bien pareció una burla.

—¿Vendréis con nosotros a Florencia? —le pregunté mirándolo a aquellos ojos de color indefinido.

—No, no puedo ir a Italia —respondió—. Y probablemente ya no os volveré a ver antes de que partáis —levantó un dedo—. Pero tened cuidado. Como ya os he dicho en más de una ocasión, respecto a nuestro honorable rey y a mi señor, nada es lo que parece —y girando sobre sus talones se marchó en dirección a la cámara real.

Tuvimos poco tiempo para reflexionar sobre la advertencia de Agrippa. A la mañana siguiente, mucho antes del amanecer, nos despertó un corpulento oficial de orden, sacudió nuestras camas y nos anunció que los Albrizzi se marcharían con la primera marea de la mañana. Me bajé de la cama y miré a través de la pequeña hendedura que tenía como ventana. En el patio de abajo estaban ensillando los caballos a la luz de las antorchas. Los criados formaban una cadena fuera de la cocina y se iban pasando cuencos llenos de harina de avena mezclada con leche y miel. Divisé a los Albrizzi y frotándome los brazos, me volví hacia mi señor.

¿Por qué no nos dijeron que saldríamos tan pronto?

Benjamín se encogió de hombros.

—¡Sabe Dios! —exclamó sonriéndome levemente—, quizá mi querido tío pensó que intentaríamos escabullimos.

—Vuestro querido tío tiene más razón de la que se piensa repliqué. Hubiera seguido quejándome, mas en ese momento alguien llamó a la puerta y la enana María entró con paso ligero más fresca que una rosa. Dio unas palmadas y soltó una risita al verme con mi camisa de noche.

—Fue anoche mismo cuando tomamos la decisión de partir —nos comunicó—. Lord Roderigo ha tenido noticias de que un barco de Pisa, el *Bonaventure*, va a salir de Dowgate con la marea de la mañana —volvió a dar otra palmada—. Será mejor que os deis prisa —me sonrió—. Estoy contenta de que vengáis con nosotros, Cebolla. Me gustáis.

—¡Oh, es maravilloso! —le contesté con tono burlón—. Vos también me agradáis. ¿Qué os parece si nos casamos cuando llegemos a la dichosa Florencia?

María, desternillándose de risa, salió fuera de la habitación. Benjamín y yo nos lavamos, nos cambiamos y preparamos nuestras alforjas. Cuando terminamos

permanecí de pie contemplando la niebla que se arremolinaba alrededor del patio. Sentí nostalgia. Pensé en Ipswich, en la plaza adoquinada del mercado, en las agujas de sus iglesias despuntando en el azul del cielo. Incluso me acorde de la escuela de Benjamin para golfillos engreídos.

—No quiero ir a Florencia —protesté—. ¡No quiero ver las malditas glorias de Italia!

—Vamos, Roger. —Benjamin me dio una palmadita en el hombro—. Es hora de partir.

Nos dirigimos a Londres y bajamos hasta el muelle de Dowgate. El *Bonaventure* ya estaba listo para zarpar. Se habían subido todas las provisiones a bordo; los carros vacíos y los caballos descargados se habían dejado a un lado. Los Albrizzi también habían llegado. Los seguimos por la tablazón empapada de agua que llevaba hasta la cubierta principal.

Para empezar, yo no soy marinero; los barcos me dan un miedo terrible y el *Bonaventure*, más que ninguno. Era un barco de guerra con tres mástiles, armado hasta los topes con cañones y otros proyectiles. Benjamin y yo fuimos alojados en un espacio entre las cubiertas al lado de uno de los cañones y al mirar a mí alrededor a través de la pestilente oscuridad, el corazón me dio un vuelco. Esto no iba a ser un viajecito de placer por el Támesis. Depositamos en el suelo nuestras alforjas, talabartes y otros enseres y subimos a la cubierta principal. Roderigo, Alessandro y Bianca estaban con el capellán y alguno de los oficiales del barco frente al mástil más alto. Vestidos con ropajes sobrios y rodeados de una espesa niebla procedente del río, parecían un séquito de fantasmas. Roderigo nos vio y nos hizo señas.

—Señor Daubey, vuestro tío nos desea un buen viaje y nos envía este vino como muestra de su estima —dijo señalando los barriles que habían subido a bordo.

Un hombre de estatura pequeña vestido de marrón y con capucha, de tez aceituna y unos ojos muy redondos y brillantes apareció en cubierta. Mordisqueaba la punta de una pluma mientras estudiaba un rollo de pergamino. A continuación musitó algo entre dientes, miró a su alrededor y fue de un lado para otro comprobando las existencias y los bienes de la familia Albrizzi.

—¡Matteo! —le llamó Roderigo—. ¡Acércate!

El tipo se acercó con paso tímido. Parecía un alma tranquila, más monje que administrador. No entendía ni una palabra de inglés. Roderigo nos lo presentó como Matteo, el fiel administrador de lord Francesco.

Es un hombre digno de confianza —afirmó Roderigo, dándole unas palmaditas en el hombro—. Mi hermano siempre decía que podría confiarle hasta su vida.

Matteo cogió el sentido general de sus palabras y su rostro se tornó triste, las lágrimas inundaron sus ojos y sacudió la cabeza afligido.

—Llorará para siempre su muerte —añadió Roderigo con afecto—. Quería

mucho a mi hermano. Sólo si lo mantenemos ocupado conseguiremos que no pierda el juicio. —De nuevo volvió a propinarle unas palmaditas en el hombro—. Él consiguió este barco. Desea abandonar Inglaterra cuando antes.

Luego Roderigo dijo algo en italiano. Matteo escuchó con atención, nos sonrió amablemente y a continuación soltó un torrente de palabras en italiano.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Benjamin.

—Le he dicho que vos conseguiréis vengar la muerte de mi hermano —respondió Roderigo.

—¿Y qué ha contestado? —pregunté por curiosidad.

—Matteo ha dicho que os ayudará en todo lo que pueda.

Le dimos las gracias. Roderigo dio media vuelta y se marchó. Benjamin y yo caminamos hacia la borda del barco y nos asomamos al mar, contemplando la húmeda oscuridad que cubría el muelle.

—No te preocupes Roger —me tranquilizó Benjamín—. Volveremos. Tengo un presentimiento: no acabaremos nuestros días en Italia.

—Oh, muchas gracias —repliqué con amargura—. De todos modos odio los malditos barcos.

Levantamos la vista hacia el gran mástil, donde la vela golpeaba con fuerza azotada por la brisa de la mañana, como si deseara liberarse. Los marineros vestidos solo con un par de calzones se apelotonaban alrededor de cubierta, aparentemente impasibles ante la fría y pegadiza niebla. Eran hombres extraños, flacos y fuertes, de pies endurecidos, pieles y cuerpos cubiertos de sal y ágiles como monos. Se esparcieron a nuestro alrededor profiriendo todo tipo de insultos. Yo me encontraba demasiado abatido para contestarles. Oí los silbidos de algunos de ellos y me volví. Al otro lado de la cubierta se había abierto la pequeña puerta de una cabina y de ella salieron dos figuras. Una era Beatrice. Incluso a media luz pude ver lo hermosa que era.

Se comportó como una reina sin hacer caso de los coméntanos de los marineros y sus cuchicheos obscenos. Le di un ligero codazo a Benjamín mientras ella y su acompañante cruzaban la cubierta, pasaban por delante de grupo de hombres y se dirigían hacia nosotros. Benjamín se dirigió hacia ellos para saludarlos.

—Buenas noches, señores.

La voz de Beatrice era armoniosa y hablaba muy bien inglés, aunque tenía un poco de acento. A su lado, Giovanni se echó hacia atrás la capucha, dejando ver su extraño rostro afeminado. Me di cuenta de lo limpias y bien cuidadas que tenía las manos. Hizo una pequeña reverencia.

—Señores —dijo burlón— bienvenidos a bordo —tosió—. Os encontráis justamente en...

En nuestro sitio —terminó Beatrice—. Éste es el lugar que más nos gusta de los

barcos.

En ese caso, señora —contestó Benjamin—, habéis elegido bien.

Beatrice le sonrió y el corazón me dio un vuelco, pues era realmente hermosa. Me miró y su sonrisa se amplió todavía más.

(«¿Quieres callarte? —le grito a mi capellán—. En mis jóvenes las mujeres me encontraban atractivo a pesar de mi pequeño estrabismo». Levanto la vara y golpeo al canalla en los nudillos. ¿Qué sabrá él? En mi época cortejé a lo mejorcito, no como él, que no hace otra cosa que mirar de reajo los pechos de Phoebe mientras da los sermones en la iglesia).

Contemplé enmudecido la belleza de Beatrice. Tenía brillantes ojos oscuros, muy grandes y almendrados, con unas finas pestañas que abría y cerraba como si fueran alas. Su nariz era recta, los pómulos bastante marcados aunque suaves, la barbilla puntiaguda como la de un duende debajo de una boca delicada cual un pétalo de rosa.

(Mi capellán se está emocionando; no se está quieto, no para de moverse en su taburete y de hacer comentarios en voz baja un tanto subidos de tono. Le gustan las aventuras de cama del viejo Shallot. Se las cuento porque son una forma de ponerlo contento, aunque, bueno, el pequeño bribón debería ser un poco más casto).

Pero lo que os decía, en aquella cubierta rodeada de niebla hace ya muchos años me quede inmóvil como una estatua. Beatrice me tendió la mano, suave y fina como el pétalo de una flor exquisita. La cogí y la besé con fervor. La muy presumida soltó una risita. Giovanni contempló la escena con desaprobación y acto seguido alzó la vista al cielo que empezaba a iluminarse.

Deberíamos haber partido ya —añadió luego—; cuanto antes, mejor. Éste podría ser un viaje peligroso.

—Bueno —comentó Beatrice con ojos burlones a la vez que me acariciaba—, con un hombre como Shallot, me siento protegida.

Caí como un conejo en la trampa de un zorro, pensé, Estaba decidido a continuar con el juego cuando de repente el barco dio una fuerte sacudida. Me agarré a la barandilla y mire a mi alrededor asustado. Me había quedado tan embobado con lady Beatrice que apenas me había dado cuenta de que habían subido la tablazón y dado órdenes de partir. Los marineros soltaron amarras y los grumetes se encaramaron a la jarcia con una rapidez y una agilidad similar a la de un gato trepando a un árbol. Los florentinos se retiraron a sus aposentos. Observé la creciente distancia entre el muelle y el barco y miré con desesperación hacia la oscuridad. De nuevo el barco se tambaleó. Dando gracias a Dios de que Beatrice se hubiera marchado, me incliné por la borda y vomité todo el desayuno.

(Mirad por dónde, siempre que pienso en barcos me acuerdo del *Mary Rose*, el gran buque de guerra del rey Enrique VIII construido en Greenwich. En su primer viaje, el *Mary Rose*, a toda vela, disparó un cañón y se hundió en el agua a una

velocidad pasmosa. Cientos de buenos hombres murieron en aquel incidente. Enrique *el Gordo*, hecho una furia, me encargó que encontrara al causante de aquel trágico suceso. Así que no hagáis caso de las habladurías; solo el viejo Shallot sabe cuál es la verdad. El hundimiento del *Mary Rose* no fue un accidente. Un alma tan oscura como la madrugada ahogó a los marineros intencionadamente y destrozó el gran buque).

Mi viaje en el *Bonaventure* fue un auténtico infierno. Los marineros estaban contentos y daban gracias a los vientos que nos habían llevado fuera del Canal y adentrado en la bahía de Vizcaya. Pero yo no. Recuerdo algunos de los detalles del viaje: las grandes velas blancas sacudiéndose al viento, crujiendo y golpeando con fuerza, los gritos de los marineros, el ruido de los pasos en cubierta, el cielo azul y las fuertes olas, peces muy raros saltando a ambos lados del barco... Fue como una pesadilla. Me mareaba a todas horas, por la mañana, al mediodía, por la tarde y por la noche. Al principio pensé que llegaría un punto en que se me iría el malestar, pero mi estómago continuó retorciéndose como un paño húmedo y no fui capaz de retener ningún tipo de comida. Por si fuera poco me entró una fiebre que me duró varios días.

Recuerdo a Preneste inclinado sobre mí, a mi señor, con el rostro pálido y asustado y, estoy seguro, a la pequeña María secándome la frente y obligándome a tomar una sustancia negra que sabía a rayos. Una buena mañana me desperté; me sentía un poco mareado y sin fuerzas, pero mi estómago estaba tranquilo. Ni siquiera vomité al percibir el hedor del agua podrida que se había ido acumulando entre las ranuras del barco y que hacía que oliera como un estercolero en los días más calurosos de verano. Mi señor se acercó.

—¿A qué día estamos? —pregunté con un gruñido.

—A 25 de mayo; hoy es san Beda el Venerable.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¡Ya han pasado doce días!

Benjamín asintió:

—Ya hemos pasado España.

Pude escuchar a mi alrededor cómo crujía y chirriaba el barco. La atmósfera estaba caliente y enrarecida.

—Por el amor de Dios, señor —protesté—, sacadme de aquí.

Mientras Benjamín me ayudaba a tenerme en pie me di cuenta de lo sucia que estaba mi ropa. Cuando salimos a la cubierta principal al principio me cegó la luz del sol, pues brillaba con mucha fuerza. Luego vislumbré a un grupo de personas, entre las que se encontraba el capitán y Roderigo, contemplando a un puñado de marineros que bailaba al son de la flauta de un chico de rostro delgado. En la popa, algunos florentinos, entre ellos Giovanni y Alessandro, ejercitaban el manejo de sus espadas de madera. Al verme, me llamaron a voces y se acercaron. El sudor les caía de sus cabellos enmarañados y les resbalaba por la cara; parecían niños divirtiéndose con un juego. Sentí un poco de envidia de su buen aspecto y del color tan bronceado de sus

rostros.

—¡Por fin de nuevo en pie! —exclamó Giovanni—. Me alegro de veros de nuevo en el mundo de los vivos, Shallot.

Alessandro me tocó con su espada de madera.

—Ahora deberíais hacer ejercicio. Una *mêlée* os ayudaría a ahuyentar el mal humor.

En ese momento apareció María, me agarró del brazo y, con la ayuda de mi señor, me acercó a la borda del barco.

—No han querido ofenderos —terció María—, pero los florentinos, mi querida Cebolla Tuerta, son expertos en viajes. Están acostumbrados a mares mucho peores que los que hemos atravesado.

(¡Me lo creo! El viejo pirata Drake me dijo que en medio del mar Atlántico hay olas más altas que Hampton Court. Pero ya conocéis a Drake, si no hubiera sido marinero, podría haber ganado una fortuna contando historias).

María y Benjamín me apoyaron contra la borda. Aspiré la brisa salada, pero tuve que cerrar los ojos ante el reflejo cegador de los rayos del sol en el agua.

—¡No miréis las olas! —me advirtió María con cariño—. Elegid un punto en el horizonte y fijad la vista. Veréis cómo se os pasa el mareo.

Sentí el suave roce de sus faldas y percibí la fragancia de un perfume fresco. Le sonreí.

—Gracias —le dije de todo corazón.

No hay de qué. No iba a permitir que nuestra querida Cebolla Tuerta se nos muriera.

Con un vestido de talle bajo y las mangas subidas, María resplandecía como una linda lechera en una mañana inglesa. Sus ojos eran cálidos y su boca apetitosa. Me apretó la mano con suavidad.

Habéis estado muy enfermo, Roger —añadió—, y habéis delirado.

¿Sobre vos? —pregunté con tono de guasa.

—No, sobre otra mujer: Agnes.

Desvié la mirada. No dejaba de ser extraño que una persona como María me recordara a Agnes. Agnes, pura e inocente como un cervatillo, estrangulada en un jardín tan solo porque ella y su familia me conocían.

—Agnes está muerta —le dije—. En fin, todos soñamos.

María miró ahora a Benjamin.

—Deberíais apartarlo del sol —añadió rápidamente— y cubrirle la cabeza y la nuca. De otro modo el sol hará que pierda el juicio. Muere más gente de una insolación que en manos de los turcos.

Observé sin embargo que ella no llevaba nada sobre la cabeza y que sus hombros y cuello estaban completamente desnudos.

—En ese caso, mi señora, también vos deberíais tener más cuidado.

María soltó una risita.

—Yo estoy acostumbrada a este calor. Cuando era pequeña solía correr desnuda bajo el sol.

—¿Y ahora? —le pregunté olvidando por completo mi malestar.

—Sólo en compañía de mis amigos —respondió maliciosamente y se alejó andando con altivez.

Como podéis ver, me empezaba a encontrar mejor. Mi señor me dejó una capa con capucha y seguí el consejo de María. Haciendo uso de su encanto, Benjamín persuadió al cocinero del barco para que me sirviera un poco de carne, algo rancia pero apetitosa de todos modos. María me trajo unas frutas extrañas llamadas naranjas. Ya las había visto en Inglaterra, pero éstas estaban más maduras y jugosas, su zumo calmó mi sed y me quitó el gusto amargo de la boca. Me bañé bajo una bomba de agua y me cambié de ropa. A los pocos días me uní de nuevo al mundo de los vivos, mis ojos recobraron esa mirada tan maliciosa, sobre todo cuando me encontraba con Beatrice. Sin embargo, ella no me hacía ni caso.

Unos días después divisamos tierra, una sombría masa gris al fondo. Mi señor me explicó que estábamos atravesando el Estrecho de Hércules, pasado Gibraltar, donde nos detuvimos para repostar agua fresca antes de virar hacia el noroeste en dirección al puerto de Pisa. De repente el cielo se cubrió de nubes. Nos pilló una tormenta, pero se marchó tan pronto como vino y ni siquiera me mareé. El aspecto del barco cambió radicalmente en un visto y no visto. Se limpiaron los cañones y se prepararon para disparar. La tripulación se hizo a las armas. Benjamín me explicó que ahora nos encontrábamos en el Mar de Oriente, donde los corsarios árabes rondaban con sus galeras.

—Por separado no se atreverán a atacar a un buque de guerra —me explicó—, pero siempre existe el peligro de que nos encontremos a varias que vayan juntas y, en ese caso, por supuesto, probarían suerte incluso contra un barco tan bien armado como el *Bonaventure*. También podría ser que nos cruzáramos con un escuadrón de la flota de Soleimán que venga del Cuerno de Oro.

Dos días después de esta conversación, diez embarcaciones estrechas y alargadas aparecieron en el horizonte justo antes de la puesta del sol. Se dirigían hacia nosotros; la marea estaba baja. Se acercaban silenciosas envueltas en un halo de misterio, como si fuesen lobos. Nuestro capitán ordenó a los soldados que se hicieran a las armas y despejaron la cubierta para la acción. Las galeras estaban cada vez más cerca, con sus banderas negras ondeando al viento mientras sus remos surcaban lentamente las tranquilas aguas azules. El capitán ordenó que se prepararan para hacer una descarga y el barco sufrió una sacudida al disparar el cañón. Las galeras estaban muy lejos para convertirse en un blanco fácil, pero hicieron caso de nuestra advertencia y se

mantuvieron alejadas. Sin embargo, me quedé maravillado ante aquellos señores del mar, aquellos lobos marinos entrando y saliendo de todos los puertos a lo largo de la costa norteafricana. Por la noche me asomé por la borda, vi las luces de sus embarcaciones a lo lejos y escuché el fuerte repicar del tambor del jefe de los remeros. El viento sopló para otro lado y cerré la boca ante el terrible hedor.

—Esclavos —afirmó Benjamin de pie a mi lado—. Las galeras están repletas de cristianos que ya no harán otra cosa que remar hasta el día de su muerte. Rezad, Roger, para que el destino de esos infelices no sea nunca el nuestro.

Creedme, lo hice. Y por una vez Dios me debió de hacer caso, ya que al amanecer del día siguiente las galeras habían desaparecido y pudimos continuar tranquilamente nuestro viaje. Por fin gritaron tierra y me asomé por la borda en busca del horizonte hasta que divisé una borrosa línea verde.

—¡Italia! —gritó María acercándose a mi lado—. Pronto, Ojo de Bitoque, señor de las Cebollas, estaremos en Florencia.

Se marchó enseguida cuando vio que yo no le seguí el juego. Permanecí de pie contemplando la rapidez con que nos íbamos acercando a tierra, boquiabierto como un colegial. Aquélla era la Italia de la que tanto había oído hablar. Ahora lo recuerdo y me hace gracia. ¡Ahora ya estoy harto de Italia! Venecia ha puesto precio a mi cabeza. Los cardenales de Roma disfrutarían quemándome en la hoguera y algunas familias nobles pagarían lo que fuera por hospedarme como invitado en alguna mazmorra maloliente. Ahora conozco Italia por lo que realmente es: un país violento, empapado de vino y sangre, lleno de glorias del pasado y con la promesa de un futuro: un país en el que se ve lo mejor y lo peor que puede inventar el alma humana.

Al anoecer llegamos al puerto. Tiraron el ancla con gran estruendo y despejaron la cubierta para celebrar una fiesta de bienvenida. Barcas gobernadas por pilluelos salieron de aquel cochambroso puerto para ofrecernos frutas, vino, mujeres, cualquier cosa que un marinero pudiera desear. Pero lord Roderigo fue muy estricto, así que pasamos de largo las embarcaciones y los nobles florentinos celebraron su propio banquete: abrieron un barril de vino que lord Roderigo nos sirvió personalmente en unas copitas acanaladas. Conservo el extraño recuerdo de un banquete bajo las estrellas a bordo del barco en el que estuve a punto de perder la vida. El cielo era de un negro aterciopelado y las estrellas brillaban en él como si estuviera sembrado de joyas preciosas. Me senté en medio de Benjamín y de María. Los florentinos ocuparon el otro extremo de la mesa. Lord Roderigo levantó su copa, hizo un brindis y se bebió el vino.

María me explicó de qué clase de vino se trataba.

—Es un falerno —me dijo—. Es el mismo vino, querida Cebolla, que bebió Pilatos cuando sentenció a Jesucristo a morir en la cruz.

Me resulta muy difícil describir qué fue lo que pasó a continuación en aquel

banquete. María dejó de meterse conmigo y empezó a bostezar. Me soltó un último insulto cariñoso y se retiró. Los Albrizzi, que prácticamente no nos prestaron atención durante la comida, también acabaron por levantarse de la mesa. Matteo, el administrador, había intentado darme conversación durante la cena; me dedicó algunas frases de cortesía que María me tradujo. Pero cuando me levanté de la mesa me agarró por el brazo y me susurró algunas palabras en italiano. (No recuerdo cuáles fueron, pero María me explicó luego lo que significaban: «De aquí a un rato, de aquí a un rato»). Me tambaleé un poco al ponerme en pie; me había excedido con la bebida y tenía demasiado cerca la visión de haber llegado a tierra firme. Caminé por cubierta con el sentimiento de que amaba este mundo y a las personas que vivían en él. Me senté un rato y me puse a pensar si las mujeres italianas tendrían todo el cuerpo bronceado, mientras Benjamín dormitaba a mi lado.

De pronto una pequeña explosión interrumpió mis pensamientos. Escuché un grito seguido de un fuerte estruendo y de los pasos de alguien que salía corriendo. Desperté a Benjamin. Subimos a gatas las escaleras y regresamos a la parte de la cubierta iluminada por la luna. Roderigo, vestido con unos calzones y una camiseta, salió de uno de los camarotes; se unió a un grupo de marineros que formaba un corro alrededor del capitán y miraba por la borda del barco, y les preguntó agitado qué había ocurrido.

—¿Qué ha sido eso? —intervino mi señor.

Roderigo se dio la vuelta e incluso a la luz de la luna pude ver lo pálido que estaba.

—Matteo no está.

—¿Qué queréis decir con que no está?

Roderigo hizo una señal al capitán para que se acercara. El marinero de cara de mono, vestido con una túnica de terciopelo empapada por el agua del mar, se acercó lentamente con su sombrero raído entre las manos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Benjamín.

El hombre se encogió de hombros y abrió las manos.

—Los demás estaban abajo —contestó con un inglés entrecortado—, pero Matteo se encontraba en una de las bordas del barco. Estaba sosteniendo una cuerda y contemplaba el mar. De repente se oyó una explosión, como si alguien hubiera disparado un arcabuz. Entonces lo oímos gritar y no lo hemos vuelto a ver.

La gente empezó a subir a cubierta. Benjamín y yo nos apresuramos a inspeccionar el lugar donde había sucedido el incidente.

—Es inútil —concluyó Roderigo—. El mar parece estar en calma, pero en el fondo hay corrientes muy fuertes. Matteo no volverá a salir a la superficie.

Mi señor se dio la vuelta.

—Deprisa, lord Roderigo; debemos registrar el barco.

Roderigo comunicó la orden al capitán y la cubierta llenó de marineros que corrían descalzos de aquí para allí. Benjamín y yo contemplamos la línea de la costa que se veía al fondo.

—¿Por qué Matteo? —se preguntó Benjamín.

—Creo que intentó hablar conmigo —dije yo.

—Sabía algo —añadió Benjamín—. Quizás aprovechó el viaje para reflexionar sobre lo ocurrido. —Me sonrió con tristeza—. Bueno, por lo menos una cosa está clara, Roger: definitivamente, el asesino está a bordo y no en Inglaterra.

Al cabo de una hora el capitán dio la orden de que cesara el registro del barco. Sacudió la cabeza diciendo que no habían encontrado la más mínima señal de un arma.

Mientras íbamos al encuentro de Roderigo y de su familia, Benjamin me preguntó:

¿Cómo demonios puede un hombre cargar y preparar un arcabuz a bordo de un barco, matar a un hombre y esconder el arma sin dejar rastro alguno?

Los florentinos se estaban haciendo la misma pregunta.

—¡Es ridículo! —exclamó Giovanni con rotundidad—, ¡Lord Roderigo, es imposible!

—Bueno, pero así es como ha sucedido —repliqué yo—. Alguien subió a cubierta con una arma preparada para disparar. —Miré al mercenario deliberadamente—. Tuvo que ser un buen tirador para dar en el blanco con tan poca luz.

—Los soldados que estaban de guardia —empezó a decir Benjamin—, ¿vieron algo?

Roderigo negó con la cabeza.

—Reconocen que estaban medio dormidos o contemplando la costa. Vieron a Matteo en la borda, pero no le prestaron demasiada atención. Entonces oyeron una explosión, un crujido, el grito de Matteo y su cuerpo cayendo al agua.

—¿Y dónde estaba el resto de la gente? —instigó Benjamín.

Su pregunta levantó un murmullo de voces que daban diferentes respuestas. Unos habían estado entrando y saliendo de los camarotes, otros habían visto a Matteo sentado en la borda del barco; en resumen, nadie parecía haber hecho nada sospechoso. El asesino había sabido elegir muy bien el momento. Recordé lo que siempre decía Benjamín, que los asesinos más hábiles son aquellos que actúan en público y en lugares atestados de gente.

—¿Lo veis, Roger? —observó Benjamín cuando bajamos de la cubierta—, todo el mundo está cansado o borracho como lima cuba.

—Pero señor —exclamé— ¿cómo pudo el asesino utilizar un arcabuz sin ser visto?

Benjamin se detuvo en las escaleras y se agarró a la barandilla para no caer, ya

que el barco había sufrido una ligera sacudida. Me miró y pude ver su rostro sombrío bajo la tenue luz.

—Dios sabe que no puedo responderte a eso, Roger; pero te aseguro que esto es tan sólo el principio.

## Capítulo 6

Desembarcamos y nos condujeron tierra adentro. Tendríais que conocer las glorias de la Italia del norte, los colores exóticos de la Toscana, para poder apreciar lo que vi. Imaginad con los ojos de vuestra mente un cielo azul, un sol que parecía colgar del firmamento como si fuera un disco encendido, frondosa vegetación y flores silvestres de todas clases y colores rodeadas de abejas que se posaban en sus pétalos para extraer la miel. Los caminos estaban cubiertos de polvo, pero, a medida que fuimos subiendo las montañas toscanas, empezó a soplar una brisa fresca. Me encanta Inglaterra y su verdor húmedo y agradable, sin embargo el paraíso debe ser muy parecido a la Toscana. Y lo mismo puede decirse de los paisajes de los alrededores de Florencia, donde crecen en las verdosas montañas pinos y cipreses resplandecientes a la luz del sol. Los naranjos perfumaban el aire y de vez en cuando la belleza salvaje del paisaje se rompía por un grupo de casas de campo de paredes blanqueadas. La zona en la que nos encontrábamos se llamaba *il contrado*, es decir, «el campo», la fuente de la riqueza de Florencia y que la hacía autosuficiente en todo (cereales, verduras, trigo e incluso plata). La ciudad se encuentra entre las montañas que se alzan a ambos lados del río Arno, que recorre la ciudad como si fuera una cinta plateada. Si vais ahora a Florencia os encontraréis que la ciudad ha sufrido los estragos de la guerra, de la codicia y de la *moria*, la terrible peste que avanza inexorablemente y que a menudo cosecha vidas humanas con su cruel guadaña.

Aunque mi diario no pretende ser un libro de viajes, encontraréis en él abundantes descripciones de Italia, de su calor y de su opulencia, de sus frescos pórticos y de sus fuentes de plata. Pero seguro que podéis leer en otra parte acerca del sonido de una lira a la luz de la luna en una noche aterciopelada y de hombres y mujeres de gran belleza atrapados en la trágica danza del amor. Todo lo que sé sobre Italia y especialmente sobre Florencia se lo expliqué a William Shakespeare. Leed sus obras y entenderéis lo que os digo. Conocí al duque Orsinio de *Noche de Reyes* y me presentaron a dos caballeros de Verona. Presenció la tragedia de los desafortunados amantes Romeo y Julieta. (¡Es cierto!). Conocí también a Portia, pero no era la Portia de *El mercader de Venecia*, de cabellos oscuros y un corazón de oro. La que yo conocí unos años después tenía los cabellos dorados y un corazón tan negro como la noche. Y el judío Shylock fue uno de los hombres más generosos que jamás he conocido. Me enfadé mucho con Will cuando vi cómo lo había descrito. Siento un profundo respeto por los judíos; son parecidos a los irlandeses, llenos de humor negro y sin pizca de pomposidad.

¡Oh, Florencia, hogar de Donatello, Fra Angélico, Giotto y Maquiavelo! Supongo que todo se puede resumir con una sola frase: Florencia es una ciudad de contrastes. Por un lado, amor, vino y rosas; por otro, un mundo de intrigas: la policía secreta

conocida como *el Ocho*, un estilete en la oscuridad y la cuerda del garrote alrededor del cuello. Es una ciudad llena de iglesias, conventos, prioratos y monasterios, pero para ellos su verdadero Dios son los negocios.

Mientras nos acercábamos a una de las puertas principales, María, fresca como una rosa sobre el pequeño burro que lord Roderigo había alquilado, nos explicaba la historia de la ciudad bajo el dominio de Savonarola, un gran ascético y a la vez un monje despiadado. Se hizo con el gobierno de la ciudad después de la expulsión de los Médicis e intentó convertirla en una república santa. Organizó toda clase de procesiones: cinco mil chicos de ambos sexos vestidos de blanco con coronas de hojas de olivo en la cabeza y ramas en la mano, desfilando detrás de un tabernáculo en el que habían pintado a Jesucristo entrando a caballo en Jerusalén. Prohibió cualquier tipo de diversión. Se vaciaron los bancos, cuyo dinero fue destinado a realizar buenas obras. Las mujeres dejaron a un lado sus trajes vistosos, rompieron sus jarros de cosméticos y caminaban por las calles leyendo el servicio de la misa. Las tabernas cerraban a las seis de la tarde. En los días de celebración de santos, las tiendas permanecían cerradas y se prohibía trabajar a las prostitutas. Se cortaba la lengua a los blasfemos y los fornicadores y sodomitas eran enviados directamente a la hoguera.

—No hubiera podido sobrevivir durante mucho tiempo en un sitio así — interrumpí yo.

María soltó una risita. Empezó a describir a la policía de Savonarola: niños de una edad comprendida entre los siete y diez años que llevaban crucifijos y asaltaban viviendas privadas confiscando arpas, flautas, cajas de perfumes y libros de poesía secular.

—Luego —continuó María alegremente— Alejandro VI excomulgó a Savonarola. Su monasterio en San Marcos fue arrasado y dos de sus compañeros fueron condenados y colgados; sus cuerpos fueron quemados hasta quedar tan negros como ratas en medio de la plaza de la ciudad —María sacudió la cabeza—. Entonces Florencia se fue hacia el otro extremo. Se soltaron en medio de la catedral caballos viejos, se quemó basura en lugar de incienso, los excrementos de los animales se acumularon en los púlpitos, se derramó tinta en las pilas de agua bendita y la corona de la Virgen se la puso un cortesano. —María me sonrió, inocente como un ángel; ni una sola vez se había referido a la conversación que mantuvimos en el jardín de bojés de Eltham—. Pues bien, así Florencia. Tened cuidado, Shallot, comportaos con prudencia una vez que estemos dentro.

Por supuesto, no le hice ni caso. Florencia me pareció fascinante. Entramos en la ciudad, cruzamos el puente Rubaconte y caminamos a lo largo de las calles, que son bastante anchas y casi todas están pavimentadas con grandes losas. A cada lado hay una acera provista de un canalón para conducir el agua de la lluvia al río Arno. Las

calles estaban secas y limpias de barro y de lodo en invierno, pero en verano, en un día como aquél, las losas del pavimento retenían el calor y convertían la ciudad en una caldera. Pasamos por delante de la catedral de Brunelleschi, con su bóveda de estilo clásico, y seguimos atravesando la ciudad.

El ruido y el vocerío de las calles eran increíbles, pues gentes de profesiones diversas ofrecían en voz alta sus servicios: las prostitutas, resplandecientes en sus trajes amarillos, los verduleros en sus puestos ambulantes, los carniceros detrás de sus paradas abiertas. En cada ángulo de las plazas atestadas de gente se alzaba una iglesia. Los barbero afeitaban a sus clientes al aire libre y el gentío y el barullo superaban a los de Londres. Nos dirigimos hacia el *Mercato Nuovo*, donde, bajo los toldos de sus tiendas y paradas ambulantes, los vendedores con sus trajes de seda y de otros tejidos anunciaban a gritos sus productos. A su lado, los cambistas simiescos de expresión grave permanecían sentados detrás de las mesas.

Florenia tiene gran cantidad de plazas y espacios abiertos, de forma que los florentinos, sobre todo en verano, hacen su vida al aire libre. María nos contó que a primera hora de la tarde duermen la siesta y que todo el mundo, excepto los pobres, se refugian en una habitación bien fresca del primer piso, con cristal en las ventanas y cortinas que los protegen del calor. Las casas son muy espaciosas, incluso las de los burgueses. Pude ver terrazas, patios, establos, galerías, antecámaras, fuentes y pozos de los que manaba agua fresca. Me di cuenta de que a los florentinos les encantan las historias. En la plaza de San Marcos, una multitud formada por mensajeros, curtidores, mozos de equipajes, hombres con burros, tintoreros, vendedores de ropa de segunda mano, armeros y orfebres se reunía alrededor de un pequeño estrado sobre el que parloteaba un narrador.

—El público escucha con tanto interés —nos explicó María, que el narrador puede dejar su historia sin acabar. Entonces pasa la gorra entre los oyentes y les dice que vuelvan a la misma hora del día siguiente si quieren saber el final.

Me pareció asombroso; en Londres al pobre bastardo lo habrían acribillado lanzándole excrementos de caballo y no lo habrían soltado hasta que se lo hubiera contado.

Pasamos por el gran palacio de los Médicis, de cuyas ventanas abiertas colgaban majestuosas banderas con las balas de la insignia familiar. En esa parte de la ciudad vivían los ciudadanos más ricos.

—Roger, fíjate en sus vestidos —me susurró Benjamin.

Así lo hice, sobre todo en los de las mujeres, que lucían trajes de talle tan corto que los corpiños les quedaban muy por debajo de las axilas. Otras llevaban sombreros con forma de casco adornados con collares, campanitas o dijes; las mangas de aquellos trajes eran tan pomposas que más bien parecían estar dentro de unos sacos. Las mujeres más jóvenes vestían faldas rojas y azules de satén con bordados de oro,

botones de plata y blusas de unos tejidos maravillosos; llevaban un moño en la nuca con un par de tirabuzón que les caían a ambos lados de la cara y de sus cuellos colgaban collares de perlas. Los colores de los ropajes cortaban la respiración: carmesíes, verdes, rojos y escarlatas; además estaban adornados con bordados y estampados de todas clases: loros, pájaros, rosas rojas y blancas, dragones y pagodas.

Los artesanos y campesinos vestían trajes de color marrón o gris, pero los ciudadanos más ricos y burgueses lucían una toga larga sobre la camisa y las calzas. Los dandis empero, eran los auténticos pavos reales. Llevaban capas de varios tonos hasta la altura de la cintura, ribeteadas con cintas de terciopelo, chaquetas de satén, gorros y zapatos de terciopelo, cadenas de oro alrededor del cuello e incrustaciones de oro y plata en las empuñaduras de sus dagas. Sus movimientos y gestos eran exquisitos: parecían una multitud de mariposas revoloteando relucientes bajo el sol.

Por fin atravesamos la ciudad y salimos por la puerta del Sufrimiento, donde se ejecutaba a los criminales. Nos adentramos de nuevo en la campiña y luego bajamos por un camino polvoriento de guijarros blancos en dirección a la villa de los Albrizzi, que se alzaba detrás de sus viñedos y jardines. La villa tenía tres plantas y estaba construida dentro de una *piazza* cerrada con una fuente en medio y pórticos a su alrededor. Mientras entrábamos María nos explicó que los Albrizzi tuvieron una vez una casa en la ciudad pero, al igual que el resto de los nobles, no tardaron en buscar el aire fresco y el agua limpia del campo. Los sirvientes se acercaron para hacerse cargo de nuestros caballos y, por primera vez desde que habíamos llegado a Italia, lord Roderigo se dignó dirigirnos la palabra.

—Bueno, señores —dijo de pie frente a nosotros, golpeando los guantes contra su muslo—, ¿qué os parece Florencia?

*Bellissima* —contestó Benjamín—. Había oído hablar de su grandeza, pero nunca imaginé que pudiera ser tan maravillosa.

La mirada de Roderigo se tornó triste. Miró a su alrededor mientras el patio se iba llenando de sirvientes, que descargaban las mulas diligentemente y saludaban a sus ambos.

—Hace años —continuó— era todavía más maravillosa —suspiró—; pero dejemos el tema: debéis de estar cansados después del largo viaje.

Se retiró y un criado sonriente nos condujo al edificio principal por unas escaleras externas. Bajamos a una galería cuyo suelo era de madera de cedro pulida y finalmente llegamos a unos una espaciosa cámara. El techo también era de madera, las paredes, de alabastros blancos y tan finas que parecían talladas en mármol. Abrieron ligeramente las ventanas de media luna acristaladas, por las que entró una suave brisa perfumada procedente de las flores que crecían debajo. Nuestras camas estaban pegadas a un gran ventanal, con una mesita a cada lado. Al pie de cada cama había un enorme cifre revestido de acero. En las esquinas de la habitación había

armarios y en una de las paredes, un lavatorio fijado con un pie de madera que sostenía una gran palangana de barro, jarras de agua fría, toallas limpias y pastillas de jabón de las mejores fragancias. El suelo, formado por placas de madera pulida, no estaba cubierto por esteras, sino por alfombras de lana al estilo persa que representaban unos cuadrados y unos dibujos extraños tejidos con unos colores maravillosos. Me senté al borde de mi cama y contemplé boquiabierto el pequeño cuadro que había al fondo de la pared pintado con colores muy vivos y que representaba el triunfo de Judith en el Antiguo Testamento. Debajo del lavatorio, en una cuba de madera llena de agua congelada, había una jarra de vino blanco frascati con dos copas flotando para que se mantuvieran bien frías. Al lado de la cuba también vi una jarra de vino blanco de Trebia, el preferido por los florentinos. Y, por si fuera poco, en una mesa de madera pulida cerca de la cuba de vino, habían dispuesto cuencos atiborrados de fruta fresca.

Benjamín miró a su alrededor y sacudió la cabeza en señal de asombro.

—Si Enrique de Inglaterra pudiera ver esto —añadió, el corazón se le encogería de envidia.

—Si el rey nos pudiera ver rodeados de tanto lujo —le interrumpí—, ordenaría que regresáramos a casa mañana mismo. Señor, tenemos que ir con cuidado. Acordaos del ataque que sufrimos en Eltham y del asesinato del pobre Matteo a bordo del barco. —Me tumbé en la cama con cuidado, asegurándome primero de que no hubiese nada debajo—. Parece que alguien ha declarado una sangrienta guerra contra los Albrizzi —añadí con tono áspero—. ¿Quién será el próximo? ¿Eh? —Estaba cansado y tenía calor. Me incorporé y miré a Benjamín, que se estaba desnudando, dispuesto a limpiarse la cara y las manos del polvo del camino—. Señor —le siseé—, ¿cómo vamos a resolver en Florencia un asesinato que ocurrió en Londres y otro que tuvo lugar en un barco?

Benjamin acabó de secarse y se acercó a mí. Se sentó en el borde de la cama y me dio una palmadita en el hombro.

—Roger, tenemos tres misiones: entregar el mensaje de mi tío al cardenal Giulio, convencer al pintor para que venga con nosotros a Inglaterra y, si podemos, descubrir al asesino de lord Francesco.

—¡Qué fácil es decirlo! —exclamé.

Me puse en pie y me dirigí a la ventana. Contemplé el jardín que se extendía en la parte de atrás de la villa. Era un Edén, con sus pórticos, sus descansaderos y aquellos árboles cubiertos de flores. Estaba a punto de darme la vuelta cuando me pareció ver que algo se movía. Fue en uno de los árboles de la parte de abajo, cerca de una pared cubierta parras, un lugar ideal para esconderse, oculto a la vista de todos excepto de la mía, gracias al ángulo que tenía desde la ventana de mi habitación. Otra vez me pareció ver algo. Luego entreví dos personas detrás del árbol y finalmente las

distinguí con claridad. Me quedé contemplando la escena petrificado. Giovanni, el *condottiero*, de espaldas a mí, se movía con agitación. De pronto vislumbré su mano sobre un pecho piel suave y bronceada, luego el cabello brillante de una mujer y entonces me di cuenta de lo que estaba sucediendo: Giovanni estaba fornicando violenta y apasionadamente con lady Beatrice. ¡No supe qué hacer! Si hubiera avisado a mi señor nos habríamos convertido en un par de mirones. Sentí un escalofrío de miedo, pero a la vez me invadió una gran emoción. Giovanni, como Iago le dijo a Othelo, estaba «copulando con la blanca oveja de otro». Si alguien hubiera entrado en ese momento en el jardín y los hubiera descubierto, la cita amorosa habría acabado en tragedia. Finalmente me volví y no pude evitar admirar la osadía de los amantes. Todo inundo estaba demasiado ocupado descansado en sus habitaciones tras un viaje tan duro y tan largo para pensar en ir a dar un paseo por el jardín.

Me desvestí, me lavé y me metí en la cama. Levanté la vista hacia el techo, preguntándome qué pasaría a continuación y entonces maldije medio adormecido al rey Enrique y a Wolsey. Benjamin se sirvió una copa de vino y luego me trajo una a mí también. Me la bebí despacio antes de caer en el más profundo de los sueños.

Cuando mi señor me despertó unas horas más tarde, había empezado a hacerse de noche. La habitación estaba más fría y se había llenado con la fragancia de las rosas que crecían en el jardín de abajo.

—Roger —me susurró mi señor—, debemos ir abajo. Lord Roderigo ha preparado un banquete. —Me sonrió—. No es en nuestro honor, sino en el de uno de sus invitados: el príncipe cardenal Giulio de Médicis está a punto de llegar.

Nos vestimos despacio. Un criado nos condujo hasta el jardín en el que, sobre un patio elevado desde el que se podía apreciar una magnífica vista de todo el vergel, se había dispuesto una mesa bajo un toldo con acabados de seda. Durante un rato permanecimos de pie en el césped. Benjamín y yo nos sentimos incómodos. El resto de la familia, excepto María, apenas reparó en nuestra presencia, e incluso ella persistió en mantener una conversación superficial con nosotros como para demostrarnos y demostrar a los demás que lo único que teníamos en común era nuestra lengua. De pronto un chambelán salió de la puerta de la casa y golpeó el suelo con la punta de plata de su bastón.

—El señor Roderigo —anunció— y su eminencia el cardenal Giulio, príncipe de la Santa Iglesia y señor de Florencia.

Añadió a continuación una docena de títulos más. Benjamín y yo, como el resto, le hicimos una reverencia mientras aquel bastardo descendiente de los Médicis entraba en el jardín, resplandeciente con su traje color púrpura ribeteado con hilos de seda dorados.

Giulio era un hombre alto e imponente, de tez morena y ojos hundidos. Parecía

una persona altiva y no inspiraba ningún tipo de confianza. Si no fuera por la expresión que adoptaban sus labios habría sido un hombre muy atractivo. Entró en el jardín iluminado por la luz de las velas agarrando la cruz de oro que llevaba colgada sobre el pecho y trazando rápidas bendiciones en el aire. Dos extrañas criaturas iban detrás de él. Una era un moro; llevaba un turbante alrededor de la cabeza y un pendiente de oro. Sus dedos no se apartaban de la empuñadura de la cimitarra que llevaba cogida al cinto. Se trataba del guardaespaldas del cardenal. El otro, más pequeño, sonriente, calvo y querúbico, iba vestido como un monje, con una especie de hábito negro con ribetes de lana de oveja. Lord Roderigo saludó debidamente al cardenal y a sus acompañantes, con los que intercambió algunas frases de cortesía, aunque todos se mantuvieron fríos y distantes.

Este par no es que se prodigue amor mutuo —observé.

—¿Y qué esperabas? —me preguntó Benjamín—. Roderigo apoya la restauración de la República mientras que el cardenal es un Médicis.

El cardenal saludó al resto de los invitados, durante un momento sus sombríos ojos cambiaron de dirección para estudiarnos a Benjamín y a mí. Un chambelán hizo sonar un cuerno de plata para anunciar que la cena estaba lista y entonces nos trasladamos al gran estrado. No era como en Inglaterra donde todo el mundo se sentaba alrededor de la mesa chocándose con la cara del de enfrente y sin apenas poder moverse. En Italia uno podía elegir entre una gran variedad de platos servidos sobre una gran mesa, poner su comida en una bandeja de plata y sentarse a comer donde le apeteciera. Después de pasar tantos años al lado de personas con la educación de un cerdo (obispos que se metían el dedo en la nariz, se sacaban sin decoro los restos de comida de entre los dientes y te ofrecían fruta mordisqueada, nobles que desconocían el uso del cuchillo, que carraspeaban, escupían y se chupaban los dedos), recomiendo fervientemente esta disposición.

Benjamín y yo nos pusimos en la cola, cogimos carne hervida y asada, verduras frescas, galletas de mazapán, almendras azucaradas, piñones y dulces. Naturalmente nos escabullimos de la multitud para sentarnos a nuestras anchas en un pequeño banco del jardín. Los demás ni siquiera nos prestaron atención. Miramos al cardenal intencionadamente.

—Ha dicho que sólo estaba de paso —susurró una voz de tono melodioso a nuestras espaldas—. ¡No os deis la vuelta!

La Dama de los Bojes había vuelto.

—¿Es que siempre os ocultáis detrás de los arbustos? —repliqué—. ¡Por el amor de Dios, salid de ahí!

—¡Idos a hacer puñetas, Ojo de Bitoque!

—Roger tiene razón —intervino Benjamín con calma. Demasiado subterfugio, lo único que conseguiréis será despertar sospechas.

Oímos a María moverse entre los arbustos. Pensé que la pequeña espabiladilla se había largado, pero de repente apareció ante nosotros y picó de mi plato de fruta como si nada. De pie con su vestido lila de ribetes dorados nos miraba con la cabeza inclinada hacia un lado como un alegre gorrión.

—El cardenal ha dicho que estaba de paso —repitió— pues en Florencia sólo se invita a los amigos.

—Entonces, ¿lord Roderigo es enemigo del cardenal? —pregunté.

María se echó a reír y luego se chupó los dedos.

—Miradlo, Ojo de Bitoque.

Paseé la mirada alrededor del jardín iluminado y me di cuenta de que el cardenal ni comía ni bebía nada sin que antes lo hubiera probado su guardaespaldas.

—¿Y bien? —preguntó María con tono burlón—. ¿Qué pensáis? —Su sonrisa se hizo más grande—. Las cenas en Florencia pueden ser muy peligrosas.

—¿Quién es lord Giulio? —pregunté—, quiero decir, ¿cuáles son sus orígenes?

María hizo una pausa para limpiarse la boca.

—Es el hijo bastardo del hermano de Lorenzo *el Magnífico*. Un día Lorenzo y su hermano se encontraban en misa cuando un grupo de asesinos irrumpió en la catedral. Lorenzo pudo escapar con una herida en el cuello, pero su hermano murió. Lorenzo descubrió más tarde que su hermano asesinado había engendrado un hijo bastardo —la voz de María se convirtió en un susurro—. Aquel hijo bastardo es ahora el príncipe cardenal de la Santa Iglesia y legislador de Florencia. ¡No confía en nadie! Ni una miga de pan, ni una sola gota de vino llega a sus labios sin haber pasado antes por los de otro.

¿Y quién es el monje que lo acompaña? —preguntó Benjamin.

María se llevó a la boca una almendra garrapiñada. Si os lo digo —dijo— sabrán que he estado hablando con vos acerca de más cosas que del tiempo o de las costumbres de Florencia.

Y, girando sobre sus talones, la Dama de los Bojes se alejó.

Benjamín y yo nos adentramos en el pórtico de Flores. Las palabras de María me habían cortado un poco la digestión.

—¿Creéis que está en buenas condiciones, señor? —le dije señalando la comida.

—¡Claro que sí! —replicó Benjamín—. ¿Por qué creéis que hemos comido de este modo, Roger? —Una sonrisa cruzó su rostro—. Es imposible saber qué trozo de carne va a coger cada uno y además se ve perfectamente cómo sirven el vino.

Benjamín hizo una pausa cuando los músicos, situados en una de las esquinas del jardín, detrás de un seto de ligustro empezaron a interpretar una suave melodía romántica que tocó las fibras del corazón de los invitados y arrancó varios suspiros.

—Esto parece el paraíso —susurró Benjamín—. Sin embargo, hay más demonios que ángeles. ¿Qué tenemos hasta el momento, Roger? Un hombre al que han

disparado en las calles de Londres. Otro asesinado a bordo de un barco y enviado a la tumba del mar por un asesino al que no le hace ninguna gracia nuestra interferencia en todo este asunto. —Se bebió el vino que le quedaba en la copa y contempló a los miembros de la familia tan lujosamente ataviados—. Todos tienen un motivo para matar. Ya es hora de que nos unamos a ellos. Si lord Roderigo quiere la verdad, entonces debemos estudiar de cerca a esta gente.

Estaba a punto de contestarle cuando el cardenal dejó de hablar con la señora Bianca, depositó su copa de vino sobre una mesita del jardín y se dirigió hacia nosotros. Sus dos extraños acompañantes iban detrás de él como una sombra. Benjamin y yo dejamos nuestros platos a un lado.

—¡Arrodíllate! —me susurro mi señor.

Le obedecí. Percibí la fragancia de su perfume y vi el borde de una tela encarnada sobre unas botas color crema acabadas en oro.

—Por favor, levantaos —la voz del cardenal era suave; su inglés, perfecto.

Benjamin y yo nos pusimos de pie.

El cardenal extendió su fría y alargada mano. Primero la cogió mi señor, luego yo le besé el anillo. De cerca el cardenal parecía más agradable, no tan altivo.

—Señores, bienvenidos a Florencia. —Estudió a Benjamin con cuidado—. Vos debéis de ser el sobrino del cardenal Wolsey. Veo que tenéis un parecido.

(Yo nunca se lo vi, pero, claro, podía deberse a mi empeño en no querer ver a Wolsey en nada de lo que me rodeaba a menos que tuviera que hacerlo por obligación).

Nos hizo algunas preguntas sobre el viaje y luego se acercó más sin dejar de sonreír.

No cambiéis La expresión de vuestros rostros —nos susurró Me miró de reojo—. Seguid manteniendo esa sonrisa tan falsa: estamos ante la presencia de asesinos. Lord Francesco era mi amigo. Lamento no poder decir lo mismo de lord Roderigo, su hermano. ¿Tenéis alguna idea de quién lo mató?

Me quedé hipnotizado por aquella sonrisa y las dulces palabras que brotaron de aquellos labios tan sensuales.

Decidme tan sólo sí o no.

No, eminencia —replicó Benjamin.

El cardenal aspiró con fuerza.

—¿Sospecháis de alguien?

Todos los que se encuentran en este jardín tenían un motivo, eminencia.

—Tened cuidado —añadió el cardenal—. Mientras me despido de vos, os extenderé la mano y me la besaréis. Coged el medallón que guardo en ella. Si alguna vez necesitáis de mis servicios, mostradlo; será más que suficiente. —Dio un paso hacia atrás—. Por cierto, ¿qué noticias me traéis de mi hermano de Inglaterra?

—Inglaterra dirá que sí —empezó Benjamin—, si cuando Inglaterra necesite de vuestra ayuda, Roma contesta que sí. —El cardenal sonrió todavía más.

—Entonces nuestra respuesta es que sí —contestó misteriosamente y extendiendo su mano permitió que Benjamin se la besara.

Entreví el destello del medallón de plata al pasarlo entre las manos.

Después de nuestro encuentro el cardenal se retiró del banquete, volviendo a trazar en el aire algunas bendiciones y repartiendo sus mejores deseos entre los presentes, comportándose, de hecho, más como el capellán de la familia que como el inveterado enemigo del clan de los Albrizzi.

—¿Qué pensáis de él, Roger? —me preguntó Benjamin.

—Otra serpiente más —le susurre—, y además muy peligrosa.

—¿Quiénes eran sus acompañantes? Se ocultaron tanto en las sombras que apenas pude verles las caras.

—Uno es su guardaespaldas —nos explicó María apareciendo inesperadamente detrás de nosotros—. El otro es el padre Seraphino. ¡No, no os deis la vuelta! Si el cardenal os parece peligroso, más lo es Seraphino. Es el Maestre del Ocho, la policía secreta. Seguid bebiendo, Ojo de Bitoque; los Albrizzi tienen sus propios métodos para descubrir a los asesinos.

No supe a lo que se refería, pero, una vez se hubo marchado el cardenal, el ambiente se volvió más distendido. Lady Beatrice se paseó tranquilamente por el jardín, moviendo las caderas y estrujando una copa contra su enorme pechera. Permaneció delante de nosotros, moviéndose seductoramente; yo diría que estaba algo borracha e intentaba tantear el terreno con nosotros. Sin embargo, mi señor se negó a caer en la trampa.

—Buenas noches, señora —empezó a decir, guardando las formas—. ¿Cuánto tiempo lleváis casada con lord Enrico?

—Cuatro años.

—¿Y estáis contenta?

Beatrice soltó una risita.

—¿Puede algún hombre hacer feliz a una mujer?

—¿Os hizo feliz vuestro padre? —preguntó Benjamín con afecto.

La mirada de la muchacha se endureció.

—Dios nos concede a nuestra familia, señor Daunbey. ¡Menos mal que a nuestros amigos podemos elegirlos! Mi padre era muy severo. Por supuesto que sentí su desaparición y recé por su alma, pero la muerte forma parte de la vida.

Contemplé por un momento a aquella mujer un tanto descarada y de corazón de piedra, pero a la vez dulce y malcriada como un perro faldero. Se dio cuenta de mi mirada.

—¿Qué miráis, chico?

Le hice una pequeña reverencia.

—No estoy muy seguro, señora.

Por el porte de su cuerpo me di cuenta de que intentaba solicitar ayuda masculina.

—Señora —añadí con tono lisonjero—. No tengo ninguna intención de insultaros y menos en un jardín tan hermoso como éste. A decir verdad, desde el día que llegamos quise bajar a verlo —continué—, pero como el señor Giovanni estaba tan ocupado cavando, decidí dejarlo para otro día.

Mi señor me miró con perplejidad, pero aquella ardiente ramera entendió cuáles eran mis intenciones y se mordió el labio inferior.

—No sois tan estúpido como parecéis, inglés.

—Nunca juzguéis un libro por su cubierta —le repliqué yo sonriente—. Señora —le dije—, el día que vuestro padre murió vos os encontrabais mirando algunas telas, ¿no es cierto?

—Sí. —A aquella lagarta no le quedó otro remedio que añadir—: Supongo que el chantaje es igual en Florencia que en Inglaterra.

—¿Y no visteis nada extraño?

—Ya he contestado a esa pregunta.

—¿Quién más sabía que vuestro padre iría de compras a Cheapside?

—También respondimos a esa pregunta: todo el mundo lo sabía.

Por aquel entonces me traía sin cuidado: preso por mil, preso por mil quinientos, así es el viejo Shallot.

—¿Y os encontrabais en cubierta cuando Matteo fue asesinado?

—¿Asesinado? —Abrió unos ojos como platos—. ¿Quién ha dicho que fue asesinado, señor Shallot? Se resbaló y cayó por la borda. Yo estaba durmiendo con mi madre y su doncella.

—¿Os arrepentís de que vuestro padre os entregara en matrimonio a lord Enrico?

—No; todos los hombres son iguales en la oscuridad, señor Shallot.

Se acercó un poco. Tengo que decir que estaba resplandeciente bajo la luz de las antorchas, que hacían resaltar sus ojos brillantes y daban a su piel un tono dorado.

—Yantes de que me lo preguntéis, inglés de la peor calaña, sé utilizar una arma de fuego. —Me golpeó suavemente en el hombro—. Id con cuidado. Ahora estáis en Florencia y no en el sucio muladar que vos llamáis Londres.

Y, antes de que pudiera pensar un insulto apropiado, dio media vuelta y se marchó.

—No me gusta —concluyó Benjamín—: es una mujer peligrosa; no es inteligente, pero sí maliciosa. Tiene el cuerpo y el rostro de la belleza, pero su cabeza está tan vacía como el monedero de un mendigo.

—Señor Daubey —dijo Roderigo.

Atravesamos el jardín hasta el banco en el que estaba sentado con lady Bianca a

sus pies mirándolo con adoración. Yo ya era por aquel entonces un curtido jovencito, pero no podía evitar quedar perplejo ante la sangre fría de aquella familia. Roderigo había perdido a su hermano, ella había perdido a su marido y la fresca de su hija, a su padre. Os aseguro que he visto a gente mucho más apenada por la muerte de su perro. Pero, bueno, así son las cosas entre la gente rica y poderosa. Se les seca el alma y convierten las emociones en piezas baratas de colección que luego reparten miserablemente.

—El cardenal parecía contento de veros.

Somos los enviados del rey de Inglaterra —replicó Benjamin—, por no mencionar a su eminencia el cardenal Wolsey.

—¿Cuánto tiempo pensáis pasar en Florencia?

Tuve ganas de decirle que fuera más sincero. Lo que realmente nos estaba preguntando era cuánto tiempo íbamos a seguir metiendo nuestras narices en sus asuntos. Benjamin me tocó el codo para que me mantuviera callado.

—Lord Roderigo —contestó mi señor— tenemos algunos asuntos pendientes: hemos de ver a ciertas personas y debemos comunicar algunos mensajes.

Benjamin esperó a que lord Roderigo lo siguiera interrogando, pero el astuto noble se negó a caer en la trampa.

También —prosiguió Benjamín— tenemos que descubrir la razón por la que vuestro hermano murió y desenmascarar al asesino.

—No es necesario —interrumpió lady Bianca pestañeando con rabia como si tratase de controlar las lágrimas—, Lord Roderigo ya ha informado al Maestre del Ocho.

—Lady Bianca tiene razón —terció Roderigo en tono persuasivo—. Apreciamos la preocupación que se han tomado vuestro rey y vuestro querido tío; sin embargo, éstos son temas muy delicados y es mejor que estén en manos de las autoridades Florentinas.

—Vuestro hermano también era un respetable enviado en Inglaterra. La paz del rey fue violada y él también quiere una respuesta a todo esto y que se haga justicia —contestó Benjamín.

Roderigo se encogió de hombros, como si no pudiera encontrar una respuesta a la objeción de mi señor.

—Luego está el tema del artista —apunté yo—. El rey Enrique desearía hacerle una oferta para trabajar en la corte I Inglaterra.

—Ali, sí: el señor Borelli.

—¿Lo conocéis? —pregunté.

—Desde luego; mi hermano y yo coleccionábamos todos sus cuadros. Vive en una calle justo detrás de la *Piazza del Signor*. Uno de mis criados os llevará allí por la mañana. —Roderigo sonrió—. Ofrecedle una buena cantidad de oro señor Borelli y

no le habléis demasiado del clima y de la comida de Inglaterra y aceptará vuestra proposición. Tenemos artistas de sobra en Florencia —se puso en pie— y, sobre el asesinato de mi hermano, tenemos nuestros propios métodos florentinos para descubrir la verdad. —Chasqueó los dedos llamó a Giovanni, que había permanecido entre sombras a la entrada de la casa—. ¿Se ha marchado ya el cardenal?

—Sí, señor.

—Entonces decidle a Preneste que estamos preparados.

## Capítulo 7

Pues bien, esta vez tenéis que creer al viejo Shallot. Sabéis que no soy ningún embustero, que he bailado con el demonio bajo la luna plateada en multitud de ocasiones, me he encontrado con el propio Lucifer disfrazado de todo lo habido y por haber, he presenciado la quema de brujas en Alemania a lo largo del Rin, y me han perseguido magos por los bosques húmedos de Sajonia. Si vais a Londres alguna vez, id al Globe Theatre a ver la obra de *Macbeth* de William Shakespeare y fijaos sobre todo en la escena de las tres brujas. Yo le di la idea. Y lo mismo sucedió con Kit Marlowe y su maravillosa obra *Doctor Faustus*. Quizá Fausto es el que más se aproxima a la verdad: hay toda una legión de chiflados que dicen poder comunicarse con Satanás en el infierno; si luego viene o no, eso ya es otra historia. Sin embargo, aquella noche en la villa de los Albrizzi conocí a un hombre que realmente tenía ese poder.

La fiesta de lord Roderigo pronto tocó a su fin. Después de pronunciar uno de sus crípticos discursos, el cabeza de familia se puso a pasear de un lado para otro con lady Bianca colgando de su brazo.

—¿Qué tiene que ver Preneste en todo esto? —pregunté—. No lo he visto en toda la noche.

Un poco más tarde descubrí la razón: lord Roderigo hizo que los criados se retirasen. Ordenó que apagaran las velas y las recogieran sobre el vende y espacioso césped del centro del jardín. Miró a su alrededor estudiando cada uno de los rostros con atención. Giovanni empezó a apagar las antorchas de los candelabros que había fijados en el suelo hasta que solo uno, el del medio del césped, quedó encendido.

—Lord Francesco ha muerto —empezó a decir lord Roderigo— y agradecemos la colaboración de nuestros huéspedes ingleses. Sin embargo, como ya os he dicho antes, hay muchos caminos para llegar a la verdad —miró sobre su hombro hacia la casa—. ¿Y Preneste?

—Ahora viene, señor.

—Ya estoy aquí —anunció una voz detrás de la fuente de luz que despedía la antorcha.

Preneste se acercó. Ya no llevaba puesto su sobrio traje de escribano. Ahora vestía con una alba blanca y un cinturón rojo alrededor de la cintura; sobre la cabeza llevaba un casco de guinaldas con serpientes artificiales que parecían de verdad. Iba descalzo. Sostenía en las manos un arca que colocó bajo la luz de la antorcha y a continuación abrió. Me incliné por encima del hombro de mi señor. Sabía lo suficiente sobre practicantes de magia negra para reconocer el contenido: pociones, cartas mágicas, ojos de gato, un bote con la espuma de un perro rabioso, los huesos de un cadáver envueltos en seda amarilla, un nudo de horca, dagas oxidadas por la

sangre humana y plantas y flores cogidas en una noche de luna llena.

—¿Qué tontería es ésta? —pregunté.

Benjamín dio un paso atrás.

—Mira su cara, Roger.

Preneste se levantó. Me di cuenta de lo pálido y terso que se había vuelto su rostro, que tenía los ojos dilatados. ¿Se habría drogado con las semillas de una amapola, me pregunté, o habría bebido ese jugo de champiñones que permite al hombre ver más allá de la cortina de la realidad? A nadie pareció sorprenderle la transformación de Preneste de capellán en practicante de magia negra. Pensé entonces en un dicho que afirmaba que la religión de los florentinos era como la cera, «muy caliente y fácil de moldear», y recordé que Dante aceptaba la práctica de la brujería en el *Infierno*. Aseguraba que hay un lugar reservado para los brujos en el averno y que allí tienen la cabeza al revés, pues como en vida se empeñaron en mirar hacia el futuro, después de muertos sólo pueden mirar hacia atrás. Dante tenía razón: la magia negra nació en Florencia y los Albrizzi también eran practicantes.

—¡Atrás! —ordenó Preneste—. ¡Apartaos de la luz!

Le obedecí de buena gana. Por el momento Benjamín y yo nos sentíamos bastante tranquilos, pues prácticas como aquellas eran muy comunes en Londres, donde las brujas, con armarios llenos de esqueletos, huesos, dientes e incluso piel humana, estaban a la orden del día. Me tomé aquella representación de los Albrizzi como una pantomima, con la única finalidad de despertar el apetito perdido y entretener, e incluso quizás asustar, a sus invitados de Inglaterra. En fin retrocedimos hasta donde se acababa el césped. No sé exactamente dónde se colocó todo el mundo. Lo único que recuerdo es que yo estaba cerca de Benjamín cuando Preneste empezó su ritual. Sostenía un recipiente de mármol en la mano izquierda y un trapo atado a una tibia humana en la derecha. Levantó la cara y empezó a cantar, contemplando la luna como si fuera la luz de un faro que dirigía sus oraciones. Luego se arrodilló y besó el suelo, sumergió la tibia en lo que parecía un recipiente lleno de sangre humana y trazó un círculo a su alrededor y al de la antorcha, que estaba sujeta al suelo con una barra. Colocó una calavera en el centro del círculo, derramó sangre sobre ella y empezó a canturrear en una lengua que ni mi señor ni yo pudimos entender. Al principio permanecí de pie, aburrido por el espectáculo. Preneste levantó la vista, abrió los ojos, dio una palmada y exclamó:

—¡El maestro está en camino!

—Pues espero que se dé prisa —añadí yo.

Tan pronto como acabé de pronunciar aquellas palabras se levantó un viento helado. La luz de la antorcha empezó a bailar, alargando la sombra de Preneste, incluso pareció que él mismo creciera hinchándose como un sapo. En los bosques de los alrededores se escuchó el largo y estremecedor aullido de un perro. Los labios de

Preneste se movían sin pronunciar palabra. De nuevo se oyó aquel alarido y de repente un perro o un chacal saltó por encima de la antorcha. ¡Sabe Dios de dónde vino! ¡Sabe Dios lo que era realmente! ¡Y sabe Dios adónde fue! ¡Al infierno, espero! Lady Beatrice soltó un chillido y acto seguido Preneste se volvió de cara a la oscuridad. Sostenía en las manos una tabla de cera y un afilado cuchillo. Me fijé entonces en las sombras y vi que una era más oscura que las demás. El viento era cada vez más helado. Un hedor espantoso invadió el jardín que olía a algún cuerpo descompuesto o podrido. Los cabellos de la nuca se me erizaron. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y, rígido, me agarré al brazo de mi señor. De repente se oyó un ruido como el disparo de una arma de fuego. Preneste miró a ambos lados, se volvió y nos miró; su rostro reflejaba una expresión de sorpresa. Luego se desplomó sobre el césped, golpeó la barra que sostenía la antorcha y la luz se apagó. Durante unos segundos nadie se movió. Una mujer chilló, no sé quién fue.

—¡Antorchas! ¡Traed antorchas! —gritó Roderigo.

Oí el chasquido de una yesca al encenderse. Giovanni trajo una vela y encendió las otras antorchas del jardín. Roderigo estaba inclinado sobre el cuerpo de Preneste; una sola mirada a sus facciones de cera, a su mandíbula desencajada y a sus ojos medio abiertos lo decía todo. El hombre estaba muerto, asesinado por una bala de metal que le había entrado por un lado de la sien. Mi señor recogió la tablilla de cera, pero Preneste sólo había tenido tiempo de hacer un trazo.

—Podría ser el nombre de cualquiera —afirmó Benjamin—; el de cualquiera.

—Eso si realmente creéis en estas tonterías —respondí recuperando mi valor.

Roderigo dio la vuelta al cuerpo de Preneste. Lady Bianca tuvo que ser atendida; Alessandro intentó sofocar sus gritos y balbuceos histéricos y finalmente la llevó a un banco del jardín y le puso una copa de vino entre las manos. Roderigo se puso en pie y empezó a maldecir en voz alta. Fue la primera vez que lo veía asustado; la cara y las manos le temblaban. Miró a su alrededor, a todos nosotros.

—Quienquiera que sea —siseó— intenta matarnos a todos, Giovanni, llevad el cuerpo de Preneste a su cámara. El resto, venid conmigo.

Lo seguimos hasta la casa; pasamos delante de los criados cuya presencia había sido requerida y que, silenciosos y asustados, empezaban a limpiar los restos del banquete. Susurraban entre sí, contemplando el cuerpo que todavía yacía sobre el césped. Un pequeño charco de sangre brotaba de aquel terrible agujero situado en la sien del cadáver. Roderigo nos condujo a lo que en Inglaterra llamamos solar, una estancia agradable con asientos tapizados en las ventanas, de paredes decoradas y muebles tallados con gran delicadeza. En medio de la sala había una mesa ovalada de madera pulida con taburetes tapizados alrededor. Nos sentamos. Los criados encendieron las velas y trajeron copas de vino dulce con un poco de cordial, pero yo ni siquiera toqué mi copa. Os seré sincero: el viejo Shallot estaba horrorizado.

Convocadores del demonio, magia negra, un misterioso asesino capaz de disparar una arma sin ser visto... Y no era el único: Roderigo había perdido su arrogancia y todos los presentes nos sentíamos conmocionados por la muerte de Preneste.

—Al principio —empezó Roderigo—, creí que la muerte de Francesco fue obra de un asesino que actuaba en solitario, quizás el resultado de una venganza porque había ultrajado el honor de alguna familia, ya fuera inglesa o florentina. La de Matteo pudo ser un accidente, pero ésta... —golpeó la mesa con el puño—. ¿Quién podría colarse con una arma tan aparatosa en un jardín que está constantemente vigilado, disparar y luego desaparecer? ¡Vos, inglés! —señaló furioso a Benjamín—. Vuestro señor os ha enviado para que nos ayudéis. Os pido ahora vuestra colaboración.

Tuve ganas de recordarle que pocas horas antes se había mostrado reticente a aceptar nuestra ayuda, pero los Albrizzi estaban de un humor de perros.

—¿Y cómo sabemos —preguntó Alessandro— que no son los mismos ingleses los asesinos?

—¡No seáis necio! —le respondí yo—. ¡No habíamos oído jamás el nombre de lord Francesco ni el de ningún otro de vuestra familia antes de que empezara todo esto!

—Lo que el señor Shallot intenta decirnos —intervino Benjamin con más tacto— es que cuando lord Francesco se encontraba en Cheapside nosotros estábamos en Ipswich. Pero estoy de acuerdo con lord Roderigo. No es mi intención alarmaros, mas creo que sois víctimas de un asesino que ha demostrado una gran habilidad en todas sus intervenciones. La lógica parece indicar que tanto la muerte de Francesco como la de Preneste han sido obra de la misma persona, que mató a Francesco en Londres, que se las arregló para entrar en este jardín y disparar a Preneste y que también mató a Matteo, el administrador, de un modo similar a bordo del barco. Luego —concluyó Benjamin con calma— el asesino debe encontrarse hospedado en esta casa. El o ella debe de ser uno de nosotros.

Se escucharon gritos de protesta, pero no tan apasionados ni tan escandalosos como los que habían lanzado en Londres. El honor del nombre de la familia ya no era lo más importante. Unos a otros se miraban de reojo en señal de habían comprendido que mi señor tenía razón.

Enrico, estudiando a Benjamin desde el otro lado de habitación, dijo:

—En ese caso, debemos determinar dónde se encontraba cada uno cuando Preneste fue asesinado.

Miré a María, que se balanceaba sobre su taburete como una niña. Me devolvió la mirada con aire sombrío y se me hizo un nudo en el estómago. ¿Y si fuera ella?, pensé. Era pequeña y muy ágil; podía moverse con facilidad entre la multitud, mas ¿tenía la fuerza para cargar con un arcabuz? Mire a Giovanni, el soldado profesional, que permanecía sentado acariciando su largo cabello y contemplando el suelo con

actitud pasiva, sin hacer caso de las miradas que le dirigían los demás. Sin embargo, se dio cuenta de que lo acusaban en silencio. Era un mercenario; ¿qué garantía podía dar de que no había sido contratado por el enemigo para perpetrar una guerra cruel y silenciosa contra los Albrizzi? Al incorporarse en su taburete pudo oírse el roce de su chaqueta forrada de piel; todavía seguía jugando con un mechón de cabello que ahora estaba trenzando. A continuación empezó a golpear el suelo con el tacón de su bota.

—Cualquiera de los que están aquí —intervino con tranquilidad— podría haber comprado una arma —luego alzó la voz—. Cualquiera de nosotros podría saber manejarla, así que no me acuséis con vuestra mirada. ¿Qué razón podría tener para traicionar a mi patrón?

Nadie lo miró ni le contestó.

Benjamín se puso en pie.

—Quizá deberíamos volver al jardín. Recuerdo estuve yo; ¿qué me decís los demás?

Enrico dio una palmada suave.

—Lady Bianca, yo estaba a vuestro lado. Alessandro, vos estabais un poco más adelantado, a mi derecha. Recuerdo que os estabais rascando el cuello, ¿verdad? ¿Dónde estabais los demás?

Benjamín se volvió a sentar y se formó de nuevo un alboroto; todos empezaron a contar su historia al unísono, Benjamín dio un golpe en la mesa.

—La verdad —dijo— es que estábamos todos tan asustados por el ritual de Preneste que nadie se acuerda exactamente de lo que sucedió. Pero todavía existe otra posibilidad que merece tenerse en cuenta.

El murmullo de voces cesó finalmente.

—Quizás el asesino no se encuentra en esta habitación —continuó Benjamín, dándome un codazo por debajo de la mesa para que permaneciera en silencio—. Había criados en Londres, criados a bordo del barco y criados en la casa esta noche. Todo lo que os puedo decir es que vayáis con cuidado hasta que el asesino sea desenmascarado.

La reunión se dio por terminada. Benjamín me hizo un gesto para que lo siguiera hacia el jardín. Detrás de nosotros el murmullo de voces se fue apagando a medida que todo el mundo se fue a la cama.

—¿Dijisteis en serio lo de los criados, señor? —le susurré.

—¡Desde luego que no! —replicó Benjamín—. El asesino estaba sentado a la mesa. ¿Qué criado se atrevería a cometer tres asesinatos? Alguien habría notado algo extraño. Quizá podría ser el causante de una muerte, pero no de tres.

Nos encaminamos hacia la oscuridad. Benjamín se dio la vuelta y me miró de frente.

—Pero ¿cuál podría ser el motivo del crimen? ¿Una venganza por algún secreto

revelado? ¿Es acaso una cuestión de ambición de poder y riquezas? —Se llevó un dedo a los labios—. Francesco, el cabeza de familia, muere. Luego, Matteo el administrador y amigo de confianza de Francesco. Luego, Preneste, el clérigo abogado y amigo de la familia. ¿Por qué habrá elegido matar a estos dos últimos? ¿Eh, Roger?

—Porque quizá sabían algo —contesté despacio—. O, en el caso de Preneste, porque gracias a sus poderes podía descubrir el nombre del asesino.

—O uno de los dos podría haber recordado algún detalle crucial para este rompecabezas —concluyó finalmente Benjamin.

—¿Y qué pasa con Throckle? —pregunté.

Benjamín se encogió de hombros.

—¿Qué relación puede haber entre un viejo doctor que decide suicidarse en las tierras agrestes de Essex y la sangrienta muerte ocurrida en las montañas doradas de la Toscana? —Se estremeció y se cruzó de brazos—. Todos los asesinos siguen un mismo modelo, pero el de éste es un laberinto. —Se volvió hacia la casa sumida en la oscuridad—. Me pregunto si...

—¿Qué?

—Si Preneste guardó esa información en alguna otra parte.

Volvimos a la casa. Benjamín paró a un criado medio dormido y le pidió una copa de vino fresco. También aprovechó la oportunidad para poner en práctica el poco italiano que sabía y descubrir así que la cámara de Preneste se encontraba al otro lado del patio. Subimos unas escaleras oscuras como la boca del lobo y atravesamos una galería. Al pasar ante la puerta de una habitación nos detuvimos. Bajo la escasa luz Benjamin me sonrió y me hizo una señal para que escuchara. Lo obedecí y, provenientes de la habitación de abajo, pudimos oír los gritos y gemidos apasionados de lady Bianca.

—Una viuda alegre donde las haya —me susurró Benjamin.

Seguimos andando en silencio, deteniéndonos cada vez que el suelo crujía. Giramos una esquina y los cabellos de la nuca se me erizaron. Estaba seguro de que había visto a alguien moverse en el pasillo, pero enseguida deseché la idea y la asocié a la cantidad de vino que había bebido.

Por fin llegamos a la habitación de Preneste. La puerta estaba cerrada, pero no con llave. La empujamos hasta que se abrió y nos colamos dentro. La alcoba estaba a oscuras; los pestillos de la ventana, firmemente cerrados. Arrugué la nariz ante un hedor tan agrio que ni siquiera la empalagosa fragancia procedente de las flores del jardín podía ocultar. La cama con dosel que había en el centro de la habitación tenía las cortinas corridas. Benjamin se acercó, le oí susurrar algo y maldecir por lo bajo. Prendió una yesca, encendió las velas y, tras coger una de ellas, se dirigió a la cama. Retiró las cortinas, levantó la vela e iluminó el rostro pálido de Preneste que nos

miraba sin vida. Parecía todavía más horrible bajo la luz de la vela; el pequeño agujero en la sien se había convertido en una repugnante costra rojiza. Lo miré con detenimiento; me recordaba algo, pero no sabía qué. Benjamin me susurró que registráramos la habitación. Lo obedecí. Afortunadamente los cofres y las arcas no estaban cerrados con llave, excepto uno que había a los pies de la cama. Pero conseguí abrir un cierre y para abrir el otro tuve que utilizar mi daga.

He conocido a curas con un montón de rarezas pero, sin duda, Preneste se llevaba la palma. No vi ni un solo breviario, crucifijo, rosario o medallón, pero pude darme cuenta de que aquel hombre no sólo se había interesado por la magia negra, sino que se había metido hasta el fondo en ella. Retrocedí con desagrado cuando mis manos fueron a toparse con cuerpo disecado de un sapo, la calavera amarillenta de un mono y un libro de hechizos. Benjamin buscó entre el resto de cofres y arcas sin mayores resultados. Se acercó de puntillas a mí.

—¿Dónde crees que un hombre como Preneste podría guardar algún secreto?

Levanté las velas y miré a mi alrededor: no había cuadros ni ningún otro objeto en las paredes. Golpeé las tablas del suelo, pero aquella casa no era ninguna mansión inglesa construida con vigas. Miré la cama y recordé los pequeños paneles de madera del cabezal. Corrí las cortinas, me subí a ella y empecé a golpearlos vigilado por la macabra mirada de Preneste. Uno de ellos parecía estar hueco. Sonreí a Benjamin.

—Sabe Dios por qué, señor, pero la gente siempre cree que sus camas son el sitio más seguro.

La madera era muy fina. Hice un pequeño agujero con mi daga, luego me detuve, pues temía que aquel ruido hubiera despertado a alguien. Sin embargo, aparte de los latidos de mi propio corazón, no oí nada excepto el graznido de algunos pájaros nocturnos en el jardín y la respiración agitada de Benjamin detrás de mí. Finalmente rompí el panel de madera.

—Eso dará de qué hablar mañana por la mañana, señor gruñí.

—Entonces se acusaran los unos a los otros —me siseó Benjamin—. De todos modos, dudo mucho que a esta familia le importe demasiado.

Rompí por completo la pieza de madera. En algún sitio debía de haber una palanca o un mecanismo secreto. Dentro noté un resorte de metal y al meter más al fondo la mano encontré una bolsita de piel. Se la entregué a Benjamin, que cortó la cuerda del cuello y sacó los manuscritos que contenía. Se sentó en la cama como si él y Preneste fueran viejos amigos y se puso a estudiar los documentos: dos de ellos contenían conjuros; otro era una carta que lady Bianca había escrito a un tal Bellissimo. A pesar de mis limitados conocimientos de la lengua, siguiendo el dedo de Benjamin, pude ver que se trataba de una carta de amor que Preneste debió de haber interceptado con el propósito de hacer chantaje.

—¿Qué pasaría si los asesinatos no estuvieran relacionados? —pregunté.

—¿Quieres decir que lord Francesco fue asesinado por una razón y Matteo y Preneste por otra? —Benjamin sacudió la cabeza—. Los medios han sido siempre los mismos. Me pregunto si lady Bianca se atrevería a matar para ocultar sus infidelidades.

Dejó la carta sobre la cama y desató otro pergamino. Estaba escrito en latín y era nada menos que del príncipe Giulio de Médicis. El papel era de buena calidad a pesar de que se había vuelto amarillento con el paso del tiempo. Con fecha de unos años atrás, la carta estaba dirigida a «Mi buen amigo y aliado, Gregorio Preneste». El príncipe Giulio le daba las gracias por sus servicios y se comprometía a utilizar todo su poder para garantizarle que sería ascendido al cargo de la familia de lord Francesco Albrizzi.

—¿Por qué querría ocultar algo tan evidente y tan simple? —se preguntó Benjamin.

Estaba a punto de contestarle cuando oí el crujido de una tabla del suelo en la galería de fuera. Nos quedamos congelados; ni siquiera nos atrevimos a respirar, pero no oímos ningún otro ruido. Volvimos a concentrarnos en la lectura de la carta. Por un momento escuché un chirrido, pero pensé que era uno más de los ruidos nocturnos de la casa. Benjamin se empeñó en examinar él mismo la cavidad del cabezal, todavía alarmado por lo que había oído, me levanté y me dirigí a la puerta. Entonces resbalé y tuve que agarrarme para no caer; cuando miré al suelo descubrí una sustancia acuosa cristalina. Al principio pensé que se trataba de alguno de los brebajes de Preneste, pero al inclinarme con cuidado la toqué con el dedo y la olí.

—Aceite —susurré.

Debéis recordar que aquella noche tenía el juicio un poco trastocado. Entre resbalones y maldiciones me dirigí a la puerta e intenté empujar el picaporte, pero estaba cerrada con llave. Escuché la respiración pesada de alguien al otro lado y el chasquido de una yesca. Regresé a la habitación, aunque la llama ya se había extendido por debajo de la puerta. El aceite no había tardado en prender y una llamarada atravesó rápidamente la habitación. En cuestión de unos segundos la cámara, o al menos la mitad de ella, se convirtió en un auténtico infierno. Intentamos abrir los pestillos de la ventana, pero estaban demasiado ajustados. Golpeé los cierres sueltos con la empuñadura de mi daga. A continuación entró una bocanada del aire de la noche, lo que hizo crecer las llamas. Benjamin y yo nos precipitamos sobre el estrecho alféizar y saltamos al jardín inmerso en la oscuridad.

Tuvimos la suerte de caer primero sobre una jardinera de flores, con lo que el golpe no fue demasiado fuerte. Pero de repente me sentí mareado y el miedo empezó a apoderarse de mí. Me agaché como un perro detrás de un arbusto soltando toda clase de injurias que me vinieron a la cabeza entre una arcada y otra. Benjamín mientras tanto se acariciaba el tobillo que se había torcido al caer.

—Quiero irme a casa, señor —murmuré—. ¡Al infierno con las glorias de Italia!

No pude seguir hablando; me pesaba el estómago y me puse de nuevo a toser y a dar arcadas, tambaleándome de un lado para otro mientras me alejaba de la casa.

El jardín de los Albrizzi estaba rodeado de espesos setos de ligustro. Nos dirigíamos hacia el arco que formaba uno de ellos cuando de pronto nos detuvimos. Ante nosotros permanecía de pie una figura vestida de negro; tenía la cabeza cubierta con una capucha y la cara con una máscara que solo dejaba ver los ojos, la nariz y la boca; sostenía una pequeña vela en la mano. Ante su débil y parpadeante luz, aquella aparición nos puso los pelos de punta. Salí disparado de aquel lugar gritando como un loco y, gracias a Dios, Benjamin tuvo el santo juicio de seguirme.

Cuando llegamos a la puerta principal de la villa, todo el mundo se había levantado y deambulaba por la casa a medio vestir. Lord Roderigo, con una bata de noche atada alrededor de la cintura, gritaba a Giovanni que organizara a los criados, que corrían escaleras arriba con cubos de agua que cogían del pozo y de las fuentes del patio. Afortunadamente nadie se fijó en nosotros. Benjamin me susurró que hiciéramos ver que habíamos salido al jardín a tomar el aire. Ayudamos a extinguir las llamas, pero no antes de que éstas redujeran la cámara, la cama y el cuerpo de Preneste a un montón de brasas y cenizas. Lord Roderigo y el resto de la familia dejaron que los criados limpiaran los restos mientras iniciaban una apasionada discusión sobre cómo había empezado el fuego. No podían acusarme de nada y, además, importaba un bledo. Uno de aquellos bastardos florentinos había intentado matarme. Me pesaba la cabeza y tenía el estómago revuelto; no es que estuviera asustado; más bien estaba completamente aterrorizado por lo que había pasado.

Benjamin y yo nos dirigimos a nuestra cámara. Creedme, lo comprobé todo: la cama, las sillas... Incluso dejé los pestillos de las ventanas abiertos a pesar de la fresca brisa que corría por si acaso tenía que salir huyendo. Benjamin (que Dios lo bendiga) quería que reflexionáramos sobre lo que acababa de pasar, aunque para mí era obvio: alguien había intentado matarnos.

—Quizás —añadió pensativo sentado en el borde de la cama— no sabían que nosotros estábamos dentro y tan sólo querían destruir cualquier prueba que se guardara en aquella habitación.

Solté un gruñido, me tapé con la manta de lana y me quedé contemplando las paredes blanqueadas. Me chupé la punta del pulgar, un gesto que solía hacer cuando estaba aterrorizado. Quería irme a casa. Le prometí a cada santo que conocía que si salía sano y salvo de todo aquello le encendería velas de todos los colores, que iría todos los días a la iglesia y que no volvería a robar. ¡Incluso prometí hacer voto de castidad! Ya os podéis imaginar lo desesperado que estaba. No, no podéis: desde el momento en que había pisado la casa de aquel maldito doctor en Wodeforde me sentía como si hubiera entrado en el oscuro laberinto de un asesino demente que me

esperaba para darme caza. ¿Quién sería aquel bastardo encapuchado del jardín? Escuché la voz de mi señor diciéndome algo. Benjamin estaba aplicando la lógica. ¡La lógica! En mi opinión nos enfrentábamos a un asesino con un deseo sangriento de limpiar del mapa a los Albrizzi y a cualquiera que estuviera relacionado con ellos. Caí en un sueño desasosegado y me desperté tarde a la mañana siguiente bastante fresco y recordando lo apasionada que parecía lady Bianca en la cama.

Benjamin ya se había levantado. Me desvestí, me lavé y me afeite. Después de asearme, como le dije a Benjamin, me sentía capaz de enfrentarme al sultán y a todo su harem. (Por cierto unos años más tarde tuve que hacerlo, pero ésa es otra historia). Bajamos a la galería y contemplamos los daños que había sufrido la habitación de Preneste: no quedaba nada; las vigas estaban chamuscadas, carbonizadas y todavía humeantes. Recordé la pesadilla de la noche anterior y sentí ganas de volver a quejarme de todo, pero el rostro de Benjamin se había vuelto muy severo. Muy pocas veces se ponía así, pero cuando lo hacía prefería guardar mis pensamientos para mí mismo y mantener la boca cerrada.

—Vamos a romper nuestro ayuno, Roger —dijo al fin.

—Señor —le dije mientras bajábamos—, ¿quién era aquel hombre encapuchado del jardín?

—Puede que sea una suposición algo arriesgada —contestó Benjamin con calma — pero creo que era uno del Ocho, un miembro de la policía secreta de los Médicis que vigilaba la casa.

—¿Y no pudo ser el asesino?

—Es posible, Roger. Pero recuerda que es la segunda vez que nos atacan y sin embargo aquel hombre no parecía tener la intención de hacernos daño o quitarnos de en medio.

Entramos al soleado refectorio, una agradable sala de paredes blanqueadas de las que colgaba una hilera de macetas con flores. El suelo de madera estaba reluciente y el aire traía de la cocina olores de sabrosos platos y de pan recién hecho. Las mesas estaban dispuestas a ambos lados de la habitación y en el estrado que había al fondo sólo había una persona, Enrico, que hojeaba un pergamino con las gafas puestas. Levantó la vista cuando nos acercamos y nos sonrió para que lo acompañáramos.

—¡Una noche emocionante! —exclamó mientras nos sentábamos—. Asesinan a Preneste y ni siquiera le permiten descansar en paz.

—¿Cómo empezó el fuego? —preguntó Benjamin inocentemente.

—Bueno, Roderigo cree que fue debido a la negligencia de algún criado.

Contuve mi rabia, hasta un niño habría reconocido aquel olor a aceite. Sin embargo, Benjamin estudió al joven con curiosidad.

—¿No veis bien?

Enrico sacudió la cabeza y se sacó las gafas.

—Sólo de cerca. Siempre he tenido que hacer mucho esfuerzo para leer un manuscrito o un libro. —Soltó una risita—. Gracias a Dios que no soy cura.

—¿Queréis decir como Preneste?

Enrico se encogió de hombros.

—Mirad, señor Daunbey, Italia está llena de curas corruptos y prelados arrogantes. ¿Puede entonces uno creer en el Dios que promulgan? Si Preneste deseaba conocer los misterios de la magia negra, era su problema.

(En fin, supongo que tenía razón; pero desde entonces ha habido en Italia muchos curas con buenas intenciones y deseos de reformar la Iglesia, como el gran Loyola, algo fanático, pero un gran santo. Y los papas también han cambiado. Sixto V limpió Roma no sólo con agua, sino también con la espada. Por cierto, el viejo zorro de Sixto V sentía una gran admiración por nuestra gran reina Isabel. ¿Sabéis que una vez me dijo que si él e Isabel se hubieran casado sus hijos podrían haber dominado el mundo? Isabel se partió de risa cuando se lo conté; lo que Sixto no sabía es que la reina y yo tuvimos un hijo, un lindo varón. Quizá no podrá gobernar el mundo, pero con toda seguridad puede desvalijarlo).

Ya me estoy yendo de nuevo por las ramas. Benjamin y Enrico se enzarzaron en una breve discusión sobre el estado de la Iglesia cuando mi señor súbitamente cambió de tema.

—Parece que os tomáis las desgracias de los Albrizzi con mucha tranquilidad —observó.

Enrico dejó el cuchillo sobre la mesa y abrió las manos.

—Yo soy un Catalina y estas muertes tienen que ver con alguna venganza contra los Albrizzi.

—¿Sospecháis de alguien?

—En Florencia, señor Daunbey, nadie confía en nadie. Los Albrizzi tienen sus enemigos. Ya habéis conocido a su eminencia el cardenal Giulio y al padre Seraphino, Maestre del Ocho.

—Pero vos también sois un Albrizzi —intervine yo—, os casasteis con lady Beatrice y habéis adoptado su nombre.

Enrico se encogió de hombros.

—Es verdad. Pero, como todo el mundo sabe, soy un príncipe mercader con todas las de la ley y así ha sido desde la muerte de mi padre.

—¿Cómo murió?

Los ojos del muchacho se nublaron. La mano le empezó a temblar mientras sujetaba el cuchillo para cortar una pera verde y bien apetitosa que cogió de una fuente de fruta.

—Mi padre fue un gran hombre, un defensor de Florencia. El y su hermano Alberto fueron miembros del *Signore*, del consejo que dirige Florencia. Mi madre

murió al tenerme a mí y por eso me criaron las monjas. Mi padre y su hermano a menudo se encontraban fuera de viaje como representantes de Florencia. Un día, en Roma, un asesino los cogió desprevenidos cuando salían de una iglesia cerca del Coliseo. Una flecha atravesó la garganta de mi padre y otra alcanzó a Alberto en el pecho. Mi padre murió al instante; su hermano, unos días después.

—¿Y el asesino?

Nunca se supo de él. Lord Francesco era amigo de mi familia. Se encontraba en Ostia cuando él murió y al saberlo se dirigió inmediatamente a Roma. Mi padre había comprado algunas joyas, diamantes y una esmeralda de un gusto exquisito. Se las robaron cuando murió y nunca más se supo de ellas. Más tarde colgaron a dos criminales bajo sospecha de haber estado relacionados con su muerte, pero en realidad no se pudo probar nada. —Enrico levantó la vista y pestañeó—. Durante algunos años estuve al cuidado de unos pastores por si acaso se trataba de una venganza familiar. Lord Francesco intentó dar con el asesino, pero fue inútil. Otro misterio, ¿eh, señor Daunbey?

—Pero vos sospecháis de alguien, ¿no es cierto? —preguntó mi señor.

—Mi padre no era amigo de los Médicis. Quizá tenía alguna deuda pendiente. Pero os aseguro una cosa, señor Daunbey: si alguna vez descubro la identidad del asesino, os la diré después de que yo mismo haya acabado con él.

## Capítulo 8

Benjamin estaba a punto de dar por concluida la conversación cuando entró lord Roderigo acompañado de Alessandro que lo seguía con paso jactancioso. Éste no había perdido ni un ápice de su ostentación. Vestido con un justillo bien prieto, unas calzas todavía más ajustadas y varias dagas cogidas al vistoso cinto, parecía realmente un bravucón pendenciero de la calle. Roderigo, normalmente tan seguro de sí mismo, mostraba ahora una gran preocupación; su rostro había palidecido y unas sombras oscuras rodeaban sus ojos. Tenía el pelo grasiento y las yemas de los dedos todavía negras del incendio de la noche anterior. A su lado Alessandro era la salud en persona, con la piel tersa y brillante y el cabello bien peinado. Me despreció con una mirada de arrogancia y acto seguido dio un sonoro mordisco a una manzana. Seguro que su querida hermana le había comentado algo acerca de la conversación que mantuvimos la noche anterior.

—¿Habéis dormido bien, inglés? —preguntó Roderigo.

—La cama no podía ser más cómoda —contestó Benjamin con amabilidad—, pero nuestra llegada a Florencia no ha podido ser peor. ¿Qué pasó con la habitación del pobre Preneste?

—Las llamas la devoraron —replicó Roderigo—. Tuvimos suerte de que el fuego no se extendiera. Si eso hubiera sucedido, podríamos haber perdido la villa entera.

—¿Y cuál fue la causa? —instigó Benjamín.

Roderigo desvió la mirada. Se inclinó, cogió una jarra llena de vino mezclado con agua y se sirvió una copa.

—Probablemente la culpa la tuvo algún criado despistado. Quizá los hombres que cogieron el cuerpo de Preneste dejaron alguna vela encendida cerca de las cortinas de la cama.

—¿Sabíais que alguien vigila vuestra villa? —preguntó Benjamín bruscamente.

Disfruté al ver que Alessandro se atragantó con la manzana.

—¿Qué? —preguntó lord Roderigo apartando la copa de sus labios—. ¿Qué queréis decir?

Benjamín describió lo que habíamos visto en el jardín después del fuego. Roderigo escuchó con interés y luego abrió las manos.

—El Maestre del Ocho tiene espías por todas partes —afirmó con amargura.

Se volvió hacia Alessandro y le dijo algunas palabras en italiano muy rápido. Éste palideció, contestó con evasivas y borró de su rostro toda señal de altivez.

—¿Qué ocurre? —preguntó Benjamín con brusquedad—. Lord Roderigo, no quisiera ser indiscreto pero somos vuestros huéspedes y también nosotros podríamos estar en peligro. ¿Por qué vigila la policía secreta esta villa?

—Porque —contestó Roderigo con calma— algunos miembros de esta familia no

son de fiar. Han demostrado lo que yo llamaría un indebido interés por las nuevas enseñanzas de Alemania. La influencia de Lutero ha llegado hasta aquí. El Ocho y la Inquisición están muy ocupados dando caza a cualquiera que demuestre la más ligera inclinación en esa dirección.

La palidez del rostro de Alessandro me confirmó que Roderigo estaba hablando de él.

Pero podéis hacerle la misma pregunta a su Eminencia —declaró Roderigo sonriendo a Benjamín—. Ha llegado un mensajero del palacio de los Médicis; el cardenal desea recibirnos allí al mediodía. Giovanni os llevará.

—¿Puedo ir con ellos? —preguntó una voz desde la puerta. Era María, cuya apariencia de muñeca se había acentuado aún más dentro de aquel vestido granate con adornos de lino blanco en el dobladillo y en los puños y con sus trenzas cayendo sobre sus hombros—. ¿Puedo? —repitió.

Sacó tres o cuatro naranjas y empezó a jugar con ellas mientras se acercaba a nosotros. Admiré la habilidad y la rapidez de sus manos. Dejó las naranjas en el suelo y a continuación hizo varias ruedas hasta que llegó a nuestro lado. Entreví un remolino de enaguas blancas, unos zapatitos negros con botones rosa y de repente la encontré frente a mí, con el rostro sonrojado y respirando por la nariz para mantener el porte.

—Buenos días, Ojo de Bitoque —saludó finalmente con una sonrisa.

—No estamos para tonterías —afirmó Alessandro con rudeza—, ni para ninguno de tus trucos, María. Preneste ha muerto —me lanzó una mirada oscura—. Diga lo que diga mi tío, el fuego que destrozó su habitación no deja de ser muy sospechoso.

—Preneste —replicó María— era un hombre estúpido, un pervertido que espiaba en las sombras y ha obtenido justo lo que merecía.

—¡María! —exclamó Roderigo.

Ella encogió sus pequeños hombros y se subió al banco, apretujando su cuerpecillo entre Benjamín y yo.

—¿Puedo ir a Florencia? Si nadie me necesita aquí —añadió mirando con lástima a Alessandro— quizás es mejor que me vaya.

—¡Enana! —la llamó Alessandro con malicia.

—¡Mejor eso que ser un hombre! —contestó ella.

Alessandro se inclinó sobre la mesa y levantó una mano para pegarle. Sin embargo yo me adelanté y le cogí la muñeca con fuerza.

(Sí, es verdad: soy un cobarde hecho y derecho. Siempre me cago en los calzones y cuando empieza una riña el viejo Shallot no tarda en ponerse de rodillas y gatear en busca de la puerta más cercana, mas no puedo soportar a los buscones).

—¡Soltadme la muñeca!

Alessandro me miró de un modo tan petulante que mi hizo soltar una carcajada.

Antes de que Roderigo pudiera intervenir, levantó la otra mano y me cruzó la cara. Le solté la muñeca de inmediato.

—¡Disculpaos, Alessandro, disculpaos! —exigió Roderigo—. ¡Disculpaos ahora! Alessandro se mordió la yema del pulgar y me escupió.

(Más tarde me enteré de que éste era el mayor insulto que podía proferir un italiano. Se lo conté a William Shakespeare y lo utilizó en el principio de *Romeo y Julieta*. A continuación empieza un duelo entre los personajes y lo mismo sucedió en la villa de los Albrizzi).

Lord Roderigo me cogió del brazo.

—*Signor* Shallot, Alessandro se acalora enseguida. Además, vos sois sólo un sirviente. No tenéis por qué aceptar su desafío.

Benjamín murmuró por lo bajo que estaba de acuerdo.

—Está bien —contesté con una sonrisa falsa a Alessandro—. *Signor* Alessandro, por mí está olvidado.

Se mordió el labio. Estaba a punto de ponerme a comer un poco más de pastel cuando advertí la mirada de la pequeña María. No había desprecio, sino un dolor repentino, como si los insultos de Alessandro hubieran acabado con lo poco de humanidad que ella creía tener.

Tened cuidado —le advertí poniéndome en pie y estirándome—: mi querida madre solía decir que ante todo hay que ser un caballero. Si lo eres, decía, siempre podrás reconocer a otro. —Me incliné sobre la mesa y miré fijamente a Alessandro—. Y yo no reconozco a ninguno en vos. Ya veo que os gusta pegar a las mujeres. Decidme, ¿nacisteis ya tan desabrido o es una costumbre que os habéis esforzado en adquirir con el paso de los años?

Aparté la mano que mi señor me tendía en señal de advertencia. Estaba seguro de que Alessandro no había entendido la palabra *desabrido*. Sin embargo, se puso en pie, hecho una furia y echando chispas por los ojos.

—¡Salgamos al jardín! —gritó—. ¡Al jardín! —y salió de la estancia dando un portazo.

Roderigo me miró.

—No deberíais haber dicho eso, Shallot —me dijo con dulzura—. Alessandro es muy bueno con la espada. ¡Os matará!

En aquel momento mi primer pronto de ira empezó a enfriarse. Miré alrededor de la mesa. Enrico, sentado allí con la barbilla entre las manos, me miraba y me sonría dándome ánimos. María pestañeaba como una de esas mujeres sacada de una historia sensiblera que tanto les gusta recitar a los trovadores. Benjamín permanecía sentado, con la cabeza gacha. No sabía si estaba enfadado o se reía. Entró lady Beatrice. Lord Enrico se puso de pie y le ofreció una de las sillas de su lado, mientras le contaba por lo bajo lo sucedido. Beatrice sonrió maliciosamente y se frotó las manos.

—Alessandro será el ganador —afirmó—. Querido, ¿por qué estamos todavía aquí cuando mi hermano espera en el jardín?

Y bien, no tuve elección. Benjamín y yo salimos del refectorio y subimos a nuestra habitación. Me quité el justillo, me até el talabarte a la cintura, intentando ocultar el miedo, y me dirigí hacia la puerta. Mi señor me agarró por el brazo.

—¡Roger!

—¡Ahora no me sermoneéis, señor! ¡Es un bastardo arrogante! —Miré a los ojos de Benjamín y encontré una mirada de admiración.

—¡Oh, no!, pero si estoy plenamente satisfecho de ti, Roger. Sé que detestas la violencia. Me sentí muy orgulloso cuando defendiste a María. Si no lo hubieras hecho tú, lo habría hecho yo.

(¡Que Dios nos proteja, mi señor era tan inocente! ¡Que detesto la violencia, decía! ¡Cuánta razón tenía! ¡No soporto ver sangre, en especial la mía!).

De todos modos, hice bien el papel del valiente Héctor; tragué saliva y recé para que las manos no me sudaran demasiado al coger la espada. Benjamín me dio un suave golpecito en el talabarte.

—Probablemente utilizará un estoque. No olvides lo que el Portugués te ha enseñado.

Bajamos al jardín, donde se encontraba reunida toda la casa. Estudié sus caras: aparte de Enrico y Roderigo, los demás veían el inminente duelo como un espectáculo previsto para su diversión. Los criados, de pie a lo lejos, habían traído frutas y copas de vino para que pudieran contemplar cómo herían y seguramente mataban al inglés. María me miraba apenada, consciente de lo que había provocado. Con los labios ligeramente separados, cruzó el césped y me cogió por el brazo.

—No era necesario, Ojo de Bitoque —me susurró—. Siempre me ha pegado, aunque no muy fuerte.

Sacudí la cabeza.

¡Cómo me gustaría salir corriendo! —le siseé—; pero ¿adónde? —Le quité uno de los pequeños guantes de terciopelo que tenía cogidos a su cinturón y me lo puse dentro de la camiseta—. Lo llevaré como prenda de esta batalla.

La pequeña criatura se sonrojó y se mordió el labio inferior.

—Siento haberos llamado Ojo de Bitoque.

—¿Estáis preparado, inglés?

Paseé la mirada por el césped húmedo de rocío. Alessandro permanecía de pie con elegancia, sosteniendo un estoque y un estilete. Se los pasaba de un lado a otro, lanzándolos al aire y haciendo que el sol se reflejase en sus hojas, parecían así mucho más afiladas. Se me revolvió el estómago. Recé para no cerrar los ojos, algo que siempre hacía cuando me batía en duelo. No puedo decir por qué; supongo que es una reacción infantil. Pero podía ser peor; en ocasiones incluso llegaba a vomitar o a

desmayarme.

—¿Estás listo, Roger? —me preguntó mi señor.

—Nunca lo he estado tanto.

Desenfundé la espada y la daga y crucé el campo a grandes zancadas. Ojalá no lo hubiera hecho; la suela de mi bota minó, tropecé y me caí de rodillas, poniéndome rojo como un tomate ante el eco de risas provocado por mi accidente.

—¿Estáis nervioso, inglés? —me chilló Alessandro—. Bianca traed vuestras sales aromáticas.

Me puse de pie, clavé la espada y la daga en el suelo y me senté.

—¡Os vais a mojar los calzones! —gritó Alessandro.

No le hice ni caso. Me quité las botas y luego los calcetines de lino que llevaba debajo.

(Prestad atención, jovencitos que estáis leyendo esto; recordad el consejo del viejo Shallot: sobre una superficie resbaladiza, los pies desnudos son lo mejor. ¡Siempre y cuando no le quede a uno otro remedio, claro!).

Me puse de pie y seguí caminando armado con mi daga y mi espada, demostrando todo mi aplomo y esperando que mi estómago no me traicionara. Roderigo se puso en medio de los dos; Giovanni, el saturnino, estaba a su lado.

—Lord Alessandro —dijo con calma—. No tenéis por qué batiros en duelo con este hombre. No es de vuestra clase.

—Tenéis razón, tío: su lugar está en las alcantarillas, pero alguien tiene que enseñarle modales.

Roderigo me miró con lástima y se encogió de hombros.

—¡Entonces luchad hasta derramar la primera gota de sangre! —exclamó.

Mi corazón empezó a latir con entusiasmo, pero luego observé el rostro malicioso de Giovanni y tuve la certeza de que la primera gota de sangre manaría de una herida de mi corazón. Él y Roderigo dieron un paso atrás. El clamor de voces desapareció. Alessandro se colocó con desgana en su sitio, se puso ligeramente de lado y levantó la espada. Me dirigí nervioso hacia él, haciéndome el ignorante y copiando su postura. Nuestras espadas se encontraron. Entonces Alessandro dio un pequeño salto hacia atrás y luego hacia delante, arremetiéndome por abajo. Paré el golpe de su espada y retrocedí mientras seguía atacándome. Luego, ante el eco de voces que lo aclamaban, consiguió acercarse todavía más. Luchamos espada contra espada, daga contra estilete. Me estaba poniendo a prueba, comprobando mi debilidad y yo me comportaba como un novato, aunque controlando la situación. No demostraría piedad si veía la menor oportunidad de acabar conmigo, buscaría una muerte rápida. Se abalanzó sobre mí con furia, cortando el aire con la espada, y pronto me di cuenta de que era mejor con la daga que con la espada. No era de su estoque de lo que me había de preocupar, sino de su estilete. En cualquier momento podría levantarlo y

clavármelo en el cuerpo descubierto y, de hecho, en una ocasión casi me alcanza en la ingle. Aquello ya fue el colmo: un hombre sin pelotas es hombre sin futuro. Di un paso atrás enfurecido y me pasé es estoque a la mano izquierda, divirtiéndome ante su mirada de estupefacción. Entonces me puse manos a la obra, y no es una fanfarronada, pero lo que tuvo lugar después de ello no se puede considerar realmente un duelo. Alessandro no tenía experiencia a la hora de enfrentarse con un zurdo. El cambio lo desconcertó por completo; se comportó con torpeza y a duras penas logró esquivar mi daga; retrocedió con lentitud y le pinché en el hombro. La sangre brotó de su herida, manchando su camisa de lino y haciendo que pareciera mucho peor de lo que realmente era. Lady Bianca empezó a gritar.

—¡Parad! ¡Parad!

La cara de Alessandro se volvió tan blanca como lo había sido su camisa. Miró nervioso a su tío, que se encamino a nuestro encuentro.

—La cuenta está saldada. ¿Alessandro?

Se encogió de hombros.

—¿Señor Shallot?

—Lo que vos digáis.

Me di la vuelta y os juro que nunca más volví a cometer una tontería como ésa. Shallot, viejo estúpido, tan premunido como siempre.

—¡Roger! —me advirtió mi señor.

Me eché hacia la izquierda y la espada de Alessandro paso silbando sobre mi hombro. Acto seguido me abalancé sobre él, lo cogí por el cinturón y, a la vieja usanza inglesa, lo estrellé contra el suelo. Me levanté y di un paso atrás. Alessandro, con unos ojos como platos, me miraba nervioso. Se le había caído la espada; sólo podía agarrarse a su daga para protegerse. Miré detrás de mí; nadie se atrevió a intervenir. Según las leyes de un duelo, podía y debía haberlo matado allí mismo, pero retrocedí un par de pasos, enfundé mi espada y mi daga, me mordí el pulgar y le escupí el trozo de piel a la cara.

—Como ha dicho vuestro tío, se ha acabado.

Esperé a que Roderigo y Giovanni se acercaran a asistir a mi enemigo derrotado antes de dar media vuelta y regresar a la casa, tan ancho como un gorrión en un estercolero.

—Así se hace, Roger —me felicitó Benjamín, que venía detrás de mí.

—Gracias a vos, señor —repliqué—. Aquel cobarde bastardo podría haberme matado.

—Entonces yo lo habría matado a él.

Contemplé el rostro alargado y lúgubre de mi señor. Lo habría hecho. «Nunca juzguéis un libro por su cubierta» dice el refrán, y éste se podía aplicar perfectamente al señor Daunbey, uno de los mejores espadachines de Inglaterra. Como demostró la

noche que nos encontrábamos en una fría playa luchando contra una mujer de corazón tan oscuro como el infierno, pero esa historia ya os la contaré otro día. En aquel momento, en la villa de los Albrizzi, me salvó la vida. María corrió detrás de nosotros haciéndome señas. Cuando me detuve, en vez de susurrarme algo en el oído, como yo pensaba que haría, me besó apasionadamente en la mejilla, se ruborizó y salió corriendo.

—Señor Shallot.

Lord Roderigo se acercó.

—Gracias —me susurró señalando con un gesto hacia el jardín—. Gracias —repitió; toda su altivez había desaparecido—. Podríais haber matado a mi sobrino en dos ocasiones; por haberle perdonado una segunda vez, sois para miembro más de la familia. Venid, permitidme que os recompense por ello.

—Bueno, ya conocéis al viejo Shallot. La palabra *recompensa* le sienta como una zanahoria a un burro hambriento. Sin embargo, interpreté el papel de héroe imperturbable y autosuficiente y me limité a seguirle hacia el refectorio. Se nos habían unido otros miembros de la familia. Beatrice nos seguía a lo lejos. Incluso ella parecía haber cambiado: me miraba, con la cabeza ligeramente inclinada hacia abajo, sonriéndome con aquellos enormes ojos y humedeciendo despacio aquellos labios carnosos con la punta de su lengua sonrosada. Su pecho subía y bajaba con rapidez; era una de aquellas personas que se excitaban sexualmente con la sangre, siempre y cuando no fuera la suya. Lady Bianca no era muy distinta: mientras nos seguía me rozó suavemente el brazo y al pasar por mi lado dejó caer su mano a la altura de mi entrepierna y le dio un apretón.

(¡Qué familia, por Dios! ¡Peor que los Bolena!).

Enrico me cogió del brazo; sus ojos me escudriñaron.

—Sois un buen espadachín, señor Shallot, un hombre de irascibilidad poco corriente. Un buen toque, realmente bueno; especialmente el movimiento de muñeca. Lo recordaré.

Benjamin le miró con curiosidad, y lord Roderigo no tardó en llegar con una jarra de vino y una bandeja llena de copas. Las colocó sobre la mesa y, cogiendo una de oro con incrustaciones de joyas, la llenó por la mitad y la levantó.

—Señor Shallot, este vino es de Villa Mathilda, lo que los romanos llamaban un falerno —me sonrió—. El vino es vuestro y también la copa.

(Desgraciadamente no la conservo. ¡Tuvimos que salir de Florencia tan apresuradamente! Y aunque luego escribí al bastardo del Maestro del Ocho para que me la enviara, el muy canalla me respondió que la tenía en su estantería, esperando a que fuera a recogerla. ¡Será cretino!).

Le di las gracias a Roderigo, dediqué un brindis a los allí reunidos y luego probé el cálido y sabroso vino. Me quilo el mal sabor de boca, me aclaró la garganta y me

encendió un fuego en el bajo vientre que habría sido un peligro para cualquiera de las mujeres allí presentes si no llega a ser por la más curiosa de las interrupciones. Roderigo estaba sirviendo lo que quedaba del vino, los demás parloteaban como de costumbre, dándose alguna que otra palmadita en la espalda y yo me dedicaba a interpretar el papel de héroe modesto cuando, a pesar de la luz del sol, una pequeña lechuza procedente del jardín se coló por la ventana, revoloteó por la habitación y finalmente cayó muerta. Lady Bianca dejó caer su copa al suelo y soltó un chillido. Beatrice, medio desmayada, tuvo que ser atendida y sentada en una silla. Los rostros de los hombres palidieron al contemplar el animal muerto.

Mi señor se acercó, se arrodilló y estudió el montón de plumas amarillas que yacía en el suelo.

¿Qué significa esto? —preguntó.

—Las lechuzas son presagio de muerte —explicó Roderigo en voz baja—, de que ocurrirá algo... —Se volvió hacia Giovanni, que también estaba pálido—. ¡Quemadla!

El soldado se limitó a sacudir la cabeza, así que finalmente yo recogí el cuerpo todavía caliente y me dirigí a la puerta. Todo el mundo se echó a un lado como si tuviera la peste. Salí al jardín y deposité el patético animalillo sobre un muladar. Cuando me di la vuelta vi a María contemplando el cuerpo del ave con el rostro cenizo y los ojos abiertos como platos.

—Es un presagio horrible —susurró. Levantó la vista; tenía los pequeños puños apretados contra el pecho—. Señor Shallot, los florentinos son la gente más supersticiosa que hay sobre la faz de la tierra. Si una lechuza entra volando en casa por la mañana significa mala suerte, pero si además muere quiere decir que la casa está a punto de derrumbarse.

Contemplé la villa.

—Pues a mí me parece muy segura —bromeé.

Me cogió los dedos con su manita cálida.

—Es una señal de que los Albrizzi perderán su poder. —Me tiró de un dedo—. Dejadme ir a Florencia con vos, Roger.

Bajé la mirada.

—¿Y qué ha pasado con lo de Ojo de Bitoque?

—Lo siento —musitó.

Introduje la mano en mi camiseta y saqué el guantecillo de terciopelo.

—¿Puedo quedármelo?

—Por supuesto —dijo—. Pero prometedme que cuando volváis a Inglaterra me llevaréis con vos.

Parecía tan sola, tan apenada, que accedí. Se volvió y se fue dando saltos como una niña por el camino mientras saludaba a mi señor, que se dirigía a mi encuentro.

—Parece que el sol se haya caído del cielo —comentó señalando con la cabeza hacia la villa.

—Señor, incluso en Inglaterra una lechuza es considerada pájaro de mal agüero.

—No creo en esas tonterías, Roger. Bueno, es posible que Preneste pudiera convocar a Satanás, pero yo creo que todas las criaturas son obra de Dios.

Benjamín se encaminó hacia el muladar, cogió el ave y la estudió con curiosidad. Se sacó los guantes de su cinturón, se los puso, abrió el pequeño pico amarillo del animal y lo olió.

—¿Y bien, señor?

Benjamín arrugó la nariz y dejó al pájaro en el suelo.

—Lo que me imaginaba, Roger: esta pequeña lechuza no era por sí sola mal presagio de nada, alguien hizo que lo fuera. —Se quitó los guantes—. El pobre animalito ha sido envenenado con una buena dosis de belladona. Pero ¿cómo consiguieron que se introdujera volando en la casa? —Benjamin se frotó un lado de la nariz—. Roger, ¿qué buscan las lechuzas?

—Ratones.

—¡Oh, no seas tonto!

—La oscuridad, los graneros.

—¿Y si soltaras a un pájaro, una lechuza joven envenenada, adónde crees que iría volando?

—Derecha a refugiarse.

Benjamín se dio la vuelta y señaló el gran ventanal.

—Exacto. La pobre bestia voló directamente hacia allá.

—Pero ¿quién la soltó? Todo el mundo estaba en la habitación con nosotros.

—¿Ah, sí? —preguntó Benjamín cáusticamente—. Quizá las dos mujeres. Pero a cualquiera le hubiera resultado muy fácil salir, soltar el pájaro y volver a entrar. —Alzó la vista hacia la villa—. Muy ingenioso —añadió. Señaló las ventanas cerradas ante la cegadora luz del sol—. Alguien preparó todo esto. ¿Te has dado cuenta de que aquélla es la única ventana abierta? Además, estoy seguro de que si la lechuza hubiera aparecido muerta en otro sitio habría tenido el mismo efecto. Algunos criados histéricos habrían hecho correr la noticia a gritos. —Benjamín se frotó la barbilla—. Pero me pregunto quién la debió de soltar.

—No debemos olvidar al Maestro del Ocho.

—Es cierto —dijo Benjamín—. Y no debemos olvidar nuestro encuentro en Florencia. Vamos, maestro de la espada, es hora de marcharse.

Cuando volvimos a la villa el dan de los Albrizzi ya se había dispersado. Habían llamado a un médico para que atendiera la herida de Alessandro. Las dos señoras de la casa se habían retirado a sus aposentos debido a un ataque de vapores. Giovanni se encontraba en el establo, con los caballos preparados. María, de pie, un tanto alejada

de él, sostenía en sus manos las riendas de su burrito blanco. La mirada de su rostro demostraba que ya se había enfrentado a Giovanni en su empeño por acompañarnos a Florencia. Me lavé y me cambié la camiseta, sudada después del duelo. Mi señor me había aconsejado que me lavara con regularidad en un país de clima tan cálido.

Abre los poros —me explicó— y mantiene la piel fresca. Si no —me explicó sonriendo—, podrías acabar rascándote y frotándote la entrepierna como un loco.

(Mi señor era un hombre muy considerado. Cómo me gustaría que los demás, en particular la actual reina, compartieran sus normas de higiene. Para la reina Isabel la idea de tomar un baño es echarse agua de rosas por la cara y las manos y luego esconder la naturaleza bajo numerosos frascos de perfume. Os diré algo: la corte inglesa, a mediados de verano, huele como un auténtico estercolero. Una vez Intenté dar el consejo de mi señor a la reina, pero se quedó mirándome horrorizada.

—¡Bañarse en Semana Santa y Navidad! —exclamó—. No seas estúpido, Roger. El agua caliente debilita los humores envejece la piel.

Bueno, ¿y qué podía yo oponer a los consejos de algún médico chiflado?).

El sol estaba saliendo cuando salimos de la villa de los Albrizzi. Recordad que todavía era muy temprano. (Los italianos se levantan justo antes del amanecer y luego duermen la siesta durante las primeras horas de la tarde). Al principió Giovanni se mostró taciturno, todavía asustado por aquella maldita lechuza; pero mi señor tenía algunas preguntas que hacerle y fue muy insistente. Primero hablaron de tonterías: mi señor elogió el caballo de Giovanni y su habilidad al montarlo, le preguntó dónde había nacido y en qué guerras había luchado. Giovanni, como cualquier soldado, había estado en todas partes del mundo y mientras íbamos a paso lento por el camino polvoriento a través de las montañas cubiertas de cipreses y viñedos hacia Florencia, nos relató sus aventuras y desventuras como soldado. Escuché con atención, intentando no mirar a María, que montaba detrás Giovanni haciendo muecas e imitando todos sus gestos.

—Entonces, ¿siempre habéis luchado del lado de Florencia? —interrumpió mi señor en medio de una historia bastante aburrida.

—No, no. Durante un tiempo luché con los franceses. También pasé dos años en vuestra isla como jefe de artilleros.

—¿Manejáis bien los arcabuces? —preguntó Benjamin inocentemente.

—Como nadie en Europa —se jactó Giovanni.

Luego se dio cuenta de lo que acababa de decir y volvió a adoptar su semblante serio. Animó a su caballo a continuar y apenas nos dirigió la palabra hasta que llegamos a una vía pública abarrotada de gente que llevaba a la puerta norte de la ciudad.

—Ya estamos en la ciudad —dijo—. Yo ahora debo regresar.

Benjamín se volvió desde su caballo, contempló cómo se alejaba y me sonrió.

—Un mercenario florentino que ha trabajado para Enrique de Inglaterra y es habilidoso en el manejo de los arcabuces. Interesante, ¿no, Roger?

Yo os podría decir cuánto —intervino María con entusiasmo—. Giovanni es un bastardo traidor. Es uno de esos hombres que disfrutaban matando. No es distinto a la familia que sirve. Lord Francesco podía ser un hombre malo, pero no tenía esa ansia por matar como los otros. —Bajó el tono de voz, ya que sus exclamaciones en inglés habían llamado la atención de otros viajeros—. Todos son muy violentos. Se habrían partido de risa si Alessandro os hubiera matado. Y Giovanni es un espía.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Benjamín acercando su caballo.

Que es un espía, no sé si de los Médicis o del Maestre del Ocho; quizá de ambos. Lo he visto escaparse de casa a medianoche cuando no está montando a lady Beatrice. —Tiró las riendas de su caballo—. Esa historia acabará en una tragedia. —Luego añadió misteriosamente—: Enrico no es tonto. Si los coge con las manos en la masa, uno de los dos morirá.

—¿Qué más sabéis? —pregunté.

María apartó la vista.

—Ya os he dicho lo que sé —se volvió para contemplar la ciudad, donde la cúpula de la catedral de Brunelleschi asomaba a través de la neblina—. Odio este lugar —musitó—. Mi padre murió aquí. Cuando tenga suficiente oro y plata me marcharé. —Levantó la vista y una sonrisa cruzó su rostro—. Y me iré a Inglaterra, ¿verdad, Roger?

Miré a mi señor, que se encogió de hombros.

—A Inglaterra, ¿verdad? —insistió.

—Sí, María, a Inglaterra.

Seguimos cabalgando por la ciudad y pasamos por debajo una puerta decorada a la que un gran número de cabezas colgadas servía de decoración. María iba al frente, mostrándonos el camino entre las calles sinuosas de Florencia. Pasamos frente a los puestos de los carniceros, colocados en alto y de los que colgaban corderos y terneras. Me di cuenta de algo muy curioso: en Londres uno nunca sabe qué carne está comprando. Como ya he comentado antes en mis memorias, soy toda una autoridad en este tipo de asuntos porque he comido tanto ratas como gatos y sé apreciar la diferencia. Otros, sin embargo, no la notan. Lo que creen que es una succulenta liebre luego resulta ser los restos de algún gato callejero. Sin embargo, en Florencia, según un decreto del ayuntamiento, la piel y la cabeza de todos los animales que se ponen a la venta deben figurar en el puesto de los carniceros. Puede que sea una costumbre saludable, pero que a uno lo miren los ojos cristalinos de una oveja, una vaca, un conejo o un cordero no deja de ser desconcertante.

Las calles estaban tan abarrotadas y concurridas como en Londres. Los oídos me iban a estallar con tanto ruido de ollas y cacerolas, de monedas que pasaban de mano

en mano, de gritos de los propietarios de los puestos de ropa vieja y de los vendedores ambulantes de lana, teteras y sartenes. Las calles estaban colapsadas por las mulas y los carros. Cada dos por tres nos desviábamos por alguna callejuela que daba a alguna hermosa plaza de la ciudad, espaciosa y provista agradables fuentes en el centro. Al cruzar una *piazza*, me rezague contemplando lo que parecían ser fantasmas con sombrías vestimentas transportando un catafalco negro. Pasaron por nuestro lado con la cabeza descubierta e incluso los carreteros más brutos y obscenos se apresuraron a echar a un lado sus carros para dejarles libre el camino.

—Son los hermanos de la Misericordia —explicó María. Señaló al líder de aquellos oscuros fantasmas—. Un *capo di guardia* se encarga de dirigir a un grupo de diez. Se puede saber quién es por la bolsa de piel que lleva atada a la cintura. En ella lleva brandy, pastillas para la tos y la llave del cajón que hay debajo del catafalco, donde guardan un vaso, una estola, un crucifijo y algo de agua sagrada por si la persona muere de camino al hospital.

Contemplé las largas túnicas negras y las capuchas con agujeros para los ojos, la nariz y la boca.

—Parecen demonios —musité.

No, no —replicó María—. La Misericordia es la mayor la mayor gloria de Florencia. Visitan a los enfermos y los llevan al hospital, pero, según las normas de su comunidad, deben ir siempre disfrazados de manera que nadie pueda ver sus virtudes y trate de desviarlos de sus buenas obras.

Observé el catafalco mientras pasaba ante mí.

—Pero ¿la persona está muerta?

—Oh, no. La ocultan para evitar que se sienta incómoda. —María se tapó su pequeña boca con el dorso de la mano—. Los hospitales florentinos son una maravilla —sonrió con aspereza—. Y ya pueden serlo, porque hay más veneno y puñaladas en esta ciudad que en toda Italia, incluso más que en Roma.

—Se parecen a los del Ocho —observó Benjamin.

María instó a su caballo a continuar la marcha, mirando sobre su hombro a mi señor.

—Si alguna vez caéis en manos del Ocho —le advirtió— no esperéis de ellos misericordia precisamente.

De pronto se oyeron unas campanadas.

—¡Deprisa! —gritó María y, mientras nos alejábamos del camino, señaló al otro lado de la plaza un enorme edificio rectangular fortificado.

—La *piazza* de los Médicis. El cardenal os espera. —Tiró de las riendas de su caballo y se acercó—. Tenemos una frase en inglés que dice: «Cuando cenéis con el demonio...».

—«... llevaos una cuchara larga» —terminé yo.

—Aseguraos entonces —dijo María— de que la vuestra es muy larga.

## Capítulo 9

Dejamos los caballos trabados en una taberna cercana y entramos en el palacio. Es cierto que los Médicis eran unos corruptos, como pude descubrir por cuenta propia, pero debo reconocer que sabían vivir y, sobre todo, construir. El palacio era una maravilla. Subimos un tramo de escaleras que daba a un patio con una fuente en el centro, el agua caía en cascada de un recipiente que sostenía una bella ninfa esculpida en marfil. Cruzamos el patio y llegamos a un jardín muy curioso, rodeado de laureles, arbustos, caminos ocultos por las sombras, pozos de agua y estatuas de todo tipo, la mayoría de mármol. En una esquina, según nos contó María, habían construido una casa de hielo y debajo de ésta, una fresca bodega donde el hielo descongelado iba cayendo sobre los barriles de vino y los mantenía bien fríos.

Unos chambelanes salieron a recibirnos, hombres arrogantes vestidos con los colores propios de los Médicis, con sus balas y escudos de armas engalanando sus túnicas. Nos condujeron a través de galerías suntuosas adornadas con cuadros en las paredes al lado de colgaduras tejidas con hilos de oro y el más puro terciopelo con toda clase de imágenes: pájaros, árboles, flores y extraños paisajes. En cada habitación había gente trabajando o descansando. Me di cuenta de que un buen número de hombres, algunos vestidos con media armadura, con sus espadas y dagas, vigilaban las galerías, las puertas y las antecámaras. El cardenal Giulio tenía sus aposentos principales en el centro de todo este ostentoso laberinto. Nos esperaba en una estancia muy bonita rematada con una cúpula; las paredes estaban pintadas de oro y plata y cada centímetro del suelo había sido cubierto con alfombras de pura lana. El cardenal estaba sentado en un escritorio cerca de un enorme ventanal que daba a la plaza, dictando cartas (para los príncipes y prelados de toda Europa) a cinco o seis escribanos que trabajaban en pupitres colocados a ambos lados de su mesa.

Durante un rato nos quedamos observándolo. Al final se dio cuenta de nuestra presencia, nos estudió con cuidado con aquellos ojos hundidos mientras se tocaba la borla dorada de su túnica malva. Levantó un dedo; de un reloj muy curioso adornado con piezas de oro y marfil, que estaba en la repisa encima de una cavernosa chimenea, salió una música y luego se escucharon las campanadas del mediodía. Cuando se dejó de oír la última campanada, el cardenal cogió e hizo sonar una campanita de plata. Dio unas palmadas, tras las que los escribanos desaparecieron, y se dirigió hacia nosotros. Benjamín y yo también fuimos a su encuentro en medio de un extraño silencio, ya que las alfombras de lana y las colgaduras de las paredes ahogaban cualquier sonido. Nos arrodillamos y besamos su mano cubierta con un guante malva. Con los rubíes que llevaba en los dedos podría haber comprado media Inglaterra. Después de intercambiar algunas frases de cortesía con nosotros, nos condujo a una alcoba más pequeña cuyas paredes estaban forradas de terciopelo y

finalmente nos sentamos debajo de un cuadro en el que aparecían Adán y Eva tentados por la serpiente. Lo recuerdo como si lo estuviera viendo ahora mismo, ya que aquel desnudo femenino fue uno de los más bellos y realistas que jamás he visto. El cardenal Giulio se sentó frente a nosotros en una silla pequeña parecida a un trono, con una sonrisa dibujada sobre su rostro de piel tersa color aceituna. El prolongado silencio me puso nervioso deseé que aquellos guardias negros y mudos no nos hubieran quitado con tanta facilidad nuestros talabartes. A través de la habitación miré el reloj, que parecía haber fascinado Benjamín.

—Es un regalo del emperador Carlos —explicó el cardenal con calma—. Los relojes lo fascinan. ¿Sabéis por qué?

(En aquel momento no tenía ni idea. Sabía muy poco acerca de aquel emperador de facciones cuadradas de los Habsburgo, pero con los años llegué a conocerlo bien. Carlos V fue uno de los hombres más curiosos que jamás he conocido. Estaba obsesionado con el tiempo y se rodeaba de relojes de todo tipo. Lo visité justo después de que se retirara a un monasterio a prepararse para morir. El tic-tac de los relojes se escuchaba por todo aquel maldito lugar, y muchos de ellos se podían oír incluso desde el patio. Pero bueno, el tiempo es así: su paso es implacable).

El cardenal apoyó una de sus manos enguantadas sobre un brazo de la silla. Contempló el reloj, luego se volvió de medio lado para mirarnos.

—Todo el mundo —explicó— envía regalos a Florencia.

Pensé que estaba preguntándonos si también nosotros habíamos traído uno. Miré hacia atrás sin decir nada.

—El regalo que vos trajisteis —continuó— es de la más exquisita variedad: el poder.

Yo no sabía de lo que estaba hablando y miré de reojo a Benjamín. Mi señor parecía fascinado por el cardenal y lo observaba con detenimiento. El cardenal se estiró como si despertara de un sueño.

—Lo siento, ¿queréis tomar algo?

Debió de apretar algún mecanismo o algún botón secreto de la silla, ya que una de las puertas de la habitación se abrió de inmediato. El hombre negro, al que había visto con el cardenal en la villa de los Albrizzi, salió con tres vasos tallados en cristal veneciano en una bandeja. Un paje árabe iba a su lado. El cardenal inclinó la cabeza de modo casi imperceptible. El negro bajó la bandeja, cogió un vaso, bebió de él y luego se lo ofreció al cardenal, que ordenó la misma ceremonia antes de servirnos a nosotros. Pero yo me llevé enseguida el vaso a los labios.

—¡No, esperad! —ordenó el cardenal.

Y así lo hicimos, mientras el negro mudo y el paje permanecían allí de pie. Pasaron unos minutos antes de que el cardenal levantara el vaso.

—Por el noble príncipe Enrique de Inglaterra.

Benjamín repitió el brindis. Yo musité algo y mientras bebía del vaso, el mudo y el paje desaparecieron a través de la puerta secreta. El cardenal sonrió ante mi asombro.

—En Florencia —dijo— uno siempre bebe despacio. Si tenéis poder, no sólo os aseguráis de que otros beban antes que vos, sino que os esperáis para ver si la bebida produce algún efecto.

Arrugó la nariz mientras bebía del frío vino blanco espumoso.

—Algunos venenos tardan un rato en hacer efecto. Y, además, algunos catadores podrían guardarse el vino en la boca y escupirlo luego sin más si los hago retirarse pronto. —Me sonrió por encima del vaso—. La vida en Florencia, caballeros, es muy bella, pero a veces puede ser muy, muy peligrosa. —Se estiró de nuevo, se oyó el frufú de sus ropajes de seda y pudimos percibir el olor de un fragante perfume—. Trajisteis compañía: la pequeña María con su vestido de bocací y sus zapatos con botones rosa.

Debió de percibir una mirada de alarma en mis ojos.

Es mi invitada —me tranquilizó—. Está fuera en la antecámara llenando su pequeña boca de dulces y esperándoos. Parece dispuesta a viajar con vos cuando volváis a Inglaterra, especialmente después de haberla defendido ante el matón de Alessandro. Sois un buen espadachín, señor Shallot. Un truco inteligente, cambiarse la espada de mano en medio del combate. Es una pena que sólo le pincharais en el hombro. Deberías haber matado a ese estúpido bastardo arrogante.

No sé lo que pensaría mi señor, pero yo me quedé totalmente pasmado, mirando aquellos ojos acuosos aterciopelados. ¿Cómo demonios, me pregunté, podía saber tantas cosas y tan rápidamente?

—Así que Preneste ha muerto —continuó— y todavía no era su hora. A la Inquisición le hubiera gustado hacerle algunas preguntas. Pero ¿quién provocó el fuego? ¿Y pensáis, señor Daunbey, que la lechuza estaba envenenada? —Se volvió y dejó el vaso de cristal en una mesita que había a su lado, cuya parte superior tenía incrustaciones de perlas—. Un truco muy ingenioso, muy ingenioso —añadió—. Lo recordaré —cruzó las manos en su regazo.

Si su objetivo era asustarme, lo había conseguido. Aquel príncipe de la Iglesia parecía saberlo todo con una rapidez asombrosa, aunque hubiera sucedido a kilómetros de distancia. Sin embargo, Benjamin estaba hecho de un material más duro.

—El truco de la lechuza era algo bastante común entre los romanos —explicó—. Es fácil dominar a un pájaro, ya sea un águila que vuela sobre el foro o un grajo con el hígado podrido y abierto como sacrificio para leer los auspicios. Los animales mudos son mucho más fáciles de controlar que los hombres.

Lord Giulio soltó un chasquido.

—Sois todo un erudito, señor Daunbey.

—Es más un asunto de sentido común, eminencia. Como lo es para vos tener un espía en la casa de los Albrizzi.

La sonrisa del cardenal se hizo más grande.

—Me pregunto quién será —continuó Benjamin como si hablara consigo mismo—. ¿Cómo sabéis tantas cosas y en tan poco espacio de tiempo? Salimos de la villa de los Albrizzi esta misma mañana. María nos acompañó a todas partes —levantó un dedo—. ¡Ah, el bueno de Giovanni! Ya me lo imaginé que no regresaría directamente a la villa, pero no pensé que se colara en la ciudad y siguiera otro camino para llegar hasta aquí y contaros lo que había sucedido.

El cardenal dio unas palmadas suaves.

—Realmente sois el sobrino de Tomás Wolsey —añadió—. Sí, tenéis razón, señor Daunbey. Giovanni es un mercenario en más de un sentido. Tiene buen oído y me cuenta todo lo que pasa.

—Entonces, ¿por qué enviasteis al Maestre del Ocho a la villa? —preguntó Benjamin.

El rostro del cardenal se endureció. Una mano fue a parar al brazo de la silla, al mismo lugar donde había apretado el botón. Al contemplar un cuadro que había colgado, en la misma pared de la puerta secreta, vi como los ojos del hombre del retrato se movían. Era un medio de vigilancia bastante habitual. El guardaespaldas del cardenal nos estaba observando. Más abajo pude observar otras pequeñas aperturas ocultas con más agujeros para los ojos. Si Benjamin o yo hubiésemos supuesto algún peligro para Giulio, estoy convencido de que la puerta se habría abierto de par en par y con una rapidez todavía mayor una flecha nos habría alcanzado en el pecho. El cardenal estaba sentado, así que estaba fuera de la línea de fuego. Se inclinó.

Señor Daunbey, ¿qué fue lo que visteis?

Benjamín le explico lo ocurrido, sin hacer mención al hecho de que estuvimos en la habitación de Preneste cuando prendió el fuego. Describió cómo habíamos ido al jardín y nos habíamos encontrado con la figura encapuchada. El cardenal se puso en pie y se acercó a la ventana, como si el creciente alboroto de la *piazza* le molestara.

—Señor Daunbey, señor Shallot —dijo—. ¡Acercaos!

Cruzamos la habitación en dirección a la ventana y miramos hacia la plaza, ahora abarrotada de gente. Habían colocado una horca de tres brazos sobre una enorme plataforma circular, con una escalerilla a cada uno de sus lados. La plataforma estaba rodeada de un grupo de hombres vestidos completamente de negro, con las cabezas cubiertas con unas capuchas que acababan en punta. Aquellas imponentes figuras, armadas con espadas y dagas, algunos con escudos y lanzas, mantenían alejada a la multitud mientras otros, vestidos de forma parecida, conducían a tres prisioneros

hacia el cadalso. La multitud abucheaba sin cesar, pero no había comparación con el griterío y los silbidos propios de Inglaterra. Los tres prisioneros habían sido torturados; cada uno era una masa de heridas abiertas de los pies a la cabeza. Un hombre vestido de negro empujó a uno de ellos hacia la escalerilla de la horca. El verdugo subió por la escalerilla del otro lado. Una vez que el prisionero llegó arriba, el verdugo le colocó una soga alrededor del cuello y empujó al desgraciado al vacío. En cuestión de minutos, los otros dos prisioneros sufrieron el mismo terrible destino. Se quedaron colgando, chocándose y golpeándose entre sí. Debajo de ellos, las figuras encapuchadas empezaron a amontonar haces de leña. Cuando estuvieron debidamente colocados, extendieron pólvora sobre ellos y prendieron fuego.

El cardenal, con los brazos cruzados, contemplaba absorto las llamas hasta que éstas alcanzaron a las patéticas figuras que colgaban. El fuego creció todavía más; los cuerpos ardían completamente. Vi un pie totalmente carbonizado que se separó del cuerpo y me volví medio mareado. Me di cuenta entonces de que Benjamín no estaba contemplando la escena de la plaza, sino que estaba estudiando un retrato que había en la pared a la izquierda de la ventana. El cardenal no se movió hasta que los tres hombres quedaron completamente carbonizados, luego trazó una bendición en el aire, cerró la ventana y se volvía hacia nosotros.

—Ha sido obra del Maestre del Ocho —explicó.

—¿Quiénes eran, eminencia? —preguntó Benjamín.

—Apóstatas (o eso dice el Maestre del Ocho): traidores de Florencia que fueron cogidos llevando mensajes a las fuerzas francesas de Nápoles. —El cardenal se inclinó con elegancia hacia un lado de su escritorio—. Creo que anoche conocisteis al hermano Seraphino. Es un hombre peligroso. —Señaló por encima de su hombro en dirección a la ventana—. Conocía a uno de los condenados, un cantante estupendo. Ni siquiera mi influencia pudo salvarlo. —Se cruzó de brazos—. ¡Que Dios lo acoja en su gloria! Hice lo que pude, pero el hermano Seraphino fue muy insistente: el hombre tenía que morir.

Advertí la amenaza del muy bastardo, la sutil indirecta de que, aunque fuéramos enviados y disfrutáramos de su amistad, no podría salvarnos de aquellos demonios vestidos de negro que habíamos visto abajo.

—Me pregunto —continuó— por qué el Ocho está tan interesado en la villa de los Albrizzi.

Pude ver en el rostro de Benjamín que empezaba a estar harto de que nos pusieran a prueba.

—¡Oh! Por supuesto, eminencia —añadió—, todo el mundo sabe que Alessandro Albrizzi es un seguidor de las nuevas enseñanzas de Alemania.

El cardenal se mordió el labio y asintió. Interceptó la mirada de Benjamín y señaló el retrato.

—¿Os gusta?

—Sí, eminencia.

—Soy yo.

El cuadro representaba a un joven angelical, casi afeminado. Su rostro era más joven, más delgado, pero sus ojos y su mirada arrogante y altiva no habían cambiado.

—Está muy bien logrado, eminencia —añadió Benjamín y a continuación cambió de tema—. De acuerdo, aceptamos vuestro consejo. El Maestre del Ocho es muy poderoso en Florencia, así que mejor que busquemos vuestra protección. Por ese motivo fuimos invitados a esta hora, ¿no es cierto?

El cardenal soltó una carcajada y nos indicó que nos volviéramos a sentar, pasando un brazo sobre el hombro de Benjamín.

—Sois listo, pero demasiado directo. Os pido disculpas por haber jugado con vos. Sí, estáis bajo mi protección —su rostro se volvió más serio—. Pero os advierto de que el Maestre del Ocho es una autoridad por sí mismo. Aquí en Florencia nos gusta jugar fuerte y el juego no ha hecho más que empezar. El premio es la información, porque la información es la llave del poder. Ahora, repetid lo que vuestro tío os dijo antes de salir de Inglaterra.

—Sí Roma dice sí —contestó Benjamín resumiendo el mensaje—, entonces Inglaterra dice sí.

Lord Giulio asintió.

—He estado pensando en mi respuesta. Decidle a vuestro tío lo siguiente: cuando sea la hora, cuando llegue el momento oportuno, Roma dirá que sí. Repetidlo.

Benjamin lo hizo dos veces. El cardenal extendió la mano para que se la besáramos. Nos arrodillamos, besamos la mano de aquel bastardo, recibimos una pequeña bolsa de monedas de plata cada uno y a continuación nos acompañaron fuera de la sala para reunimos en la antecámara con María, que tenía toda la cara pegajosa.

No intercambiamos ni una sola palabra hasta que las puertas de hierro del palacio de los Médicis se cerraron detrás de nosotros.

—Señor, ¿a qué venía todo eso? —pregunté—. Venimos a Florencia y somos amenazados por el Maestre del Ocho, Dios sabe por qué razón.

—¿Amenazados? —preguntó mi señor.

—Bueno, al menos vigilados.

—¿De qué habláis? —interrumpió María, dando saltitos y con la boca todavía pegajosa por la cantidad de dulces que había engullido.

—¡Oh, callaos de una vez! —le grité, lo que llamó la atención de la multitud.

Salimos por una calle lateral al otro lado de la *piazza* de los Médicis donde se había llevado a cabo la ejecución, Benjamin arrugó la nariz ante el agrio hedor a quemado que despedía la hoguera. Me cogió del brazo y me condujo a un pequeño callejón.

—Nos enviaron para que le entregáramos el mensaje al cardenal —me susurró—. Ya tenemos su respuesta. Sólo Dios sabe, querido Roger, lo que mi tío y él se traen entre manos. Sabemos que los Médicis tienen un espía en la casa de los Albrizzi y que alguien se dedica a aniquilar a los miembros de su familia. ¿Y no os habéis dado cuenta que desde que hemos venido a Italia, no han vuelto a atentar contra nuestras vidas?

—¿Y qué me decís de anoche? —exclamé.

Benjamin sacudió la cabeza.

No creo que quisieran matarnos. Creo que el asesino lo que quería era eliminar alguna prueba.

—¿Queréis decir la carta que envió el cardenal a Preneste?

Benjamin hizo un mohín.

—Quizás. Estuve a punto de preguntarle a su eminencia que significaba. Sin embargo, como dice el refrán, «en boca cerrada no entran moscas». Al menos ya hemos entregado el mensaje.

—Señor —interrumpí—, ¿por qué creéis que el asesino ha dejado de estar interesado en nosotros?

—Oh, estoy seguro de que todavía lo está. Lo que pasó en Inglaterra fue sólo para que no nos atreviéramos a venir a Florencia. Ahora que ya estamos aquí el asesino debe pensar que somos insignificantes en medio de esta guerra silenciosa pero sangrienta contra los Albrizzi. —Benjamin me condujo de nuevo a la calle principal—. Como te he dicho, ya hemos entregado el mensaje y tenemos la respuesta del cardenal. Ahora vayamos a por el pintor. —Llamo a María—. ¿Dónde está la calle Fortunata, del artista Borelli?

—Hay que cruzar el mercado Vecchio. Vamos, dejad de cuchichear y os llevaré.

—¿Habéis estado allí alguna vez? —pregunté.

Sacudió su cabecita y se encaminó hacia la calle que llevaba al pequeño mercado.

—No —dijo María volviendo la cabeza—. Lord Francesco le hizo un encargo al pintor; fue una idea suya y de nadie más. ¡Ah!, y por cierto, os están vigilando.

Me di la vuelta. La sangre se me heló; de pie en la puerta de una tienda había uno del Ocho, completamente vestido de negro, con las armas ocultas bajo sus anchas mangas. Se limitaba a observarnos, con el rostro impassible, oculto bajo su capucha, aunque pude ver sus ojos y la hostilidad que había en ellos. Me recordó a un perro de caza que espera el momento oportuno para atacar.

—¡No le hagáis caso! —siseó Benjamín—. No estamos haciendo nada malo, Roger.

Carraspeé, escupí en dirección al espía y seguí a María hasta la concurrida plaza. En cada una de las esquinas se alzaba una iglesia. Alrededor de la plaza, artesanos y comerciantes de todas clases atendían sus puestos, en los que vendían de todo: desde

pretendidas panaceas hasta sedas procedentes de las tierras del Indo. Boticarios y tenderos anunciaban a gritos sus productos, colocaban sus mercancías en botes y jarros y luego las vendían. Había vagabundos y mendigos apostados en todas las esquinas. Los carniceros, desde sus paradas repletas de liebres, carne de jabalí, perdices, faisanes y enormes capones, voceaban sus precios. Al otro lado del mercado, los vendedores ambulantes y halconeros intentaban controlar a sus pájaros de caza, inquietos al oler la sangre que goteaba de los cuchillos de carnicero.

El barullo ensordecedor me recordaba a Cheapside mientras atravesábamos el mercado, aprendices y mujeres se nos colgaban constantemente de las mangas ofreciéndonos frutos secos, huevos, queso, verduras, hierbas, flanes, pasteles y exquisitos platos florentinos como los ravioli. Las chicas de la ciudad caminaban erguidas entre la multitud con cestas sobre sus cabezas. Era un milagro que pudieran andar y llevar ese peso con tanta facilidad. Por fin atravesamos el mercado y María nos condujo por una calle que llevaba a un estrecho pasaje llamado Via Fortunata. Olía a orines; los gatos plagaban la zona y había verduras cocidas desparramadas por todas partes. María preguntó a un vendedor ambulante que nos señaló un edificio amarillo medio derruido.

—Encontraremos a Borelli allí —nos dijo—. En el segundo piso, o por lo menos eso ha dicho ese hombre.

Entramos en un edificio de aspecto deplorable y subimos unas escaleras de madera algo inestables.

—No creo que tengamos mucho problema para convencerlo de que venga a Inglaterra —dije yo.

Benjamín se encogió de hombros y se detuvo.

—Pero ¿por qué Borelli? —preguntó.

—Porque al rey le gustó el cuadro que le regaló lord Francesco.

Benjamín sacudió la cabeza.

—La corte inglesa siempre contrata los servicios de los mejores artistas. ¿Habéis oído hablar de Torrigiani?

—No, nunca.

—Era un célebre artista florentino, famoso por sus esculturas y por haberle roto la nariz al divino Miguel Ángel.

—¡Qué bestia!

—Sí, bestia, pero era muy bueno. Lo cogió la Inquisición y murió en prisión el año pasado. Pero, bueno, la cuestión está en que trabajó para el padre del rey.

—Entonces, ¿por qué está el rey Enrique interesado en un artista florentino insignificante como Borelli cuando podría contratar al mejor?

—Y eso me hace pensar en otra cosa. —Benjamín se volvió hacia María—. ¿Por qué vuestro señor requirió los servicios de un pintor como Borelli para hacerle un

regalo al rey de Inglaterra?

María abrió sus pequeñas manos.

—Lord Francesco pudo haber pagado a cualquier otro —replicó—, pero tal vez pensó que la obra de un desconocido causaría mayor impresión.

Benjamin suspiró.

—En fin, haremos lo que el rey desee —declaro luego con seriedad—. Conozcamos al maestro Borelli.

Llamamos a la puerta agrietada y a punto de resquebrajarse del segundo piso. Acto seguido apareció un hombre de rostro delgado, cabellos oscuros y revueltos, ojos muy juntos y unos labios sin color sobre la barbilla achatada. Vestía con una blusa vieja cubierta de manchas de pinturas.

—*Signori?* —preguntó.

María hizo las presentaciones. El hombre se quedó mirándonos.

—Hablo algo de inglés —dijo—. Estuve en vuestro país hace siete años después de visitar Brugues.

—¿Podemos entrar? —preguntó Benjamin.

El hombre nos condujo a una habitación oscura que olía a pintura, aceite y comida rancia. Toda la estancia estaba ocupada por botes de pintura, pinceles, cuchillos y caballetes con lienzos. El tipo nos tuvo de pie mientras se limpiaba las manos llenas de pintura con un trapo. Dijo algo a María y levantó la vista por encima de su hombro hacia un lienzo que estaba casi terminado.

—El maestro Borelli está ocupado —explicó María—, tiene que entregar un encargo.

Estudí al hombre de cerca. Ocupado, sí, pero también estaba muy nervioso. Tragaba saliva con dificultad y no hizo ningún intento porque nos pusiéramos cómodos. De hecho si hubiéramos dado un solo paso hacia atrás nos habríamos tropezado contra la puerta. Benjamin también parecía intranquilo.

—Maestro Borelli —dijo—, el rey de Inglaterra desea que os hagamos llegar su más sincera admiración por vuestra obra. Su majestad quedó encantado con el cuadro que le hicisteis, el que os encargó lord Francesco Albrizzi.

El hombre nos dedicó una sonrisa maliciosa.

—Me alegro de que a vuestro rey le gustara.

—También os traemos un mensaje de Inglaterra —continuó Benjamin—. Su majestad el rey y mi tío, el cardenal Wolsey, nos han autorizado para ofreceros un encargo. Si venís con nosotros a la corte inglesa, bajo la protección del rey, no os faltará trabajo y desde luego viviréis en unas condiciones mucho mejores que las actuales.

Borelli hizo un mohín, se dio la vuelta y se acercó al caballete. Cogió un pincel y, sosteniendo un pequeño bote de pintura en la mano derecha, empezó a retocar con

cuidado el lienzo.

—Maestro Borelli —añadió Benjamín acercándose a él—, ¿no estáis interesado?

—Mucho —contestó el pintor—, pero como ya le he explicado a vuestra amiga la enana, estoy muy ocupado. Tengo encargos que hacer en Florencia —se volvió, con el pincel todavía en la mano—. Y respecto a las condiciones en las que vivo, me gusta este sitio. Tengo mis amigos, mi taberna, sol, vino, las glorias de Florencia... ¿Por qué debería cambiar todo esto por un futuro incierto en vuestra corte inglesa?

Borelli dejó el pincel y el bote de pintura a un lado. Tiró del trapo que tenía cogido con una cuerda alrededor de la cintura.

—Señor... ¿Daunbey?

Benjamin asintió.

—Señor Daunbey, no desearía parecer maleducado, pero tengo mucho trabajo por hacer y en pocos días debo partir hacia Ferrara y Roma. Agradezco las molestias que se ha tomado vuestro rey y prometo daros una respuesta muy pronto; ¿Dónde os hospedáis?

—En la villa de los Albrizzi.

—En ese caso os la haré llegar allí.

Y tras aquellas palabras nos condujo amablemente afuera de la habitación y cerró la puerta. María soltó una risita bajo su mano enguantada. La miré. Benjamín levantó las manos en señal de desesperación.

—¡Un misterio tras otro! —exclamó—. ¿Por qué ha sido tan descortés?

Miré hacia la puerta; algo marchaba mal. Borelli apenas nos había prestado atención y no parecía sorprendido ante nuestra oferta. No hizo ninguna pregunta acerca de lo que cobraría o de las condiciones de las que dispondría si viajaba a Inglaterra, y se quiso deshacer de nosotros lo más pronto posible. Si hubiera estado yo solo habría echado puerta abajo, habría cogido a aquel tipo y le habría golpeado la cabeza contra la pared repitiéndole hasta la saciedad nuestra oferta hasta que hubiera aceptado.

—Roger —me dijo Benjamín como si me leyera el pensamiento—, ahora no podemos hacer nada.

Salimos de aquel edificio maloliente y sucio. María nos llevó por otro camino que rodeaba el viejo mercado. Cada vez hacía más calor, la gente ya empezaba a refugiarse en sus casas para dormir la siesta. Haciendo gala de su sensatez, los florentinos se alojaban en las habitaciones superiores y esperaban a que el sol se metiera y las sombras crecieran. María dijo que tenía sed. Me humedecí los labios secos y me acordé del vino blanco frío que nos habíamos tomado en el palacio de los Médicis. Miré por encima de mi hombro, en busca de la multitud, pero no había nadie detrás de nosotros. Pasamos por delante de una taberna, pintada con colores muy vivos y que ofrecía su sombra a los viandantes; desde la puerta se podían percibir los

sabrosos olores de la cocina. Afuera, apoyados contra la pared, dos gitanos, con la nariz metida dentro de sus picheles, bebían ruidosamente hasta que hubieron saciado su sed.

Señor —insistí—, deberíamos beber algo.

Benjamín estuvo de acuerdo. Entramos.

Era una estancia muy bonita y fresca, con un techo alto y grandes ventanales a ambos lados. De las vigas colgaban cebollas y verduras. El suelo estaba cubierto por un maravilloso mosaico que representaba una mano agarrando un succulento puñado de uvas. Nos sentamos a una mesa situada cerca de la ventana que daba a un jardín detrás de la taberna y del que nos llegaba la fragancia de las flores. Un joven vestido con un delantal blanco y que hablaba por los codos vino a tomarnos nota. María nos aconsejó que no bebiéramos vino, sino zumo de naranja con trocitos de hielo machados.

—El vino os dará más sed —nos explicó.

Tenía razón. El chico trajo unas jarras de peltre y tanto yo como Benjamín mostramos nuestra más sincera admiración por aquel zumo tan fresco y sabroso que nos quitó el polvo de la boca y calmó nuestra sed. María, que seguía hablando sobre los distintos tipos de comida y bebida, pidió pan con queso acompañado de unos trozos de manzana que nos sirvieron sobre una loza de barro. Estábamos tan entretenidos que apenas me di cuenta del hombre de cabellos grises y aspecto extraño que estaba sentado solo en una esquina con una copa de vino en la mano. Unos minutos más tarde se levantó y se acercó.

—*Ingesi?* —preguntó.

María respondió algo. El hombre asintió y apuró su copa. Luego le dijo algo más a María y salió de la taberna.

—¿Qué ha dicho? —pregunté con curiosidad.

—Que nos andemos con cuidado.

Mientras empezábamos a comer, uno del Ocho entró por la puerta. Observó el lugar donde nos habíamos sentado y se marchó repentinamente.

El rostro de María palideció, sus ojos miraban de un lado a otro ansiosos.

—En Florencia —nos dijo— todo el mundo teme al Maestre del Ocho. Aquel viejo nos ha hecho un gran favor.

Miré a mi alrededor, pero no vi que nadie nos mirara y me pregunté qué le habría dicho realmente aquel hombre a María. Miré a mi señor. Él también observaba incrédulo a la enana.

—Aquí —exclamó María enojada— todo el mundo detesta a la policía del Ocho. Se considera una muestra de cortesía avisar a los demás cuando los están vigilando.

Benjamin se encogió de hombros y miró el jardín a través de la ventana. Un grupo de niños, probablemente los hijos del tabernero, se entretenía decorando la

estatua de un santo y tirando petardos a su alrededor. María, subida a un taburete, también los observaba.

—Se están preparando para el carnaval —explicó—. En Florencia cada día se celebra la festividad de un santo, con flores, fuegos artificiales, procesiones... Es una ciudad hermosa —añadió con pena—. Por lo menos en la superficie.

Vi cómo su pequeño cuerpo temblaba.

—Pero no hay nada comparado con Londres —añadí—. ¿Qué daríais por un día en Cheapside, eh, señor?

—¡Eh, inglés!

Me volví de inmediato. Cuatro hombres habían entrado de repente en la taberna y se habían agrupado alrededor de la mesa sin quitarnos los ojos de encima. Al fondo de la taberna, el propietario nos miraba nervioso. Los recién llegados, con sombreros de pluma, ropajes elegantes, botas di tacón alto y talabartes de los que colgaban puñales, eran claramente unos matones, un puñado de desgraciados de rostros alargados y sonrisas burlonas. Seguí bebiendo como si nada.

¿Es que este inglés es estúpido además de ofensivo? —preguntó uno de ellos. Se dirigió hacia mí, se acercó tanto que su entrepierna casi me rozaba la mejilla. Me tocó el lóbulo la oreja—. ¡Inglés, miradme!

Levanté la vista. Se inclinó, acercando su rostro al mío.

¡Inglés, me habéis ofendido! Besadme los pies si no queréis que os mate aquí mismo.

## Capítulo 10

Bueno, ya sabéis cómo son estas cosas. Siempre ocurre lo mismo en cualquier pelea provocada en una taberna. Habían enviado a aquellos matones para que armásemos follón. Su líder hablaba inglés. Supuse que era algún clérigo apóstata o uno de los tantos estudiantes italianos. Intenté no prestarle atención, pero empezó a meterse con María, preguntándole si sus partes privadas eran tan pequeñas como el resto de su cuerpo.

—Vamos, jugad con nosotros, renacuajo —me gritó dándome un golpe en la nuca—. El otro puede irse a casa a jugar su mamá.

—Bueno, por lo menos él tiene una —dije— y yo sé quién fue mi padre, cosa que no puede decir ninguno de vosotros, bastardos.

Ya estaba el lío armado. Dieron un paso atrás, con las capas sobre el hombro y las espadas y las dagas en la mano. Desenfundé mi espada y vi con alivio que el propietario había abierto una puerta secreta y nos hacía señales para que escapáramos por allí. Benjamin hizo el ademán de desenvainar su espada.

—No, señor —ordené—, cuidado de María.

Corrimos hacia el otro lado de la taberna, mi cuerpo protegía a Benjamin y a María al mismo tiempo. Sólo Dios sabe lo que pasó luego. Nunca supe si el tabernero forma parte de aquel complot o si sólo le entró miedo, pero lo cierto es que condujo a Benjamín y a María a través de la puerta y cuando yo estaba dispuesto a seguirlos, me la cerró golpe delante de mis narices. Escuché cómo echaba los pestillos a pesar de que golpeé con fuerza la puerta.

—¡Dejadme entrar! —grité—. ¡Por el amor de Dios, dejadme entrar!

La puerta no se movió. Me di la vuelta, levanté mi espada justo en el momento preciso para evitar que uno de los matones me atravesara con la suya.

(Mi pequeño capellán se está partiendo de risa, pues puedo ver cómo sacude sus hombros. Sé lo que piensa, que el viejo Shallot mojó de nuevo sus calzones o que voy a contarle otra de mis fanfarronadas. Lo golpeo firmemente en los nudillos con mi caña. ¡Si no es más que el pequeño excremento de un pajarillo! Sí, sí, ya lo sé, soy un cobarde. No queda ninguna taberna en Londres que no haya cruzado de punta a punta en un intento desesperado por encontrar la salida. Solía decirle a mi atacante que mirara detrás de sí y, cuando lo hacía le golpeaba en la cabeza y ponía pies en polvorosa).

Sin embargo, en aquella taberna florentina la cosa era distinta. ¡Me acorralaron! Y ya sabéis lo que dicen de las ratas acorraladas. Había cuatro atacantes: dos de ellos eran tan sólo matones sin cerebro, pero los otros dos, entre los que se encontraba el cabecilla, eran unos profesionales de la espada. Se me acercaron todavía más, moviéndose de un lado para otro, cortando el aire con las espadas, empuñando sus

dagas. Sufrí un ataque de histeria del miedo que me entró. Mi espada y mi daga brillaban como una guadaña y, os juro, le corté la nariz al jefe. En un segundo pasó de estar en su casa a estar colgando de un trozo de piel mientras la sangre salía a borbotones como se esparce el vino de una jarra al estrellarse contra el suelo. Dejó caer su espada y su daga al suelo y retrocedió a la vez que uno de sus camaradas ocupó su lugar. Animado por mi éxito, abrí los ojos. Le hice una raja en el hombro a mi nuevo contrincante y empezaba a preguntarme si podría volver a jugar a ser un héroe cuando la taberna se empezó a llenar de hombres vestidos de negro del Maestre del Ocho.

Aquel atajo de fanfarrones desapareció como por arte de magia, llevándose al líder desnarigado con ellos. Los hombres del Maestre del Ocho se concentraron entonces en mí y me molieron a palos hasta que me tumbaron al suelo. Intenté defenderme, porque no había podido olvidar la horrible escena que habíamos presenciado al principio del día de aquellos tres cuerpos colgando sobre la hoguera. Uno de los hombres encapuchados se abalanzó sobre mí y empezó a golpearme en la cabeza. Luché contra él, le mordí en los genitales hasta que empezó a gritar de dolor. Seguí defendiéndome hasta que un buen golpe en la cabeza me dejó inconsciente.

(¿Sabéis qué?, a menudo pienso en ello. Algún pobre florentino va por ahí con la marca de los dientes de Roger Shallot en sus pelotas. Cuando Benjamín me decía «Roger, tú siempre dejas tu marca», me acordaba de aquella pelea perdida en Florencia y, ante la sorpresa de mi señor, me echaba a reír).

Cuando recuperé el sentido estaba tumbado sobre un carro, con las manos y los pies esposados. Me estallaba la cabeza y tenía todo el cuerpo dolorido. Me quise levantar. El conductor del carro y sus acompañantes iban vestidos de negro, al igual que los hombres que desfilaban a ambos lados blandiendo sus varas con puntas de plomo. A través de las ranuras del carro pude ver que estábamos atravesando el viejo mercado. Vislumbré los colores de la calle y de la multitud y pude oír sus gritos, pero todos desaparecían al paso de los hombres del Ocho. Creedme, no tenían ninguna dificultad en abrirse camino entre el gentío.

Finalmente el carro se detuvo. Alcé la vista y el corazón se me encogió de miedo al ver el edificio gris e imponente que apareció ante mí. Se oyó el chasquido de un látigo y los caballos continuaron la marcha. Vi una gran puerta tachonada que se cerraba detrás de mí y percibí un hedor que me ha perseguido toda la vida: el olor que desprenden los cuerpos sucios, las letrinas a rebosar y las mugrientas celdas, el sello de presentación de cualquier prisión. He estado en varias ocasiones en Newgate. Me he hecho amigo de los de la Flota, los Marshalsea, los de la Torre e incluso he pasado dos semanas con los felices enfermos del manicomio de Bedlam. Pero, creedme, aquella prisión en Florencia fue una de las peores. La llamaban Stinche y con razón. Le dije al joven Francis Bacon que de esta palabra provenía la inglesa *stink*, que

significa «hedor». Él, desde luego, se rió de mí. Si el bastardo engreído hubiera visitado aquella prisión florentina seguro que habría cambiado de opinión.

Aquel lugar ha sido descrito como «la cámara de torturas», «el hogar del Ocho», «el infierno sobre la tierra» y más apropiadamente, «el agujero del olvido», por aquellos que entraron y de los que nunca más se supo. Me sacaron del carro y me dejaron sobre el mugriento suelo de guijarros; luego aquellas figuras encapuchadas me pusieron de pie. Contemplé con horror a un hombre al que habían tendido en el patio. Sobre su cuerpo habían colocado una gran puerta de metal tachonada sobre la que habían depositado unas pesas de hierro. El pobre tipo chillaba mientras un torturador, con un reloj de arena en la mano, golpeaba los guijarros con una vara blanca y le hacía una pregunta. Cada vez que el hombre sacudía la cabeza, colocaba otra pesa sobre la puerta.

Me alegré cuando los guardias, apremiándome con sus varas, me alejaron de allí, pero luego me condujeron por unas escaleras de caracol de amplios escalones de piedra y me metieron en la más horrible de las celdas. Estaba tan oscura como la boca del lobo; el techo y el suelo habían sido pintados de negro y unas cortinas color malva cubrían las paredes. En un lado, colgando de una viga, pendía un enorme crucifijo de plata. Debajo de éste habían colocado un escritorio y una silla de respaldo alto. Dos velas a ambos lados de la mesa iluminaban la cara del padre Seraphino. Me sonrió y se puso en pie, haciéndome señas para que me acercara como si yo fuese alguien al que no veía desde hacía tiempo.

—Me dijeron que vendríaís —balbuceó—. Hablo vuestra lengua muy bien, señor Shallot. Cuando estudié en la Sorbona, la mayoría de mis amigos eran ingleses. Por favor, sentaos.

No tuve elección. Trajeron un taburete de patas muy altas, lo colocaron delante de la mesa y me obligaron a sentarme. Tuve que esforzarme para no caer. Me quedé como un idiota contemplando el mantel de terciopelo negro de la mesa del padre Seraphino, que dio una palmada e hizo una señal a los guardias para que se apartaran. Luego se inclinó sobre la mesa como si fuera un tío benévolo.

—Señor Shallot, no tenéis ni un pelo de tonto ni yo tampoco. Habéis sido arrestado —se tocó las yemas de los dedos— por armar escándalo en una taberna, resistiros ante mis oficiales y causar daños a uno de ellos en —sonrió— una parte muy delicada. Sin embargo, tanto vos como yo sabemos que es tan sólo una excusa. Yo envié a esos matones que os provocaron como pretexto para invitaros a este lugar. Os cuento todo esto porque puedo probar mi historia, mientras que vos no tenéis pruebas de lo contrario. Y bien, ¿qué me decís?

—¡Idos al infierno! —repliqué con los labios llenos sangre—. Sé un poco de leyes. Soy un enviado acreditado de su majestad de Inglaterra el rey Enrique VIII, mi señor es...

—El señor Daunbey, el sobrino del gran cardenal Wolsey —terminó Seraphino por mí—. Pero ellos no saben que os encontráis aquí. Os visteis envuelto en una pelea de taberna. Ahora sois mi prisionero y demostráis tener muy poca educación. —Chasqueó los dedos y dijo algo en italiano.

Uno de los guardias salió de las sombras con un atizador de hierro que había calentado sobre un pequeño brasero justo al lado de la puerta. Presionó la punta roja del atizador contra la parte trasera de mi cuello. Solté un grito desgarrador y me caí del taburete. Las esposas se me clavaron en las muñecas y en los tobillos y sentí cada hueso de cuerpo. Seraphino volvió a decir algo y los guardias me levantaron y me colocaron de nuevo sobre el taburete. El padre Seraphino me sonrió con benignidad.

(Por cierto, ¿os habéis dado cuenta de que los torturadores profesionales siempre sonrían y suelen hablar con un tono muy suave, como si sintieran personalmente el daño que están causando? Richard Topcliffe, el torturador de Isabel I, no era distinto. Una vez, mientras contemplaba los jardines en Greenwich, le pregunté el porqué. ¿Sabéis lo que me contestó?: «Mi querido Roger, es para aumentar todavía más el miedo. Un contraste tan fuerte puede acabar por enloquecer a la mente más fría»).

Y así fue, el padre Seraphino realmente me aterraba.

—¿Vuestro primer nombre es Roger? —me pregunto.

Asentí.

—Pero, inglés, ¿no es esa palabra, *roger*, la que utiliza para describir el acto sexual?

Volví a mover la cabeza afirmativamente.

—¿Y sois de los que gustáis a las mujeres, señor Shallot?

—Eso dicen.

—¿Como a lady Beatrice o a lady Bianca?

Le devolví la mirada en silencio.

—¿Quién está matando a los Albrizzi?

—No lo sé.

—¿Por qué estáis tan interesados en el artista Borelli?

Se lo expliqué.

—¿Y qué mensaje trajisteis al cardenal Giulio de Médicis? —me preguntó.

Se lo dije, así como cuál fue la respuesta del cardenal. El padre Seraphino se reclinó en su silla, juntando la yema de los dedos.

—¿Y qué creéis que quiso decir el cardenal Wolsey con el mensaje?

Sacudí la cabeza con rotundidad.

El padre Seraphino sonrió.

—No estoy seguro, Roger —afirmó con calma—, no sé si me estáis mintiendo o diciéndome la verdad. Es cierto que nos habéis dicho algo, pero son tan sólo piezas de un rompecabezas que no encajan —volvió a juntar hacia arriba la punta de sus

afilados dedos—. ¿Quién está detrás de las muertes de los Albrizzi y por qué? ¿Qué mensaje le disteis al cardenal? ¿Qué significa? ¿Por qué quiere vuestro rey alquilar los servicios del pintor Borelli?

Me entraron ganas de contestarle que se lo preguntara directamente al cardenal, pero recordé el silbido de aquel atizador encendido y preferí mantener la boca cerrada. Una cosa estaba clara, incluso para una cabeza normalmente llena de alcohol como la mía: lord Giulio tenía razón al afirmar que en Florencia la información significaba poder. El Maestre del Ocho, por razones que sólo él conocía, intentaba también entrar en este juego de sombras.

Bueno —concluyó finalmente el padre Seraphino—, tendréis que ser nuestro invitado durante un rato más.

Aquel canalla de corazón oscuro le dijo algo en italiano a uno de mis guardias. Seraphino me dirigió una mirada penetrante para ver si había entendido lo que acababa de decir, luego sacudió su calva cabeza.

—Nos volveremos a ver —añadió.

Me condujeron a uno de los repugnantes agujeros del infierno que había debajo de la prisión, a un foso maloliente y asqueroso. No era más que una caverna de piedra, con las paredes húmedas y cubiertas de moho, sin otra luz que los pocos rayos de sol que entraban por las grietas y los agujeros de la pesada trampilla que había sobre mi cabeza. Me lanzaron sobre un montón de paja negra podrida y me dieron una vela de cera de grasa que, para iluminar la estancia, había de colocar en una concavidad de la pared. Me pasaron también por debajo de la trampilla un plato medio roto lleno de harina de avena podrida y un pequeño vaso de agua salobre; sabían a rayos, así que lo tiré sobre la paja. Me agache y vi cómo las cucarachas, grandes como mariposas, salían de debajo de la paja para subirse al plato. No me asusté demasiado: Benjamín no tardaría en descubrir dónde me encontraba y haría algo para liberarme. Me recliné sobre la pared manchada de toda clase de porquerías. Al principio sentí nostalgia de Inglaterra. Maldije al rey Enrique empezando por llamarle «gordo bastardo» y cuando acabé con toda mi letanía de injurias empecé con el cardenal Wolsey. Debí de gritar bastante, porque la trampilla de la puerta se abrió de par en par y me cayeron encima varios cubos de agua fría, seguidos de algunos insultos que, según entendí me decían que me callara de una vez. Así que cerré la boca y reflexioné sobre los acontecimientos que me habían hecho acabar en aquel inmundo e infernal agujero.

Os puedo asegurar que estar sentado en una celda sin nada que hacer no es uno de mis entretenimientos preferidos pero ayuda a concentrar la mente. No podía quitarme de la cabeza determinadas imágenes: el jardín de la taberna, los niños y sus petardos, la amenaza silenciosa del cardenal Giulio, su falta de interés por los asesinatos de los Albrizzi. Me rasqué la barbilla y vi al rey de las cucarachas colarse en medio de la

porquería.

—¡Qué extraño! —exclamé hablando solo—. ¿Por qué el bueno del cardenal no me hizo ninguna pregunta? ¿Qué significan los mensajes que él y Wolsey se han enviado? ¿Y el pintor Borelli? ¿Cómo puede pintar un hombre en una habitación tan oscura? —Recordé el cuadro que había visto en la cámara del rey en Eltham, luego sacudí mis cadenas emocionado. Quien fuera que lo pintó era diestro; sin embargo, el hombre que vimos, el que se hizo llamar a sí mismo Borelli, sostenía el pincel con la mano izquierda. ¿Sería el cuadro que colgaba en el palacio de Eltham la respuesta a todo el misterio? ¿Y qué pasaba con el asesino del arcabuz? Por alguna extraña razón no hacía más que recordar aquellos esqueletos que Benjamín y yo habíamos desenterrado en el feudo de Ipswich.

Me hallaba sumergido en estas reflexiones cuando abrieron la trampa y lanzaron a otro prisionero dentro de aquella pocilga. El hombre, de cabellos grasientos y tez amarillenta, se pasó los primeros minutos amenazando a sus capturadores con los puños y soltándoles toda clase de injurias, hasta que también le echaron por encima varios cubos de agua fría para callarlo.

—¡Bienvenido al infierno! —le saludé.

Se puso a cuatro patas y atisbo a través de la oscuridad.

—¿Sois inglés?

—Sí.

—Señor —me extendió la mano—, me llamo Bartolomeo Deagla, soy el comerciante de reliquias más importante de toda Europa, y las autoridades florentinas me acaban de detener por un simple malentendido.

Le estreché la mano. Se me acercó a gatas y se sentó a mi lado. Olía como un cerdo. Tenía el bigote y la barba descuidados, pero sus ojos miraban con atención. Percibí en su aliento olor a vino.

—¿Qué estáis haciendo aquí, inglés?

—¡Eso es asunto mío! —repliqué.

—¡No seáis hostil! —exclamó el tipo sorprendido.

—Sólo intento no ser estúpido —contesté yo—. ¡Oh, por el amor de Dios! Estáis perdiendo el tiempo. Vos no sois ningún vendedor de reliquias: tenéis manos delicadas y acabáis de beber una copa del vino más delicioso. Qué coincidencia que yo me encuentre aquí, un inglés en una prisión florentina, y de pronto, traigan a otro prisionero a mi celda que también habla inglés. —Acerqué mi cara a la suya—. ¡Tan sólo sois un maldito soplón! ¡Un consolador de Job! Y ahora, ¿por qué no os largáis de aquí y le decís al padre Seraphino que intente algo mejor?

El hombre se encogió de hombros y sonrió. Se puso el pie, caminó hacia la trampa y gritó algo en italiano.

Bajaron una escalerilla. El hombre empezó a subirla y cuando iba a medio camino

se detuvo y me sonrió.

No sé lo que me dijo, pero señaló una rejilla al fondo de la pared. Siguió subiendo, retiraron la escalerilla y cerraron la trampilla. Al principio, me senté, bastante contento por la perspicacia que había demostrado tener, contemplando la luz del sol que desaparecía a través de las grietas.

Empecé a tener frío y entonces me pregunté cuando llegaría mi señor para rescatarme. Todo el valor que tenía, mucho más del que había tenido nunca, empezó a desvanecerse. Clave la mirada en aquella rejilla de la pared a través de la que empezaban a filtrarse algunas gotas de agua. ¿Qué habría querido decir aquel espía? Oí algo que se movía a toda prisa seguido de un gritito agudo y, por último, descubrí unos ojos rojos y enloquecidos que me miraban a través del enrejado.

—¡Que Dios me proteja! —exclamé.

Una idea cruzó por mi mente agotada, pero la deseché por tratarse de un nuevo juego demasiado cruel para que el Maestre del Ocho lo pusiera en práctica. Al principio pensé que la rejilla estaba fija a la pared pero, escudriñando a través de la oscuridad, pude ver que la sostenían unos cables sujetos a una cadena. Oí un crujido. Los cables se tensaron y la rejilla empezó a levantarse. Acurrucado en una esquina, vi unas enormes ratas negras de rabos viscosos saliendo en tropel. No, no es una trola; no eran como las pequeñas y rollizas ratas inglesas. Creedme, he visto gatos de menor tamaño. La que parecía la jefa medía por lo menos dos pies del hocico a la punta de la cola, tenía la piel negra, brillante y lustrosa y unos ojos centelleantes como si fueran dos chispas de luego. Bajo la pobre luz de la vela (y ahora supe por qué aquellos bastardos me la habían dado) pude ver sus alargados hocicos y sus dientes crueles y amarillentos. Se trataba de ratas de alcantarilla y tenían un hambre voraz. Probablemente procedían de algún río subterráneo y las debían de haber mantenido en cautividad durante algún tiempo para despertar su apetito antes de soltarlas en aquel agujero perdido de la mano de Dios.

La que parecía la cabecilla, la más gorda, se arrastró hasta el cieno, husmeándolo todo con su hocico. Se volvió y me miró. Otra se le unió, deslizándose a su lado, y luego otra. Cuatro o cinco ratas entraron en la celda. Quietas, apelotonadas, parecían un grupo de diablillos salidos del mismísimo infierno. Permanecí inmóvil, no porque estuviera maquinando algo, sino porque estaba muerto de miedo. Una de las ratas se me acercó y luego se deslizó hasta mi pierna. Solté un chillido y arremetí enloquecido contra el animal. La rata retrocedió.

—*Signore!* —exclamó una voz desde arriba—. ¿Os gustan vuestras nuevas compañeras?

Solté toda clase de insultos como respuesta.

—Pues hay más, *signore*. Seguramente preferiréis hablar antes que cenar con ellas. ¿O debería decir «servirles di cena»?

No podía creerlo. Otra rejilla, oculta tras algún montón de paja humedecida en la otra esquina de la celda, se levantó, dando paso a otro montón de asquerosas ratas de piel viscosa. Mi querido capellán a menudo me echa un sermón acerca de los enemigos que nos rodean. ¡Creedme, sé por experiencia propia a lo que se refiere! La mayoría de las personas creen que las ratas son roedores furtivos, que se retuercen bajo un fardo de paja, huyendo como sombras ante cualquier paso. Pero si habláis con un cazador de ratas, un hombre que conozca bien su oficio, os dirá que las ratas de alcantarilla son salvajes y que cuando están hambrientas se convierten en cazadores implacables. Debía de haber por lo menos una docena en aquella celda. Al principio empezaron a olisquear en busca de comida. Luego se juntaron en masa en posición de ataque. Cerré los ojos. Si demostraba cualquier síntoma de debilidad se lanzarían sobre mí sin más. Atravesé la celda, cogí la vela y empecé a rasgar la parte de atrás de mi camisa. Luego la encendí y la utilicé como antorcha, acercándosela a las ratas hasta que se metieron de nuevo en la rejilla, pero al final el fuego se apagó, el humo me hizo toser y las ratas volvieron a salir de su escondrijo. La vela estaba también a punto de apagarse. Sacudí las cadenas, chillé como un loco, pero las ratas parecían estar acostumbradas a ello. Una se dirigió a mi encuentro y luego otra. Empezaron a dispersarse. Mis ojos no se apartaban de la que parecía ser el líder, cuyo hocico era enorme y de color gris. Una mucho más flaca y hambrienta cruzó a toda velocidad la habitación y, de repente, cambiando de dirección, fue a por mí. La muy canalla se me tiró directamente al cuello, buscando con sus dientes amarillentos una de las venas principales que latían en aquella parte de mi cuerpo, como si fuera una gallina de corral. Levanté las manos, más en un acto de miedo que de valentía. Sentí su viscoso cuerpo resbaladizo. ¡Dios sabrá cómo lo hice! Sus garras estaban alrededor de mis muñecas y de mis dedos. Llevé mi brazo contra la pared de la celda y golpeé al animal con fuerza. Lancé la rata a sus compañeras expectantes. ¡Dios mío, aquella pesadilla parecía no tener fin! Las ratas se echaron atrás. No sabía si la había matado o si tan sólo la había dejado sin sentido. Su cuerpo yacía en el suelo hasta que el grupo lo rodeó y empezó a descuartizarlo. No quisiera atentar contra vuestra sensibilidad al describir el ruido, el olor y la escena de los que fui testigo. Estaba de rodillas rezando cuando la trampilla se abrió y bajaron una escalera. Las ratas desaparecieron de ni mediato ante la luz de las antorchas. Unos brazos corpulentos me levantaron, me subieron por la escalera y me dejaron caer sobre un montón de paja, a los pies de mi señor.

—¿Qué es esto? —gritó Benjamín—. ¡Padre Seraphino, quiero una explicación!

—*Signor* Daunbey, *Signor* Daunbey, os pido disculpas. Hubo un altercado y trajeron a este prisionero. No me di cuenta de que era vuestro criado.

¡Bastardo mentiroso!

Los guardias me pusieron en pie. Me encontraba ahora en una pequeña celda

rodeado de canallas vestidos de negro con antorchas en las manos. El padre Seraphino estaba sentado con languidez sobre una silla. Mi señor permanecía de pie a su lado; María, cogida de su mano, movía inquieta los piecitos. Cuando me vio dejó escapar una exclamación y, como si fuera una niña, se abalanzó sobre mi dando palmadas con sus diminutas manos. Yo ya no podía con mi alma. Miré hacia una de las antorchas; todo empezaba a darme vueltas. María todavía estaba repitiendo mi nombre cuando me desmayé y me caí al suelo en redondo.

Cuando recobré el conocimiento, me encontraba en el departamento privado de una taberna. (Algo parecido se construye ahora en Inglaterra para proporcionar mayor intimidad a estos establecimientos: una zona privada apartada de la vista de los curiosos y separada por unos tabiques de madera). Me habían tumbado sobre un banco y tapado con la capa de mi señor. María permanecía de pie a mi lado, con un pequeño recipiente de hierbas mezcladas en agua caliente debajo de mi nariz. Me desperté, me enderecé y miré a través de la mesa a mi señor. Me alargó una copa.

—Bebe, Roger. Bebe un poco de vino de César.

¡Vaya si me lo bebí!, de un trago y tan rápido que empecé a sentirme de nuevo mareado. Apoyé las manos sobre la mesa. Bueno, ya sabéis como soy, una vez fuera de aquel maldito agujero y lejos de aquellos horribles roedores me sentía muy feliz y también muy, muy hambriento. Benjamín se puso en pie, se asomó tras el tabique y llamó al tabernero. En una hora ya estaba sentado, con el estómago lleno, eructando con educación y tomando un sorbo de vino tras otro. Engullí un filete de carne sabrosísimo, cocinado con una fuerte salsa de pimienta y verduras acompañada del pan más dulce que jamás había probado. Miré las marcas que tenía en la mano; todavía me dolía el brazo y la nuca, lo que me hizo recordar aquella pesadilla.

—¿Por qué tardasteis tanto? —exclamé.

Benjamin se encogió de hombros.

—El tabernero nos condujo hacia un pasadizo secreto que daba a la calle. Cuando volvimos, todo lo que encontré fue la sangre en el suelo y a algunos florentinos que gritaban que el Ocho te había hecho prisionero. Me dirigí al Stinche. Allí, por supuesto, negaron saber nada de ti. Regresé al palacio de los Médicis. Tuve que amenazar, gritar y suplicar hasta que el buen cardenal acordó intervenir. Volví al Stinche con su autorización. Sólo entonces el padre Seraphino ordenó llevar a cabo una búsqueda concienzuda entre los nuevos presos, admitió que se había cometido un error, se disculpó de todas las maneras posibles y finalmente me llevó hasta dónde estabas.

Le explique en breves pero claras palabras lo que había sucedido. Benjamín soltó ruidosamente la respiración contenida y sacudió la cabeza.

—Cuando regresemos a Inglaterra informaré debidamente a mi tío y...

—¡Se partirá de risa! —exclamé—. ¿Cuánto tiempo tardaría una carta en llegar a

Florenxia? Y si el cruel bastardo, el Maestro del Ocho, decide contestar, se disculpará como la más gentil de las doncellas y se limitará a señalar los peligros en los que uno puede caer si altera la paz de la ciudad de Florenxia. ¡Señor, no soy tan estúpido como parezco!

Benjamín me dio una palmadita en el hombro.

—Nadie ha dicho que lo seas Roger.

Tomé un sorbo de la copa de vino y miré a María. Me devolvió la mirada con unos ojos abiertos como platos.

—Sois tan valiente, Shallot —me dijo.

—¡Valiente! —vociferé—. ¡Valiente! Me han disparado, casi me muero en aquel maldito barco y escapé por los pelos de una habitación en llamas. Dos veces me han retado ya a un duelo. Me han quemado la nuca y tirado en un asqueroso agujero con la única compañía de un grupo de ratas inmundas. ¡Y no sólo estoy hablando de las criaturas a las que tuve el gusto de conocer en aquella mazmorra!

María sonrió y me apretó la mano.

—No sois ningún bribón, Shallot, tan sólo un hombre que ha perdido su alma.

(La miré con curiosidad. ¿Qué querría decir? Años más tarde un cura al que estaba protegiendo me dijo lo mismo o algo parecido. No es que hubiera perdido mi alma, sino que la había colocado en el lugar inapropiado. ¡Sabe Dios lo que eso significa!).

De todos modos, aquella taberna de olores tan agradables, tras los horrores sufridos en el Stinche, me pareció un paraíso terrenal. Me limité a contemplar a María, eructé con educación y me volví hacia Benjamín.

—Señor, ¿qué está pasando? ¿Podemos volver a casa?

Benjamín me desvió la mirada.

—¡Sabéis que todo lo que nos han dicho es mentira! —exclamé—. Todo es mentira, señor. Nada es lo que parece ser. ¿Por qué el buen cardenal no nos preguntó más detalles sobre las muertes entre los Albrizzi?

Benjamín miró de reojo a María.

—¡Oh! Confío totalmente en ella —dije con una sonrisa—. No tiene fuerza para disparar un arcabuz, si es que utilizaron un arcabuz.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Benjamín.

—Señor —grité lleno de desesperación—. ¿Qué estamos haciendo aquí en Florenxia intentando convencer a un artista que desapareció hace tiempo para que venga a Inglaterra? El hombre al que vimos no era Borelli. —Le expliqué las conclusiones a las que había llegado en prisión.

Benjamín se tapó la cara con las manos.

Empecemos por el principio —dijo—: Tenemos aun medico que se suicida porque le han invitado a la corte. En la carta no había ninguna amenaza; sin embargo,

el pobre viejo Throckle se metió en una bañera llena de agua caliente y se cortó las venas. Luego disparan en la sien a un lord Florentino en Cheapside, un administrador desaparece a bordo del barco y un mago sacerdote es asesinado ante la vista de todo el mundo. —Miró a María—. Traemos un mensaje al cardenal Giulio, palabras sin sentido para nosotros pero que sin duda significan algo para él. Luego éste se limita a darnos una respuesta igual de críptica. Y por último, el Maestro del Ocho presiente que alguna información provechosa se esconde debajo de todos estos misterios e intenta averiguarla torturando a Roger. Sin embargo, no pudiste decirle nada por el simple motivo de que ni tú mismo sabías nada. —Hizo una pausa—. ¿Qué más tenemos, Roger?

—¿El artista?

—Oh, sí, el *signor* Borelli. Pintó un cuadro basándose en una idea que le dio lord Francesco. Ahora el rey Enrique lo quiere invitar a Inglaterra, pero nos encontramos con que el artista ha desaparecido y que un impostor está ocupando su lugar. ¿Por qué? —Sonrió con tristeza—. Yo también he descubierto algo, Roger. —Se inclinó sobre la mesa y me susurró algo al oído. Me recliné y lo miré atónito.

—¡La joya!

—Bueno, algo parecido. ¿Recordáis que el rey nos enseñó una esmeralda, un regalo de los Albrizzi?

—Sí, lo recuerdo.

—Bueno, pues estoy seguro de que en aquel cuadro el cardenal Giulio de Médicis llevaba una piedra parecida colgada alrededor del cuello.

Miré a María, que nos contemplaba extrañada.

—¿De dónde sacó lord Francesco aquel regalo para nuestro rey?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé, pero yo me encontraba en la corte cuando enseñó la esmeralda al rey Enrique. Estoy segura de que lord Francesco dijo que era una joya de la familia. Sin embargo, si entiendo bien lo que vos estáis diciendo, el regalo no procedía de los Albrizzi, sino del cardenal.

Benjamín tamborileó con sus delgados dedos sobre la mesa.

—Si nuestro razonamiento es correcto, ¿por qué querría Giulio de Médicis dar un presente a lord Francesco para que se lo entregara a nuestro rey y por qué dijo lord Francesco que era un regalo de su familia?

—Y lo mismo puede decirse del cuadro. ¿Cómo sabemos que el cuadro era un regalo de lord Francesco? ¿Y si también era un regalo del cardenal?

—¡Pero eso es una tontería! —exclamó María acercándose—. Lord Francesco era un hombre muy rico. Además era un enviado; nunca mentiría sobre el origen de un presente tratándose de un hombre tan poderoso como el administrador de Florencia.

—Digamos, para mantener el argumento —sugirió Benjamin—, que el cardenal

entregó tanto la esmeralda como el cuadro a lord Francesco y le dijo que se los presentara al rey de Inglaterra como regalo de los Albrizzi.

—Pero ¿por qué? —exclamé.

Benjamín hizo un mohín.

—Te lo explicaré de otro modo, Roger. Imagina que posees un precioso cáliz hecho del oro más puro, con incrustaciones de diamantes y lleno del mejor vino pero envenenado. ¿No se lo darías a un tercero para que se lo hiciera llegar a tu víctima?

Pero ¿cómo pueden un diamante y un cuadro ser un cáliz envenenado? —pregunté.

—No lo sé, Roger, pero sólo después de que lord Francesco entregara aquellos presentes empezaron los asesinatos entre los Albrizzi. Alguien debió de interpretar el cuadro y la joya como una señal. Pero ¿qué significan realmente? ¿Y a quién provocaron hasta el punto de inducirlo a matar?

Miré a la pequeña María.

—¿Nos podéis ayudar?

Sacudió la cabeza con pena.

—¡María, por favor! —insistí—. ¿Sabía algo de aquellos presentes el resto de la familia de lord Francesco?

—No; no lo creo —contestó—. La esmeralda la guardaron en una cajita cerrada con llave y el cuadro lo taparon con un envoltorio para lienzos. Fuimos a Eltham y vuestro rey, al que Roger llama el «gordo bastardo» —sonrió como una niña traviesa—, estaba sentado en el trono con el cardenal Wolsey a su lado. Lord Francesco hizo un elocuente discurso, acto seguido intervino vuestro rey y luego intercambiaron los regalos.

—¿Y no notasteis nada extraño? —pregunté—. ¿Alguien gritó o exclamó algo?

—Por el cuadro, no. Pero recuerdo que ni a lady Beatrice ni a lady Bianca les hizo gracia tener que entregar una joya como aquélla. Creo que estaban enfadadas con lord Francesco, especialmente lady Bianca, por haber guardado durante tanto tiempo una piedra tan valiosa. Después de todo, aquélla fue la primera y única vez que la vieron.

—Y eso —interrumpí yo— hace que todo recaiga de nuevo sobre los Albrizzi. Sabe Dios, señor, que hierve suficiente la pasión en esa familia para que cualquiera de ellos tenga motivos para cometer un asesinato. Bianca mantiene una relación adúltera con el hermano de la víctima y Beatrice pierde la cabeza por cualquiera que lleve pantalones. Roderigo es ambicioso y Alessandro, ¿qué voy a decir? —Me encogí de hombros—: Alessandro es un bastardo.

Benjamin sonrió y golpeó sobre la mesa con los nudillos.

—Me alegra ver que te encuentras de nuevo en plenas facultades, Roger. Empecemos por el artista. —Levantó una mano—. Sé que es tarde, que estás cansado

y te duele todo el cuerpo, pero nadie sospechará si volvemos ahora al lugar. ¡Vamos, vamos! ¡Termina de una vez de beber!

No me pude oponer. Intenté convencerme a mí mismo de que cuanto antes se resolviera aquel asunto, antes me encontraría persiguiendo mozuelas en Ipswich. ¡Si lo hubiera sabido!

## Capítulo 11

Salimos fuera y nos adentramos en la noche. María me agarró del dedo, dando saltitos como una jovencita esperando para bailar mayos. Era noche de carnaval, y la multitud circulaba en masa. Afortunadamente, las calles de Florencia por la noche son seguras. María nos condujo de vuelta a aquel lugar a través de callejuelas donde el único ruido era el maullido ocasional de un gato o el quejido de algún mendigo. Me detuve ante una ventana y miré adentro. Una joven estaba tocando la viola con suavidad y gran habilidad; su voz era dulce y entonaba unas palabras que no pude entender. Sin embargo, el compás de aquella música se quedó suspendido en mi cabeza y entonces maldije a los príncipes poderosos y cardenales corruptos que me apartaban de tales placeres y me obligaban a adentrarme en el lodo inmundo de sus juegos siniestros.

Por fin llegamos a la entrada de la casa de Borelli. La puerta principal estaba cerrada con llave. Benjamin la aporreó con la empuñadura de su daga hasta que un anciano de ojos reumáticos al que se le caía la baba la abrió. María habló con él; luego nos miró.

—No sabe si el señor Borelli está, pero sí está su amigo.

Benjamin sacó una moneda de su bolsa y se la puso al anciano delante de las narices.

—María, decidle que describa al señor Borelli.

El hombre, con los ojos mucho más vivos ante la presencia de la moneda, balbuceó una respuesta. María nos miró con aspecto apenado y sacudió la cabeza.

—Señor Daunbey, algo no encaja. Según el abuelo, Borelli tiene el cabello castaño rojizo.

—Bueno, entonces ¿quién era el hombre que conocimos? —pregunté yo.

Benjamín sacó otra moneda de la bolsa. La depositó en la mano sucia de aquel hombre y se coló en la casa. María y yo lo seguimos. El anciano no protestó; más bien daba saltitos de alegría contemplando con emoción las monedas que había ganado con tanta facilidad. La puerta del estudio de Borelli estaba cerrada. Mi señor la forzó con su daga hasta que se abrió y pudimos entrar. No había luz en el cuarto. Escudriñando en la oscuridad pude ver que el lienzo sobre el cual el artista había estado trabajando estaba tirado en el suelo.

Al principio no hacíamos más que tropezamos y soltar toda clase de injurias. Por fin María encontró unas velas, que yo encendí. Sin embargo, todavía seguía caminando con cuidado, el miedo me erizó los pelillos de la nuca y el estómago empezó a hacerme ruido. Aquella habitación olía a muerte. Entonces vi una mano sobresaliendo entre unas tablillas de madera amontonadas en una esquina de la habitación.

—¡Señor! —grité mientras retiraba las tablillas.

Detrás, reclinado contra la húmeda y agrietada pared se encontraba el hombre que habíamos conocido unas horas antes. Su garganta era un tajo rojo brillante que iba de oreja a oreja, su charro jubón estaba empapado de sangre seca. El rostro le brillaba pálido bajo la luz parpadeante de las velas.

—Bueno, ya hemos encontrado a uno de los artistas. —Benjamín suspiró—. Ahora falta descubrir dónde está el otro.

No andaba muy lejos. En una pequeña sala adjunta, una diminuta guardilla que servía como dormitorio, el pintor de cabello castaño rojizo yacía sobre la cama, con la cabeza colgando y los ojos todavía abiertos. También le habían abierto la garganta. Benjamín y yo salimos de allí enseguida, Mi señor se sentó en un taburete.

Borelli —dijo pensativo— pinta para el rey de Inglaterra un retrato encargado por lord Francesco Albrizzi o por es cardenal Giulio de Médicis. El cuadro es entregado en Inglaterra. Luego nos envían a Florencia para que invitemos al pintor a nuestra corte. El hombre que está detrás de esas tablillas de madera mata al artista y finge ser Borelli ante nuestra presencia; sin embargo, ahora él también está muerto. Por lo que a alguien le debía de preocupar que habláramos con el verdadero Borelli o, quizá, que lo invitáramos a la corte inglesa.

—Así que debemos preguntarnos, señor, quién sabía que íbamos a venir aquí. El bastardo del rey y vuestro querido tío, aunque Florencia está muy lejos para que puedan haber intervenido en esto. Los Albrizzi lo sabían, igual que el cardenal Giulio de Médicis y el canalla del Maestre del Ocho.

—Yo descartaría a ese último —dijo Benjamín—. Ya has visto cuál es su estilo, Roger. Hubiera arrestado a Borelli en alguna mazmorra y luego lo habría interrogado. Con lo que nos quedan los Albrizzi y el cardenal. ¿Cuál de ellos será?

Se puso en pie.

—Registremos este lugar.

—¿Qué estamos buscando, señor?

—Cualquier artista que se precie siempre hace bocetos a carboncillo antes de pintar la obra en el lienzo. Busquémoslos. Quizá también encontremos la hoja de pedido.

Registramos aquellas habitaciones de arriba abajo. Incluso María se escurrió por todas partes como una ardilla, hablando por los codos. Pero no había ni rastro del pedido. El viejo portero subió a preguntarnos qué pasaba, pero se marchó sonriendo cuando Benjamín le depositó en la mano otra moneda. Al final dejamos de buscar, sudando y respirando con dificultad en medio de la habitación, contemplando el caos que habíamos formado a nuestro alrededor.

—¡Nada! —exclamó Benjamín—. Quienquiera que fuera la persona que le hizo el encargo debe de haber insistido en que todos los bocetos fueran destruidos. —Se

dio una palmada en el muslo—. Y el original está en Inglaterra.

—He encontrado algo. —María estaba de pie en la puerta entreabierta del dormitorio—. Esto es Florencia, y aquí cada artista tiene su propia libreta. —Me entregó el libro de cubiertas desgastadas—. Hacia la mitad —me dijo.

Nos arrodillamos en el suelo y, bajo la luz de la vela, estudiamos con cuidado el esbozo hecho a carboncillo que, en mi opinión, era una de las claves del misterio. Aparecía el rey Enrique arrodillado ante la tumba de su padre, con las manos juntas y la más beata de las expresiones en su mofletudo pero terso rostro. También pudimos ver las banderas, la estatua de san Jorge, las vasijas de flores y unos extraños garabatos en un margen.

—¿Te dice algo, Roger? —me susurró Benjamín.

Estudié el dibujo en busca de alguna pista. Estaba seguro de que Borelli, aparentemente un artista con mucho talento, había sido brutalmente asesinado simplemente porque sabía demasiado.

Benjamín cerró la libreta de un golpe.

—No es el cuadro, pero al menos me refrescará la memoria. ¡Vamos! Volvamos a la villa. Los Albrizzi estarán esperándonos, y también el asesino.

Lo miré con la boca medio abierta.

—Señor, ¿sabéis quién es?

Si y no, querido Roger. ¿Habéis oído alguna vez hablar de *les luttés de la nuit*, «los combates nocturnos»? Se trata de violentos duelos que están muy de moda ahora en París. Tres o cuatro espadachines, a veces más, se encuentran en una habitación vacía prácticamente a oscuras. Se cierran las puertas y el duelo empieza. Pues bien, este caso es muy parecido. Hemos atrapado a otros asesinos antes, Roger, pero esta vez es algo diferente.

—¿Queréis decir que hay más de un asesino?

—Sí, el asesino y los que lo ayudan a mover los hilos.

—Decidme quién es —suplicó María—. Por favor, decídmelo.

Benjamín la miró y sonrió.

—No puedo. Pero cuando volvamos a la villa de los Albrizzi debemos hacerle ver al asesino que sabemos un poco más que él. —Sonrió de oreja a oreja—. ¡O que ella!

Salimos de aquella casa y caminamos de nuevo por las calles. Benjamín contrató los servicios de dos mozos para que nos iluminaran el camino con un farol hasta que llegamos a la taberna en la que habíamos trabado los caballos. Las puertas de la ciudad estaban cerradas, pero un guardia de aspecto huraño nos dejó pasar por una puerta con postigos. Seguimos el camino que se metía en la campiña. Hacía una noche espléndida, no había ni una sola nube en el cielo y las estrellas parecían diamantes que colgaban encima de nuestras cabezas. Una brisa suave y cálida procedente de las colinas traía consigo un agradable olor a pinos y viñedos.

María no dejó de darnos la lata, rogándole una y otra vez a Benjamín que le dijera lo que sabía. Al final se dio por vencida y, recuperando de nuevo su buen humor, nos adelantó con su pequeño borrico. Me incliné y le pregunté a mi señor el nombre del asesino. Benjamín me contestó con un susurro. Lo miré perplejo.

(Perdonadme, ya está importunándome de nuevo mi capellanucho; no puede estarse quieto ni un momento, y ahora ha lanzado la pluma sobre la mesa: dice que él también quiere saberlo inmediatamente). Un buen golpe los nudillos vuelve a ponerlo de nuevo en su sitio. Si no lo he dicho mil veces, no se lo he dicho ninguna: mientras le dicto mis memorias, no me gusta adelantar acontecimientos. No pienso revelar lo que va a suceder a continuación. Me hizo lo mismo cuando lo llevé a ver *Ricardo III* de William Shakespeare hace aproximadamente un año. Entre acto y acto no hacía más que preguntar: «¿Qué va a pasar ahora, señor? ¿Qué va a pasar?», interrumpiendo cada dos por tres la conversación filosófica que mantenía con una joven que me acompañaba aquel día. ¡Realmente puede llegar a ser un estorbo! Pero me vengué. Al final de la obra, cuando el público se dedicaba a lanzar fruta podrida al pobre Burbage, que hacía de malo, yo le lancé a él todo que llevaba).

Mi señor me estaba insinuando las razones por las que había llegado a aquella conclusión, pero tuvo que callar de inmediato, pues María, intrigada por nuestro cuchicheo, tiró de las riendas y se unió a nuestro paso.

La villa de los Albrizzi estaba bañada de luz y de música cuando llegamos. Como os dije, era carnaval y toda la familia se encontraba celebrándolo. Sentados de nuevo en aquel hermoso jardín, estaban cenando cordero frito con especias y se habían propasado con el vino. Alessandro estaba allí, con su herida y su cara de malas pulgas. Sin embargo, me encantó ver esa mirada de adoración a un héroe en los ojos de las damas, que aumentó cuando María describió el duelo de la taberna. Benjamín le había ordenado que no hiciera ninguna referencia a la visita al cardenal, al estudio de Borelli o al Maestre del Ocho. Y yo, por supuesto, pronto olvide el dolor de cabeza y del brazo y me hice el héroe. Lord Roderigo se mostró de lo más amable conmigo.

—¡Venid, venid con nosotros!

Yo, sobrio como un juez, ya que el vino que había bebido en la taberna me había bajado ya a la punta de los pies, actué como un Héctor que vuelve de la guerra. Me retiré disculpándome por mi sucia vestimenta; mientras Benjamín y María se lavaban las manos y la cara en unos barreños de agua de rosas, yo fui al establo a echar una ojeada a los caballos antes de subir a la guardilla a cambiarme. Mientras me desnudaba maldije a todos los príncipes, ya que desde que había empezado esta aventura había destrozado más trajes buenos de los que había tenido durante todo el año pasado. Estaba completamente desnudo como el día en que vine al nudo cuando alguien llamó a la puerta.

—¡Adelante! —grité.

De repente me acordé de que andaba suelto un asesino, así que corrí a resguardarme detrás de mi alforja y me use una toalla alrededor de las partes más preciadas de mi anatomía. Cuando me di la vuelta, lady Bianca se encontraba frente a mí, con los ojos brillantes, humedeciéndose los labios como si fuera una novilla y yo un toro premiado en Smithfield.

—¡Oh! —exclamó con tono de lamentación—. Señor Shallot, estáis malherido.

Se acercó haciendo eses a causa de las copas que se había tomado, y acto seguido me acorraló con su vestido de tafetán, su hermoso rostro levantado, mirándome con los ojos entornados y los labios medio abiertos.

—¿Queréis que os cure las heridas? —me preguntó con un ronroneo de voz. Luego soltó una carcajada—. Cuando volvisteis pudimos oleros antes de que aparecierais ante nuestros ojos. Pero vos sois todo un hombre, señor Shallot, —bajó la mano y me tocó la entrepierna—. ¡Desde luego que lo sois!

(Perdonadme otra vez, los hombros de mi pequeño capellán se han puesto rígidos y no está escribiendo como debería. ¡Ah!, sé lo que está pensando, el muy canalla: «Ya está de nuevo el viejo Shallot revolcándose con cualquiera que lleve enaguas». Pues se equivoca: no pasó nada. «¡Vaya!», dice con un suspiro de decepción).

Lady Bianca empezó a excitarse y yo también, aunque estaba petrificado. Dos duelos en un solo día era tentar demasiado a la suerte. No quería a ningún Roderigo enfurecido y con sed de venganza. Finalmente mi virtud se vio a salvo cuando alguien más llamó a la puerta. Lady Bianca se separó mi lado. Me tapé de nuevo con la toalla y entró Beatrice.

—Madre, ¿puedo ayudaros?

Si no me hubiera sentido tan aterrorizado me habría puesto a reír a carcajada limpia. Bianca adoptó entonces el aire de una duquesa alarmada.

—El señor Shallot ha sido herido, podría necesitar nuestra ayuda.

Beatrice bajó la vista y miró el bulto debajo de la toalla.

—Sí —contestó con sequedad—. Ya lo veo, pero lord Roderigo os está esperando.

Abrió la puerta y su madre salió por ella. Beatrice la cerró tras de sí y me sonrió.

—Quizá mañana por la noche, señor Shallot. Los criados irán al carnaval. Quizás entonces pueda curaros esa herida.

Yo me limité a asentir. Me volvió a sonreír y salió dando un portazo. ¡Pobre Beatrice! ¡Pobre Bianca! ¡Pobres Albrizzi! Años más tarde mi señor me confesó que cometió un terrible error aquella noche y me veo obligado a estar de acuerdo con él. Regresé, una vez vestido y aseado, al banquete. Benjamin ya se había sentado y estaba inventándose toda clase de historias sobre nuestra visita a Florencia. ¡Oh!, la velada fue maravillosa; era más de medianoche, la hora bruja en la que se cometen

asesinatos. Benjamín me esperaba mientras seguía hablando, comparando Florencia con Londres.

—¿Cómo encontrasteis al cardenal? —interrumpió Enrico.

—Oh, fue muy amable con nosotros.

—¿Y Borelli? —preguntó lord Roderigo.

—Me ha prometido que considerará nuestra oferta —mintió Benjamin—. Es muy probable que nos acompañe de vuelta Inglaterra.

Escondí la cara en el fondo de la copa de vino, incomodado por la forma en la que Bianca y Beatrice me estaban mirando.

—Entonces —empezó a decir Alessandro con calma—, ¿pensáis volver a Inglaterra sin desenmascarar al asesino e mi padre?

—¿He dicho yo eso? —preguntó Benjamín. Paseé rápidamente la mirada por la mesa. Las mentiras que Benjamín había estado contando hasta el momento no habían provocado más que algún parpadeo de asombro o perplejidad, pero el comentario que acaba de hacer fue como una corriente de aire frío atravesando la brisa cálida y perfumada de aquel jardín. Beatrice no hacía más que mirarlo inclinándose sobre la mesa. Se tocó la muñeca.

—¿Qué queréis decir?

Benjamín dijo deliberadamente:

—Creo que sé quién es el asesino.

—¡Decídnoslo! —ordenó Giovanni derribando de un manotazo una copa que había sobre la mesa—. ¿A qué esperáis?

—No puedo —se excusó Benjamín—. Todavía no tengo pruebas suficientes. —Cogió su copa de vino—. Y ya os he dicho demasiado. Nadie de esta mesa tiene por qué sentirse amenazado.

¡Oh, Dios mío, la locura de la juventud! ¡Y nosotros que pensamos que era un buen plan! Pero, en realidad, ¿quién puede llegar a entender la mente de un asesino, seguir los siniestros caminos de su corazón? ¿Quién puede percibir con claridad la oscuridad de su alma? Benjamín ya había utilizado la misma técnica con anterioridad para poner nervioso al asesino. Pero este caso era diferente. Estábamos jugando al ajedrez con vidas humanas y el asesino movía más rápidamente que nosotros. Dios sabe que todavía me arrepiento. Sin embargo, el terrible y sangriento desenlace del asunto de los Albrizzi estaba predestinado y podía haber sucedido de todos modos.

A partir de ese momento, la cena dejó de tener ningún interés para nosotros. Benjamín y yo nos retiramos; estaba muerto de cansancio y empezaba a sentir los efectos del vino. Echamos el pestillo de la puerta y, a pesar de la cálida noche, nos aseguramos de cerrar bien las ventanas. Luego comprobamos que no hubiera nada en nuestras camas. Dormí como un tronco hasta la mañana siguiente. Benjamín y yo pasamos el resto de aquel día encerrados en nuestra habitación (incluso nos

deshicimos de María), intentando recordar todo lo que había pasado y descubrir la verdad entre tanta porquería. No podíamos demostrar nada, no teníamos ninguna prueba material, sino sólo una solución que parecía lógica ante el enigma que se nos presentaba.

Por la tarde se dispensó a los criados de la villa de su servicio para que acudieran al carnaval de la ciudad. Sólo se quedaron el viejo cocinero y su mujer. El silencio reinaba en la villa de los Albrizzi. Oímos a Enrico gritar en el patio que se marchaba a la ciudad y que no volvería hasta el día siguiente. También oímos otros ruidos, pero parecía que todo funcionaba con normalidad en la casa. Varias personas bajaron al refectorio a comer los platos fríos y la fruta que los criados habían dejado preparados antes de marcharse.

Benjamín fue abajo y regresó con María.

—Los Albrizzi —dijo— frecuentan el establecimiento de una boticaria, una anciana que vive en una aldea de por aquí. Quizá podría ayudarnos.

María casi bailaba de emoción, haciendo palmas con los ojos brillantes.

—¡Nos iremos! ¡Nos iremos pronto! ¡Sé que sí! —exclamó—. ¡Por fin podré salir de este nido de víboras y volver a Inglaterra! ¿Podré quedarme con vos? Tengo dinero ahorrado en el banco.

Miré a Benjamín, que sonrió y asintió.

—Por supuesto que en mi feudo hay sitio para alguien tan alegre como vos, María, pero primero debemos terminar con este asunto. —Me dirigió una mirada de advertencia—. Ve al pueblo con María. Luego hablaremos con lord Roderigo.

Cogí mi capa y mi talabarte y bajé a los establos, donde nos encontramos con Giovanni, que, sentado en un banco, jugaba solo a los dados. Nos observó sin levantar la cabeza; sus cabellos negros le caían por la cara, casi ni ocultándosela. No nos dijo ni una palabra ni yo tampoco le dije nada. Ensillé el burro de María, que aceptó gustoso un trozo de pan blando. Salimos de la villa y nos dirigimos, a la aldea. Ya entrada la tarde el sol hacía resplandecer las paredes de las pequeñas casas pintadas de blanco. Cerdos, gallinas y perros se nos cruzaron en medio del camino de guijarros. Mujeres vestidas sólo con una bata nos observaban desde la puerta de sus casas. María iba al frente y al llegar a la sombra que proyectaba una iglesia del pueblo, se detuvo y llamó a la puerta de una casa. La viejecita que la abrió, menuda pero muy enérgica, no era mucho más alta que María, a quien reconoció y saludó con amabilidad. Finalmente nos invitó a entrar. Era la curandera de la localidad, según me explicó María, y se llamaba Richolda. La casa era muy austera, el suelo estaba muy desgastado y las paredes cubiertas con cal. Una mesa larga y algunos taburetes constituían todo el mobiliario. De las vigas del techo colgaban trozos de carne y algunas verduras y en la chimenea las cenizas se acumulaban en un montoncito. La única diferencia que había entre esta casa y la choza de cualquier otro campesino era

la fragancia dulce y agradable que desprendían unos pequeños botes, dispuestos sobre las estanterías, que contenían una mezcla de hierbas y especias. Richolda se sentó y le hice algunas preguntas sobre plantas y flores, que María se encargaba de traducir. La anciana, emocionada por las monedas que coloqué sobre la mesa, respondió con efusión, asintiendo la mayoría de las veces con la cabeza en señal de acuerdo con lo que yo estaba diciendo. María me miraba perpleja y finalmente preguntó qué sentido tenían todas aquellas preguntas.

—Ya lo veréis —le contesté—. Al final, ya lo veréis.

Quizás estuvimos un rato más de lo que en un principio habíamos pensado. Richolda preparó una bebida de hierbas con jugo de naranja y de limón, muy refrescante. Luego, cuando empezó a oscurecer, recogimos nuestros caballos y nos encaminamos de vuelta a la villa de los Albrizzi. María hablaba por los codos, diciendo lo mucho que me podía ayudar en Inglaterra y prometiendo que no sería para nosotros ningún estorbo.

(¡Oh, Dios mío! Tengo que hacer un alto. Las lágrimas acuden a mis ojos. Incluso ahora, setenta años más tarde todavía puedo recordar aquella pesadilla. Una desgracia tras otra, tal y como dijo Will Shakespeare).

Pero debo continuar. Volvamos a aquel polvoriento camino sobre el que iba cayendo la noche. Recuerdo la hermosa oscuridad azulada de la Toscana, las estrellas sobre nuestras cabezas iluminando el cielo, la dulce fragancia de los viñedos, el suave movimiento de los cipreses en aquella cálida brisa nocturna, el sonido de los cascos de nuestros caballos, la charla de María mientras llegábamos a la villa de los Albrizzi y entrábamos en lo que fue una pesadilla infernal.

Mientras desmontábamos en el patio de guijarros de los establos los pelos de la nuca se me erizaron, un escalofrío recorrió mi espalda y se me hizo un nudo en el estómago, señales inequívocas de que el peligro acechaba y de que debía estar en guardia. Aquel silencio sepulcral no auguraba nada bueno y era oprimente, como si el mismo Satanás estuviera esperándonos en las sombras. Dejé caer las riendas y aflojé la espada y la daga de mi talabarte.

María dejó de hablar y también empezó a sentirse intranquila. Le susurré que se estuviera quieta y luego entré en la casa por la ventana de la cocina. (He aprendido que nunca se debe entrar en ninguna casa por la puerta principal cuando acecha el peligro, sino que es mejor colarse por algún sitio estrecho, por donde menos lo esperen a uno). El viejo cocinero y su mujer yacían en el suelo. A ella le habían abierto la garganta y estaba apoyada contra la mesa con los ojos abiertos. Su marido yacía en una esquina, la flecha que le había hecho caer de bruces contra la pared todavía permanecía clavada entre sus hombros. Sus muertes debieron de ser rápidas, repentinas y silenciosas. Las velas todavía ofrecían su luz sobre las mesas, incluso el gato seguía acurrucado frente al fuego de la chimenea.

Saqué mi daga y atravesé galerías y pasillos. Encontré a Alessandro sentado en una silla, con el manuscrito que estaba leyendo sobre sus rodillas. Él también había muerto de forma repentina. Alguien lo había cogido por detrás y le había cortado la garganta de oreja a oreja. Ahora el pobre desgraciado estaba sentado, medio inclinado, como si en el momento de su muerte se hubiera sorprendido al ver que su camisa se teñía de sangre y se la hubiera intentado limpiar. Encontré a Beatrice en las escaleras; su boca todavía parecía estar articulando un gemido de agonía y dolor, tenía entreabiertos aquellos ojos tan preciosos y una mano ligeramente inclinada sobre la daga que le habían clavado en el pecho. Le toqué la mejilla y le acaricié la cara: todavía estaba caliente. Calculé que hacía más o menos una hora que había sido atacada.

Me detuve en las escaleras, escudriñando en la oscuridad. Creedme, me hubiera gustado salir corriendo; me asustaba lo que me iba a encontrar, me aterrorizaba pensar en lo que le podía haber pasado a Benjamín. Me quité las botas y las lancé por la barandilla; cayeron al suelo de forma estrepitosa, que era lo que pretendía para despistar al asesino. Seguí caminando y encontré a lord Roderigo desnudo sobre la cama, con una flecha clavada en la garganta. Bianca, también desnuda, daba la impresión de haber intentado huir; estaba bocabajo y ante un enorme charco de sangre oscura que brotaba de una herida en la nuca.

Aceleré el paso e irrumpí en la habitación de mi señor. Casi me pongo a reír del alivio que sentí al verlo profundamente dormido sobre su cama. Vi una copa de vino en el suelo y una gran mancha sobre la estera. Una mano le colgaba por un lado de la cama. Guardé mi daga y me acerqué corriendo, alarmado por la palidez de su rostro y la posición de su cabeza. Lo habían drogado, envenenado. Cogí la copa y la olí. Sé un poco de hierbas y pociones, pero no noté ningún rastro ni ninguna marca sospechosa en la copa. Sacudí a Benjamín, que se movió y abrió ligeramente los párpados. Le limpie la saliva que le caía de la boca, cogí uno de los cojines y lo despedacé. Las plumas de ganso volaron por todas partes. Cogí dos o tres, las uní, eché hacia tras la cabeza de mi señor y se las introduje en la garganta. Dio una arcada. Agarré una jarra y le tiré el agua por la cara. Empezó a protestar. Cogí de nuevo las plumas y repetí la operación. Eructó y se dio la vuelta para vomitar un poco de vino. Esta vez dejé las plumas a un lado e introduje directamente mi dedo en su garganta hasta que volvió a eructar con tanta fuerza que recuperó la conciencia. Le hice beber, obligándolo a tragar agua, mientras le golpeaba las mejillas y gritaba su nombre. Por fin abrió los ojos y me miró extrañado.

—Valeriana —murmuró—. El vino tenía valeriana.

—¿Quién ha sido? —grité.

—Giovanni.

Lo zarandeeé por los hombros.

—¡Giovanni! —exclamé—. ¡Giovanni! ¡Nos equivocamos, señor!

Recordé la mirada maligna del mercenario mientras María y yo salíamos del establo. Giovanni debía de ser el asesino. No había visto su cuerpo. Seguramente se deslizó hasta la habitación de mi señor, le dio el vino envenenado y, mientras el resto de los Albrizzi dormía la siesta, llevó a cabo aquella sangrienta matanza. Pero ¿por qué?

Mi señor empezaba a recuperarse; estaba mareado y medio inconsciente, pero fuera de peligro. Lo puse cómodo y recordé entonces que María todavía me esperaba en los establos.

Bajé corriendo y, tras tropezar con mis zapatos, entré tíc nuevo en aquella cocina llena de sangre y por fin salí al palio.

—¡María! —grité—. ¡María!

Escudriñé a través de la oscuridad. Nuestros caballos seguían allí, atados a un poste. Parecían nerviosos y asustados. Me agaché para calmar el pánico que sentía y entonces vi algo blanco cerca de la puerta del establo. Me acerqué a gatas descalzo y me paré en seco.

—¡Oh, no! —grité—. ¡Oh, por el amor de Dios!

María yacía apoyada contra la puerta como una muñequita, con los brazos colgando y sus zapatitos de botones rosa sobresaliendo por debajo de su vestido. Tenía la cabeza vuelta hacia atrás, pero aun así pude ver un hilo de sangre que le salía por la boca. Los blancos encajes de su vestido se habían teñido de escarlata. Me pareció que movía la mano, así que me acerqué más. Acaricié aquel rostro pálido y lo ladeé hacia mí. Dios es mi testigo: aquellos ojos, que una vez habían sido tan traviosos y maliciosos, se entreabrieron. Forzó una sonrisa.

—Roger, Roger. Debería haber entrado contigo. Vino y... —tosió; la sangre salía a borbotones de sus labios—, y me aplastó la cabeza contra la pared. —Volvió a toser—. Tengo tanto frío, tanto frío..., sólo quiero dormir. —Eché a un lado la cabeza: había muerto.

Me quedé allí arrodillado durante un rato; las lágrima rodaban por mis mejillas.

—¡Dios, juro que os voy a matar! —grité—. ¡Giovanni, bastardo!

Me di cuenta de que la pequeña mano de María, extendida sobre los guijarros, señalaba hacia algún lugar. Seguí su dirección y entreví un encaje blanco, la manga de un justillo de piel y varios anillos de bisutería en los dedos del cadáver. El cuerpo de Giovanni yacía en el suelo de uno de los establos. Escuché un ruido detrás de mí. Mordiéndome la lengua, intenté controlar la rabia que me consumía por dentro. Me levanté de inmediato y saqué la daga y la espada. Miré hada la figura encapuchada que tenía ante mí. Los pliegues de su capa se arremolinaron y, bajo la tenue luz que salía de la cocina, pude ver el destello del acero.

—¡Acercaos! —le grité.

El hombre caminó a mi encuentro y se echó hacia atrás capucha: era Enrico, que, con su terso rostro al descubierto unos ojos que ya no parpadeaban ante la luz, parecía el ángel de la Muerte.

—¿Cómo habéis podido hacer algo tan terrible? —exclamé consternado.

Se acercó, levantó las cejas sorprendido.

—Señor Shallot, ¿qué estáis diciendo?

—¿Habéis estado en la villa? —le grité.

Asintió.

—Sí. Están todos muertos, Shallot. Giovanni los mató.

—¡Giovanni! —exclamé.

—Sí —me dijo ladeando la cabeza—. Cuando volví de Florencia de imprevisto ya había terminado su sangrienta matanza. Vi lo que le pasó al cocinero, al pobre Alessandro, a Beatrice en las escaleras... Vine hasta aquí y maté a Giovanni, luchamos espada contra espada, daga contra daga.

Lo miré incrédulo.

—¿Habéis subido arriba?

Sacudió la cabeza.

—No, después de ver Beatrice oí un ruido en el jardín. Salí afuera y vi a Giovanni. —Miraba a su alrededor en medio de la oscuridad—. Lo maté aquí mismo. Regresé porque pensé que podría tener algún cómplice rondando todavía por aquí. Os oí llegar con María, pero no me atreví a salir a vuestro encuentro.

—¡Sois un mentiroso, Enrico! —repliqué—. ¡Sois un mentiroso! —retrocedí—. ¡Estáis loco! ¡Sois perverso! ¡Sois un asesino!

El muy bastardo se limitó a mirarme con solemnidad.

—Pero ésa es la versión que daréis de la historia, ¿verdad? —le pregunté—. Diréis que súbitamente cambiasteis de opinión y anulasteis vuestro viaje; que cuando volvisteis os encontrasteis con Giovanni, que, en un ataque de locura, por venganza, o porque alguien le debió de pagar, había matado a toda la familia, drogado a mi señor y se habría escapado si no llega a ser por vuestro fortuito regreso.

Enrico sonrió.

—No digáis tonterías, señor Shallot. ¿Por qué iba yo a matar a mi familia? ¿Por qué asesinarlos? —Vi la sombra de la locura en su mirada—. ¿Por qué iba a matar a mi hermosísima esposa?

—Por venganza —contesté—. Por lo mismo que mataste a lord Francesco, al administrador Matteo y al mago Preneste. —Volví a dar un paso atrás—. Un plan muy ingenioso. ¿Quién iba a pensar lo contrario? Después de todo, Giovanni era un *condottiero*, un mercenario, un asesino a sueldo. ¿Quién iba a sospechar de lord Enrico, perdidamente enamorado de Beatrice Albrizzi, el leal ahijado, el pacífico príncipe mercader? ¿Quizá mi señor? —le sonreí—. Fuisteis muy listo, Enrico. Un

plan muy sutil y macabro. ¿Qué pasó? ¿Regresasteis a casa, trabasteis vuestro caballo, fuisteis a la cocina, pusisteis una infusión de valeriana en una copa de vino y luego le dijisteis a Giovanni que se la subiera a mi señor como muestra de vuestra estima? Después de todo, el cardenal Wolsey de Inglaterra habría montado en cólera si su sobrino llega a morir y, de este modo, Benjamín no sólo permanecía con vida, sino que además se convertía en vuestro principal testigo. Recordaría que Giovanni fue quien le sirvió el vino y por lo tanto corroboraría vuestra versión. Quedaríais libre, como único heredero de la fortuna de los Albrizzi y responsable de una truculenta venganza. Pero ¿qué vais a hacer ahora conmigo?

—¿Con vos, señor Shallot?

Pude entrever una sonrisa en su rostro.

—Vais a matarme, ¿no es cierto? ¿Cómo?

Enrico sacudió la cabeza.

—Estáis mal de la cabeza, inglés. No tenéis ninguna prueba de lo que estáis diciendo.

Me interpuse entonces entre él y la pobre María.

—Tengo un testigo —añadí con calma—. La enana. No estaba muerta, sólo inconsciente. Me dijo incluso cómo escondisteis el cuerpo de Giovanni en uno de los establos.

Enrico se estremeció como si la noche se hubiera vuelto más fría.

—¿Tenemos que hablar de todo esto aquí? —me preguntó moviéndose hacia la casa.

—Podemos hablar aquí —le contesté— o en el palacio del cardenal Giulio de Médicis, o en las salas de aquel bastardo sediento de sangre, el Maestre del Ocho.

Enrico miró detrás de sí, mordiéndose el labio, como si tuviera que enfrentarse a un problema engorroso.

—Podría haber otra solución. ¿Qué pasaría si os acuso a vos de los asesinatos?

—María es testigo de vuestras mentiras.

En aquel momento estaba aterrorizado. ¿Qué podía hacer? Si lo seguía a la casa y dejaba a María en el suelo del patio, sabría que estaba mintiendo. Si me quedaba, me mataría allí mismo. Si me daba la vuelta y hacia ver que María estaba sólo inconsciente, podría descubrirme. Por mi cabeza pasaron toda clase de planes y sutiles estrategias.

—Vayamos a la casa —dije finalmente.

—Está bien, inglés.

—Con una condición. Yo iré primero. Bajad vuestra espada, señor Enrico, y dejad vuestra daga en el suelo. Dejad también vuestra honda o el arma que sin duda escondéis.

Sonrió.

—¿Cómo lo sabíais?

Me encogí de hombros.

—Tenemos un refrán en Inglaterra que dice: «Nunca juzguéis un libro por su cubierta». Depende de vos. O bien hablamos en la casa o luchamos a muerte aquí fuera.

Enrico retrocedió y dejó caer la espada y la daga al suelo. De debajo de su capa sacó un tirador con forma de horquilla que parecía extremadamente peligroso. Lo dejó al lado de la espada y de la daga.

—¿Algo más? —pregunté.

Enrico levantó las manos y sacudió la cabeza.

—Tenéis mi palabra de honor, inglés.

## Capítulo 12

Me parecía todo tan irreal. Enfundé la espada, me quité la capa y retrocedí, moviéndome sin perder de vista ni un solo instante a Enrico. Cubrí a María con la capa y le hablé dulcemente en inglés como si todavía estuviera viva. Coloqué la capa alrededor de su cabeza y de su rostro, de manera que Enrico no pudiera saber la verdad. Podría tener otra arma, un estilete en una de sus botas o quizás otro maldito tirador, sin embargo, mientras cogía en brazos a María, ligera como una pluma, y regresábamos a la casa, me di cuenta de que lo que quería el astuto bastardo era hablar conmigo. Necesitaba descubrir lo que yo sabía para comprobar que en su versión no quedaba ningún cabo suelto. O tal vez pensó que podría comprar mi silencio. ¡Sólo Dios sabe la verdad! Todo lo que recuerdo es que fue uno de los trayectos más largos de mi vida. Con María en los brazos, su pequeño cuerpo envuelto en la capa y la daga todavía en mi mano sudorosa, nos dirigimos a la casa.

—Encontraos conmigo en el vestíbulo, de pie, con las manos en alto y de cara a la pared —le ordené—. Primero debo ir arriba. Esperadme.

No me gustó el modo en que el muy canalla me sonriera. Entré de nuevo en el oscuro edificio, golpeándome contra las paredes, puertas y muebles, pero finalmente logré llegar a las escaleras. Sudando y maldiciendo me detuve a medio camino para encender las antorchas y atravesé corriendo la galería hasta que llegué a nuestra cámara. Benjamin todavía yacía postrado en la cama, en medio de un charco de vómitos. Coloqué a María en mi cama y enderecé su pequeño cuerpo, luego le cerré con cuidado los parpados. Habría parecido que dormía si no hubiese sido por la palidez de su rostro de cera y la sangre que le brotaba de un lado de la boca y había empapado la mata de pelo alrededor de la nuca. La miré.

—María, ante Dios, os deseo lo mejor. Ante Dios, os juro que habréis vuelto conmigo a Inglaterra y ante Dios os prometo que vengaré vuestra muerte.

Cubrí su rostro. Mi señor se movió y se quejó. Me acerqué a él. Estaba profundamente dormido, pero respiraba con tranquilidad y el color había vuelto a sus mejillas. Cuando lo zarandeeé, se volvió a mover y murmuró algo. Enrico me llamó desde el rellano de las escaleras.

—¡Señor Shallot, tenéis mi palabra!

Rápidamente me refresqué las manos y la cara; me sequé, desenfundé mi daga y me encaminé hacia la galería. En una de las paredes había un adorno de esos formados por dos picas cubiertas por un escudo. Descolgué el escudo. Pesaba bastante, pero pude pasar la mano y el brazo por detrás del agarradero y dirigirme escaleras abajo. Enrico me esperaba iluminado por la tenue luz que ofrecían las antorchas de algunos candelabros. Tenía las manos contra la pared, sonriéndome como si fuéramos dos muchachos haciendo alguna travesura. Todo aquello me

pareció una pesadilla.

—Señor Shallot, debéis daros prisa. La noche se acaba y al alba los criados ya estarán de vuelta.

Bajé las escaleras protegiéndome con el escudo. A Enrico le pareció una situación muy divertida.

—Parecéis tan asustado, inglés.

—¡No lo estoy! —grité.

Si quisiera —continuó hablando con ironía—, podría mataros. Con escudo o sin escudo. ¿No lo sabíais, señor Shallot? Yo no soy Alessandro, sino todo un maestro con la espada.

Me detuve a medio camino para controlar el ruido que me hacía el estómago. Enrico estaba muy seguro de sí mismo. Si me quedaba acabaría por matarme. Si salía corriendo me acusaría de asesino, despertaría a los ciudadanos de la localidad, organizaría una redada y me cogerían preso o bien me matarían en el acto. He conocido a muchos asesinos, corazones fríos como el hielo, almas oscuras como la noche, pero Enrico fue uno de los peores. Organizó un juego en el que sólo podía perder si yo acababa matándolo, ni embargo, estaba completamente seguro de que si nos enfrentáramos en un duelo él sería el vencedor. Si por lo menos Benjamin estuviera presente como testigo. ¿Y qué pasaba con el Maestro del Ocho? ¿Acaso no vigilaban la villa de cerca? ¿Pero qué pasaría si intervenía? ¿A quién creerían? ¿A Enrico o a mí? Llegué al final de las escaleras. Enrico sonrió y caminó hacia el refectorio. Señaló la mesa que había sobre el estrado.

—Tengo algunas velas encendidas y hay más vino.

Lo seguí hasta el estrado.

—Vos, señor Shallot, sentaos en un extremo. Yo me sentaré en el otro.

Sirvió el vino en dos vasos.

—¡Probadlo! —le ordené.

Se encogió de hombros y tomó un buen sorbo, volvió a llenar la copa y me la pasó.

—El tirador.

Sacó la mano de debajo de su capa y dejó el arma sobre mesa.

—Bueno, bueno, bueno. —Me sonrió y se sentó, inclinándose hacia delante y mirándome con expectación—. Solos los dos, vos y yo. ¿Eh, inglés?

—Os olvidáis de María —exclamé—. Y de mi señor. Ya no está drogado —añadí rápidamente—. Lo he despertado. Todavía está adormecido, pero sabe perfectamente que estamos aquí.

Por primera vez vi su endiablada sonrisa desvanecerse unos segundos.

—Decidme, señor Shallot —añadió a continuación—. ¿Cuáles son esas acusaciones tan absurdas, o más bien infundadas, que tenéis contra mí? ¿Qué razones tendría para cometer esta matanza?

—La historia empezó hace muchos años —le contesté— cuando vuestro padre y vuestro tío fueron asesinados en Roma, donde habían comprado algunas joyas y piedras preciosas. Cogieron a dos hombres y los colgaron.

Enrico asintió.

—Por aquella época —continué yo— Roma se encontraba bajo el mandato del papa León X, un miembro de la familia de los Médicis. Supongo que fue él quien cogió a los sospechosos. ¿Me equivoco?

Enrico murmuró algo en señal de aprobación de cuanto había oído.

—Pero siempre tuvisteis vuestras sospechas. Supongo que justo antes de que partierais hacia Inglaterra, el cardenal Giulio de Médicis os dijo que los verdaderos asesinos de vuestro padre y vuestro tío no fueron los pobres desgraciados a los que colgaron; tan sólo fueron los matones que perpetraron el crimen. El verdadero asesino fue lord Francesco Albrizzi. —Tomé un sorbo de la copa—. Entonces le pedisteis al cardenal pruebas.

—Quizá.

—Se las pedisteis —insistí yo—. Y el buen cardenal os dijo que lord Francesco tenía una esmeralda que le fue robada a vuestro padre cuando murió.

Enrico me miró sin apenas pestañear. Respiré hondo para intentar controlar mi pánico.

—El cardenal también os dijo que cuando lord Francesco llegara a la corte inglesa le regalaría al rey Enrique una piedra preciosa que ningún otro Albrizzi había visto antes, la misma que le quitaron a vuestro padre. —Sacudí la cabeza—. No se qué otras pruebas os dio el cardenal, pero os dejó casi convencido, pues la muerte de vuestro padre benefició sin duda a los Albrizzi, que os llevaron a vivir a su casa y, como vuestros protectores, tuvieron acceso a su riqueza. Desde luego, también planearon el matrimonio entre vos y su hija Beatrice, una hermosa joven con los principios de una gata callejera.

Enrico sonrió levemente.

—¿Cómo podéis decir eso?

—¡Vamos, por el amor de Dios! —contesté—. Habéis representado muy bien el papel de esposo enamorado, pero seguro que no estabais ciego y visteis las miradas de amor entre lady Beatrice, que en paz descansa, y el soldado Giovanni.

Se echó hacia atrás, moviendo inquieto los dedos como única señal de la rabia que ardía en su interior.

—Por favor, continuad —pidió con calma.

—Bueno, el resto lo sabéis mejor que yo —le dije afirmando una obviedad—. Los poderosos Albrizzi viajaron como enviados de Florencia a Inglaterra, donde se llevó a cabo el intercambio de regalos. Lord Francesco le entregó la esmeralda a nuestro querido rey Enrique. Las mujeres Albrizzi protestaron al ver que una piedra

tan valiosa como aquélla, que jamás habían visto, se ofrecía como presente. Era la prueba que vos necesitabais. Ya os sentíais lo suficientemente furioso al estar bajo las órdenes de lord Francesco y al haber sido engañado por la infiel Beatrice, así que decidisteis que era hora de actuar. Matar a lord Francesco fue fácil. Fuisteis a Cheapside con él, ¿os acordáis?

—Por supuesto.

—Vuestra esposa se encontraba mirando ropa, lord Francesco también se había ido por su lado y vos fingisteis estar interesado en unas piezas de orfebrería. El tendero os aconsejó que salierais fuera a mirar y le obedecisteis. Inmediatamente después os colasteis por la boca de una callejuela y, desde la oscuridad, matasteis a lord Francesco.

—Pero ¿cómo? —preguntó Enrico abriendo las manos—. Inglés, me parece que vais demasiado rápido. ¿Qué es esa historia del cardenal y de la joya?

—¡Vamos, no mintáis! —le repliqué—. Pero si se os nota en la cara. ¿Qué estáis diciendo, Enrico, que permitiríais que el asesino de vuestro padre quedara libre? ¿Que pensabais permitir que, después de haberlo matado, se quedara con su fortuna y con su hijo?

Mis palabras le hicieron mella. Puso las manos debajo de la mesa. La sangre se me heló. Había estado en el refectorio antes de que yo llegara y podía haber envenenado el vino. ¿Dónde estaba la ballesta que había utilizado para matar a Roderigo? Enrico se enderezó.

—Consideremos por un momento —dijo, dando golpecitos en la mesa con un dedo— que el cardenal tenía una prueba, una carta que mi padre le escribió hace muchos años contándole sus temores acerca de la familia Albrizzi y su ambición. Consideremos que el cardenal tenía una lista de las joyas y piedras preciosas que llevaba mi padre cuando lo mataron y que una de ellas coincidía con el presente que los Albrizzi le hicieron al rey. Consideremos que cardenal tenía la prueba de que cuando lord Francesco Albrizzi dijo que estaba en otra parte, se encontraba en realidad en las afueras de Roma. Y consideremos que yo vi tal prueba. ¿Cómo no iba a congelárseme el corazón y a despertarse en mí una sed de venganza cada vez mayor? —Enrico se sentó, apoyando los codos sobre los brazos de silla. Su humor había cambiado radicalmente—. Pero considerar algo es una cosa y probarlo, otra muy distinta. Lo que provocó la muerte de lord Francesco fue el disparo de un arcabuz.

—¡Tonterías! —repliqué—. Vos lo sabéis y yo también. No hubo ningún arcabuz. Fue simplemente un truco para despistar, para demostrar que, aunque estuvisteis cerca de lord Francesco cuando fue asesinado, no podíais ser su asesino. Era imposible que hubierais cargado con un arcabuz, pues no teníais ni una mancha de pólvora. Y además, ¿cómo iba a ser el pobre Enrico, miope, el causante de aquel

terrible disparo?

Me levanté, cogí el tirador que había en el centro de la mesa y tensé la tira de cuero.

—Pero en realidad no se utilizó ninguna arma de fuego, ¿verdad? Colocasteis una pequeña bala en el tirador y la disparasteis desde las sombras de aquella callejuela. Así de claro. —Solté la tira de cuero—. No tengo mucha práctica con estas cosas, pero sé que pueden llegar a ser más precisas que una arma de fuego, y el disparo de una honda puede llegar a ser tan devastador como el de una arma. ¿No es así como David mató a Goliat? ¿Y los pastores de la Toscana no espantan a los lobos, e incluso llegan a matarlos, con sus hondas? ¿Y no es verdad que vos, señor Enrico, os criasteis entre pastores?

Enrico se rio por lo bajo.

—Pero los testigos dijeron haber oído un disparo cuando Francesco murió. Además, ¿qué me decís de Preneste? ¿Y del pobre Matteo?

Busqué en mi zurrón y saqué el petardo que Benjamin me había dado.

—A los florentinos les encantan los petardos —le dije—. Vimos a algunos niños jugando con ellos en el jardín de una taberna.

Me incliné, acerqué la mecha del petardo a la llama de la vela y lo lancé al suelo. Durante unos segundos estuvo echando chispas, hasta que explotó con un estallido que resonó por toda la estancia.

—Utilizasteis uno como éste en aquella callejuela estrecha de Cheapside —le dije—. Lord Francesco se encontraba paseando entre las paradas. Se volvió hacia donde se encontraba su hija. Luego os saludó y acto seguido vos encendiste el petardo, que al explotar hizo que lord Francesco levantara la vista. Entonces disparasteis con vuestra honda. A bordo del barco resultó incluso más fácil, pues cuando el petardo explotó, el pobre Matteo, que se hallaba cerca de la barandilla, fue empujado al agua. En el jardín de los Albrizzi todos los ojos estaban puestos sobre Preneste y su ridícula ceremonia. ¡Sabe Dios si el nombre que estaba a punto de escribir era el vuestro, pero no estabais dispuesto a correr el riesgo!

Jugué con la copa entre mis manos.

—El jardín estaba oscuro, todo el mundo estaba pendiente de Preneste. Sacasteis el petardo, quizá lo encendisteis con alguna de las antorchas y luego lo lanzasteis. Colocar una bala en vuestra honda sólo os debió de costar un par de segundos. Debajo de la luz de la antorcha, Preneste fue un blanco fácil. El momento era el adecuado. El petardo se encendió mientras vos cargabais la honda y apuntabais; luego explotó, sin apenas dejar rastro, y entonces vos disparasteis.

—¿Sabéis, Shallot —se mofó el muy bastardo—, que todos nos pensábamos que erais estúpido, con vuestros movimientos torpes y ese ojo tan divertido que tenéis? —Se mordió el labio—. Pero no lo sois, ¿verdad? Seríais un buen florentino con ese

cerebro y ese olfato tan agudo que poseéis para descubrir diabluras. —Suspiró—. Pero, desde luego, no seríais un buen juez. ¿Qué pruebas tenéis?

—¡Oh!, tenemos algunas —repliqué—. Tenemos el móvil, vuestra venganza contra los Albrizzi, al que hay que unir vuestra indudable habilidad con el tirador y el hecho de que sois el único superviviente.

Se encogió de hombros.

—Tuve suerte. Todos los criados me vieron salir de la casa. Pero regresé de improviso y tuve que matar al asesino, Giovanni.

—Pero ¿vuestro señor os querrá creer? —me atreví a preguntar—. ¿Su eminencia el cardenal Giulio de Médicis os apoyará??

¿Sabéis que fue la única vez que una expresión de pena cruzó el rostro de aquel ser diabólico?

—¿Por qué el cardenal? —preguntó con voz ronca. Pero el tono de voz lo delató.

—Porque fue él quien os dijo cómo había muerto vuestro padre. Fue él quien organizó todo el viaje a Inglaterra, fue él quien os habló de la esmeralda y, desde luego, de Matteo y Preneste. —Di un golpe sobre la mesa—. Ambos eran los criados personales de lord Francesco, y quizá lo suficientemente astutos como para descubrir la verdad. —Tomé un sorbo de la copa—. Sin duda, os disteis cuenta de que Matteo intentaba hablar con nosotros a bordo del barco, por lo que pensasteis que debía morir. Preneste también suponía una amenaza, por ello lo asesinasteis y luego quemasteis su habitación. Al principio pensamos que debía de guardar algún documento comprometedor, pero en realidad lo que queríais era asegurarnos de que no había escrito sobre papel ninguna de sus sospechas.

Enrico aplaudió con suavidad.

—Sois peligroso —añadió—. No se me pasó por la cabeza que el gordo de Enrique enviara a dos agentes especiales para descubrir el asesinato. No quise mataros en Inglaterra —continuó hablando con naturalidad—. Tenéis razón, señor Shallot. Se me da mucho mejor la honda. Si hubiese querido, os habría matado, pero mi intención era asustaros. Pero eso es bastante difícil. Ya lo demostrasteis con creces cuando os retasteis con el arrogante bastardo de Alessandro.

—Y vos hablasteis más de la cuenta en esa ocasión —le interrumpí con toda la tranquilidad—. Cuando me felicitasteis por uno de mis movimientos en aquel duelo, mi señor empezó a preguntarse si realmente veíais tan poco comí decíais.

Enrico sonrió; rebuscó en uno de los bolsillos de su justillo y sacó sus gafas.

—No son más que cristal. —Las sostuvo en la mano—. Pero le dan a uno cierto aire intelectual.

—¿Por qué? —le pregunté.

—¿Por qué, inglés?

—¿Por qué los habéis matado a todos?

—Cuando os persiguen, inglés, y veis que la red os va a caer encima, ¿qué otra cosa se puede hacer? ¿Qué planes tenía Daunbey para mí? ¿Un dramático encuentro con el Maestro del Ocho? Sólo Dios sabe qué pruebas podíais haber conseguido y lo que me habría sucedido después. Me habrían arrestado, encarcelado y luego ejecutado. Y, si no, me esperaba la deshonra o el exilio. ¡Tenía que hacerlo! —Los ojos de Enrico se abrieron—. No sois florentino, Shallot. No podéis entender las venganzas. Ojo por ojo, diente por diente, vida por vida. —Su semblante se tornó serio y el corazón me dio un vuelco mientras veía cómo escondía las manos de nuevo debajo de la mesa—. Mataron a mi padre, mataron a mi tío, me trajeron a esta casa, se apoderaron de mi fortuna y luego me casaron con aquella zorra. —La piel de su rostro se tensó, su cuerpo entero parecía estar lleno de rabia—. ¡Dios, como se han reído de mí a mis espaldas! —Se limpió la espuma de la boca—. Pero se lo advertí —dijo chasqueando los labios de forma extraña—: les envié aquella lechuza como presagio de mala suerte. —Me sonrió—. Aquello funcionó a las mil maravillas. Pensé que la encontrarían muerta en el jardín, pero en cambio el animal se coló en aquella habitación y cayó muerto. —Su rostro adoptó un semblante serio lo interpreté como una señal, como una señal de la aprobación de Dios.

—¿Qué pasaría si estuvierais equivocado? —le pregunté desesperado intentado ganar tiempo.

—¿Qué queréis decir?

—¿Qué pasaría si los Albrizzi no hubieran matado a vuestro padre? ¿Qué pasaría si hubieran sido los Médicis? Se hicieron con la esmeralda y luego os metieron esas ideas en la cabeza para que os convirtierais en su agente para destruir a los Albrizzi. ¿Habéis estado alguna vez en el palacio de los Médicis? Hay un cuadro del cardenal Giulio de joven colgado en la pared. Lo retrataron con la esmeralda que lord Francesco le regaló al rey Enrique. Los Médicis mataron a vuestro padre, sobornaron a Preneste, que debió de facilitarles todo lujo de detalles sobre el desafortunado viaje de vuestro padre a Roma. ¿Por qué si no el cardenal Giulio le prometió a Preneste que se haría cargo de él? ¿Y sabíais —añadí— que el mercenario Giovanni era un espía de los Médicis?

Enrico pestañeó.

—¿Qué pruebas tenéis? —Eché la cabeza hacia un lado—. ¿Qué pruebas me podéis mostrar? ¿En qué salían ganando los Médicis si mi padre moría? ¿Acaso se enriquecieron como los Albrizzi al proclamarse mis protectores? No, nada de eso. —Volvió a poner la mano sobre la mesa y empezó a golpearla con la yema de los dedos—. Los Albrizzi son los culpables, y han pagado por sus pecados. Por fin he conseguido hacer venganza y vos, señor Shallot, tenéis dos opciones: o estáis conmigo, o bien acabo con vos y con vuestro señor y acuso a Giovanni de todo.

—Quizá —me recliné en la silla—, quizá los Albrizzi merecían morir. Pero ¿qué

me decís del artista Borelli? ¿Qué tenía de particular?

Enrico me miró extrañado y sacudió la cabeza.

—¿Un artista? ¿Borelli? ¿Por qué querría matar yo a un artista? No era un Albrizzi.

—Tampoco María —exclamé yo.

—¡Oh, vamos, inglés! ¡No era más que una enana patética! —dijo.

Cogí la copa de vino y se la lancé con todas mis fuerzas, pero él ya había sacado la ballesta cargada y lista para disparar. Tiró de la palanca y la incisiva flecha salió disparada. Yo fui más rápido: me tiré hacia un lado y la flecha se clavó en la silla en la que había estado sentado. Me puse de pie de un bote, desenvainé la espada y la daga y me abalancé sobre Enrico, que me estaba esperando. Le embestí con fuerza, pero se defendía de mis ataques con su daga. Retrocedí. Desenfundó la espada y flexionó los brazos mientras retrocedía.

—No podéis permitir os dejarme con vida —añadí con calma—. Acabaréis por matarme como habéis hecho con el resto.

—Pensé que dijisteis que María estaba viva —replicó—. No os atreveríais a mentir a Enrico, ¿verdad?

Cortó el aire con la espada. Yo volví a dar un paso hacia atrás. Enrico avanzaba arrastrando los pies.

—¡Nunca se debe mentir!

Estaba claro que aquel hombre estaba como una cabra. Habría matado a cualquiera que se hubiera encontrado allí aquella noche, o a cualquiera que tuviera algo que ver con los Albrizzi, cualquiera de cuya culpabilidad hubiera sospechado. Yo estaba aterrorizado. Soy bueno con la espada y hábil a la hora de esquivar y propinar golpes, pero Enrico me recordaba a mi maestro portugués: se movía con la misma seguridad y decisión y sostenía la espada y la daga de la misma manera desenvuelta. Siguió haciéndome retroceder, creando un espacio propicio para matarme, apartándose de cualquier obstáculo.

—Decidme, inglés, antes de que os mate. ¿Qué os hizo pensar que utilicé un tirador y no un arma de fuego?

—¡Los esqueletos! —contesté—. Los esqueletos que vi en Inglaterra. Hombres muertos a manos de los soldados romanos o, por lo menos, por las tropas auxiliares. Los agujeros que tenían en el cráneo eran como las heridas que les hicisteis a lord Francesco y a Preneste.

Enrico abrió unos ojos como platos.

—¿No es curioso como da vueltas la vida, inglés? Vos visteis los esqueletos de vuestros antecesores muertos por soldados italianos. Y ahora, vos, un inglés, vais a morir en mis manos.

Se puso de medio lado, adoptando la postura tradicional de un duelista, la mano

de la daga ligeramente levantada, con la hoja señalando al suelo.

—¡Inglés, adiós!

Se movió con la agilidad de un gato; la punta de su espada alcanzó mi pecho y empezó a dar vueltas a mi alrededor amenazándome con la larga hoja de su daga. Di un salto hacia atrás, me moví con rapidez e hice un intento de cortarle la garganta. Enrico, utilizando la espada y la daga, consiguió detener mi ataque y de nuevo nos acercamos. Las hojas brillaban como arcos de luz. Me desesperé. Era tan rápido, tan ágil... y todo sin moverse apenas. Volvía a atacarme a la altura del pecho y luego, de repente, me encontraba con su espada en la garganta, en la ingle o en la pierna. Mis brazos se debatían como un molino de viento y el sudor empezó a recorrerme el cuerpo. Retrocedió, respirando con un poco más de dificultad, y luego volvimos a encontrarnos otra vez. Al principio sentí pánico, pero el ruido de nuestros pasos sobre el suelo, el rítmico tintineo de nuestras espadas, el deseo de acabar con el otro y el arraigado instinto de supervivencia consiguieron tranquilizarme. Al mismo tiempo, las habilidades que mi maestro portugués me enseñó empezaron a dar resultado. Dejé de retroceder y, moviéndome hacia los lados, me las arreglé para frenar sus embestidas; en una ocasión incluso le rocé el brazo. Entonces fue él quien dio marcha atrás, sacudiendo su espada sin dejar de sonreír. Pero se recuperó de mi ataque y se deslizó como si fuera una víbora.

—Sois bueno, inglés —me felicitó con la respiración entrecortada—. Pero no os preocupéis, vos y vuestra enana pronto estaréis juntos otra vez.

Por Dios que no sé si fueron sus palabras o aquella espantosa sonrisa en su feo rostro, pero quebré todas las leyes de duelo. Nos separamos; él estaba tanteándome de nuevo con su espada y yo puse en práctica uno de los trucos que aprendí en las inmundas calles de Londres: me cambié la espada y la daga de una mano a otra. Él retrocedió un poco para prepararse ante aquel cambio y yo, el vez de contraatacar, cogí mi daga por la empuñadura y se la lancé directamente al pecho. Se le clavó de lleno, justo debajo del corazón. Me miró con estupefacción, abriendo y cerrando la boca. La espada le resbaló de las manos. Dio un paso atrás.

Yo me adelanté y sin dudarlo le clavé la espada en el estómago por encima del tórax.

—¡Pudríos en el infierno! —maldije entre dientes—. ¡Y decidle a Satanás que yo os he enviado!

Arranqué la espada de su estómago y retrocedí: aunque moribundo, todavía podía ser peligroso. Enrico dejó raer la daga. Su rostro se retorció de dolor mientras la sangre empezó a salir a borbotones de sus heridas. Me miró como si fuera a decir algo, suspiró y finalmente se derrumbo. Yo también lancé la espada y la daga al suelo y me agaché con los brazos en cruz, dando rienda suelta a todos los miedos que había reprimido. Me quedé contemplando a aquel hombre diabólico, viendo como la sangre

manaba a su alrededor. Yacía de medio lado; me acerqué y extraje mi daga, que al haberse clavado con tanta profundidad hizo un ruido muy desagradable al salir. La tiré rápidamente al suelo; tambaleándome me acerqué a la mesa y bebí una copa de vino con una avidez inusual incluso en mí. Me dirigí de nuevo arriba. María yacía sobre la cama, con el cuerpo cubierto. Mi señor empezó a moverse. Estaba tan cansado, tan asustado, que me limité a sentarme a su lado.

(Me traen sin cuidado las risitas de mi capellán. A menos que un hombre sea realmente vil y no tenga alma, cuando termina un duelo, a uno le tiembla el cuerpo con un montón de sensaciones. Le entran ganas de eructar y de arrojar, de correr al lavabo más cercano o de emborracharse. O también es posible que a uno le dé por tumbarse en la cama y dejar descansar los brazos hasta que todos los miedos hayan desaparecido).

Pero, por supuesto, no tuve la suerte de poder echarme a descansar. Debía de llevar tumbado tan sólo un par de minutos, con la mirada puesta en la llama de la vela que bailaba con la brisa que entraba por la ventana abierta, cuando oí ruido de caballos y de voces procedentes del patio de abajo. Pero no me moví. Quien fuera el que hubiese llegado, bienvenido a la pesadilla por la que yo acababa de pasar. Escuché gritos y exclamaciones a medida que los recién llegados descubrían los cuerpos. Luego escuché los pasos de alguien subiendo las escaleras; la puerta se abrió de par en par y Seraphino, el Maestre del Ocho, seguido de su guardia encapuchada, irrumpió en la habitación como una visión del infierno. Solté un gruñido y saqué las piernas fuera de la cama. El Maestre del Ocho se acercó corriendo. Un aire de preocupación se había apoderado de su rostro sereno, como un tío que ha descubierto a su sobrino preferido metido en algún lío. Permaneció de pie a mi lado, las manos metidas dentro de las voluminosas mangas de su toga.

—Inglés, ¿qué habéis hecho? ¿Qué son esos cadáveres de ahí abajo? ¡El señor Enrico envuelto en su propia sangre!

Le miré.

—¡Idos al infierno, maldito bastardo! —le grité.

Me cruzó la cara.

—¡Idos al infierno! —le repetí.

Me puse en pie. Sacó las manos de las mangas y a continuación sentí la punta de su estilete pinchándome el cuello por debajo de la barbilla. El padre Seraphino me sonrió con benignidad, aunque sus ojos eran dos agujeros negros desalmados.

—Podría mataros aquí mismo —me susurró.

—Hacedlo —le repliqué— y tendréis que responder ante el rey. Yo no he matado a nadie.

—¿A nadie?

—Sólo al señor Enrico. Él es el responsable de todas estas muertes.

—No os creo.

—No me importa lo que vos creáis —le contesté—. Enrico es el asesino, ha llevado a cabo una venganza que venía urdiendo desde hacía años. Drogó a mi señor e intentó matarme. Sin embargo, estoy seguro de que ya lo sabéis todo. Esta villa está constantemente vigilada. Visteis volver a Enrico y nos visteis a María y a mí. Podíais haber intervenido —continué sin hacer caso de la punta de metal que tenía debajo de la barbilla—, pero decidisteis no hacerlo. ¿Por qué?

—Realmente no lo sé. Todo lo que sé, inglés, es que ha tenido lugar un juego mortal y sólo me preocupa una cosa, sólo una: ¿Perjudicará este juego a Florencia? ¿Sufrirá la ciudad por su causa?

—Creo que sobre esa cuestión deberíais hablar con el cardenal Giulio de Médicis —fue mi respuesta.

El padre Seraphino apretó los labios.

—Podríais ser de nuevo mi invitado, inglés. Las ratas no os han olvidado.

—Oh, sí. ¿Cómo están vuestros hermanos? —pregunté.

El Maestre del Ocho esbozó una sonrisa.

—Tan divertido como siempre, ¿eh, Shallot? —Se mordió el labio, pestañeó, y la daga volvió a desaparecer debajo de su manga—. Bueno, han quedado algunas preguntas sin respuesta y algunos cabos sueltos, pero haré mis propias conjeturas y especulaciones y algún día la verdad saldrá a la luz.

Miró a mi señor, y se dio la vuelta y dijo a sus acompañantes algunas palabras que no entendí, pero tras las cuales le dieron algo de beber a Benjamín, lo levantaron con cuidado y lo llevaron abajo. Un carro de caballos nos esperaba en los establos. Colocaron a mi señor cómodamente en él; su espalda estaba protegida por un colchón que habían cogido de una de las habitaciones. Me ordenaron que fuera en busca de nuestras alforjas. Así lo hice, siguiendo al pie de la letra las instrucciones del Maestre del Ocho de que recogiera todo lo que fuera nuestro.

—No volveréis a este lugar —me dijo—. Inglés, cuanta antes salgáis de Florencia, mejor.

Cuando terminé, bajé con las alforjas. El Maestre del Ocho no tuvo la menor intención de mover ninguno de los cuerpos. No les hizo ni caso, como si fueran basura, aunque alguno de sus acompañantes se permitió el lujo de llevarse algunos objetos de la casa.

—¿Lo tenéis todo, inglés? Vuestro señor está fuera, tan cómodo como lo permite la situación. Mis soldados vigilarán la villa. ¡Debemos irnos!

—¡Esperad un momento! —recordé.

Subí de nuevo a nuestra habitación y me arrodillé al lado de María. Cogí una de sus manitas, ahora frías, y contemplé su rostro de cera. Luego besé aquellos diminutos dedos e inclinándome la besé en la frente antes de cubrir su rostro y de

volver abajo.

## Capítulo 13

El Maestro del Ocho nos condujo hasta Florencia. El cielo empezaba a teñirse de rojo. Rodeado de sus jinetes vestidos de negro, el padre Seraphino avanzaba en silencio y sólo se oía el ruido de los cascos de los caballos. Él y sus guardaespaldas iban al frente. Yo iba al lado del chirriador carro, vigilando a Benjamín. Iba dormido y tenía el rostro pálido. Estaba preocupado, porque determinados venenos y somníferos causan extraños efectos en la mente y pueden trastocarla para siempre. Quería que lo viera un médico experto. Me preguntaba si podría razonar con el Maestro del Ocho hasta que recordé su oscuro corazón y me di cuenta de que rogarle no me serviría de nada.

Entramos en Florencia por una puerta con postigos y, para mi asombro, en vez de dirigirnos al Stinche, el Maestro del Ocho nos condujo a la Misericordia y nos puso al cuidado de los hermanos. Cogieron a Benjamín y se lo llevaron a través de galerías oscuras hasta una habitación de paredes blancas. El padre Seraphino vino con nosotros. Entonces hizo lo que nunca me hubiera esperado: me cogió la mano y me la estrechó.

—Adiós, señor Shallot. —Me sonrió con sorprendente amabilidad—. ¿Os temisteis lo peor, eh, inglés? No corríais peligro; vuestros patrones son muy poderosos. —Metió los pulgares en su faja y ladeó la cabeza—. Sois un hombre muy extraño, Shallot. Os tenía por un cobarde.

—Y lo soy —contesté—. Pero, os lo prometo, he luchado más en Florencia que en toda mi vida entera.

El padre Seraphino chasqueó la lengua y dio media vuelta. Cuando llegó a la puerta se volvió y me sonrió con malicia.

—Señor Shallot, si alguna vez volvéis, tenéis que ser de nuevo nuestro invitado.

Le levanté el dedo corazón de la mano derecha, pero la puerta ya estaba casi cerrándose. Los hermanos rodeaban la cama de Benjamín hablando por los codos. Le tomaron el pulso en el cuello, le levantaron los párpados, olieron su aliento y le volvieron a tomar el pulso en las muñecas. Por Dios que eran buenos hombres y, algunos de ellos, los practicantes de medicina más expertos que jamás he conocido. Uno me dio un golpecito en la muñeca y me sonrió.

—Preocuparos no —me dijo.

—Querréis decir, no os preocupéis:

—Sí, eso.

Trajeron un brebaje que olía a meados de caballo y se lo hicieron tragar a mi señor. Se apartaron un poco mientras uno de ellos sostenía una palangana. Benjamín se movió y se volvió bruscamente hacia un lado. Se puso a vomitar tan violentamente como yo lo hacía después de beber demasiada cerveza en la taberna Gallows a las

afueras de Ipswich. Me alarmé, pero los hermanos parecían satisfechos. Miraron a la palangana como si contuviera una colección de rubíes y diamantes. Le hicieron beber todavía más de aquel brebaje. Volvió de nuevo a vomitar. El cuarto empezaba a oler a rayos, pero los hermanos estaban que saltaban de contentos, satisfechos de haber limpiado su estómago. Volvieron a repetir la misma operación y finalmente mi señor recuperó la consciencia. Lo dejaron descansar un rato, luego le trajeron una copa bien fresca. Pude oler a vino mezclado con algo. Le pusieron la copa en los labios. Mi señor bebió, se desplomó en la cama y se quedó dormido como un niño. Uno de los hermanos, calvo y de ojos saltones, me miró. Volvieron a llenar la copa y yo también bebí. Unos segundos después dormía profundamente.

A la mañana siguiente Benjamín me despertó. Estaba de pie a mi lado; parecía cansado, pero había recuperado la salud.

—¿Éstas son horas de dormir, Roger? —bromeó—. Por el amor de Dios, dime lo que ha pasado.

Me desperecé, me puse de pie y lo miré.

—¿Os encontráis ya bien, señor?

—¡Oh, sí! Gracias a ti, pero habla.

Sin embargo, nos fue imposible poder iniciar ningún tipo de conversación. Los buenos hermanos volvieron para felicitarse a sí mismos y a nosotros por nuestra recuperación. Nos condujeron al refectorio y nos sirvieron un guiso exquisito, un pan blandísimo y un vino blanco que, según juraron entre risas, no estaba envenenado. Benjamín estaba hambriento. Mientras comía le expliqué lo que pasó. Me interrumpía constantemente y no dejaba de hacerme preguntas. Cuando terminó dejó la cuchara sobre la mesa, apoyó los codos y me miró.

—No recuerdo demasiado —añadió—. Giovanni vino a mi habitación. Me dijo que habían abierto un nuevo barril de Falerno y que me pertenecía el honor de probarlo. Y así lo hice. Pero no me lo bebí todo porque olía raro. Giovanni se quedó mirándome con curiosidad. Ante mi extrañeza se alarmó, se acercó y me dijo que lord Enrico había vuelto. —Benjamín se encogió de hombros—. Después de eso no recuerdo nada. Me tumbé en la cama y me di cuenta de que había cometido un terrible error. Luego sólo recuerdo que entraste en la habitación. ¿Llevabas a alguien en brazos?

—A María —contesté con pena.

Los ojos de Benjamín se entristecieron.

—¡Que Dios la acoja en su seno! También recuerdo que me levantaron y me llevaron escaleras abajo. Vi el cuerpo de una mujer, tirado en el suelo como el de un perro.

—Era Bianca —le dije.

—Después de eso —continuó Benjamín— no recuerdo nada. Hasta que me

desperté esta mañana, un poco débil pero hambriento, y me encontré a los hermanos charlando como cotorras, señalándote y mirándote con esos ojos y esos rostros tan tristes. Sacudían las cabezas mientras emitían algunos chasquidos. ¡Dios mío! —Benjamín puso la cara entre las manos—. Nunca pensé que Enrico pudiese llegar a esto. Tenía previsto hacerle frente cuando tú volvieras —sacudió la cabeza—. Infravaloré a ese joven corrompido por el odio y la sed de venganza. —Me agarró del brazo—. Roger, nunca lo olvidaré. Has sido muy valiente.

—He tenido suerte —corregí con amargura—. El destino. Pero ahora, ¿podemos volver a casa? —Miré alrededor del refectorio de paredes blancas—. Los hermanos se han portado muy bien, pero...

—Volveremos pronto, Roger —me animó—. ¡Cómo lamento esas terribles muertes!

(Mi señor nunca olvidó los acontecimientos que tuvieron lugar en la villa de los Albrizzi y en realidad nunca se perdonó a sí mismo. Pero ver las cosas desde la distancia hace que nos convirtamos en hombres sabios. ¿Y qué podríamos haber hecho? Enrico ya había tomado la decisión de aniquilar a todos los miembros de la familia Albrizzi. Sin embargo, al igual que mi señor, yo tampoco podía evitar lamentar lo ocurrido. Cada primavera, justo antes de que cambie la estación, pago una misa para que den reposo a sus desafortunadas almas. Por la de María también. Con ella murió una parte de mí mismo).

—Pero demostramos tener razón, señor —le dije para tranquilizarlo—. Enrico era el asesino. Sin embargo, no tenía nada que ver con el pintor Borelli. Y no sabía nada acerca del cuadro.

—No —corroboró Benjamín pensativo—. No creo que supiera nada. Todavía quedan algunos cabos por atar, Roger; el juego todavía no ha terminado.

Solté un gruñido, aunque sabía que mi señor tenía razón. Unas horas después, mientras yacíamos sentados a la sombra de un árbol en el jardín de la Misericordia, el diablo en persona, su eminencia el cardenal Giulio de Médicis, príncipe de Florencia, envió a sus secuaces a buscarnos. Nos estaba esperando, como la última vez, en sus opulentas cámaras de palacio que daban a la *piazza*. En esta ocasión no demostró tanto ingenio. Estaba sentado detrás de su gran escritorio en aquella especie de trono de respaldo alto color malva. Me recordó a un halcón agazapado en su percha preguntándose si debía atacar o no.

—El capitán de mi guardia —empezó— ha estado en la villa de los Albrizzi. Las noticias de su muerte están en boca de toda Florencia.

—Enrico fue el asesino —anunció mi señor.

—Sí, lo sé —corroboró el cardenal.

—Enrico creía —siguió Benjamín— que lord Francesco Albrizzi y su hermano Roderigo estuvieron detrás de la muerte de su padre. Pero ¿cómo pudo descubrirlo,

eminencia?

El cardenal le lanzó una mirada amenazadora.

—¿Qué insinuáis, inglés? —preguntó con serenidad.

—Bueno, alguien le dijo —continuó Benjamín enérgicamente— que los Albrizzi eran los asesinos, que habían robado una esmeralda a su padre en el momento de su muerte y que la guardaron en secreto hasta que se la entregaron al rey Enrique como presente.

El cardenal se revolvió nervioso en su silla.

—Pero esa misma esmeralda, eminencia —añadió Benjamin señalando el cuadro de la pared— es la que vos lleváis en este retrato, pintado unos años, quizá meses, después de la muerte del padre de Enrico. Ahora bien —Benjamín cruzó los brazos—, por lo poco que sé, el padre de Enrico se encontraba en Roma comprando una preciosa esmeralda a un comerciante de Oriente. Recordaréis, eminencia que por aquella época Roma estaba bajo el mandato de vuestro tío, el papa León X. El caso es que el padre de Enrico fue asesinado y la joya nunca más fue vista. Me pregunto si...

El cardenal se inclinó sobre el escritorio, haciendo tamborilear el dedo meñique ruidosamente sobre la madera.

—Sí, yo le entregué aquella esmeralda a lord Francesco Albrizzi —confesó finalmente de mala gana—. Le di estrictas instrucciones de que no contara a nadie dónde la había conseguido, que asegurara que formaba parte del tesoro de familia. —Abrió las manos y se reclinó sobre la silla—. Era lo menos que podía hacer. Lord Francesco se había gastado mucho dinero en el viaje a Inglaterra y no iba a pedirle que se gastara más en comprar aquella costosa joya. Pero —levantó un dedo— no tenéis ninguna prueba de que fuese la misma esmeralda que le fue robada al padre de Enrico.

—Su eminencia tiene razón —sonrió mi señor—. No tengo pruebas, tan sólo son conjeturas. Tampoco os estoy acusando de que tengáis nada que ver con aquel terrible asesinato en Roma ocurrido hace tanto tiempo. Sin embargo, nunca se encontraron las joyas. Y no deja de ser extraño que entregarais una piedra preciosa de tanto valor a lord Francesco para que se la ofreciera como presente a nuestro rey. Quizás es una mera coincidencia que la entrega de esa joya causara tantos asesinatos en cadena entre los Albrizzi. Des pues de todo, ¿qué otro motivo tendría Enrico para cometer esas muertes excepto su sed de venganza? —Benjamín se revolvió en la silla. Estaba tenso y lleno de rabia ante aquel príncipe de Satanás vestido de seda, sentado con tanta serenidad delante de nosotros—. Pero, bueno —continuó—, volvamos a mi primera pregunta. ¿Quién le contaría a Enrico todo esto? Seguramente alguien con poder, alguien con acceso a información privilegiada. Enrico ya albergaba dentro de sí cierto malestar por haberse casado a la fuerza con Beatrice. Quizá por aquel entonces ya empezó a tener ciertas sospechas, que fueron alentadas por esta persona

tan poderosa. Pero necesitaba comprobar que éstas tenían fundamento. Y ese fundamento, eminencia, creo que fue la esmeralda.

—Podría arrestaros por traición —amenazó tajantemente el cardenal.

—Lo dudo. Los demás empezarán a hacerse preguntas. Después de todo, ya habéis exterminado a dos de las familias más poderosas de Florencia, las cuales nunca aceptaron vuestra forma de gobernar la ciudad.

El cardenal se permitió el lujo de esbozar una sonrisa irónica.

—Pero no os olvidéis de que lord Francesco también entregó otros presentes al rey.

—¡Ah, sí! El cuadro que le encargó al pobre Borelli.

Los ojos del cardenal brillaban llenos de una emoción diabólica. Apuntó con un dedo a Benjamín.

—Sois bueno, inglés. Sois muy, muy bueno.

—No —contestó con rotundidad Benjamín—. Por mi culpa, otros han muerto. Y quizá nunca se hará justicia. ¡Lord Francesco nunca encargó aquel cuadro, fuisteis vos!

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Porque mi querido tío, el cardenal Tomás Wolsey de Inglaterra, al que vos llamáis vuestro hermano cristiano, os lo pidió.

—¿Por qué tendría que haber hecho eso?

—Como un favor.

—¿Por qué?

—«Si Roma dice sí —repitió Benjamín—, Inglaterra dirá sí». ¿Qué significado oculto hay en ese cuadro, eminencia?

El cardenal echó su cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada. Luego golpeó con suavidad los brazos de la silla.

—Inglés, realmente no tengo ni idea. Tan cierto como que ahora estoy sentado en mi palacio: no tengo ni idea.

—¡Borelli debía de saberlo! —le interrumpí.

—Quizás —aquel hijo de Satanás se limpió una lágrima de la risa—. Pero desafortunadamente, el señor Borelli ha sufrido un terrible accidente. Me parece que hoy mismo entierran su cuerpo. ¡Que Dios nos proteja! —suspiró el cardenal—. ¡Cuánta violencia corre por estos tiempos! —miró al reloj como si esperara que empezara a sonar—. *Tempus fugit* —añadió a continuación—, *tempus fugit*. —Se puso en pie—. Ya no tenéis nada más que hacer aquí —nos miró a ambos con severidad—. Si tenéis más preguntas, hacédselas a vuestro querido tío. Él os responderá. —Nos instó educadamente a que nos fuéramos—. Vuestro equipaje está listo y los caballos están preparados en el patio de abajo. Saldréis de Florencia hoy mismo y en cuestión de una semana os encontraréis en un barco rumbo a Inglaterra.

¿Recordáis la respuesta que debéis darle a vuestro tío?

Benjamín asintió.

—Entonces aseguraos bien de decirle la verdad.

Se encaminó hacia la puerta.

—Señor Daunbey —añadió luego con calma.

Mi señor y yo nos volvimos.

El cardenal nos bendijo y añadió:

—Dentro de un año, os invito a venir a Roma.

Y luego empezó reírse por lo bajo, mientras Benjamín y yo éramos conducidos a través de las galerías hasta llegar al patio bañado de sol.

Un grupo de sirvientes corpulentos, vestidos con el traje de los Médicis, estaban esperándonos. Una hora más tarde habíamos dejado atrás Florencia y cabalgábamos por los caminos de la costa bajo un sol cegador en dirección al puerto más cercano. Nos quedamos allí un día más, hasta que el jefe de nuestra escolta garantizó un pasaje para ambos en un barco genovés rumbo al puerto de Londres. Yo apenas pisé la cubierta y, aunque mi sensación de alivio se vio teñida de cierta aprensión mientras el barco viraba y se adentraba en el mar, debo reconocer que tuvimos un viaje bastante tranquilo. Nada de corsarios ni barcos de guerra turcos. Encontramos un poco de mal tiempo en el golfo de Vizcaya, pero nuestra travesía transcurrió sin incidente alguno. A las tres semanas empezó a refrescar; el mar parecía estar más calmado y cuando los blancos acantilados de Inglaterra aparecieron a la vista, me arrodillé y le di gracias a Dios. ¡Ya estaba harto de la sedosa pero engañosa opulencia de Florencia! Nunca pensé que me haría tanta ilusión meterme entre las sábanas de mi cama de Ipswich y dormir a pierna suelta. (Bueno, por lo menos hasta que llegó la lechera). Sin embargo, Benjamín seguía taciturno. Todavía se lamentaba de las muertes de los Albrizzi. Sólo de vez en cuando demostró abiertamente su furia contra el malvado Giulio de Médicis.

—¿No te das cuenta, Roger? —me dijo con amargura en más de una ocasión mientras nos asomábamos por la borda del barco a contemplar los rayos del sol que se reflejaban en el mar—. ¿No te das cuenta de que los Albrizzi podían haber sido inocentes? Los Médicis, quizás el propio cardenal, podrían haber sido los responsables de la muerte del padre de Enrico. Su intención no era sólo la de hacerse con las joyas sino la de debilitar a una de las familias más poderosas de Florencia. Y luego utilizaron a Enrico para acabar con los Albrizzi.

—Pero eso es sólo una parte del pastel, ¿verdad, señor?

—Sí, y mi tío conoce el resto. Nunca quisieron que Borelli viniera a Inglaterra.

—Entonces, ¿para qué nos enviaron?

—Para entregar los mensajes a lord Giulio y expresar la furia o, mejor, la supuesta furia de nuestra majestad por la muerte de lord Francesco. Tan sólo somos

peones, Roger. En el ajedrez, si se utilizan con ingenio, los peones son capaces de acabar con un alfil, e incluso con el rey.

Entramos en el Támesis y el barco se detuvo en el puerto de Dowgate. Me asomé por la borda; quería absorber todo lo que veía, olía y oía de Londres. Hacía una mañana gris y fría, pero para mí era como estar en el paraíso. Incluso la escena de las barcas llenas de basura vertiendo la porquería en el río me reconfortó y, después de desembarcar, ante la estupefacción de mi señor, me puse a andar de rodillas y a besar el suelo del muelle. No sólo me alegraba el hecho de haber vuelto a Londres, sino el de haber dejado atrás la daga, el garrote, el tirador y, sobre todo, el sonido metálico de las espadas al encontrarse. Me dirigí directamente hacia Vintry, a una bodega oscura, muy típica, mientras mi señor se fue a visitar a Johanna en Syon. Me bebí tres galones de cerveza y me puse a cantar con un grupo de marineros. Mis canciones obscenas casi escandalizaron a más de uno.

Mi señor regresó ya entrada la tarde, bastante triste y abatido. Johanna, a pesar de su belleza, había perdido el juicio, se había vuelto loca por el joven noble que la había seducido y abandonado. Benjamín lo había matado, pero no sirvió de nada. Johanna vivía ahora en el pasado, mirando constantemente por la ventana en espera del regreso del joven Cavendish que Dios me perdone, pero creo que mi humor sólo hizo que se sintiera aún peor. Estaba borracho como una cuba cuando mi señor entró en la bodega, con los brazos de una moza alrededor de mi cuello y mis manos en el corpiño de otra. Las dos se reían a grandes carcajadas mientras les contaba mi versión del cuento del predicador, el burro y la rolliza mujer de campo.

(Perdonadme, mi capellán quiere saber cuál es el cuento. Le doy un golpecito en los nudillos con mi vara. Es demasiado joven e inocente, y la historia es complicada y muy ordinaria).

Pero lo que os decía, mi señor me sacó de allí finalmente. Alquilamos una habitación en un hostel de Cheapside. Todo lo que recuerdo es que cantaba sin parar de camino hacia allí. Creo que todavía estaba cantando cuando me caí en la cama y luego, bien arropado, entré en el más profundo de los sueños.

A la mañana siguiente, un poco más sereno y sobrio, me presenté con Benjamín en la cancillería real de Westminster. Un escribano al que le goteaba la nariz nos informó de que su satánica majestad y su querido cardenal se encontraban en Surrey. Nos pidieron que nos esperáramos un rato. Y así lo hicimos y, después de estar una hora sentados en el banco de un pasillo de aspecto deplorable, Benjamín se acercó a preguntar si sabían algo. El escribano levantó su rostro enjuto, se tocó con la pluma un lado de la nariz y nos dijo que tuviéramos paciencia. Benjamín se paseó de un lado a otro del pasillo. Decidí hacer rabiarse al escribano poniéndome a toser y a estornudar ruidosamente tantas veces como pude. Mi truco pareció funcionar, ya que el tipo se marchó a toda prisa, justo en el momento en el que vi entrar por la puerta una figura

vestida de negro. Era el doctor Agrippa, sin el menor cambio desde la última vez que le vimos en Eltham, con su querúbico rostro envuelto en sonrisas. Nos estrechó la mano y nos dio palmaditas en el hombro. Parecía muy contento de vernos; elogió nuestro valor y nos informó de que traía instrucciones de Wolsey. Lo agarré por la manga y lo miré directamente a aquellos ojos impenetrables, oscuros como el carbón.

—¿Y ahora qué pasa, doctor?

Levantó las cejas con inocencia.

—Pero, mi querido Roger... —añadió con sorpresa.

—¡Nada de mi querido Roger! —salté—. Doctor Agrippa, me han utilizado vilmente, manipulado, disparado, metido en prisión, casi me muero en aquel maldito barco y he conocido a los peores bastardos que hay en esta tierra. Y todo, ¿para qué? ¿Eh? —Aparté la mano de Benjamin, que intentaba tranquilizarme—. ¿Dónde están Enrique *el Gordo* y su querido canciller? ¿Nos van a dejar en paz de una vez? ¿Van a retenernos aquí durante mucho más tiempo?

Benjamin, que sabía dónde quería ir a parar yo, preguntó con más calma:

—Doctor Agrippa, ¿dónde está el cuadro de Borelli?

Agrippa dio un paso hacia atrás.

—¿El cuadro?

—¡Sí, el maldito cuadro! —le dije furioso.

—¡Oh! Hubo un incendio, un pequeño accidente en la cámara del rey. No causó grandes daños pero, lamentablemente, el cuadro quedó totalmente destruido.

Benjamin se inclinó y susurró algo en la oreja de Agrippa. El buen doctor echó la cabeza hacia atrás en señal de asombro.

—Creo que sería mejor que me acompañarais —añadió luego.

Salimos del palacio de Westminster y, durante un rato caminamos en silencio hasta Fleet Street. Agrippa nos dijo que esperásemos fuera de La taberna del Pichel de Oro. Entró y al cabo de unos minutos apareció haciéndonos señas para que entráramos nosotros también.

Nos condujo escaleras arriba.

—La comida aquí es deliciosa —explicó—. Buena carne en una abundante salsa de cebolla. Y sirven también un buen clarete. He reservado una habitación.

En ese momento le hubiera pegado una patada. Al mismo tiempo me sentía molesto con mi señor por actuar de forma tan enigmática.

—¿Qué pasa? —siseé.

—No te lo podía decir, Roger —me contestó—, pero la destrucción del cuadro de Borelli ha confirmado mis sospechas.

La habitación estaba bastante bien y la comida era realmente deliciosa. Agrippa aún mantenía la misma actitud de indiferencia. Sólo cuando los sirvientes se marcharon, se levantó, cerró la puerta con pestillo y se nos acercó.

—¿Cuál fue la respuesta del cardenal Giulio?

—Roma dirá que sí —contestó Benjamin.

Agrippa se relajó y sonrió.

—¿Estáis interesado en saber el resto? —exclamé yo.

Agrippa se sentó en la mesa.

—Si deseáis contármelo, adelante. Ya he visto que el señor Borelli no ha venido con vos.

—No, se encontraba un poco indispuerto —añadí yo.

—Está muerto —terminó Benjamin—, como todos los Albrizzi.

Agrippa levantó las cejas.

—Seguid.

Benjamin resumió nuestras desventuras. Agrippa escuchó con atención, asintiendo y haciendo de vez en cuando algún comentario por lo bajo.

—El rey se sentirá muy satisfecho —añadió cuando Benjamin terminó— y lord Wolsey, también.

—¿Qué significa el mensaje? —pregunté.

Agrippa se encogió de hombros.

—No lo sé. Si lo supiera os lo diría.

Benjamin se inclinó sobre la mesa.

—Entonces permitidme que os cuente algo, mi buen doctor —intervino Benjamin con calma—. En 1509 el padre de nuestra majestad se estaba muriendo. Sir Edward Throckle era su médico. Ahora bien, un año antes de su muerte el viejo rey y su hijo, nuestro actual monarca, tuvieron una fuerte discusión. Sólo sabe Dios por qué razón. Quizás Enrique VII, que en paz descansa, entrevió ya por aquel entonces la maldad en el alma de su hijo.

Miré a Agrippa fijamente.

—Está loco —añadí—. Vos lo sabéis, Agrippa. Es el Topo de la antigua profecía, el Oscuro que va a convertir su reino en un río de sangre.

Los ojos de Agrippa sufrieron un cambio, se tornaron de color pizarra. Se mordió el labio y miró furtivamente a Benjamin.

—¡Continuad! —ordenó.

—Pues bien, el viejo rey también tuvo un enfrentamiento con su joven y ambicioso escribano, Tomás Wolsey. Tanto el príncipe de Gales como el joven Wolsey fueron tratados a partir de entonces con cierto desdén. La carrera de mi tío podía haberse terminado en aquel momento. Sin embargo, resumiendo lo que fue toda una historia de gran crueldad, el joven príncipe Enrique, resentido por la discusión con su padre y deseoso de poner sus avariciosas manos en la corona, envenenó al viejo rey. Y para hacerlo utilizó a sir Edward Throckle.

La expresión de Agrippa seguía siendo inescrutable. Yo debo reconocer que, a

pesar de que estaba convencido de que el rey Enrique era el mayor bastardo sobre la faz de la tierra, no podía dar crédito a mis oídos.

—¿Es eso cierto, señor? —exclamé.

—Sí; estoy diciendo la verdad —respondió Benjamin con serenidad—. El joven príncipe, con o sin el consentimiento de Throckle, le dio a su padre, que estaba enfermo, una poción dañina para su salud. El viejo rey murió y su hijo Enrique subió al trono. Throckle se retiró con toda clase de comodidades al campo, en Essex. No estoy muy seguro del papel que desempeñó mi tío en todo este asunto, pero creo que lo descubrió todo. ¿Te acuerdas, Roger, que el viejo rey decía guardar un diario que un mono hizo pedazos y luego se comió? —me preguntó Benjamin con una sonrisa—. Pues era el mono de aquel cuadro, ¿lo recuerdas?

Asentí.

—Bueno, quizá mi tío se encontró el diario y luego lo recompuso con cuidado. De todos modos, estoy seguro de que el viejo rey, solo y asustado, escribió que sentía miedo de su propio hijo. Quizás incluso sospechó que iba a ser envenenado.

—¿Y por ese motivo se suicidó Throckle? —pregunté.

—Sí. ¿Recuerdas el texto de la invitación? Sir Edward fue instado a visitar la corte y a traer ciertas hierbas. —Benjamin sonrió levemente—. Me llevó algún tiempo darme cuenta de que no se trataba de unas hierbas cualesquiera, sino de unas venenosas, como la belladona y la dedalera. La flor que el rey Enrique sostenía en aquel cuadro es una hierba muy venenosa, un eléboro blanco, que a veces puede contundirse con un lirio. —Benjamin me tocó la mano—. Por eso os envié a ti y a la pobre María a la curandera de aquel pueblo, cerca de la villa de los Albrizzi. La mayoría de las flores y hierbas venenosas que aparecían en el cuadro son conocidas tanto en Inglaterra como en Italia.

—Así que Throckle —intervine yo— leyó entre líneas aquella invitación.

—En efecto. Pensó que lo requerían en la corte para responder ante ciertos crímenes, por lo que decidió suicidarse al modo romano. Destruyó todas las pruebas que tenía, llenó la bañera con agua hirviendo y se abrió las venas.

—¿Pero por qué querría vuestro tío amenazar a Throckle? —preguntó Agrippa con la cabeza ladeada.

—Él no quería amenazarlo —contestó Benjamín—, sino que estaba amenazando al rey. El rey Enrique debió de ver una copia de la carta, se enteró de la muerte del viejo médico y se dio cuenta de que su ministro de confianza había descubierto su secreto de un modo u otro.

—Yo no creo eso —interrumpí—, yo creo que Wolsey estaba desde un principio metido en el complot contra el viejo rey. Tras su muerte, los tres conspiradores ocultaron la causa de su fallecimiento. Entonces Throckle se jubiló antes de hora. Wolsey empezó a subir como la espuma y el rey Enrique se convirtió en el dueño y

señor del palacio. Aquel incidente permaneció latente en sus vidas a pesar del paso de los años y cuando Throckle les comunicó que deseaba salir del país es cuando Wolsey le envió aquella invitación.

—¿Entonces crees que mi tío formaba parte de la conspiración desde el principio? —preguntó Benjamín.

—Sí, es lo que creo —contesté con rotundidad—. Throckle no corría peligro hasta que pidió salir al extranjero. Debió de pensar que vuestro tío se había olvidado de lo que sucedió dieciséis años atrás. La invitación de Wolsey, con su mensaje secreto, aterrorizó a Throckle hasta tal punto que decidió suicidarse.

—Pero ¿y el cuadro? —preguntó Agrippa—. ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—¡Ah, sí! —Benjamín echó a un lado su plato—. Los dos sabemos que el rey no puede soportar a su esposa Catalina de Aragón. Sabemos que corren rumores que afirman que ahora el rey sufre un ataque de escrúpulos por haberse casado con la viuda de su hermano.

—Pero la reina Catalina —continué— era virgen cuando se casó con el rey Enrique, ya que su matrimonio con su hermano mayor, Arturo, nunca se consumó.

—Al rey Enrique eso le da igual. Lo que le importa es que la reina (que Dios la bendiga) está ya mayor y gorda; todavía no le ha dado ningún heredero varón y él también está envejeciendo. Sospecho que empezó a culpar a Wolsey buscando una salida a esta situación y entonces la estrella de mi tío empezó a decaer. —Benjamín se inclinó y volvió a llenar nuestras copas—. ¿Cómo podía deshacerse el rey de la reina Catalina? —preguntó a continuación.

—Envenenándola —sugerí—. ¡No me extrañaría nada viniendo de ese bastardo!

—La reina tiene su propio médico —intervino Agrippa—. Es una princesa española, además de reina de Inglaterra. Y a su tío el emperador no creo que le hiciera mucha gracia.

—Así que... ¿qué podía hacer —preguntó Benjamín— si le entró tal ataque de escrúpulos?

—Buscar la anulación del papa —contesté—. Conseguir que los jueces de la corte dictaminasen que no hubo tal matrimonio.

—¡Exacto! —exclamó Benjamín—. Pero el papa Adriano VI es un hombre integro con un gran sentido de la santidad. Jamás aceptaría tal petición.

—Pero sí un papa corrupto —añadí.

—Precisamente —continuó Benjamín—. El otoño pasado mi querido tío acudió a un encuentro diplomático celebrado bajo la mayor discreción en Bolonia, que aparentemente tenía el objetivo de crear una alianza entre Inglaterra, las repúblicas italianas y el emperador contra su inveterado enemigo, el rey de Francia. Ahora bien —dijo Benjamin tomando un sorbo de su copa—, aquel acto fue una excusa para provocar un encuentro entre mi querido tío y el cardenal Giulio de Médicis. Tuvieron

la oportunidad de hablar y dar largos paseos en las frías tardes. Lord Giulio debió de hablarle de sus problemas: su enemistad con la poderosa familia de los Albrizzi en Florencia y, sobre todo, su enorme deseo de convertirse en papa. ¿Y de qué crees que habló Wolsey, Roger? De su miedo a perder el control sobre el rey y del deseo de su majestad de anular su matrimonio.

—¡Claro! —Resoplé—. Y fue entonces cuando lo planearon todo.

—Así es. El cardenal Giulio urde el plan de asesinar al actual papa de forma misteriosa y secreta. Entonces los cardenales tendrían que reunirse de nuevo en cónclave; Inglaterra apoyaría a Giulio de Médicis como candidato a ocupar el papado, pero —Benjamin recorrió el borde de la copa con el dedo— nuestro buen Giulio no quiere irse a Roma sabiendo que los Albrizzi intentarán hacerse con el poder en Florencia. Entonces envía a los Albrizzi a Inglaterra —dijo antes de tomar otro sorbo de la copa—, pero antes de que partan, Giulio le dice a Enrico que ellos fueron los responsables del asesinato de su padre y su tío y que la esmeralda que lord Francesco le entregará al rey Enrique es la prueba. Entonces convence a Enrico para que inicie su venganza lejos de Florencia y así no puedan culparlo.

—¿Y el cuadro? —preguntó Agrippa.

—¡Ah, sí! —recordó Benjamin—. En Bolonia lord Giulio le reveló su secreto a Wolsey y le pidió otro a cambio. Wolsey le contó a su vez el asesinato del rey Enrique VII y le pidió al cardenal que le garantizara que los Albrizzi traerían un cuadro que representase de forma simbólica la muerte del viejo rey.

—¿Por qué? —preguntó Agrippa.

—Como un testigo sutil del acuerdo secreto que alcanzaron Wolsey y Giulio de Médicis. Pensad que ambos pueden hacerse chantaje mutuamente. Los Albrizzi encargaron el cuadro, sin saber su significado oculto, y de esta forma se preparó el escenario. Giulio conocía la verdad sobre la muerte del viejo rey y Wolsey sabía que Giulio estaba decidido no sólo a acabar con los Albrizzi, sino a matar al papa Adriano VI para conseguir hacerse con el papado. Al final —terminó Benjamin— los dos se han salido con la suya. Los Albrizzi han muerto y también Enrico, de manera que los Médicis han quedado libres de toda sospecha.

—Y eso es lo que el Maestre del Ocho intentaba averiguar, ¿verdad? —concluí yo.

—En efecto —contestó—. Ahora que Throckle ha muerto, Wolsey se siente seguro en el poder porque tiene la palabra de honor de Giulio de Médicis de que cuando se convierta en papa anulará el matrimonio del rey. —Benjamin soltó un suspiro—. Él, por su parte, ha sido capaz de destruir a los Albrizzi y de garantizar de este modo el apoyo de Inglaterra. Borelli también ha muerto (alguno de los hombres del cardenal debió de ocuparse de él), su cuadro ha sido destrozado y, desgraciadamente, nosotros vamos camino del infierno.

Agrippa descruzó las manos y sacudió la cabeza.

—¿No me creéis, doctor Agrippa?

El enviado del cardenal se frotó la cara con las manos.

—Había oído rumores —confesó— de que el viejo rey había discutido con su hijo, de que se había puesto en contra de Wolsey y de que Throckle era constantemente vigilado. Es cierto que vuestro tío se encontró con Giulio de Médicis en Bolonia y que el rey, deseoso de librarse de la reina Catalina, presionó a Wolsey. El cardenal Giulio es un hombre realmente malvado. Odiaba a los Albrizzi y desea con todas sus fuerzas convertirse en papa. En efecto, todos son cabos de una misma cuerda. Pero decidme, ¿qué pasó con el cuadro?

—Pensadlo por un momento —contestó Benjamín—. El original ha sido destruido, pero ¿recordáis las flores?

—Sí.

—Bueno, pues después de darle vueltas y más vueltas, llegué a la conclusión de que todas eran venenosas. ¿Y os acordáis del pequeño cuadro de la tumba? Aparecía un santo vestido con armadura. Pensamos que era san Jorge, pero en realidad era san Julián *el Hospitalario*. Muy poca gente conoce la leyenda de este santo: Julián era un soldado que mató a sus padres y se pasó el resto de su vida pagando por aquel terrible crimen. Wolsey sabía que el rey Enrique entendería su significado. Estoy seguro de que había otros símbolos ocultos en el cuadro, y por eso lo han destruido. Por supuesto había que aniquilar a Borelli, por si acaso se le ocurría reflexionar sobre lo que había pintado.

Agrippa se rascó la barbilla.

—Pero ¿por qué enviaron el cuadro al rey?

—En primer lugar, era una forma de que Wolsey le recordara de forma sutil toda aquella conspiración. A su vez, lord Giulio le recordaba a él que sabía su oscuro secreto.

—¿Y por qué querría hacer eso?

—Como garantía. Wolsey, el rey Enrique y Giulio están unidos por una cadena de siniestros y sangrientos asesinatos. De esta forma se comprometían a mantener sus promesas en un futuro.

—¿Qué pasará ahora? —pregunté.

Benjamin se puso en pie y se estiró.

—Supongo que dentro de unos doce meses tendremos un nuevo papa en Roma, el rey Enrique conseguirá anular su matrimonio y el cardenal Wolsey seguirá siendo su sirviente más fiel.

Agrippa se puso en pie. Recorrió con sus dedos el ala de su oscuro sombrero. Su rostro se había vuelto pálido y sus ojos parecían de piedra.

—Os lo dije —añadió con calma—. El rey Enrique es el Topo, el Oscuro que

profetizó Merlín. El rey estará encantado con vos. Os felicitará y recompensará porque piensa que sus planes se han cumplido.

—Pero todavía no entiendo —insistí— por qué el cardenal Giulio y Wolsey están tan unidos.

Agrippa se encaminó hacia la puerta.

—Hace muchos años —dijo— Wolsey cedió el obispado de Worcester a Giulio de Médicis.

Sonrió ante mi cara de estupefacción.

—Sí, Giulio de Médicis ha sido obispo de Worcester durante algún tiempo. —Se encogió de hombros—. Aunque ni se ha dignado visitar el lugar, disfruta de uno de los obispados más ricos de Inglaterra. El encuentro en Bolonia no hizo más que corroborar su amistad con Wolsey.

—Pero hay otro motivo, ¿no es cierto? —Dijo Benjamin mirando a Agrippa—. Y creo, querido doctor, que sabéis más de lo que decís. La mente del rey está enloqueciendo y mi tío le tiene miedo. Hacer que trajeran aquel cuadro fue una buena jugada. De este modo Wolsey le recordaba al rey que sabía su oscuro secreto y además vinculaba en todo este asunto al cardenal florentino con aquel intercambio de siniestras confidencias. Ahora todos dependen entre sí. —Benjamin jugó con su copa entre las manos—. Pero Wolsey tenía además otro objetivo: buscar fuera un apoyo contra el rey. Ha confesado el secreto del rey a una potencia extranjera. Estoy convencido de que el cardenal Giulio tiene instrucciones secretas para utilizar esa información en nombre de mi querido tío si este dejara de contar con el favor del rey Enrique.

Agrippa esbozó una sonrisa.

—Ya lo veremos, ya lo veremos —y haciéndonos una burlesca reverencia, abrió la puerta y se largó antes de que me diera cuenta de que el muy ladino no había pagado la cuenta.

Benjamin y yo regresamos por fin a nuestro feudo a las afueras de Ipswich. Desde luego, el cardenal Wolsey nos envió cartas de felicitación por nuestro éxito acompañadas por unas cuantas bolsas de dinero, pero Benjamin se mantuvo extrañamente impasible. Se sumergió de nuevo en sus buenas obras hacia sus arrendatarios. Nunca más volvió al antiguo castro de la colina que dominaba el viejo molino cerca del río. Quizá le traía tristes recuerdos. Pero yo iba de vez en cuando, me sentaba y contemplaba los agujeros que hicimos. Fue allí donde empezó nuestra aventura florentina. Cerraba los ojos y evocaba el espíritu de María, tan graciosa y llena de vida. Miraba a mí alrededor para asegurarme de que estaba solo y entonces me ponía a llorar como sólo el viejo Shallot sabe (y siempre sabrá). Todavía conservo el guantecillo que me dio como prenda hace ya tantos años en aquel hermoso y cálido jardín de la villa de los Albrizzi. Lo apretaba contra mi mejilla y olía su perfume.

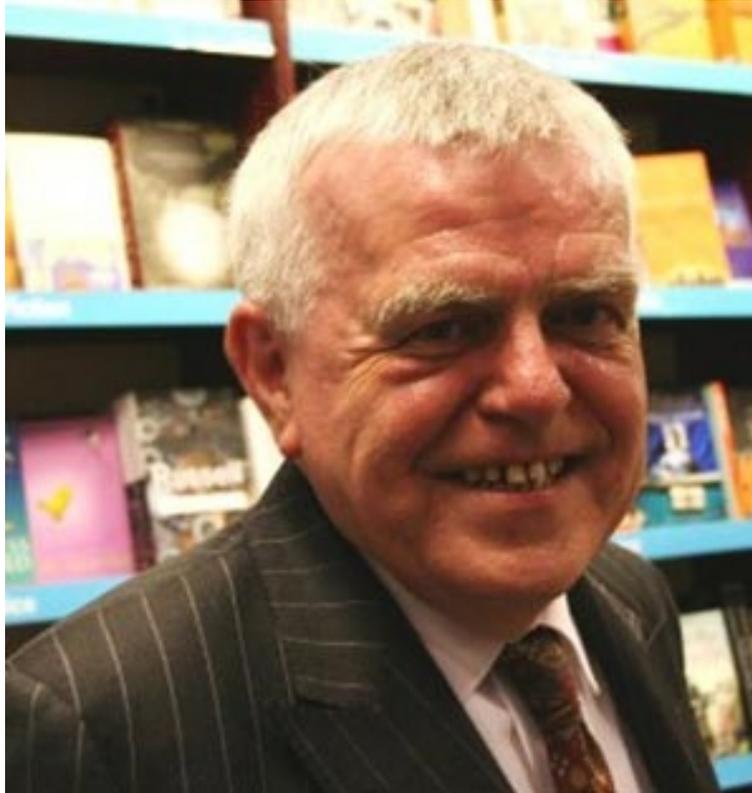
¡Pobre María! ¡Pobre Shallot! ¿Quién llorará por los dos? ¡Ah!, por cierto, fui a ver al viejo vicario Doggerell. Me gasté todos mis ahorros para que colocara en el presbiterio ante el altar una piedra tallada con la siguiente inscripción:

PARA MARÍA, CON CARIÑO,  
DEL COMECEBOLLAS.

Por lo menos me consuela. El fantasma de María y el de los Albrizzi deben de haber pedido venganza a Dios. Wolsey, el rey Enrique y el cardenal Giulio se salieron con la suya. Al cabo de un año, el papa Adriano VI murió de repente y en circunstancias misteriosas. Se celebró un cónclave y Giulio de Médicis fue elegido su sustituto, por lo que se convirtió en el papa Clemente VII ¡Cómo debieron de reírse! Sin embargo, quien ríe último ríe mejor. En 1527, cuatro años después de su elección, Roma fue asaltada y saqueada por las tropas alemanas del emperador Carlos V, pariente de Catalina de Aragón. El papa Clemente fue su prisionero y el divorcio del rey Enrique fue hecho pedazos. ¡Si vierais cómo se puso el rey! ¡Cómo le sentó a Wolsey! El papa Clemente se quedó totalmente desamparado. El rey, como la víbora que era, luchó contra aquella situación con todas sus fuerzas y a muerte. Wolsey fue expulsado del poder y Enrique, de la Iglesia de Roma. Ahora ya todos han muerto. Son sólo vagos recuerdos en la mente del viejo Shallot. Pero todavía cuando llega el verano y siento el sol en la cara, me acuerdo de Florencia, de Benjamín, de María y de las pobres víctimas de aquel sangriento asesinato.

## NOTA DEL AUTOR

Los lectores a menudo me preguntan cuan verídicos son los diarios de Roger Shalot. ¿Y qué puedo decirles? Según sus propias confesiones era un mentiroso, un cuentista. Sin embargo, esta historia tiene mucha parte de verdad. El rey Enrique VII murió en circunstancias misteriosas, enemistado con su hijo y con el ambicioso y joven escribano Tomás Wolsey, y dicen que guardaba un diario que despedazó y se comió una de sus mascotas, un mono. Giulio de Médicis y el cardenal Wolsey fueron grandes amigos y se apoyaron mutuamente. El rey Enrique creyó con firmeza que el papa Clemente VII le facilitaría un divorcio rápido de Catalina de Aragón. La caída del papa Clemente del poder a manos de Carlos V es un hecho demostrable, así como la furia que se apoderó del rey Enrique en contra de Wolsey y del papado. Y por último, en una vieja iglesia a las afueras de Ipswich se encuentra una lápida con la siguiente inscripción: PARA MARÍA, CON CARIÑO, DEL COMECEBOLLAS. ¡Tal vez Shalot no es el fanfarrón que constantemente nos hace creer!



PAUL C. DOHERTY. Nació en Middlesbrough en 1946. Ha escrito con varios seudónimos (Michael Clynes, C. L. Grace), utilizando últimamente su nombre original. Durante 3 años estuvo en un seminario católico en Durham pero finalmente no se ordenó. Es doctor en Historia por el Colegio Exeter de la Universidad de Oxford. Durante muchos años, ha sido director de la Trinity Catholic High School de Essex, una de las más prestigiosas escuelas de Inglaterra, y compagina su faceta de profesor con la de escritor. Es autor de aproximadamente 60 libros.

En 1987 empezó a publicar series de novela histórica de misterio: la Edad Media, el Antiguo Egipto, Roma y Grecia. En total ha superado las 12 series de novela histórica, 11 novelas y 7 libros de historia. Sus obras están bien ambientadas y documentadas, con desenlaces imprevistos. Paul Doherty utiliza un lenguaje sencillo y comprensible que hace de la lectura un ejercicio placentero.